

# LA DE PIEDRA SIETE OJOS

*Miriam Conde*



**LA PIEDRA DE SIETE OJOS**  
**NOVELA HISTÓRICA**  
**Miriam Conde**

*A Felipe Conde.  
Siempre creyó en  
esta novela*

Título La piedra de siete ojos

Copyright © Miriam Conde

Primera edición electrónica

La licencia de uso de este libro electrónico es para su disfrute personal. Por lo tanto, no puede revenderlo ni regalarlo a otras personas. Si desea compartirlo, puede descargar una copia adicional para cada destinatario. Si lo está leyendo y no lo ha comprado ni le fue obsequiado para su uso exclusivo, puede descargar su propia copia. Gracias por respetar el trabajo de la autora.

## ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Epílogo](#)

[Próximamente: EL CORREO DE NAPOLEÓN](#)

[Otras obras de la autora disponibles en Amazon](#)

[Contacta con la autora](#)

[Si te ha gustado esta novela, por favor deja una reseña en Amazon](#)

# Capítulo 1

Roma, 23 de agosto del 410

La ciudad dormitaba sumida en el temor. Al día siguiente se cumpliría el plazo que Alarico, rey de los visigodos, había impuesto para que se le entregasen de nuevo cuatro mil piezas de oro. Esta vez el Senado romano no podía ceder al chantaje, aunque quisiera, porque no había oro suficiente en las arcas de la ciudad para pagar el humillante tributo. El asedio les había sumido en la desesperación. Roma, la ciudad eterna, la capital del Imperio de Occidente, iba a caer a los pies de los enemigos bárbaros.

El emperador Honorio, un joven de veintiséis años, se estableció en su nueva capital, Rávena, más fácil de defender, y abandonó Roma a su suerte. Llevado por su juventud y vehemencia, había mandado matar a Estilicón, el consejero que en su lecho de muerte le asignó su padre, Teodosio el Grande.

Estilicón, que a pesar de su origen vándalo había sido nombrado general en jefe de los ejércitos romanos, regentó los destinos del Imperio durante toda la infancia de Honorio. Sin embargo, su decisión de retirar las legiones de la Galia e Hispania para defender Roma y el Tíber de los ataques visigodos fue muy criticada por un amplio sector del ejército. También su orden de quemar los libros sibilinos desagradó sobremanera a los consejeros imperiales, que conspiraron contra él y consiguieron que fuera condenado a muerte y ejecutado.

Desaparecido su adversario, que le había frenado en las batallas de Macedonia y Pollentia, Alarico llegó en dos ocasiones a las murallas de Roma. La primera vez, la ciudad compró con oro su liberación. Pero la segunda, los orgullosos romanos, con el Senado a la cabeza, resolvieron resistirse.

Un año llevaban los visigodos cercando la Ciudad Eterna, pero mañana sería distinto. Veinte de los trescientos esclavos que el rey godo regaló al Senado en la anterior negociación, eran en realidad guerreros que reducirían a la guardia y les abrirían la puerta Salaria. Al amanecer Roma sería conquistada.

Gunderico, un joven cabecilla del ejército visigodo, se dirigió hacia la orilla del Tíber, a las afueras de la ciudad. Había acabado su turno de guardia y, como podía disfrutar de un breve descanso, decidió darse un chapuzón para aliviar del sofocante calor que había soportado durante la jornada. Al llegar al borde del agua, el fétido olor que emanaba el río tras atravesar la ciudad le hizo arrugar la nariz y desistir de su idea. Se giraba para marcharse cuando un leve murmullo motivó que aguzara el oído. Instintivamente, aferró el pomo de la espada que llevaba al cinto y, observando con atención, descubrió unas sombras que se movían a una cierta distancia de donde

se encontraba. Acercándose con cautela, vio tres figuras femeninas que emergían de las aguas del río. Desenvainó en silencio la espada y, situándose detrás de ellas, les gritó con voz potente que se detuvieran. Las mujeres, dos jóvenes y una anciana, que todavía jadeaba por el esfuerzo realizado, se volvieron alarmadas.

—¿Dónde creéis que vais? —les preguntó.

—Señor —le contestó la anciana, que fue quien tomó la palabra—, vos sois, sin duda, un noble guerrero del ejército de Alarico. —Gunderico afirmó con la cabeza—. Tened piedad de nosotras, noble señor. Somos esclavas y nuestra vida ya no tiene ningún valor en la ciudad. Nuestro amo ha huido y nos ha abandonado aquí. No representamos para vos ningún peligro. Dejadnos marchar, señor.

Gunderico escuchó a la mujer y le dijo:

—Dices bien, anciana. Mañana ninguna vida tendrá valor en Roma.

Observó a las jóvenes en silencio, sopesando su decisión. Una de ellas, casi una niña, bajó los ojos ante su escrutinio. Gunderico contempló admirado lo fino de sus rasgos y la dignidad en su rostro, a pesar de sus ropas empapadas. La otra joven, un poco mayor, soportó con la cabeza erguida la mirada que le dirigió, y el guerrero pudo apreciar en sus ojos un destello de rabia contenida.

—Está bien —contestó por fin—. Dadme las baratijas que llevéis y podréis iros.

—Pero, señor —farfulló la anciana—, si os doy mi collar moriremos de hambre...

—Tendrás que elegir: morir de hambre o regresar a Roma —le replicó el visigodo.

La anciana le tendió una fina hilera de perlas que llevaba al cuello. Se disponían a marchar cuando Gunderico se lo impidió.

—He dicho todas las baratijas que llevéis. —Estirando la mano alcanzó a la más orgullosa de las jóvenes, a la que quitó un cordón que llevaba al cuello, del que pendía un anillo—. Te habías olvidado de esto —le dijo con sorna.

Cogió el anillo e intentó ponérselo, pero no le cabía más que en el meñique. Según se lo probaba, se fijó en él con más detalle. Era un sello de oro con un complicado diseño de un águila que sostenía entre sus garras una corona de laurel y una inscripción: «Imp. P. F. Flavius Honorius». Entonces se puso rígido y volvió a empuñar la espada.

—¡Un momento! —les gritó a las mujeres, que habían iniciado una prudente retirada—. Este es el sello imperial. Vosotras no huiréis a ninguna parte, os venís conmigo.

Asombradas de que un bárbaro hubiese reconocido a la primera el sello de Honorio, no opusieron ninguna resistencia. Gunderico las condujo hasta el campamento visigodo, donde se presentó ante el jefe de su destacamento, el príncipe Ataúlfo.

—Señor, he interceptado a tres fugitivas que trataban de huir. Dicen que son esclavas, pero una de ellas llevaba esto. —Le tendió el anillo.

Gunderico era uno de los hombres de confianza de Ataúlfo; por eso el príncipe lo escuchaba con atención al indicarle su significado.

—Piadoso y bendito emperador Flavio Honorio. Es el sello imperial, señor, por este motivo os las he traído.

Las tres mujeres fueron llevadas a la presencia de Ataúlfo, en el interior de su tienda de campaña.

—¿Quiénes sois y por qué lleváis el sello de Honorio? —preguntó.

—¿Sois Alarico? —le preguntó la más osada de las jóvenes.

Ataúlfo rio divertido.

—¿Crees que el rey se molestaría por la fuga de unas simples esclavas?

—No diremos nada hasta que estemos en su presencia.

Ataúlfo se levantó de su silla y se dirigió a la joven, sorprendido por su audacia. Había que estar loco para desafiar a un príncipe visigodo en su propio campamento. Se movió en torno a ella, fijándose en su rostro, cauteloso pero firme. Le cogió las manos y las observó. Eran finas y suaves. «De esclava, nada —pensó—. Son manos de patricia. Con ellas no ha trabajado nunca».

—Ya he perdido bastante tiempo con esto —resopló cambiando de estrategia—. Tú me has caído en gracia —dijo a la joven atrevida—, calentarás mi cama esta noche. Las otras dos son para ti, Gunderico. Tú las has capturado y te las has ganado. Haz con ellas lo que quieras.

Un murmullo de horror salió de la boca de la anciana.

—Perdonad, mi señor, no podéis hacer eso —dijo impulsivamente.

—¿Ah, no?, entonces tú podrás decirme quién es tu señora, porque ella es tu señora, ¿verdad?

—Sí, señor. ¿Vos sois? —preguntó la mujer con humildad.

—Soy Ataúlfo, príncipe de los visigodos y general de los ejércitos del rey Alarico, mi primo y cuñado —dijo con arrogancia.

—Perdonad mi torpeza, señor, pero es que...

—Basta, anciana. Ya he tenido suficiente paciencia con vosotras. Veremos si unos azotes os arrancan la verdad.

Hizo una señal a uno de los soldados, que volvió con un látigo de la mano, y, tomando a la anciana del brazo, la arrojó al suelo y se dispuso a azotarla.

—Esperad, señor, os lo suplico, no le hagáis daño —interrumpió la más joven—. Os diré lo que queréis saber, pero no la azotéis.

El soldado ayudó a levantarse a la anciana, que temblaba de miedo.

—Señor, me llamo Celia Sabina —dijo la muchacha— y provengo de noble familia. Mi padre es pariente de Teodosio, el anterior emperador. Él pagará nuestro rescate si respetáis nuestras vidas. Esta mujer —dijo refiriéndose a la anciana— es mi aya Domitila, que me ha



cuidado desde que nació. Y ella —concluyó por fin en voz más baja— es mi prima Gala.

—¿Es ese tu nombre? —preguntó Ataúlfo dirigiéndose a la otra joven.

—Me llamo Aelia Gala Placidia —contestó orgullosa.

Al oír esto el general visigodo, sorprendido, hizo un gesto a Gunderico, que salió de la tienda.

—¿Gala Placidia? —preguntó de nuevo.

Ataúlfo no podía creer en su suerte. ¡La hermana del emperador! La había capturado sin derramar una gota de sangre. ¡Podrían usarla para dar el golpe de gracia al Senado! «¿Cómo es posible que sea la hermana del emperador? —pensó—. ¿Será cierto lo que dice?». Su intuición le gritaba que era cierto, que ese porte y belleza solo podían encontrarse en las principales familias de Roma. «Pues sería una lástima —se dijo—, porque esta mujer me gusta; pero, si es quien dice, será imposible llevarla a mi lecho». En ese momento se abrió la puerta de la tienda y entró Alarico. A sus treinta y cinco años, su vida guerrera le hacía parecer bastante mayor, con una barba en la que ya habían aparecido las primeras canas, y unos temibles ojos rapaces. Miró a las mujeres, que temblaron bajo sus ropas húmedas, y, dirigiéndose a Ataúlfo, murmuró:

—Tu hombre me ha dicho que habéis realizado una importante captura, ¿es eso cierto?

—Mi rey, esta joven dice ser Gala Placidia, la hermana de Honorio.

—Si es eso verdad, ¿cómo no estáis con vuestro hermano? —le preguntó Alarico a la joven.

—Señor, Roma no puede soportar la humillación de ver a su emperador capturado. Aconsejé a Honorio, mi hermanastro, que partiera a Rávena antes del asedio porque es inexpugnable, y que acogiera al papa Inocencio I bajo su protección —respondió la muchacha.

—Que Honorio e Inocencio han huido a Rávena lo saben hasta los perros callejeros, pero ¿y vos?

—El emperador no puede dejar Roma sin amparo. Soy la representante de la casa imperial y me debo a mi pueblo.

—Ya veo —contestó con ironía Alarico—; por eso escapabais al abrigo de la noche.

—Señor —dijo con tristeza la orgullosa romana—, mi intención era negociar con vos el pago de las cuatro mil piezas de oro que exigís. He logrado reunir la mitad y, además, os proporcionaría las tierras que pedís en la Galia.

—¿Y la otra mitad?

—Las dos mil piezas de oro restante llegarán al puerto de Ostia esta semana desde las provincias hispanas Tarraconense y Bética, ya que hice recaudar un impuesto especial hace meses, cuando comenzó el sitio —se calló apesadumbrada.

El rey le indicó con la cabeza que continuara. Sabía lo del oro porque lo había confesado un rehén a cambio de su vida.

—Sin embargo, todos mis esfuerzos han sido en vano. El Senado ha decidido hacerlos frente con la guarnición que protege la ciudad, y el general que la dirige también prefiere el enfrentamiento. En mi opinión, es una locura, pues nos quintuplicáis en número, pero no me han escuchado. Desafían mis órdenes, que son las del emperador. Por eso esta tarde, tras el fracaso de mi última negociación con esos cabezotas, decidí huir. No le temo a la muerte, pero le soy más útil al emperador viva.

—¿Por qué decidisteis huir hoy? —preguntó el rey preocupado por si habían descubierto la conspiración de la puerta Salaria.

—Señor, vuestro ultimátum acaba mañana. Hasta el más estúpido de los esclavos imaginaría que habéis encontrado algún modo de entrar en la ciudad, aunque no sé por dónde. Solo los obstinados de los senadores se niegan a verlo.

—¿Y cómo habéis conseguido burlar el cerco de mis ejércitos? —preguntó Alarico entre aliviado y curioso—, porque os hallaron fuera de Roma.

—Mis agentes me confirmaron que tenéis controlado desde hace tiempo el puerto de Ostia, del que no pueden salir barcos y los que entran caen en vuestro poder, así que no podía huir por mar. También me han dicho que tenéis rodeado el *pomerium*<sup>[1]</sup> y controladas todas las rutas de acceso: las vías Salaria y Aurelia, y las que provienen del sur, la Latina y la vía Appia.

Todo era cierto. A esas alturas, Alarico estaba ya convencido de que hablaba con la verdadera Gala Placidia. La muchacha seguía explicándole.

—Nuestra única salida era el río. Nos arrojamos a la Cloaca Máxima y dejamos que la corriente nos arrastrara. Hemos logrado sobrevivir al Tíber, pero, al parecer, salimos por la orilla equivocada. La escolta nos esperaba río abajo, y no pudimos llegar hasta ella. El resto, ya lo sabéis —dijo con amargura.

—¡Eso explica vuestro olor, señora! —exclamó el godo.

Admirado por el valor de las tres mujeres, dio órdenes para que las permitieran lavarse y les dieran ropas secas. Les cedió su propia tienda real para que pudieran descansar y mandó que les enviaran de comer.

—Hasta mañana, señoras —dijo por último—. Nos espera una gloriosa jornada.

Al amanecer, Alarico, al frente de sus tropas, irrumpió en la ciudad por la Puerta Salaria y avanzó en tromba hasta llegar al Foro romano, donde esperó a que se corriera la voz y se congregaran los senadores y el grueso de la legión. Con parsimonia y gestos calculados subió al *rostra*<sup>[2]</sup>, contempló las caras de estupefacción de las gentes y desde allí gritó:

—¡Vengo a exigir que Roma cumpla su palabra!

—¡Roma no cede al chantaje! —respondió con grave voz el general Máximo Constancio.

—¡Esta es vuestra última oportunidad! —volvió a gritar Alarico—. Podemos negociar el pago que os exijo, al que añadiré mil sestercios de oro más por vuestra obstinación, y no habrá

derramamiento de sangre.

—¡No! —fue la escueta respuesta.

Alarico, tomando a Gala Placidia, a la que mantenía escondida, la puso delante de sí y le ordenó:

—Habla tú, mujer. ¡Convence a tu gente para que no se entreguen de forma voluntaria a la muerte!

—¡Pueblo de Roma! —gritó entonces la joven, mostrando en alto sus muñecas encadenadas—, esto es lo que nos espera hoy si nos empeñamos en resistir.

Un murmullo de asombro recorrió las filas romanas. El pueblo, arremolinado tras las líneas de legionarios, comenzó a exclamar:

—¡Es la princesa Gala Placidia, la hermana del emperador! ¡Ha sido capturada, estamos perdidos!

—Así es, romanos —habló ella de nuevo—, pero no desesperemos. El oro de Hispania viene en nuestro socorro. Aún podemos salvarnos.

—¡No! —gritó entonces un miembro del Senado—. ¡No caeremos de rodillas, podemos resistir!

Viendo que estaban ciegos, Gala Placidia realizó un último desesperado intento.

—¡Por el amor de Dios todopoderoso! ¿Queréis sacrificar a vuestros hijos y mujeres por un miserable montón de monedas? ¿No es la vida el don máspreciado a los ojos de Dios?

—¡Tu Dios cristiano es el que nos ha conducido a la perdición! —se oyó gritar entonces a Rutilio, el poeta, sentado entre los senadores—. Ha debilitado el espíritu romano haciéndonos creer que todos somos iguales. Tú y tu Agustín de Hipona diciendo que debemos perdonar al enemigo. ¿Debemos perdonar hoy y poner la otra mejilla? —la multitud rugió encolerizada—. ¡No!, tenemos que encomendarnos a los antiguos dioses, los que nos hicieron fuertes y temidos en todo el orbe. ¡Ellos nos darán la victoria!

Un clamor de descontento se extendió entre los romanos, que comenzaron a discutir entre sí. En ese momento, Máximo Constancio, viendo que los suyos dudaban y la situación se le iba de las manos, dio la orden de atacar.

—¡Adelante, por Roma y Marte Ultor!

Se levantaron los *gladius* romanos frente a las espadas cortas y los redondos escudos visigodos. Las cohortes de soldados avanzaron cubriéndose con sus escudos rectangulares, adoptando la formación de la tortuga según su tradicional estrategia.

En inferioridad de cinco a uno, los legionarios hicieron frente al contrataque de los visigodos, que arremetieron contra ellos cada vez con más fuerza. El pueblo, gritando aterrizado, huía para ponerse a salvo, dejando solos a los soldados, que iban cayendo uno tras otro.

Roto el cinturón defensivo que rodeaba al general, una jabalina atravesó su coraza y se le clavó en el pecho. Máximo Constancio agonizaba, ahogándose entre estertores de sangre, mirando sin ver la hecatombe que lo rodeaba.

Alarico ordenó a Gunderico que pusiera a salvo a las tres mujeres, que permanecían inmóviles en medio de aquel espanto. Gala Placidia, despertando de su estupor, le indicó que las condujera al palacio imperial, donde encontrarían refugio. Durante el trayecto al monte Palatino pudieron ver cómo el ejército de Alarico extendía sus tentáculos por la ciudad, matando a todo el que se opusiera a su paso. La legión había sido derrotada en apenas media hora. Aplastadas todas las defensas, los visigodos arrasaron feroces las zonas nobles residenciales, como el Quirinal, y se cebaron en los barrios populares, como la Subura y el Argiletum, que ardió por los cuatro costados. Algunos romanos se refugiaron en sus casas, pero las huestes de Alarico los sacaban a punta de lanza, asesinando a los que ofrecían la más mínima resistencia. Otros se escondieron en los templos dedicados a las antiguas deidades. Los visigodos arrastraron a las calles las estatuas de los otrora orgullosos Júpiter Capitolino, el oriental Mitra o el dios de la guerra, Marte, destrozándolas a golpes. Las cabezas de los dioses los miraban desde el suelo con sus vacíos ojos de piedra, junto a los cuerpos de los desdichados que, buscando allí refugio, habían encontrado la muerte. Vaciaron el panteón, morada de todos los dioses, y despojaron de sus imágenes al imponente templo de la Venus Genitrix, de la poderosa familia Julia, estrellando contra las losas del suelo los bustos, exquisitamente tallados, de emperadores y patricios. Irrumpieron en el templo de Saturno, sede del Tesoro del Estado, se llevaron sus arcas e incendiaron el Tabularium, el gran archivo que guardaba la historia del Imperio.

Los visigodos sometieron a Roma a un saqueo salvaje. Como una plaga de langostas, robaron el oro y la plata de las grandes mansiones y templos, las vajillas, los cofres de joyas de las mujeres, los perfumes y especias, todo lo que a sus ojos tuviera el más mínimo valor.

Aquellos que se refugiaron en las iglesias y en las catacumbas corrieron mejor suerte. Se les perdonó la vida, pero fueron capturados por millares. Los visigodos, cristianos arrianos, respetaron, sin embargo, los templos católicos. Del magnífico mausoleo de San Sebastián, en la vía Appia, donde se decía que estaban los cuerpos de los apóstoles Pedro y Pablo, se limitaron a llevarse los cálices y el ajuar litúrgico, sin tocar tallas ni profanar imágenes. De la basílica de San Marcelino y San Pedro cogieron solo el impresionante sagrario donado por Constantino, que había sido tallado entero en filigrana de oro. Tuvieron la inusual delicadeza, en mitad de la violencia, de ordenar primero al sacerdote que sacara la sagrada forma.

Gunderico condujo a las tres mujeres al palacio imperial, junto con una nutrida escolta de guerreros. Cuando terminaron de subir al monte Palatino, pudieron contemplar las densas columnas de humo, que se elevaban por toda la ciudad enrareciendo el aire. Al llegar a las puertas del palacio, los guardias les ordenaron detenerse, pero ante un imperioso gesto de la princesa

depusieron las armas sin oponer resistencia.

El palacio, mandado construir por Domiciano, el último emperador Flavio, estaba dividido en dos alas. En la primera, la *domus* Flavia, se encontraban las grandes salas de representación, en las que el emperador realizaba las grandes recepciones y las reuniones de Estado. Gala Placidia pasó de largo y se dirigió sin dudarle hacia la segunda ala del palacio, la llamada *domus* Augustana, donde se hallaban las estancias privadas del emperador y su familia. Entró al peristilo seguida de su séquito. Pero antes de poder subir a sus aposentos, Gunterico ordenó que se detuvieran junto a una gran fuente adornada con escudos y mandó a sus guerreros que buscaran y trajeran a su presencia a todos los sirvientes. Las jóvenes esperaron, sin decir nada, a que los hombres de Gunterico cumplieran la orden.

El caos que reinaba fuera no había alterado la tranquilidad del hermoso patio. Las hojas de los macizos de aligustre murmuraban movidas por el aire, y exóticas adelfas en enormes macetas de terracota impregnaban el aire con su dulce olor. A lo lejos se escuchaba el canto de las tórtolas. Celia Sabina se sentó al borde de la fuente y contempló el agua preguntándose si todo el dolor vivido era real o un mal sueño. Su mundo había sido destruido, estaban retenidas por los bárbaros y era imposible saber lo que pasaría mañana. Su único alivio era pensar que sus padres estaban lejos, en su querida Hispania. Habían partido el año anterior para organizar la defensa de sus tierras frente a la amenaza de vándalos y alanos. Se separaron con pena, pero ella debía permanecer en la corte, junto con su prima Gala Placidia. Se imaginó la impotencia de su padre al conocer la caída de Roma y que ella había sido capturada. Pensó en la angustia que sufriría su madre sin saber si estaba viva o muerta. Era la única hija que les quedaba, pues sus tres hermanos varones habían muerto en la adolescencia. Pensando en cómo el dolor volvería a instalarse en el pecho de su madre, una lágrima comenzó a rodar despacio por su mejilla. Gunterico la contemplaba en silencio. Movido por un impulso que ni él mismo podía explicar, deslizó su dedo encallecido por la suave mejilla de la joven, enjugando su lágrima. Ella volvió de sus pensamientos, y los ojos de ambos se encontraron en una mirada larga y profunda. Todavía se estaban recuperando de la ternura de aquel gesto cuando los soldados irrumpieron en el peristilo, conduciendo allí a todos los que habían encontrado en las estancias del palacio. La confusión y el miedo dieron paso a un murmullo de alivio cuando los criados vieron a la princesa. Un anciano se abrió paso entre los sirvientes y, dirigiéndose a Celia Sabina, extendió los brazos. La joven se lanzó a ellos y se fundieron en un abrazo. Instintivamente, Gunterico aferró su espada, pero al ver las canas del anciano se relajó un poco.

—Apolodoro, amigo mío, volvemos presas pero vivas —le dijo.

Una formidable matrona, ya entrada en años, se dirigió a Gala Placidia.

—Querida sobrina, cuéntanos qué ha pasado. Estaba muerta de preocupación. Cuando me dirigí esta mañana a tus aposentos, no te encontré. ¿Es cierto que Roma ha caído?

—Así es, tía Constancia —le respondió la interpelada—, somos cautivas del rey Alarico, que impone hoy su ley.

—¡Qué aciago día! ¡Roma ha sido profanada y nosotras seremos escarnecidas por los bárbaros! —gritó la dama.

—Tranquilizaos, señora, y no tengáis temor de ser escarnecida —le dijo Gunderico fastidiado por sus gritos.

Ofendida por el comentario, la aludida se envolvió en su manto con un gesto de dignidad ultrajada. En ese momento, Gala Placidia se echó a reír, y a sus carcajadas se unieron las de Apolodoro y Domitila. Incluso Celia Sabina se permitió sonreír. Se relajó así el temor que les mantenía a todos en tensión.

—Habéis demostrado sobrado valor, señor mío —le dijo al guerrero la princesa—. Nadie había osado hablarle así a Constancia, tía de Honorio y esposa del que fue emperador Graciano.

—Ya hemos pasado suficientes horrores por hoy, vayamos a tomar un refrigerio y descansar, ya que no podemos hacer otra cosa —dijo Domitila dirigiéndose a las jóvenes y a Gunderico.

La princesa, vencida por la fatiga, respondió que sí. Se dirigían a su comedor privado cuando Constancia les interrumpió escandalizada.

—No puede ser, dos doncellas principales como vosotras no podéis quedaros a solas con estos bárbaros.

Gala Placidia comenzó a replicarle que eran cautivas y que no podían elegir. Entretanto, Gunderico, con fina ironía, invitó a la matrona a unirse a ellas mientras comían para que comprobara con sus propios ojos que no les causaba daño alguno. La comida fue frugal; incluso la cocina del emperador sufría las consecuencias del año de asedio.

Al finalizar, Gala Placidia se dirigió a sus habitaciones para descansar, acompañada por Domitila y varios guardias visigodos, que se apostaron ante puertas y ventanas. La tía del emperador, Constancia, se dirigió a su propia habitación, sufriendo una nueva afrenta en su amor propio cuando Gunderico consideró que no era necesario situar guardia alguna en su puerta.

En el comedor permanecieron Celia Sabina, Apolodoro, que no se había separado de ella, y el propio Gunderico. Tras un embarazoso silencio, Celia Sabina rompió su timidez y se dirigió al guerrero.

—Señor, podéis visitar el palacio si lo deseáis. Mi preceptor, Apolodoro, conoce cada rincón y la procedencia de todas las obras de arte que nos rodean.

—Aceptaré vuestra sugerencia, señora, si nos acompañáis —le respondió Gunderico.

—Apolodoro de Tesalónica, a vuestro servicio —se inclinó ante él el anciano—. Esta bella joven también podría contaros toda la historia de este palacio, pues es la mejor alumna que he tenido. También es muy versada en filosofía natural y matemáticas.

El maestro, al que no se le había escapado lo sucedido en la fuente, trataba con disimulo de disminuir el interés del visigodo por la muchacha, presentando como defecto su educación para protegerla. Se sorprendió, por tanto, al ver un brillo de interés en los ojos del bárbaro.

—¿De veras? —preguntó a la joven—. A mí también me gustaban las matemáticas, pero cuando los hunos nos arrojaron de nuestras tierras tuve que cambiar el *stilus* por la espada.

Entraron en el peristilo de la *domus* Flavia, adornado con un hermoso pórtico de mármol de Numidia, y se dirigieron al Aula Regia. Era esta una gran estancia que impresionaba por sus dimensiones. Al mirar hacia arriba pudieron observar el magnífico techo artesonado. En el suelo, las imágenes de los mosaicos parecían vivas, y en las paredes había nichos en los que reposaban enormes estatuas de mármol de colores. Apolodoro le señaló el nombre de los dioses que representaban. Contemplaron una impresionante talla de Hércules de tamaño sobrehumano, la belleza andrógina del dios Baco y al resto de los habitantes del Olimpo. Después se dirigieron a la basílica, una inmensa sala en la que antaño se reunía el consejo imperial, que estaba formada por tres naves separadas por una doble fila de columnas. Como hacía ya tiempo que no se convocaba allí ningún consejo, la basílica se utilizaba para almacenar las innumerables obras de arte y los trofeos de guerra que había acumulado Roma a lo largo de su existencia. Las maravillosas obras de arte que sustrajo Nerón y colocó en la *domus* Áurea, que volvieron a los templos públicos tras su muerte, habían retornado al palacio imperial cuando Teodosio prohibió el culto a los antiguos dioses con un doble fin: evitar que se siguieran adorando y protegerlas de las iras de los cristianos más intransigentes.

En la primera de las naves los recibió amenazante Luperca, la loba capitolina, con sus dientes de bronce. Apolodoro le contó a Gunderico la leyenda de Rómulo y Remo, fundadores de la ciudad.

—De ella sacarían su fiereza los romanos —bromeó el godo.

Mientras escuchaba las palabras del anciano, Gunderico contempló con curiosidad un extraño recipiente de bronce, tan grande como el tronco de un hombre, formado por un cilindro bellamente grabado con escenas mitológicas, con tres figuras danzantes que remataban la tapa. Se soportaba sobre tres patas con forma de garra de león.

—Esto es una cista —le informó Apolodoro—, un recipiente para guardar cosméticos y joyas. Pertenece a la hija de un rey. Tiene grabada la historia de Jasón y los argonautas, griegos, como yo. Sobre un pedestal les esperaba una hermosa vasija de bronce, del rey Mitrídates —explicó el anciano—. Fue traída a Roma como botín de guerra tras la conquista del reino de Ponto, en Asia.

En la segunda de las naves, Gunderico se admiró de las maravillas que veía: atletas desnudos de bronce, a la manera clásica helena; reproducciones en mármol de dioses griegos, egipcios, persas y tracios; delicadas Venus surgiendo del agua y bustos de emperadores, que con

su ceño fruncido imponían respeto. Observaba la ruda belleza de un púgil descansando, con los ojos fatigados y largas cicatrices surcando su rostro de bronce, cuando le llamó la atención una monumental estatua de terracota, que sonreía con una mueca sardónica.

—Representa a Apolo y es etrusca, del escultor Vulca —afirmó Apolodoro.

—¿Etrusca? —preguntó el visigodo—. ¿De dónde era ese pueblo que contaba con dioses felices?

—Eran los antiguos pobladores de Roma, antes de la fundación de la ciudad —indicó el maestro.

—Ah, seguramente dejarían de sonreír al ser conquistados —fue la respuesta de Gunderico—. ¿Y estas curiosas láminas de oro? ¿Qué son estas incisiones? —preguntó el joven acercándose a unos estantes de madera tallada.

—También es etrusco el antiguo lenguaje. Esta lámina cuenta la historia de cómo el rey Velianas gobernó sabiamente bajo la protección de la diosa Astarté.

En la tercera de las naves, Gunderico se quedó de nuevo absorto ante un conjunto formado por dos estatuas, un hombre y una mujer. Ella, de rodillas, acababa de morir atravesada por la espada de su marido, y él se clavaba esa misma espada en el pecho. Tallados en el mármol se podían apreciar los borbotones de sangre que manaban de la herida. Impresionado por el realismo de la talla, preguntó quiénes eran.

—No se sabe con seguridad —dijo Apolodoro—. Unos dicen que es Galo de Pérgamo, que se suicidó al ser vencido.

—Pero yo prefiero creer que es el último numantino, que eligió la muerte a la esclavitud —le interrumpió Celia Sabina, que había permanecido callada hasta aquel instante.

—¿Numantino? —preguntó con curiosidad Gunderico.

—Sí, era un antiguo pueblo de Hispania, mi patria —contestó con orgullo la joven—. Fueron vencidos y sojuzgados tras un largo asedio bajo el mando del general Escipión. Cuenta la historia que las cadenas no pudieron atar ni a un solo numantino al carro del vencedor. Todos prefirieron morir antes de ser capturados.

—Pero tú eres romana, ¿no es cierto? —le preguntó con extrañeza Gunderico.

—Sí, lo soy. Mi padre es ciudadano y tribuno romano, pero procedemos de Hispania, como el anterior emperador. Yo nací allí y siento que mi pulso se acelera al oír narrar sus leyendas. Roma cifra su grandeza en el valor de los pueblos a los que vence. Cuanto más se resisten, mayor respeto les muestran los romanos. Y yo me alegro de llevar su sangre en mis venas.

El joven asintió con gravedad, compartiendo el sentimiento de ella. Se volvió despacio, y lo que vio después logró cortarle la respiración.

—Esto es... —comenzó Apolodoro.



—Lo sé, el mobiliario del templo de Jerusalén —dijo el visigodo estupefacto ante unas bellísimas trompetas de plata, tan grandes que tendrían que ser tocadas por gigantes—. Creía que era una leyenda —afirmó asombrado.

A su lado, brillando con magnificencia, reposaba un bellissimo candelabro de oro con siete brazos, tan alto como un hombre.

—El candelabro del templo —le indicó Celia Sabina con sencillez.

Gunderico recitó:

—«... de oro puro el candelabro, con su pie y su tallo de oro batido; sus cálices, sus globos y sus lirios hacían un cuerpo con él. De su tallo salían seis brazos, tres de un lado y tres de otro. Tenía en el primer brazo tres cálices de flor de almendro, formando un capullo que se abre, y otros tres en el segundo brazo, y lo mismo en todos los seis brazos que salían del candelabro. Se empleó para hacer el candelabro y sus utensilios un talento de oro puro».

—¿Conocéis la Biblia? —preguntó Celia Sabina sorprendida.

—Así es —asintió el bárbaro—. Este pasaje pertenece al libro del Éxodo. Ulfilas convirtió a mis abuelos al cristianismo y tradujo la Biblia a nuestra lengua. ¿Creías que adorábamos a dioses sedientos de sangre?

—No, señor, no era mi intención ofenderos —contestó la joven turbada—. Es que este candelabro es más que un símbolo. El propio Moisés recibió de Dios la orden de construirlo. Es sagrado.

Gunderico lo contempló largamente y, acariciando con respeto uno de los brazos, preguntó:

—¿Cuándo llegó este tesoro hasta aquí?

—Hace tres siglos, cuando el general Tito destruyó el templo de Jerusalén tras su victoria frente a los judíos —le contestó Apolodoro—. Hizo traer todo esto como su botín de guerra.

—Pues ahora formará parte del mío —rugió por detrás Alarico, sobresaltando a los tres.

—Os estábamos buscando, Gunderico —le informó Ataúlfo, que avanzaba junto a su rey—. ¿Dónde está la princesa Gala Placidia?

—Reposando en sus aposentos, mi señor.

—Bien, pues vayamos a buscarla. Quiero que haga llegar un mensaje a Honorio —dijo el monarca—. Partiremos en cuanto hayamos montado en los carros todo esto —se dirigió a los hombres que lo acompañaban—: Coged únicamente las piezas de metal. La piedra no puede fundirse y pesa demasiado.

Encontraron a la princesa en compañía de su tía Constancia. La mujer, ante la presencia del rey visigodo, se asustó tanto que apenas abrió la boca cuando este la saludó cortésmente.

—Enviaréis un mensaje a vuestro hermano, señora —le ordenó Alarico a Gala Placidia—. Le contaréis cómo ha caído Roma, que estáis en nuestro poder y que el precio de vuestra

liberación será que me nombre *magister militum*[3]. También quiero que me proporcione las tierras que le exijo en la Galia.

—Mi señor —se dirigió al rey Celia Sabina cuando este terminó de hablar con la princesa—, os pido permiso para escribir a mis padres y tranquilizarles respecto a mi vida.

—Bien, muchacha —concedió Alarico—. Les dirás también que pueden comprar tu libertad.

Varias semanas más tarde, el ejército visigodo se dirigía hacia el sur, con una lentitud que exasperaba debido a los cientos de carros cargados con tesoros y los miles de prisioneros. Habían dejado atrás la exhausta ciudad de Roma y se dirigían a Nápoles con la intención de llegar hasta Sicilia, donde embarcarían hacia Cartago.

Las negociaciones con Honorio no iban por buen camino. El emperador no había aceptado ninguna de las peticiones del godo, y Gala Placidia seguía cautiva.

Alarico había vuelto sus ojos al norte de África, el granero de Roma. «Ahora ya tenemos un tesoro —afirmaba—, solo necesitamos tierras para establecernos». Y estaba dispuesto a arrebátarselas al Imperio.

Gunderico fue designado guardián de la princesa y sus acompañantes. Mientras avanzaban por las calzadas romanas se había acostumbrado a charlar con Celia Sabina y Apolodoro de los más diversos temas. El preceptor continuaba ilustrando a la muchacha con sus pláticas y encontró en el joven un oyente atento y un buen conversador.

Al principio, el godo tenía miedo de que tratasen de escapar, y su presencia constante junto a las prisioneras se debía, sobre todo, a la precaución. Pero, con el paso del tiempo, el deber se convirtió en una agradable tarea, sin que por ello su guardia dejara de ser férrea.

En muchas ocasiones se les unía Ataúlfo, que obtenía también placer en departir con Gala Placidia, con la que mantenía unos duelos dialécticos que atacaban los nervios de Constancia. La princesa llegó a desear con expectación estos encuentros, que eran su única distracción.

Los días discurrían uno tras otro, y las jornadas de fatigosa marcha daban paso a cortas horas de descanso, que apenas bastaban para reponerse del cansancio. El otoño sucedió al verano y pronto sintieron los primeros fríos del invierno.

Una noche, transcurridos varios meses ya desde la caída de Roma, y próximos a la ciudad de Cosentia, Gala Placidia y su pariente fueron llamadas a cenar a la mesa real. Como estas invitaciones no eran muy frecuentes, las jóvenes acudieron con curiosidad a la tienda del rey, acompañadas por el leal Apolodoro y la formidable Constancia, que no hacía más que quejarse a su sobrina de las privaciones a las que estaban siendo sometidas.

—Ahora tendréis vos misma la oportunidad de reclamarle al visigodo que echáis en falta a vuestro masajista —le dijo Gala Placidia. El acicate tuvo el efecto contrario, pues la buena señora permaneció callada todo el transcurso de la cena.

La mesa del rey estaba bien surtida con los productos que cogían en los pueblos por los que pasaban, y corría el vino mezclado con agua y miel, a la manera romana. Finalizados los primeros platos, Alarico se dirigió a la más joven de las muchachas.

—Querida niña, vuestro padre ha pagado por vos un rescate digno de una reina. Lástima que no pueda decir lo mismo de vuestra prima. Sois libre. Partiréis mañana acompañada de vuestros sirvientes y una escolta que os conducirá a los brazos de vuestra familia.

Celia Sabina dio un grito de alegría y se abrazó a Apolodoro, que estaba a su lado. Sin embargo, sus ojos se empañaron con tristeza al mirar a Gunderico, al que la noticia le causó el efecto de un mazazo en el estómago.

—Mi rey, os suplico que me permitáis acompañar a Celia Sabina, yo dirigiré su escolta —le pidió Gunderico.

—No, Gunderico, no puedo prescindir de ti ahora —le contestó el monarca—. Eres uno de mis mejores capitanes y te necesito para conquistar Cartago.

Calló el joven ante la negativa de su rey y no buscó ningún argumento para retener a la joven. Cabizbajo, contra su costumbre, vació de un trago el vaso de vino y se enfrentó con una mirada iracunda a Ataúlfo, que lo observaba compasivo. A duras penas pudo contenerse para no levantarse de su sitio y desairar la mesa real.

Continuaron sucediéndose los manjares de la cena hasta que sucedió un nuevo incidente. La princesa, cuando le presentaron una de las fuentes, se negó a probar su contenido: unos apetitosos jureles asados y aderezados con *garum*, la salsa siempre presente en la cocina romana.

—Señor —le dijo a Ataúlfo en voz baja—, ese pez no puede estar en buen estado. Yo que vos no lo probaría, si no queréis amanecer mañana con dolor de estómago.

Consciente de que Gala Placidia no ofendería innecesariamente a su anfitrión, Ataúlfo mandó retirar la fuente, pero fue desautorizado por Alarico, que se burló de los temores de la mujer y se sirvió un jurel.

—Es mi propio cocinero quien ha elaborado estos platos. —Rio—. ¿Tenéis miedo de ser envenenada? —le preguntó a la princesa.

—No, señor —le contestó la joven—, pero ya ha pasado la época de este pescado. Estos ejemplares no pueden ser frescos.

—¿Tanto entendéis de cocina, señora? —continuó Alarico burlón, entre bocado y bocado.

—A la fuerza, señor, pues dirigía la intendencia del palacio de mi hermano. Un año de asedio logra que se aprenda rápidamente.

Comió el rey sin hacer más comentarios. Varios de los presentes le imitaron y la fuente pronto quedó vacía. Ataúlfo no los probó, ganándose la mirada reprobatoria de su pariente. Gunderico, ensimismado, ni se enteró de lo sucedido, y Celia Sabina, con la noticia de su liberación había perdido el apetito varios platos atrás. Cuando el rey dio por acabada la cena

levantándose de su silla, el resto le siguió con secreto alivio.

A la mañana siguiente partió Celia Sabina en compañía de Domitila y Apolodoro. La despedida fue dolorosa. Tras dar un beso a Constancia y fundirse en un abrazo con Gala Placidia, ambas se desearon suerte y prometieron seguir en contacto.

—Escribid a mi hermano en Rávena, él os contará de mí, porque yo no sé lo que me depara el destino —le confió la triste princesa.

Saludó Celia Sabina a Ataúlfo, que se había acercado a confortar a la rehén por la marcha de su pariente y amiga, y por último estrechó las manos de Gunderico en silencio durante varios minutos. No se dijeron nada, pero sus ojos se expresaron con elocuencia.

Se marchaban ya las mujeres sobre dos recios caballos enviados por el padre de la muchacha, cuando Apolodoro abrazó afectuosamente a Gunderico, al que había tomado mucho aprecio. El sentimiento era correspondido por el joven, pues había encontrado en el griego un sabio maestro. El anciano, montado en su caballo, antes de unirse a las mujeres le dijo a Gunderico que no perdería nada si podía acercarse algún día por las tierras de Occilis, en la Hispania Tarraconense.

—Mi señor Cayo Celio no tiene más hijos que Celia Sabina, que es la luz de sus ojos. Haría lo que fuera por verla feliz. Además, no le vendrían mal un par de brazos jóvenes —tras este mensaje, que hizo aparecer la esperanza en el corazón de Gunderico, desapareció entre una nube de polvo.

Esa misma tarde, Alarico se sintió indispuerto. Su lugarteniente dio la orden de parar, preocupado al ver que al rey le costaba mantenerse erguido sobre el caballo. Una atmósfera de preocupación se extendió sobre el campamento visigodo. Al pie de las hogueras, los guerreros decían en voz baja que varios de sus jefes se encontraban mal. Todos presentaban los mismos síntomas: mareos, náuseas y vómitos.

El físico del rey, un judío enjuto llamado Abram Ben Simón, salió presuroso de la tienda del monarca para preparar un remedio que aliviara su enfermedad. No había duda de que la causa era el jurel. Todo el que lo probó había enfermado.

A la mañana siguiente, Alarico empeoró, con diarrea y fiebre alta. El médico trataba de atajarla con infusión de corteza de sauce y saúco, y le aliviaba el estómago sus hierbas secretas y agua de limón. Solo se podía esperar. Atendió también al resto de enfermos, a los que mandó trasladar a una tienda contigua a la real para no separarse del monarca. El estado del general Sinderico también era preocupante, ya que tenía una fiebre tan alta que deliraba.

Con el rey y su principal general fuera de combate, Ataúlfo asumió la organización del campamento. Acostumbrados a la marcha, los soldados se removían inquietos por la parada forzosa. Les asignó la tarea de revisar carros y armas para mantenerles ocupados. Ayudado por Gunderico, reforzó la guardia a los prisioneros romanos para evitar que aprovecharan la

confusión para amotinarse.

El joven Gunderico estuvo muy atareado toda la jornada. La gran labor que tenía por delante lo distrajo de sus sombríos pensamientos. Sin embargo, tuvo que reconocerse a sí mismo que echaba de menos la rutina de los días anteriores. Le hubiera gustado poder seguir conversando con Celia Sabina en sus interminables discusiones sobre la divinidad de Cristo. La joven, católica, trataba de demostrarle que Jesús tenía la misma naturaleza divina que el creador de todas las cosas, a lo que el visigodo se oponía con firmeza. Ninguno de los dos era auxiliado por Apolodoro, que los escuchaba sonriente y sin intervenir, pues el griego era un iniciado en los misterios de Mitra y renegaba del cristianismo. En vez de eso, tuvo que ingeniárselas para resolver problemas prácticos, como calcular si una rueda podría soportar el peso de un carro con un radio de menos, o si tendrían la cantidad suficiente de provisiones para permanecer acampados una semana. También en esto echó en falta la cabeza matemática del anciano.

Al caer el sol, Gunderico se dirigió hacia la tienda real en busca de sus superiores. Había ordenado parar la actividad por la falta de luz, y un silencio anormal se extendía por el campamento. Cuando llegó a la presencia de su príncipe, este le informó de que el general Sinderico había muerto hacía una hora, ante la impotencia del físico judío, que no había podido atajar su fiebre. Sinderico era el sucesor a la corona designado por Alarico. Visto el grave estado del propio rey, el consejo visigodo decidió reunirse esa misma noche para proponer un nuevo candidato a monarca.

Se habían congregado ya los ancianos en la tienda de deliberaciones. Desde la puerta se escuchaba cómo gritaban y discutían. Sin embargo, cuando entró Ataúlfo acompañado de su lugarteniente, se hizo el silencio. Wandulfo, uno de los ancianos, tomó la palabra. Dirigiéndose a los presentes indicó que, en su opinión, había dos candidatos que destacaban entre los demás: el general Atanagildo, famoso por su gran valor, y el propio Ataúlfo, que a sus cualidades guerreras unía su condición de pariente del rey.

Les instaron a que expusiera cada uno las ideas bajo las que pretendían gobernar. Atanagildo explicó que continuaría el legado de Alarico si este —Dios no lo quisiera— no lograba superar su enfermedad. Llegarían a África y se establecerían allí, combatiendo a los romanos.

Ataúlfo, en cambio, les sorprendió a todos al indicarles que los visigodos no eran un pueblo marino, y que aprender a manejar y fletar barcos les iba a llevar demasiado tiempo y recursos, pues no quería confiar su vida a los marinos romanos.

—Soy partidario —dijo— de finalizar estas luchas sangrientas, que nos han hecho vagar por todo el Imperio, y pactar con el emperador que nos permita establecernos en un clima más acertado para nosotros que el africano, como las Galias o incluso Hispania. Tenemos ya la cantidad de oro suficiente para hacer de cada uno de nosotros un hombre rico. Podemos

establecernos en paz y prosperidad para ver crecer a nuestros hijos.

Esta propuesta consiguió que se levantaran muchas voces de asentimiento, porque era lo que muchos deseaban en el fondo de sus corazones. El anciano Wandulfo les hizo callar a todos y preguntó a Ataúlfo cómo pretendía negociar con el emperador allí donde Alarico había fracasado.

—Podemos establecer lazos de sangre —afirmó—. La hermana de Honorio está entre nosotros. Si me acepta, me casaré con ella, y el emperador tendrá que considerarnos parientes y aliados.

—¿No es ese un sacrificio personal demasiado grande? —le preguntó Wandulfo.

—Créeme, no es ningún sacrificio —contestó Ataúlfo.

—Pero ella es romana —insistió el anciano—. ¿Te fías de ella?

—Sí, lo hago, pues le debo hoy la vida. Ella aconsejó al propio rey que no comiera aquel maldito pescado, anteponiendo la precaución a la cortesía. Además, ha demostrado de sobra su valor y su sentido común, pese a ser una mujer. Será una gran compañera si se digna aceptarme.

Los reunidos en la tienda decidieron entonces que la propuesta de Ataúlfo era la más sensata y decidieron presentarlo como sucesor del rey. No se atrevieron a brindar con vino, como era la costumbre, por respeto al que yacía a las puertas de la muerte. Se retiraban ya los ancianos cuando llegó un mensajero que les indicó que el rey quería verlos.

Al llegar a la presencia del monarca, Gunterico quedó sobrecogido al ver su aspecto. Estaba tan desmejorado que sus mejillas habían desaparecido, hundida la carne en el hueso de la mandíbula. Tenía un color amarillento y su barba sin recortar le daba un aspecto siniestro. Con los ojos brillantes por la fiebre, buscó a Ataúlfo, al que tendió una mano temblorosa. Se la estrechó este con suavidad, tratando de entender lo que el rey quería decirle con voz entrecortada.

—Ataúlfo, primo mío, cuida tú de los nuestros, pues el Señor me reclama a su presencia. Conduce a nuestro pueblo a la paz.

Un fuerte retortijón causó que el enfermo se doblase sobre sí mismo, soltando la mano que sostenía Ataúlfo. En la gran tienda, atestada de visigodos, solo se oía la respiración fatigosa y sibilante de Alarico. Ante este nuevo ataque, el médico rogó a los presentes que desalojaran la tienda, y todos salieron de ella convencidos de que también el rey había confirmado a Ataúlfo como su sucesor.

Aguardaron en vigilia los visigodos hasta el amanecer. Ninguno se atrevió a retirarse a descansar. Las hogueras lucieron toda la noche, calentando el frío ambiente. Tranquilos ya los ánimos tras el nombramiento del heredero, solo restaba esperar.

A la mañana siguiente, Ataúlfo se presentó en la tienda de Gala Placidia, que aguardaba inquieta las noticias que pudiera darle. Aunque nadie le había informado, en todo el campamento no se hablaba de otra cosa que del grave estado del rey.

—Mi señora —se dirigió a ella Ataúlfo—, aún no os he dado las gracias por haberme

salvado la vida —tomando su mano, la besó con suavidad. La princesa, confundida, esperó a que continuara—. Ya sabéis, señora, que no me sois indiferente, pero no me he atrevido a poner mis ojos en vos, pues estáis muy lejos de mi alcance.

—También yo os miro, Ataúlfo, como se mira a un hombre, pero no soy libre para decidir.

—¿Me aceptaríais siendo un simple soldado?

—Si pudiera elegir, señor —dijo la romana—, no tendría ninguna duda, pero estoy destinada desde la cuna a un matrimonio de Estado.

—¿Y si fuerais libre? —insistió el visigodo—. ¿Desearíais ser mi esposa?

—Nada me haría más feliz, pero soy una princesa de Roma. Hasta ayer obedecía a mi hermanastro, y hoy debo acatar los designios de vuestro rey si quiero salvar mi vida.

—Algo en vuestro tono me dice que no os agrada servir a vuestro hermano —afirmó Ataúlfo.

—A vos puedo deciros la verdad. Mi hermano es inconstante y muchas veces egoísta. A los nueve años fue nombrado emperador, y desde entonces quiere demostrar que no es un niño. Desde pequeño han satisfecho todos sus deseos y no soporta que le lleven la contraria. Tengo miedo del marido que me imponga y me gustaría alejarme de la corte imperial, donde el menor desliz puede costarte la vida, como le sucedió a Estilicón. Ese ha sido el error más grande de mi hermano. Con Estilicón vivo, Roma no habría caído.

Al oír a la princesa, Ataúlfo, que había luchado en el frente contrario, no pudo por menos que darle la razón.

—Mi señora —le dijo tomando sus manos—, debéis saber todo. Alarico está en los umbrales de la muerte. No creo que supere esta noche. Tanto el consejo de mi pueblo como el mismo monarca me han nombrado su sucesor. Si Alarico muere, mañana seré el nuevo rey de los visigodos. Un rey con tesoros, pero no con tierras. Esto es lo que os ofrezco, y vos sabéis que la corona es una pesada carga. Habéis demostrado que sois sabia y valiente. Salvasteis mi vida y habéis rendido mi corazón —calló Gala Placidia, confundida, pero no soltó sus manos. Ataúlfo continuó—. No quiero teneros vagando sin fin. Me gustaría establecerme junto con mi pueblo en buenas tierras y ver crecer a mis hijos. Si es necesario, buscaré la alianza con Roma. Pero no deseo coaccionaros, señora, no es necesario que me deis la respuesta en este momento. Os pago la deuda que he contraído con vos por mi vida. Sois libre. Podéis partir ahora mismo si lo deseáis. Podéis volver a Roma, a Rávena o esconderos de vuestro hermano. Pondré una escolta a vuestra disposición para que os proteja. Pero, antes de ir, tomaré de vos esto. —Estrechándola entre sus brazos, le dio un beso en los labios, fuerte, exigente. La princesa se dejó llevar, aturdida, respondiendo a la urgencia del visigodo con su mismo vigor. Tras el beso, Ataúlfo salió impetuosamente, dejando a Gala Placidia confundida ante una tormenta de sentimientos.

Llegó el príncipe a su propia tienda furioso consigo mismo. No estaba seguro de qué le

había hecho perder la cabeza de aquel modo. Dejaba escapar a la rehén que le garantizaría la corona. Su corazón y su orgullo determinaron concederle la libertad. La deseaba como a nada, más que a la corona, sin duda. Pero quería que fuera libre para entregarse a él por su propia voluntad. «Eso es absurdo en este tiempo en que vivimos», pensó. Comenzaba a beber una copa de vino sin aguar, que le supo a cenizas, cuando entró Gunderico.

—Señor... —empezó.

—Hola, Gunderico, amigo mío —le interrumpió su superior, y vació de un trago lo que quedaba en la copa—. Tú serás el único que no me reprochará lo que he hecho.

El joven le dirigió una mirada interrogante y esperó a que hablara.

—He dejado marchar a Gala Placidia. No podía seguir reteniéndola después de lo que hizo por mí. Es lo más estúpido que he hecho nunca, y lo extraño es que no me arrepiento.

—No tendréis que responder a Alarico por eso, señor. El rey ha muerto y el consejo os reclama.

Velaron toda la noche el cuerpo de su monarca. A la luz de las antorchas, los guerreros, de uno en uno, inclinaron la cabeza ante el catafalco que sostenía el cadáver del rey, rindiéndole un silencioso homenaje. Con las primeras luces del alba, condujeron el cuerpo a la confluencia de los ríos Crasi y Busento. En un minúsculo islote que formaban allí las aguas, enterraron a Alarico junto con su armadura, su espada y un tesoro de oro y plata. La tumba quedó señalada con una sencilla estela de piedra con una cruz labrada.

Los guerreros comenzaron a reclamar a Ataúlfo, y este, según la costumbre, se puso en pie sobre la tumba de su antecesor. Con toda solemnidad, Wandulfo le ciñó la diadema incrustada con rubíes, que era el símbolo de la dignidad real entre los visigodos. Después, el consejo en pleno le juró fidelidad y vasallaje.

Comenzó a correr el vino para celebrar al nuevo rey. Los gritos y vítores se hicieron cada vez más fuertes, y aunque Ataúlfo, sonriente, estrechaba las manos de todos y se dejaba felicitar, en su rostro había cierta tristeza.

Volvió ya el nuevo rey hacia el campamento, rodeado de sus generales, y una mujer a caballo se acercó al séquito. Se fue abriendo camino hasta Ataúlfo. Cuando llegó hasta él le dijo que quería ser la primera en felicitar al nuevo rey de los visigodos. Este sujetó al caballo por la brida y, dirigiéndose a la mujer, que no era otra que Gala Placidia, le preguntó en voz baja:

—¿Habéis venido a despediros?

—No es mi intención, señor rey. Por una vez, mi corazón y la lógica siguen el mismo camino. Me he aficionado a vos y quiero veros cada mañana. En cuanto a Roma, el más tonto puede ver que nos conviene teneros como aliados, no como enemigos. Otras tribus de bárbaros han cruzado las fronteras. Juntos podremos defendernos de sus amenazas. Mi hermano no tendrá otra opción que aceptarlo.



Con el rostro exultante de alegría, Ataúlfo rogó a sus acompañantes que los dejaran a solas. Regresaron caminando, ella sobre el caballo y él sujetando la brida, mientras hablaban alegremente. Al llegar a la tienda real, la primera orden de Ataúlfo como rey fue levantar el campamento y partir de nuevo hacia Roma, donde tenía noticia de que se encontraba de nuevo el emperador. También dispuso que se liberara a todos los prisioneros, como muestra de buena voluntad hacia su prometida. La mayoría de los cautivos decidieron volver a Roma junto con los visigodos, pero esta vez como hombres libres. El retorno a la ciudad se hizo más leve, ya que eran los propios romanos quienes apretaban el paso para volver a casa.

Con el transcurso de los días, Gunderico se volvió más y más taciturno. Ya no podía hablar con el rey con la antigua camaradería que los unía, y este se mostraba siempre muy ocupado con sus nuevas responsabilidades.

Una tarde, a la caída del sol, y ya instalado el campamento, Gunderico se acercó al borde del río a cuya orilla habían acampado. Para calmar su rabia y anhelo se sumergió en las heladas aguas, braceando con energía. Cuando salió del agua más sosegado se encontró con Ataúlfo, que le miraba divertido.

—No logras sacarla de tu cabeza, ¿verdad? —preguntó el rey.

—No, mi señor, por más que lo intento.

—Me duele verte tan triste, porque he sufrido tu misma rabia al ver a mi amor fuera de mi alcance. Me has obedecido fielmente, y sin ti mi destino ahora sería otro. Como premio a tus servicios, te doy permiso para que vayas a buscar a Celia Sabina. Procura hacerla feliz.

—Pero, señor, ¿no me necesitaréis para luchar?

—Poca lucha espero tener, son horas de diplomacia. Mas no temas, si te necesitara sabría dónde llamarte.

Se fundieron en un abrazo. Al despedirse el joven del rey, este, generoso, le dijo que aún debía pagarle una recompensa por haber capturado a las romanas. Le condujo hasta los carros donde se guardaba el botín y, señalando hacia ellos, le indicó que escogiera lo que deseaba llevarse. Abrumado Gunderico por el honor concedido, le dijo a su rey:

—De todos estos tesoros, con una sola cosa me daría por bien pagado. Permitidme, señor, llevarme el candelabro del templo de los judíos. Es un objeto sagrado, que cuidaré con mi vida.

—También en esto eliges bien —dijo Ataúlfo—. Sea. Te asignaré una guardia, no puedes ir solo por los caminos. Vete en paz, amigo mío.

Entrada ya la primavera, un grupo de jinetes seguidos por un carro avanzaba despacio por la calzada romana que cruzaba la Tarraconense, en Hispania. Días atrás habían dejado el puerto de Barcino, después la ciudad de Caesar Augusta y se adentraban en el valle del Arbujuelo. Tras rebasar unas salinas en las que un gran número de hombres trabajaban con empeño, llegaron al pie

de la muela en la que se asentaba orgullosa la ciudad de Occilis. Gunderico y sus hombres subieron la empinada cuesta que llevaba a las puertas de la ciudad. Los soldados se encontraban llenos de ánimo al ver el final de su viaje, y el visigodo sentía una mezcla de expectación y temor a ser rechazado. Mientras uno de los hombres preguntaba por la casa de Cayo Celio, Gunderico y el resto de guerreros admiraron el solemne arco de triunfo que destacaba en lo alto de la colina, mandado levantar en honor de Domiciano, según se leía en letras doradas. Se dirigieron a la vía *decumana* de la ciudad, y al llegar a la puerta de la casa que les habían indicado, la que llamaban *domus* del Tritón, Gunderico indicó a sus compañeros que le esperaran allí. Al preguntar por el dueño, condujeron al joven a una amplia sala de planta rectangular, con unos anticuados mosaicos, que estuvieron de moda un siglo atrás. Se fijó Gunderico en las extrañas figuras allí representadas: un sireno y un macho cabrío con cola de pez enmarcados con figuras geométricas. Estaba tratando de averiguar qué animales representaban, cuando entró el anciano Apolodoro. Al ver al visigodo, lo celebró y le dio un abrazo.

—Estás admirando los mosaicos que han dado fama a esta *domus* —dijo con travesura—. Mira este extraño personaje. Es el tritón que da nombre a la casa, aunque a mi amo no le guste.

En ese momento entró un hombre en la estancia y tras él se cerraron las puertas. Delgado y maduro, vestía una toga con franjas púrpuras. Apolodoro, dirigiéndose al recién llegado, hizo las presentaciones.

—Mi señor, este es Gunderico, el joven del que os hablé. Fue quien cuidó de que Celia Sabina no sufriese daño alguno —le dijo al hombre—. Este es mi señor, Cayo Celio Sexto, gobernador de la ciudad —le informó al joven.

Miró el hombre al visigodo con una fuerza contenida, mezcla de hostilidad y desaprobación, sin estrechar la mano que el joven le ofrecía. Gunderico le sostuvo la mirada con prudencia pero sin temor.

—¿Qué habéis venido a hacer aquí? —preguntó con desagrado.

Sin acobardarse ante el frío recibimiento, Gunderico, después de carraspear, contestó al gobernador.

—Señor, vengo respetuosamente a solicitaros la mano de su hija.

—¿Y quién eres tú que a Celia me solicitas?

—Soy Gunderico, capitán del ejército de Ataúlfo, rey de los visigodos, pariente suyo y también su consejero.

—¿Ataúlfo? —preguntó Apolodoro sin poder contenerse—. ¿Ha derrocado a Alarico?

—No, amigo. Alarico murió, al poco de iros vosotros, debido a una intoxicación por comer pescado en malas condiciones —le respondió el guerrero.

—¿Qué forma más absurda de morir! —exclamó entonces el anciano—. Y ahora vuestro nuevo rey es Ataúlfo.

—Así es —afirmó el joven—, y me ha dado licencia para venir hasta aquí.

—Alarico, Ataúlfo, ¡qué más me da! —intervino Cayo Celio, al que no le había gustado la interrupción de Apolodoro—. Todos son bárbaros que se denominan a sí mismos reyes tratando de compararse con Roma, cuna de la civilización —continuó con una mueca de desagrado—. No os ocultaré que me ofende solo pensar que mi única hija pueda casarse con un bárbaro. Además, ¿creéis que he vendido la mitad de mis bienes para pagar su rescate y voy a dejar ahora que os la llevéis?

—No pretendo ofenderos, señor. Me acusáis de bárbaro, a pesar de que profeso vuestra misma fe. Soy cristiano, aunque seguidor de Arriano. Decís que no soy civilizado, pero sé leer y escribir en vuestro idioma y conozco vuestras leyes.

—¡Yo no soy cristiano! —exclamó el hombre enfadado—. Considero el cristianismo como una religión de pusilánimes, aunque tolero que mi mujer lo sea porque ha sufrido demasiado. Yo profeso respeto a mis dioses Lares, a los que todas las mañanas rindo homenaje, y a mis Manes, los espíritus de mis antepasados. ¡Algunos me acusan de estar anticuado y, lo que es peor, de ir en contra de los deseos del emperador, pero no podrán imponerme a su Cristo!

Mientras tanto, Livinia, la señora de la casa, alertada por los criados, permanecía al otro lado de la puerta, escuchando atentamente, en el momento que llegó su hija Celia Sabina, a la que había mandado buscar. Quiso la joven acceder a la estancia, lo que impidió su madre tomándola del brazo. Con el dedo índice sobre los labios, le suplicó que callara.

—Contente, hija, y escucha, pues tu padre no va a agradecer tu intervención.

—Pero yo quiero ver si es Gunderico —dijo irritada la joven.

—Lo es, mi niña, lo es, ya se lo ha preguntado Domitila a sus hombres. Les he invitado a que pasen a las caballerizas y se refresquen.

—¿Y qué está hablando con padre? —preguntó Celia Sabina ansiosa.

—Quiere casarse contigo —le contestó en un susurro. Al ver la expresión indescifrable de su hija, le dijo muy seria—: Hija mía, piensa bien lo que vas a responderme. ¿Quieres a ese hombre? ¿Querrás permanecer junto a él a lo largo de tu vida?

—Sí, madre, he tenido tiempo de sobra para darme cuenta —Celia Sabina no dudó en contestar.

—Bien —respondió entonces Livinia—, por lo que me has contado, parece un buen hombre, pero quiero asegurarme. Calla y escucha.

—Madre —dijo la joven con inquietud al oír el tono enfadado de Cayo Celio—, padre está alzando la voz. No negaré su consentimiento, ¿verdad?

—Déjame enterarme de lo que pasa ahí dentro si quieres que te ayude —le contestó la mujer. Olvidando su dignidad de matrona romana, pegó la oreja a la puerta.

—Tampoco somos un pueblo tan merecedor de desprecio —continuaba defendiéndose

Gunderico—, porque la propia hermana del emperador Honorio ha aceptado desposarse con mi señor Ataúlfo.

—¿Es cierto eso que afirmas? —preguntó Cayo Celio con voz ronca—. ¿Tienes alguna prueba de tu palabra?

—¿Pruebas, señor? —contestó dubitativo el joven—. Podría solicitar confirmación a mi rey con una carta, pero eso tardaría semanas.

—¡Pues no vamos a quedarnos sentados esperando! —bramó el patricio—. Además, aunque fuera cierto, seguro que la han forzado a aceptar.

Se hizo un silencio hostil hasta que Apolodoro intervino.

—Gunderico, amigo mío, ¿no traerás por casualidad alguna carta de la princesa Gala a su prima?

—Pues sí —contestó el visigodo sorprendido—. Pretendo entregársela cuando tenga oportunidad.

—¿Y no será posible —continuó el griego con astucia— que Gala Placidia le cuente en su carta todas las novedades que le hayan sucedido?

—Muéstrame esa carta —dijo hosco Cayo Celio—. Veremos cuánto hay de verdad en lo que cuentas.

Se dirigieron hacia las caballerizas, seguidos a prudente distancia por las mujeres. Gunderico sacó de sus alforjas un pergamino cuidadosamente enrollado y se lo entregó a Cayo Celio, quien lo agarró con brusquedad y le quitó el sello de cera con la imagen del águila. Después, empezó a leerlo.

*A mi muy querida prima Celia Sabina:*

*No puedo esperar para contarte las buenas noticias que me acontecen. Ataúlfo, el elegido de mi corazón, me ha pedido en matrimonio y le he aceptado. Es el nuevo rey de los visigodos, y hará lo posible por llegar a un acuerdo con mi hermano.*

*He de decirte que me permitió elegir entre quedarme con él u obtener mi libertad. Como tú conoces mis sentimientos, no te extrañará que haya preferido aceptar a Ataúlfo a volver a la zozobra y las intrigas de la corte. Además, ha ordenado liberar a nuestros hermanos romanos. Aunque su fe está equivocada, coincidimos en lo esencial, y con el paso del tiempo confío en convencerle de su error y...*

—¡Es suficiente! —exclamó Cayo Celio. Volviéndose al visigodo, le interpeló—: ¿Con qué cuentas para ofrecer a mi hija la vida a la que está acostumbrada?

—Es cierto que no tengo tierras, señor, pero dispongo del suficiente oro para comprarlas allí donde desee. —Se dirigió hacia el carro y descubrió las telas que lo cubrían.

A la luz del sol brillaron vasijas de oro y plata y varios cofres repletos de monedas, que Ataúlfo, en su generosidad, había obsequiado a su pariente pensando, sin temor a confundirse, que

Gunderico jamás profanaría el candelabro fundiéndolo. Cayo Celio los miró asombrado. El joven era, sin duda, un hombre rico. A pesar de todo, el gobernador continuó mostrándose reticente. Con aire de suficiencia le dijo a Gunderico que ni con el doble de ese oro podría comprar a su hija. En ese momento, Livinia se presentó a sí misma al godo como la madre de Celia Sabina y le preguntó con educación a qué quería dedicarse y dónde tenía intención de establecerse. Inclínándose ante ella, Gunderico le contestó que bien podría ocuparse en la administración de las tierras que comprara, o supervisar una concesión de sal, idea que se le ocurrió a la vista de las salinas al pie de la ciudad. Incluso ofreció su experiencia guerrera para la defensa de la población.

—Un hombre con tales riquezas no es menester que se preocupe de trabajos —pronunció con altanería Cayo Celio.

—Es de hombres prudentes el mantenerse ocupado —afirmó, en cambio, su mujer—. Y decidme, joven, ¿dónde os gustaría vivir?

—Señora —contestó Gunderico animado por la dulzura de la mujer—, he vagado por los caminos desde que tengo uso de razón, después de ser expulsados de nuestras tierras. No tengo preferencia por vivir en Roma, Hispania o el fin del mundo. Donde decida Celia Sabina estará bien.

—¿Y sería mucho pedir que os instalarais aquí, con nosotros? —volvió a preguntar la mujer ante la mirada iracunda de su esposo.

—Señora, allí donde me acepten formaré mi familia. Esa será mi tierra y allí echaré raíces.

Satisfecha Livinia con las respuestas, asintió con la cabeza y estrechó la mano de su hija. Sin embargo, la aprobación de su mujer no fue suficiente para Cayo Celio, que seguía oponiéndose con obstinación. No le valieron de nada las lágrimas a Celia Sabina, que suplicaba a su padre que le permitiera casarse con el visigodo. Gunderico se dirigió entonces cabizbajo hacia la puerta, ante la desconsolada mirada de la joven, y Livinia le rogó que se detuviera. Se volvió entonces a su marido y, con tono mesurado, le preguntó qué poderoso motivo tenía para romper su corazón y el de su hija. Desconcertado Cayo Celio por este ataque que no esperaba, le pidió a su esposa que se explicase.

—Querido Cayo, tú sabes que ya no somos jóvenes; no podemos despreciar lo que anhelamos por culpa de un estúpido orgullo. Mi sueño, al igual que el tuyo, es poder abrazar a un nieto, sangre de nuestra sangre. Recuerda que la muerte nos arrebató a nuestros tres hijos y cómo sufrimos al saber prisionera a Celia. Un corazón roto tarda en curar. Si no le permitimos hoy casarse, quizá no tengamos otra oportunidad.

—¡Claro que me gustaría tener nietos! —exclamó el aludido—. ¡Pero no de un bárbaro!

—¡No digas tonterías! ¡Nosotros mismos somos despreciados por los romanos de cuna por haber nacido en provincias! Recuerda cómo te molesta que te traten así. ¿Quieres hacer tú lo

mismo?

Apabullado el gobernador por las palabras de su esposa, no supo contestarle, y la digna matrona aprovechó su silencio para asestar el golpe de gracia.

—Por lo que me han contado tu hija y el sagaz Apolodoro, este joven está más que capacitado para dirigir nuestras tierras y las salinas, relevándote a ti de esa carga, que cada día te cuesta más. Te podrías dedicar a lo que más te complace: el gobierno de la ciudad, que ahora tienes descuidado. Imagínate por un momento en el foro, paseando tranquilamente entre los ciudadanos y recibiendo felicitaciones por la gracia de tu nieto, a quien llevas de la mano, que juega con su *gladius* de madera...

Calló el hombre ante la visión que le exponía su esposa. Durante un minuto, que se hizo eterno, lucharon en su interior dos fuerzas contrarias. Por fin, tras enjugarse una lágrima —le dio rabia no poder contenerla—, dio su consentimiento. Al escucharlo, Celia Sabina se lanzó con ímpetu a los brazos de su padre, que aceptó complacido el abrazo. Mientras tanto, Gunderico se inclinó ante Livinia y le dijo:

—Señora, de todas las batallas que he librado a lo largo de mi vida, esta ha sido, sin duda, la más difícil. No hubiera podido convencer a vuestro esposo sin vuestra ayuda. —Y acercándose a sus alforjas sacó de ellas un saquito de piel que entregó a la mujer—. Tomad, como muestra de agradecimiento. Estaban destinados a vuestra hija, pero, como son los más bellos que tengo, os los ofrezco a vos.

Livinia se puso roja de satisfacción al sostener en la palma de la mano dos fabulosos collares. Uno, de delicada filigrana de oro con engarzados rubíes rojos como gotas de sangre; el otro estaba formado por dos hileras de perlas, del tamaño de avellanas, que relucían con un suave brillo nacarado. Observó con alegría que en el fondo del saquito estaban los pendientes a juego. Impulsivamente, le dio dos besos. A continuación, Gunderico sacó del carro una espada con una ornamentada vaina y se la ofreció a su futuro suegro.

—Aceptad este regalo, señor. Por lo que me ha contado de vos vuestra hija, imagino que sabréis apreciarla.

Sacó el gobernador la espada de su funda y estudió su factura sencilla. Observó incluso que estaba mellada en algunos puntos. Miró interrogante al guerrero y dijo con curiosidad:

—Esta espada la han utilizado, ¿a quién perteneció?

—A Julio César, señor. Según dicen, fue la que llevaba al cruzar el Rubicón. Con ella indicó a su ejército que avanzara, en contra de las órdenes del Senado. Fiándose de él, todos le siguieron como un único hombre.

Cayo Celio, amansado y humilde, le dio las gracias. Con un gesto que sorprendió a todos, le estrechó por el hombro y dijo:

—Ven, hijo, a ver todo esto. Ya que vas a ocuparte de ello, cuanto antes lo conozcas,

mejor.

Una semana más tarde se casaron los dos jóvenes. Fue una ceremonia sencilla, oficiada por un afable sacerdote amigo de la familia, que no dio importancia al hecho de que Gunderico fuese arriano. Esto había preocupado a Livinia, que preguntó al visigodo si pondría alguna objeción a desposarse por el rito de la Iglesia romana. Se sintió muy aliviada cuando este la tranquilizó afirmando que él deseaba casarse por encima de todo, y que pronunciaría los votos católicos si era necesario.

Tras el banquete nupcial, Gunderico llamó aparte a Apolodoro.

—Acompáñame un instante a mis habitaciones, amigo, que quiero consultarte algo.

El griego, sorprendido ante la petición, pensó que no era el más indicado para resolver las timideces de un joven ante su noche de bodas, pues él era un anciano solterón. Así se lo estaba indicando cuando Gunderico le sorprendió con un regalo.

—Toma, Apolodoro. Quería entregarte esto como muestra de mi aprecio, agradecido por tus ánimos e intervenciones. —Le entregó la colección completa de láminas de oro etruscas que vieron en el palacio imperial—. Las cogí pensando en que tú podrías traducirlas y cuidarlas. Son tuyas.

Salió de la estancia el griego con lágrimas en los ojos, y Gunderico se dirigió a buscar a su mujer. Cruzó el atrio hasta llegar al vestíbulo y la encontró junto a un pequeño altar en el que convivían, en tranquila armonía, varias estatuillas de los dioses lares de Cayo Celio y una hermosa talla en madera pintada que representaba a Jesucristo. Había hecho llevar la joven hasta allí el candelabro de siete brazos, regalo de bodas de su nuevo esposo, y estaba llenando ella misma las lámparas con un aromático aceite de oliva traído desde la Bética. Le ayudó Gunderico a colocarlas en su sitio, pues ella sola no alcanzaba, y después, entre los dos, encendieron las siete mechas. Al acabar, se postraron de rodillas tomados de la mano. Rogó Gunderico al Señor que bendijera su unión con numerosos frutos y prosperidad. A continuación, se levantaron despacio, con los ojos brillantes de alegría, y se dirigieron a sus aposentos.

El candelabro resplandecía con su imponente presencia, proyectando una luz que oscilaba tenue. Alcanzando toda la estancia, iluminaba las tallas, que desprendían serenidad, creando una atmósfera de devoción y alabanza.

Después, todo quedó en silencio.

## Capítulo 2

Valladolid, primavera de 2008

El AVE arrancó puntual de la estación de Valladolid en dirección a Madrid. Desde la megafonía, George Gershwin desgranaba su *Rhapsody in Blue*. Los últimos viajeros se acomodaban en sus asientos mientras el resto miraba con indiferencia o desplegab el periódico. Una azafata con voz aflautada nos agradecía que hubiéramos elegido los servicios de RENFE y nos recordaba que no estaba permitido fumar a bordo.

El tren avanzaba entre las primeras luces de la mañana, y por la ventanilla pude ver los últimos bloques de edificios antes de que fueran engullidos por la oscuridad de los pinares. Medio adormilada aún, escuché la musiquilla de arranque de Windows del ordenador de mi compañero de asiento. Volví a mirar por la ventanilla, donde la oscuridad había dado paso a una tenue luz. Sintiendo que ya estábamos cerca, traté de localizar la pequeña casa de campo, y me tuve que contener para evitar señalarla con el dedo, como hacen los niños pequeños cuando reconocen lo que les hace felices. Por la falta de luz y la velocidad del tren pude intuir, más que ver, la casa de veraneo de mis padres, en la que había pasado los mejores veranos de mi infancia. Recordé que allí empezó todo, el verano pasado, en una mañana de julio soleada y brillante. Aquella mañana era perfecta. Me había levantado tarde, disfrutando de mis últimos días de vacaciones, y estaba desayunando tranquila, acompañada del periódico en el jardín, cuando...

Pero, discúlpenme, todavía no me presentado. Me llamo Amelia. Amelia Galván Fernández-Torres, y tengo veintisiete años. Los que no me conocen suelen pensar que soy antipática, aunque la realidad es que soy tímida, muy tímida. Si unimos este defecto a mi aspecto, el de una joven alta y delgada, la sensación instintiva que despierto es la de altanería, así que habitualmente procuro tamizar ese efecto con miradas amables y palabras educadas. No hay muchos más defectos terribles en mi carácter. He tenido una vida confortable y tranquila, arropada en el seno de mi familia, y me gusta pensar que soy una persona normal y sensata.

Hija única, pude estudiar aquello que me gustaba, aún en contra de la opinión de mi padre, abogado de gran prestigio en mi ciudad de provincias. Él siempre me aconsejó que buscase el lado pragmático de la vida e intentó orientarme para que hiciese algo de provecho, unos estudios prácticos con los que luego encontrase un buen trabajo, como económicas, derecho o incluso medicina. Mi madre, en cambio, no quería siquiera que estudiase. Anclada todavía en una mentalidad decimonónica, no entendía que quisiera estudiar, disponiendo, por herencia, de un pequeño capital que podría sostenerme sin grandes lujos. No le gustaba que, dicho con sus propias



palabras, me quemase las pestañas entre tanto librote polvoriento. Y, sobre todo, que no le prestase ninguna atención a mi aspecto ni a asuntos de moda.

Con estos puntos de vista tan opuestos, hice lo que me vino en gana, que fue estudiar lo que de verdad me apasiona: la Historia. Me especialicé en Historia del Mundo Antiguo y Medieval, más concretamente en Arqueología. Pero no piensen que me va el rollo Indiana Jones, ni mucho menos. Lo de correr delante de una piedra gigante, con sombrero y látigo en ristre, nunca fue para mí. Tampoco me gustó nunca pasar calor y penurias en las excavaciones. Como pueden ver, no soy el prototipo de arqueóloga. Lo mío es el estudio, tranquila y calentita en la biblioteca, de todo aquel libro que caiga en mis manos.

Mientras estuve en la facultad, mi madre insistía en que me arreglara más, que no fuera con la cara lavada, que en sus tiempos las chicas estudiaban con el único objeto de conseguir un marido, y que hiciera el favor de fijarme más en los chicos que me rodeaban; pero, más que en sus caras, en sus familias y en sus cuentas corrientes. No es que no me interesara por ellos, es que ellos, en general, me encontraban insignificante. Nadie se fijaba en mí salvo para pedirme los apuntes, sobre todo a final de curso.

Cuando finalicé la carrera estuve un par de años trabajando como becaria en el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la facultad, donde mis mayores méritos fueron saber catalogar y documentar, con más o menos acierto, los hallazgos que otros compañeros, más dispuestos a sudar, encontraban en las campañas de verano. Me especialicé en la clasificación de las cerámicas celtíberas y romanas encontradas en los yacimientos arqueológicos que la universidad tenía diseminados por distintos puntos de la región.

Por fin, un día tomé una decisión que, para mi sorpresa, hizo, al mismo tiempo, felices a mis padres: me presentaría a unas oposiciones. Luego, ambos se desesperaron también a la vez cuando les dije que aspiraba a una plaza de arqueóloga en la Consejería de Cultura. Mi padre objetó, de modo razonable, que por qué no lo intentaba en la universidad, donde ya conocía a los catedráticos, o que en todo caso buscase un cuerpo más general al que pudiera acceder por ser licenciada.

—Tienes que darte cuenta —me dijo—, de que plazas de arqueólogos solo salen dos o tres por convocatoria; con suerte, cada dos años. Me dolería mucho verte decepcionada por hacer todo el esfuerzo en vano.

Mi madre insistía en que era mucho mejor, dónde iba a parar, opositar a administrativa, dignísimo cuerpo en el que ella tenía varias conocidas. O si no, podía opositar directamente a consejera. Ya metidos en harina...

A pesar de los malos augurios, y contra todo pronóstico, logré aprobar las oposiciones. Obtuve un meritorio tercer puesto, de las tres plazas convocadas, que me condujo camino Soria, como dice la canción. Este fue mi primer y hasta ahora único destino. Allí llevé mis maletas, dije

adiós a mis padres y me establecí en la ciudad. Comencé a realizar un trabajo que me encantaba y del que tenía todo por aprender.

Así había planteado mi vida: tranquila, agradable, sin grandes sobresaltos. Hasta aquella mañana del pasado verano. Ese día fue el inicio. Ese día comenzó para mí esta extraña aventura.

Como les iba contando, había transcurrido ya buena parte del mes de julio y estaba disfrutando de mis días de vacaciones en la casa de verano de mi familia. Saboreaba un buen café, valorando como se merece el lujo de poder desayunar en el jardín bajo los árboles, cuando oí los gritos de mi madre.

—¡Amelia, hija, ven, que te estoy llamando! ¡Ha sucedido algo terrible!

De mala gana levanté los ojos del periódico, dejé la tostada a medio morder y me dirigí hacia el porche de la casa, donde mi madre me hacía aspavientos.

—¿Qué pasa, mamá, ha vuelto a entrar un topillo en la casa?

—Calla, hija, no me lo recuerdes, no seas desagradable. Además, esto es serio. Ha llamado la policía. ¿Te acuerdas de Eduardo Bárcena? —Vagamente recordé que era el inquilino de un piso que había heredado mi madre de una tía abuela, en un pueblo cercano a la capital, y que, una vez desprovisto de todos los cachivaches que se van acumulando a lo largo de toda una vida, habíamos decidido alquilar—. Lo han encontrado muerto en la cama, creen que de un infarto, y quieren que vayamos allí. ¡Es terrible! ¡Qué trastorno!

—Sí, mamá, ¡pobre hombre!

—No fastidies, hija, casi ni lo conocíamos. Me refiero a que tu padre está de viaje. Él, que se ocuparía divinamente del asunto..., así que tendrás que ir tú.

Más por hacerle rabiarse que por otra cosa, le contesté:

—Mamá, no es por nada, pero la que ha firmado el contrato de arrendamiento eres tú. Es a ti a quien querrá ver la policía.

—¿Yo?, de ninguna manera. No sabría qué hacer, me pondría nerviosa y seguro que diría alguna bobada...

Viendo que no era el hecho de la muerte en sí, sino la incomodidad que suponía, lo estaba angustiando en verdad a mi madre, me apiadé de ella y le dije que no se preocupara, que yo atendería a la policía. Al oír estas palabras, se recompuso de inmediato y esbozó una media sonrisa.

—De acuerdo, hija, no olvides maquillarte.

Llegué al portal de la casa de la tía abuela Merche tratando de recordar lo poco que sabía de ese hombre, por si me lo preguntaban. En la puerta había una ambulancia y dos camilleros que, según me acercaba, cerraron las puertas traseras y arrancaron, dejando tras de sí un pequeño grupito de curiosos. Un policía muy amable me dejó pasar a la vivienda cuando le dije que era la hija de la propietaria, y que nos habían llamado. Me encontré con un hombre de mediana edad,

con un gran bigote negro. «Igual que en las novelas», pensé. Se presentó como el inspector Sánchez Cuadrado. Cuando me identifiqué como Amelia Galván, la hija de la propietaria, se disculpó diciendo que lamentaba haber asustado a mi madre, y que nos había avisado porque era necesario cumplir todos los trámites. Me preguntó si teníamos algún teléfono u otra dirección de contacto de Eduardo Bárcena, y si conocíamos a su familia.

—No, no conocemos a su familia —le contesté.

Le di los números de teléfono que teníamos en casa; uno, de un móvil. Después de marcarlo comenzó a sonar la conocida musiquilla de Nokia en la habitación contigua. Era el móvil del muerto. El otro número era un teléfono fijo con el prefijo de Orense.

Le conté al inspector lo poco que sabía del fallecido. Trabajaba en las obras del AVE como capataz, o algo así. Le había gustado el piso en el pueblo porque estaba cerca de las obras, además de ser medianamente barato. Por lo demás, solo sabía que pagaba el alquiler con puntualidad, que tenía el recibo domiciliado en su cuenta bancaria y que él se hacía cargo de los gastos de luz, agua y calefacción. Yo no lo conocía en persona, y por la descripción de mi madre debía de tener unos cincuenta años. El inspector me dio las gracias y cogió de nuevo el teléfono para llamar al número de Orense que le había entregado. Me quedé allí, escuchando la conversación que mantuvo con algún desconocido al otro lado de la línea, sin saber si era correcto o no, aunque al inspector no parecía importarle.

—Lamentamos comunicarle... Sí, esta noche, parece que ha sido un infarto... Sí, se han llevado el cuerpo al Instituto Anatómico Forense... Sí, la autopsia... Sí, nos avisó su compañero de piso...

«¿Cómo? —pensé— ¿Su compañero de piso?». ¡La casa estaba arrendada a una sola persona! Intentaba asimilar la idea del compañero de piso cuando el susodicho entró en la habitación.

—¿Eres tú la casera? —me preguntó.

—Sí, vengo en su nombre —le dije.

Era un hombrecillo flaco, cargado de hombros, sin afeitado y con un aire bastante infantil, por lo que me fue difícil precisar su edad. Además, se frotaba las manos con nerviosismo.

—¡Ha sido horroroso! ¡Qué impresionado estoy, no he podido pegar ojo! ¡Me va a resultar imposible dormir aquí una noche más! Estoy recogiendo mis cosas y me iré esta misma tarde —ante mi silencio, continuó—. Supongo que me devolverás la fianza.

—¿Se refiere usted a la fianza que Eduardo Bárcena nos entregó al alquilar el piso?

—Sí, esa... ¿Cuánto era? ¿Mil euros?

—Mire, ese dinero se lo devolveremos con mucho gusto a los herederos legales del señor Bárcena una vez que hayamos comprobado que no hay desperfectos en el piso.

—Ya. Además, esto que ha pasado me está afectando mucho. Yo lo encontré muerto,

necesitaré ir al médico para que me receten algo. Deberías pagarme los gastos —agregó.

—¿Está usted pidiendo dinero por lo que ha sucedido?

—Sí, supongo que sí —me contestó con desfachatez.

—Oiga —le dije con los ojos todavía abiertos por la incredulidad—, el contrato estaba a nombre de Eduardo Bárcena, y no había ninguna cláusula que permitiera que el piso se subarrendara ni que se alquilaran habitaciones, o lo que fuera.

—Ya, pero es que los alquileres son caros, y Eduardo, que era mi amigo, me dijo que podía quedarme con él mientras encontraba otra cosa.

—¿Y cuándo fue eso?

—Hará un mes —me contestó—. De todas formas, tenéis la obligación de darme algo de dinero por el susto, ¿no es así? —se dirigió al inspector, que ya había acabado de hablar por teléfono y estaba escuchando, entre divertido y estupefacto, nuestro rifirrafe.

—Miren, esto es un tema entre ustedes. Yo no me meto —le contestó.

—Pero alguien debería decirles a estos señores que me indemnicen —protestó.

—Vete a los tribunales, si quieres, y reclama lo que le dé la gana; pero, de momento, recoge tus cosas y ten la bondad de salir de esta casa —le dije cuando se me acabó la paciencia.

—Un momento —intervino el inspector—, primero le tomaré declaración y me dará sus datos para que podamos localizarle. Después —le dijo mirándome de reojo—, sí, le aconsejo que se vaya. Usted, señorita Galván, quédese, por favor. Todavía le tengo que hacer algunas preguntas.

Nos indicó que nos sentáramos los dos en el sofá. Él se arrellanó en el sillón favorito de la tía Merche. No pude por menos que pensar que el inspector parecía tener un sexto sentido para descubrir cuál era el asiento más cómodo de la casa.

—Cuénteme todo desde ayer, señor López. Ese es su apellido, ¿no? —dijo consultando su cuaderno de notas.

—Sí, Carlos López. Yo llegué anoche del bar, sobre las doce, porque estuve viendo el resumen del Tour. Eduardo había subido a casa algo antes. Se encontraba un poco cansado por el calor, eso me dijo. Cuando llegué, él ya se había acostado. Después de comer un refrigerio en la cocina, me fui a la cama.

—¿No lo vio?

—No..., pero sé que se levantó al servicio, porque oí el ruido de la cisterna antes de dormirme.

—¿Cuándo se dio cuenta de que había fallecido?

—Por la mañana, hacia las siete y cuarto, cuando me levanté. Eduardo se levantaba muy pronto, a las seis y media, para estar en su trabajo a las ocho. Yo solía coincidir con él en la cocina antes de que se fuera. Nos tomábamos el café juntos y después él se iba a trabajar.

«¡Vaya! —pensé—, lo de no pegar ojo era retórico».

—Al ver que no estaba en la cocina y al no oír ningún ruido —continuaba el tal López—, creí que a lo mejor se había ido ya, pero me extrañó, porque me lo habría dicho, así que fui a su habitación y lo encontré rígido, con los ojos abiertos. Cuando lo toqué estaba... frío. Además, había vomitado; pisé sin darme cuenta el vómito —se estremeció de asco—. Una vez que me repuse de la impresión, llamé a la policía.

—¿Había notado si estaba nervioso, deprimido, o algo fuera de lo normal?

—No, bueno..., sí. Esta última semana estuvo un poco raro. Había quedado con un amigo, o algo así, y no quiso que lo acompañara...

—¿Cuándo fue eso?

—El martes, creo. Después llegó a casa bastante contento.

—¿Sabe si tomaba algún medicamento?

—Sí. Tenía problemas de corazón y tomaba unas pastillas. Están en el armarito del baño. Cuando vine a vivir con él se enfadó conmigo porque se las cambié de sitio. No era para tanto, solo quería colocar mi espuma de afeitar.

El inspector hizo una seña con la mano al policía, que desde hacía rato estaba de pie en la habitación, y este se dirigió al cuarto de baño.

—¿Le consta que ayer sucediera algo más?

—No, Eduardo era bastante reservado. Hablaba mucho por el móvil, pero siempre eran llamadas de trabajo, con obreros de la obra y así... Ayer le oí hablar con alguien sobre el mantenimiento de una excavadora, que era muy vieja y debía revisarse cada cuatro meses.

—¿Eso motivó que se enfadara?

—No, pero hablaba a voces. Debía de haber mucho ruido.

—¿Alguna otra cosa, algo que lo alterara?

—No, ayer fue un día normal. Solíamos ir al bar de abajo para cenar y tomar unos chatos, pero como a él no le gusta... gustaba ni el fútbol ni el baloncesto, ni ningún deporte, pues yo me engancho con la tele y él sube a casa antes.

—Bien, por favor, deme su dirección y teléfono —el inspector Sánchez tomó nota de los datos solicitados y concluyó las preguntas—. Muchas gracias, señor López, eso es todo. Mi compañero le ayudará a empaquetar sus cosas. Lamento mucho lo sucedido.

El hombrecillo salió del salón enfurruñado, seguido del policía. Entonces, el inspector se dirigió a mí.

—Ya ha escuchado usted lo que pasó. ¿Tiene algo que añadir? —le dije que no, que yo no lo conocía personalmente y que no vivíamos en el pueblo—. Ya —me tranquilizó—. No se asuste, señorita. Solo quería que supiera también lo que ese individuo ha contado. Abriremos una investigación y, de momento, esperaremos los resultados de la autopsia. En principio, esto parece una muerte por causas naturales, aunque nunca se sabe.

—Oiga —le pregunté al inspector—, ¿podemos recoger la casa? ¿Qué haremos con sus cosas?

—Sí, de eso quería yo hablar. Pueden disponer de la casa porque ya hemos terminado de tomar huellas y fotografías. También nos llevamos todo el contenido del armario del baño. —Asentí con un movimiento de cabeza—. Ah, el número que nos dio es de su exmujer. He hablado con ella. Viene hacia aquí para hacerse cargo del cadáver y seguramente quiera recoger los objetos personales del fallecido. Me ha dado su móvil, tenga. —Me alargó un papelito con el número—. Puede ponerse en contacto con ella.

—Ya —suspiré pensando en la ingrata tarea que tenía por delante.

—Hemos acabado, señorita Galván, nada más por ahora.

Nos dirigíamos hacia la puerta en el momento que escuchamos las voces de López, que pretendía llevarse el contenido del frigorífico. El policía me miró dubitativo y dijo:

—Ha recogido ya sus cosas de su habitación. Del baño se lleva el gel y una maquinilla de afeitarse. No sé si...

—Sí, hombre, sí, que vacíe el frigorífico y toda la cocina, si quiere —dijo el inspector animado por la gracia que le hizo.

No objeté nada porque me estaba haciendo un favor. Me entraban escalofríos solo de pensar en comer algo que hubiera allí.

Bastante ufano, dadas las circunstancias, Carlos cogió una bolsa de deporte y la llenó de latas, café, un paquete de arroz, varios tetrabriks de leche y el jabón de la lavadora. Después abrió el congelador, miró su contenido y lo volvió a cerrar. El inspector esperó, con una sonrisa cortés, a que vaciara el contenido de una alacena en la que había dos botellas de wiski a medias y una de orujo. Cuando Carlos terminó de esquilmar la cocina, el inspector se despidió de mí estrechándome la mano, y se fueron los tres.

Me quedé allí, como una tonta, sin saber por dónde empezar. Al final, decidí que repasaría las habitaciones una por una. Fui al salón y comprobé que allí no había mucho que recoger. Como habíamos retirado antes de alquilar la casa todas las porcelanas y libros de la tía Merche, la gran librería estaba vacía y desdentada. En una esquina se amontonaban guías telefónicas y folletos de publicidad. En los muebles se veía una fina capa de polvo, y recordé aquella misma estancia llena de luz y plantas cuando la tía estaba viva. Se fue apoderando de mí una pesada sensación de melancolía, que traté de sacudirme con un movimiento de cabeza. Entré en la habitación de invitados, que se había convertido en el dormitorio del tal Carlos. El colchón yacía desnudo y descolocado sobre el somier. Las sábanas y la colcha, que pertenecían al ajuar de la casa, habían desaparecido. El cajón de la mesilla estaba abierto, con un caramelo chupado adherido en el fondo. Abrí el armario: vacío completamente. Había cogido hasta las perchas. «Menos mal que ha dejado las bombillas —pensé—. ¡Ah!, todas no, se ha llevado la de la lamparita de noche».

También había desaparecido una pequeña acuarela que intentaba alegrar, sin conseguirlo, las paredes del cuarto. Era un bodegón con dos cacharros de barro y un almirez, que pintó hace ya muchos años algún pariente con más voluntad que mérito. Sonreí pensando que a mi padre le haría gracia y mi madre pondría el grito en el cielo.

Cuando entré en la habitación de Eduardo Bárcena, un denso olor a transpiración y vómito ofendió mi olfato. Subí la persiana para abrir la ventana y que se ventilase aquello. Alguien había apartado, sin contemplaciones, las sábanas de la cama para arrojarlas al suelo, donde hicieron un último servicio: empaparse en el vómito del fallecido. Les ahorraré los pormenores. Limpié aquello como pude y cuando acabé me sentí en condiciones de seguir mirando la habitación. Estaba bastante desordenada. Sobre una silla reposaba la ropa que debió de quitarse antes de meterse en la cama. Los cajones de la cómoda permanecían mal cerrados y su contenido, muy revuelto. Sobre ella había una agenda negra de piel abierta por el mes de julio, y a su lado, un manojito de llaves. En la mesilla de noche, un vaso de agua medio lleno estaba manchado con el polvillo que utiliza la policía para obtener las huellas dactilares. De forma instintiva, me miré las manos: también estaban tiznadas de los polvos. «Me he manchado al abrir los cajones de la cómoda», pensé. El contenido del armario se veía igualmente desordenado. Salí de allí para ir a la salita de estar, que el inquilino había transformado en su estudio. Con lo que vi se me cayó el alma a los pies por segunda vez en el día. Habían arrinconado la mesa camilla en una esquina, junto con una silla, para formar un rincón de trabajo. Una estantería completaba aquel lienzo de pared, con carpetas y cajas archivadoras abiertas y su contenido desparramado por el suelo. La alfombra había desaparecido. Los sillones, apartados sin misericordia hasta la pared opuesta, ocupados por más papeles y planos. Aún había más carpetas abiertas sobre la camilla y por el suelo, formando montones. «¿Qué buscaría aquí la policía? —me pregunté—. Pues sí que han mirado a conciencia».

Desbordada por la perspectiva de poner orden en aquel caos, decidí llamar a la nueva legítima propietaria de aquel montón de papeles para ver qué se podía hacer con ellos. De la conversación telefónica que mantuve con la mujer saqué varias conclusiones. Una, que no le importaban lo más mínimo ni las carpetas ni su contenido. Podía quemarlas directamente si quería. El resto de los efectos personales tuvo más suerte. Me pidió que nos viéramos al día siguiente para que pudiera seleccionar lo que quería llevarse. La otra conclusión que obtuve fue que su divorcio debió de ser traumático. Me dijo que, si por si ella fuera, se podían ir Eduardo y todas sus cosas al infierno, pero tenían una hija en común y no quería que en el futuro pudiera reprocharle nada.

Volví a mirar las carpetas, que parecían suplicar que las ordenara un poco, para ver si su nueva dueña se compadecía de ellas y las libraba de la basura. Empecé a recoger los papeles. La mayoría eran hojas de proyectos que explicaban movimientos de tierras, rellenos con zahorras y

drenajes de aguas pluviales. En el suelo, con las hojas abiertas como las alas de un pájaro planeando, un grueso pliego de condiciones mostraba sus exigencias. Lo coloqué en su caja archivadora. Todo aquello era documentación de trabajo. Algunas de las carpetas mostraban en la cubierta el logotipo de la empresa donde trabajaba Bárcena. Lo fui ordenando como pude, cada documento en su carpeta correspondiente, tarea nada fácil que me llevó un buen rato. «No sé por qué te molestas —me decía mi genio interior—. Irá a la basura de todas maneras o, con un poco de suerte, lo reciclarán». Pero la costumbre de catalogar y archivar legajos fue más fuerte. Cuando acabé, los papeles esparcidos por el suelo volvieron a estar en su lugar.

Doblé los planos, al principio tratando de hacerlo por sus pliegues correspondientes. Todo aquel que haya tratado de plegar correctamente un mapa de carreteras entenderá mis apuros. Al tercer plano me cansé y lo doblé en cuartos, lo suficiente para que cupiera en su caja.

En una carpeta azul con gomas me encontré extractos de bancos. La puse aparte para ver si eran personales o de la empresa. Los estaba echando un vistazo cuando uno de los archivadores, en equilibrio bastante precario sobre una de las baldas de la librería, se desplomó con un ruido y me sobresalté. Lo recogí del suelo. Era blanco y en su lomo tenía rotulado «Renovación firme N-110. Provincia de Segovia». Por curiosidad lo abrí. En su interior había un presupuesto con el que se podían averiguar las unidades de horas necesarias para realizar la obra y el coste por hora de la maquinaria. Al volverlo a colocar en su sitio, una hoja suelta se deslizó de entre sus páginas. La cogí al vuelo. Tenía escritos unos números de teléfono sin ningún nombre y un dibujo a lápiz de lo que parecía una pelota de playa, con pequeños óvalos pintados; uno de esos dibujitos que se hacen de un modo mecánico, mientras se habla por teléfono. «No creo que esto pueda servir para nada», pensé. Arrugué el papel con la intención de tirarlo a la papelería. En ese momento sonó mi móvil. Rebusqué en el bolso preguntándome por qué extraño principio físico hay que vaciarlo entero para lograr coger el teléfono. Era mi padre, que me preguntaba qué tal había ido todo. Según le contaba los detalles, guardé de nuevo mis cosas en el bolso y, con ellas, distraídamente, la hoja arrugada.

Cuando terminé de colocar el estudio, era ya la hora de comer. Me fui a casa pensando divertida en lo que diría mi madre cuando le contase lo sucedido.

Al día siguiente volví a casa de la tía Merche. Mamá había insistido en que me llevara a Balbina, la asistenta, para limpiar todo aquello, pero preferí esperar a que la ex de Bárcena se llevase sus cosas. Luego podría, con tranquilidad y sin herir susceptibilidades, limpiar y tirar todo lo que no valiera. Lo que si le acepté a Balbina, que era una mujer previsora, fue un montón de bolsas de plástico grandes.

—De las de comprar en las tiendas —dijo—. Seguro que, con las prisas y el susto, la viuda no lo ha pensado, y sería de muy mal gusto que le dieras bolsas de basura para llevarse la ropa, que te conozco, Amelia —me reprochó con la confianza que dan los años de servicio.

Habíamos quedado en el piso a las diez de la mañana. A las diez y cinco minutos llamaron



a la puerta. La exmujer de Eduardo Bárcena era una mujer bajita y regordeta, de unos cuarenta y tantos, que dijo llamarse Rosa. Me sorprendió su aparente fragilidad, porque por teléfono me había parecido una mujer fuerte. Tenía ojeras, y daba la impresión de haber llorado. Al darle el pésame, sin embargo, me respondió encogiéndose de hombros.

Le enseñé la casa, empezando por el salón y la cocina. También le conté que en el último mes Eduardo compartía el piso con un personaje llamado Carlos López, del cual, como caseros, no teníamos noticia. Me indicó que no lo conocía de nada. Le pregunté, con el mayor tacto que pude, si Eduardo tenía algún pariente vivo, y me contestó que aún vivía su madre, su exsuegra, con la que procuraba llevarse lo mejor posible porque le caía bien. Me dijo que la madre era bastante mejor que el hijo, y que ella estaba allí, en parte, para ahorrarle el mal trago. Nos dirigimos a la cocina, donde le conté lo sucedido el día anterior y que el tal Carlos se había llevado lo más aprovechable, pero que si quería podía recoger algo de allí. Me miró incrédula, y por primera vez la vi sonreír.

—No es posible —me dijo con un dulce acento gallego.

Después pasamos al estudio, en el que carpetas y archivadores habían recuperado la dignidad perdida. Los echó un vistazo, creo que por complacerme, y cuando terminó me dijo que ella no sabría qué hacer con todo aquello, y que lo mejor sería devolverlo a la empresa en la que trabajaba su ex. Me pareció razonable, aunque me dolió un poco ver que mi trabajo del día anterior había resultado inútil.

Llegamos al dormitorio, en el que, a pesar de mis esfuerzos por limpiarlo, flotaba, lúgubre, una atmósfera de desolación. Al entrar, Rosa perdió su entereza. Se sentó sobre el colchón en silencio. Esperé con paciencia a que se recuperara. Por fin, se puso en pie y abrió las puertas del armario. Vaciamos su contenido sobre la cama y fuimos doblando y poniendo en orden todo en las bolsas que sabiamente me había facilitado Balbina, porque, en efecto, a Rosa no se le había pasado por la cabeza que pudiera necesitarlas. A punto de acabar, nos interrumpió una llamada del móvil de Rosa, que salió de la habitación para contestar. Cuando volvió me dijo que la llamaban del Registro Civil. Debía llevarles el documento nacional de identidad de Eduardo para que pudieran extender el acta de defunción. También me dijo que debía pasarse por la funeraria para arreglar los pormenores del traslado del cadáver a su pueblo, y por el Instituto Anatómico Forense.

Con la destreza que dan los años de convivencia, Rosa localizó la cartera de Eduardo a la primera, en el bolsillo trasero del pantalón que estaba sobre la silla. Al buscar en la cartera vio una foto que la puso furiosa, y me la enseñó bastante enfadada.

—Mira, ¿ves esta foto? Este es mi marido, y esa..., la furcia por la que me dejó y abandonó a nuestra hija Laura. Claro, que le duró un par de meses. En cuanto esa pelandusca se enteró de que Eduardo no tenía un duro y que la mitad del sueldo era para la manutención de la

niña, lo dejó plantado. Los hombres son idiotas. Y aún tuvo el descaro de volver a pedirme perdón. ¡Encima, el muy imbécil, todavía lleva su foto en la cartera!

Temiendo que se pusiera a gritar o algo parecido, me la llevé a la cocina con la intención de darle una tila. Como no la encontré, preparé un par de tazas de menta poleo, la única infusión que se había salvado del saqueo al armario de cocina, y nos las tomamos allí mismo. Rosa se fue tranquilizando y se disculpó por perder los nervios. Entre sorbo y sorbo, me pidió que le ayudara a bajar todas las bolsas al coche para llegar cuanto antes al Registro.

—De acuerdo, ¿dónde lo tiene aparcado?

—No, yo he venido hasta aquí en taxi —me dijo—. Me refiero al coche de mi ex. Es lo único que merece la pena.

—No lo había pensado —le confesé—. Las llaves estarán sobre la cómoda.

—No sé qué marca es —me dijo—. Se compró un coche nuevo el año pasado; me lo dijo mi hija, que es la que se hablaba con él.

Fui a por el llavero. Por suerte, contenía la llave de un coche. Cogimos cuatro bolsas cada una y bajamos a la cochera.

La casa de la tía Merche era un edificio pequeño con dos plantas. La primera estaba dividida en dos pisos, que pertenecieron en su día a la familia. Uno de ellos fue vendido hacía tiempo. La planta baja se repartía entre dos cocheras cerradas, los trasteros y los locales comerciales. Al entrar en la cochera nos llevamos la sorpresa de que estaba vacía. Nos miramos sin saber qué hacer, hasta que dije que no había más remedio que buscar el coche por los alrededores, a ver si teníamos suerte. Rosa dejó caer las bolsas, desalentada, y me dijo que no tenía tiempo de ponerse a buscar y que, además, apenas sabía conducir. En realidad, le aterraba la idea de llevarse el coche ella sola hasta su pueblo, en Orense. Se me quedó mirando para ver cómo reaccionaba yo.

—Entonces ¿para qué quería llevar las bolsas al coche?

—Para guardarlas allí.

Sin duda alguna, recogía la ropa por no ofenderme.

—Mire, Rosa, si le va a resultar un problema, donaremos la ropa a alguna organización de caridad.

—No, ya que he llegado hasta aquí, lo recogeré para llevárselo todo a mi suegra.

Entre unas cosas y otras, eran ya las doce y media, por lo que miró el reloj impaciente y me dijo que tenía que irse, que ya me llamaría, y que, por favor, le indicase dónde podía tomar un taxi. Me ofrecí a llevarla a la ciudad porque en el pueblo no hay taxis, solo pasa un autobús cada dos horas.

Cuando llegamos a la puerta del Registro Civil, había logrado arrancarme la promesa de que localizaría el coche para luego hacérselo llegar junto con la ropa. Estaba tan agobiada con el

papeleo que tenía por delante... Me dio tanta pena que no pude negarme.

Después de una reparadora siesta, volví al piso de la tía Merche para ver si encontraba un papel que me diera alguna pista sobre el desaparecido coche. «Una factura o el seguro para saber cuál es la matrícula», pensé esperanzada. Busqué en la carpeta azul, que era el único sitio donde había localizado papeles personales, pero nada. Allí guardaba los extractos del banco del último año. En el de junio pude ver que había ingresado en efectivo una gran cantidad de dinero: cincuenta mil euros. «No es asunto tuyo», me dije. Juzgando que lo lógico era decírselo a Rosa, añadí la carpeta a las bolsas de ropa mientras pensaba en cómo demonios iba a localizar el coche. Lo único que se me ocurría era recorrer la calle para ver si estaba aparcado en los alrededores. En la llave no figuraba ningún logotipo. Sí debió lucirlo en otro tiempo, pero se había despegado. Por suerte, la llave tenía el pulsador para activar el cierre centralizado del vehículo, lo que impediría que me detuvieran por forzar cerraduras. Como tengo un gran sentido del ridículo, me sentí como una estúpida cuando, con la llave en ristre y empezando por la acera del portal, fui coche por coche apretando el botón de apertura con la esperanza de oír bip-bip y ver parpadear los faros de alguno. Un anciano, sentado en la terraza del bar de enfrente, al que debía de aburrir el periódico que tenía entre manos, no se perdió un ápice de mis maniobras y, al quinto coche, me dijo con evidente choteo:

—Qué, guapa, vinimos perjudicados anoche, ¿eh?

Con toda la dignidad que pude, dadas las circunstancias, no hice caso y continué apretando la llave. El abuelo se levantó, vino a mi encuentro y, con buen humor, me preguntó:

—¿Pero qué te pasa, nena, no te acuerdas de dónde lo aparcaste?

Por un instante pensé en decirle que se metiera en sus asuntos. Pero, qué quieren, años de educación me impiden decir lo primero que me pasa por la cabeza, así que, con tono frío, le contesté que no sabía dónde estaba el coche porque no lo había aparcado yo.

—Tú no eres del pueblo, ¿verdad, niña? —me preguntó.

—No, no vivo aquí —dije molesta por el tratamiento.

—Pero me resultas familiar... Ah, ya sé, tú eres de los Fernández-Torres, ¿a que sí? Te pareces a doña Mercedes, que en gloria esté.

—Sí, soy su sobrina nieta —dije escuetamente.

Se puso serio y enseguida ató cabos.

—Entonces, estás aquí por lo del muerto.

—Sí —le contesté—, estoy tratando de localizar su coche. Pero no sé de cuál se trata.

—¿Has mirado en la cochera?

—Por supuesto. No está ahí.

—Bueno, bueno, pues te ayudaré a buscarlo —dijo con alegría.

Sin dejarme abrir la boca, se dirigió a un señor que pasaba por la acera.

—José, ¿tú sabes qué coche tenía el del AVE? Ya sabes, el capataz, el que se ha muerto...

—Un BMW —le contestó el interpelado—. Un 525.

—¡Estupendo! Ya sabemos lo que buscamos —me dijo el anciano sonriendo.

—Está aparcado en la plaza, delante de la caja de ahorros —añadió José.

Admirada por la facilidad con que se había resuelto el problema, me dirigí hacia allí con el abuelo a un lado, convertido en mi caballero andante, y el tal José, al otro. Cuando llegué y pude comprobar que la llave abría un BMW plateado, fue tal el alivio que sentí que mostré al anciano una gran sonrisa de agradecimiento.

—Me aceptarás un café, ¿verdad, pequeña? No te preocupes, nadie pensará que has ligado, podría ser tu abuelo, ¿sabes? —dijo riéndose de su propio chiste.

Nos sentamos en la terraza del bar y se presentó estrechándome la mano.

—Paco Garmendía, para servirte.

Tras pedir un par de cafés, me dijo que en el pueblo no se hablaba de otra cosa, y que le contara lo que había pasado porque le gustaba enterarse de todo de primera mano. Le conté lo poco que sabía: que había muerto de un infarto, que lo enterrarían en su pueblo de Orense y que la persona que había llegado para hacerse cargo de sus cosas era su exmujer.

—¿Estaba divorciado? —preguntó con interés.

—Sí, según me ha dicho, un lío de faldas.

—Es que las niñas de ahora no aguantáis nada —resopló.

Iba a darle mi opinión sobre su comentario; sin embargo, me tragué la respuesta. Me quedé con la boca abierta como una boba. En la mesa de al lado se sentaba un chico, un magnífico espécimen del sexo masculino, que me distrajo lo suficiente como para que perdiera el hilo. Paco me miró socarrón, pero no dijo nada. Como entonces era yo la interesada en parecer que manteníamos una conversación fluida, no tuve reparo en aburrirle contándole los pequeños detalles con los que estaría ocupada en mis últimos días de vacaciones.

—El finado nos dejó una habitación llena de papeles de trabajo; pero fijese qué mala suerte: ni una lata de sardinas. Se las llevó todas su compañero de piso, un individuo al que yo no daría ni la hora.

Paco no pareció aburrido en absoluto. Incluso se rio a carcajadas cuando le conté los pormenores de la historia. Me encontraba a gusto charlando con él. Además, de vez en cuando yo miraba de reojo a nuestro vecino de mesa, que leía una revista de informática ajeno al mundo que lo rodeaba. Cuando le resumí al anciano mis dos principales problemas, deshacerme de los papeles y enviar el coche a un pueblecito perdido de la provincia de Orense, Paco, una vez más, me propuso una idea para matar dos pájaros de un tiro.

—¿Has intentado hablar con alguien de la empresa? —me preguntó.

—Sí, busqué el número por Internet, pero nadie contesta al teléfono.

—Pues tendrás que recurrir a un método menos moderno. ¿Se ha celebrado ya el funeral?

—No lo sé, no creo, porque el cadáver estaba esta mañana en el Instituto Anatómico Forense.

—Ah, entonces todavía no. Estás de suerte. Pues lo que puedes hacer es acudir al entierro de ese hombre.

—¿Al entierro? —pregunté asombrada—. Yo no lo conocía de nada, no pinto nada allí... Ah, ¿cree que por ser sus caseros sería correcto que asistiera alguien de la familia?

—Estos chicos de ahora no le dais ninguna importancia a las formas. Eso se da por supuesto. Pero es que, además, seguro que al funeral va alguien de la empresa, así les podrás devolver los papeles. En cuanto al coche, se lo das allí a la exviuda, delante de testigos, y aquí paz y después gloria.

—Me parece una buena idea, pero... llevo el coche hasta allí, ¿y cómo vuelvo?

—Pues en coche de línea, criatura, que no te va a comer nadie. ¿No sois ahora tan modernas?

—Le agradezco mucho la idea —le dije—. Estoy tentada de invitarle al viajecito conmigo. Menudo papelón me espera.

—No, hija, no, si el coche fuera un descapotable... todavía.

Me despedí de él dándole las gracias, y me dijo que había sido un placer y que tenía el mismo sentido del humor que mi tía Merche, con quien compartió risas muchas veces. Lo dejé pensativo, parecía nostálgico. Salí de allí sorteando con agilidad las mesas de la terraza y eché una última miradita furtiva al moreno de la mesa de al lado.

Dos días más tarde, conduje los trescientos kilómetros largos que me separaban del pueblo de Eduardo y Rosa, preguntándome cuándo volvería a tener la oportunidad de llevar un cochazo como aquel. Durante el camino, no pude resistir la tentación de poner a todo volumen mis cedés de música de carretera: *Sweet home Alabama* y, por supuesto, música disco. Quería llegar antes de que comenzara el entierro para poder hablar con Rosa con discreción, porque después del funeral todo el mundo quiere confortar a los familiares.

Logré llegar diez minutos antes de que empezara la ceremonia. Abrí el maletero, en el que había colocado todas las bolsas de ropa y la carpeta azul, y comprobé que estaban en su sitio. Cerré el coche y, diez segundos más tarde, volví para rescatar mis cedés, que había olvidado, con las prisas, en la guantera. Entré en el atrio de la iglesia. «Románica», dictaminé de un vistazo, y vi que un grupito de gente esperaba la llegada del féretro. Entre ellos pude distinguir a Rosa, acompañada de una joven, como de quince años, con aspecto huraño. A su lado, una mujeruca vestida de negro luchaba, con gran dignidad, por contener su dolor. Me acerqué a Rosa y, tras un abrazo, le entregué las llaves del coche.

—Lo tiene aparcado en la entrada —le dije—. En el maletero están el resto de las cosas. Le he traído también una carpeta con papeles del banco. Conviene que los mire.

—No tenías que haberte molestado. Te agradezco que hayas venido.

—No es molestia —le contesté—. Localizar el coche fue mucho más fácil de lo pensaba.

Me presentó a su suegra, a la que di el pésame en mi nombre y en el de mi familia. Mientras tanto, llegó el coche fúnebre.

Entré en la iglesia pensando que ya había cumplido la mitad de mi misión. La segunda parte consistiría en localizar a algún compañero de trabajo del fallecido. Me situé atrás para poder observar a los asistentes sin molestar. No vi a ninguna persona con aspecto de trabajador de una constructora. Era una lástima que no llevaran un cartelito colgado al cuello; hubiera sido mucho más fácil. No conocía a nadie, y me hizo gracia ver a todos con sus mejores galas. Reprendiéndome por tener tan mundanos pensamientos en mitad de un funeral, intenté concentrarme en la ceremonia. A punto de acabar, entraron tres hombres con americana y corbata. Se los veía incómodos, y uno de ellos se aflojaba el cuello de la camisa. Tuvieron el acierto de sentarse delante de mí, por lo que pude escuchar la conversación que mantenían en voz baja.

—Pues sí que ha costado encontrar esto —dijo uno.

—¿Se sabe ya quién le va a sustituir? —preguntó otro.

—Pues el que quiera el jefe, como siempre, pero callaos ya —dijo el tercero—, que molestamos.

Finalizado el sepelio, nos dirigimos siguiendo al féretro hacia un pequeño cementerio situado en un lateral de la iglesia. Según avanzábamos, medio en procesión, logré situarme junto a los tres hombres. Sin perder el tiempo, me dirigí a ellos.

—Buenas tardes. ¿Eran ustedes compañeros de Eduardo Bárcena?

—Sí —me contestó uno, contento de que alguien reparara en ellos.

—Miren, siento molestarles. Soy su casera, y Eduardo ha dejado una gran cantidad de papeles de la empresa en mi casa. He llamado por teléfono, pero no me ha contestado nadie.

—¡Ah! —me dijo—, en administración se habrán cogido ya las vacaciones. ¡Cómo viven los de la oficina!

—Me gustaría poder devolvérselos —continué.

—Oye, ¿y qué papeles son esos? —preguntó sorprendido otro de los hombres.

—Pues mire, por lo que he visto, parecen proyectos, presupuestos y planos topográficos.

—Ah, ya, es que Eduardo era así. Le gustaba llevarse los planos estudiados de casa, ¿verdad, tíos?

—Sí, como si con eso las máquinas trabajaran solas —dijo el tercero, y se rieron a carcajadas, ganándose una mirada de reprobación del resto de asistentes.

—Mira —me dijo el que parecía el cabecilla—, no creo que esos planos sirvan ya para

nada. Serán de obras acabadas, y de eso hay siempre copias en la oficina. Yo lo tiraría todo.

—No puedo hacer eso... —insistí.

De mala gana, el hombre sacó una tarjeta de la cartera, apuntó un nombre y un teléfono y me la entregó.

—Toma, te doy el nombre de mi jefe. Habla con él, si quieres, pero te dirá lo mismo que yo. Y en las fechas en las que estamos... Se va de vacaciones todo el mes de agosto, así que lo mejor es que lo dejes para septiembre —dijo para darme largas.

—Eso, como los estudiantes —se rio el más gracioso.

Les di las gracias y me alejé de ellos. Se quedaron tan contentos por librarse de mí. Continué hasta el camposanto, donde un anciano sacerdote estaba oficiando el responso: «Dale, Señor, el descanso eterno y brille para él la luz eterna...».

Rodeado por los asistentes, el operario del cementerio colocó la lápida en medio de un gran silencio, roto únicamente por el ruido de la llana raspando contra el nicho. Ese desagradable sonido logró erizarme el vello de la nuca. Me despedí para mis adentros de Eduardo Bárcena, me giré despacio y salí de allí.

## Capítulo 3

Sigüenza, reino de Castilla, 1328

Micer Yucef se recostó en su sitial, al amor de la lumbre, satisfecho tras la cena. El camino había sido largo, y la jornada de viaje, fatigosa para sus ya duros huesos. Cuando llegó con su comitiva a la puerta de la posada, al final ya de la tarde, los mozos corrieron para atender las caballerías, y el posadero, obsequioso, le condujo a la mejor habitación. Excelente que reconocieran a Yucef, tesorero real de Alfonso de Castilla, el undécimo de su nombre. Estaba acostumbrado a que las gentes corrieran a su paso para poner a salvo sus dineros y esconderse en sus casas.

Llegaba a la ciudad, como otras veces, para recoger los impuestos en nombre del rey. Alfonso XI luchaba sin descanso contra algunos nobles sublevados, como Alfonso de la Cerda, que mantenía sus pretensiones sobre la corona de Castilla, e incluso la de León, o contra el insidioso infante don Juan Manuel, de cuyos consejos había aprendido a desconfiar. También tenía el monarca las vistas puestas en la conquista del reino de Algeciras, y quería llegar hasta el estrecho de Gibraltar, pues era muy consciente de su importancia estratégica. Todas estas luchas y ambiciones políticas suponían una sangría para las arcas de la Corona, y la misión del judío era procurar llenarlas a toda costa.

Recaudar impuestos y mantener en orden las cuentas del reino había sido su tarea desde que, muy joven, tuvo que huir de su Aragón natal y ponerse al servicio de la buena reina doña María de Molina, la abuela de Alfonso. Esta sagaz mujer supo apreciar las cualidades de aquel muchacho judío versado en leyes. El tiempo demostró que no se había equivocado, pues con su ayuda pudo salir incólume de las acusaciones que le hizo su propio hijo Fernando, en el momento que alcanzó la mayoría de edad y tomó las riendas del reino de manos de su madre, que había asumido la regencia hasta entonces. Micer Yucef presentó a Fernando IV de Castilla los libros de cuentas con los que se pudo demostrar, sin ningún género de dudas, que los fondos de la corona se habían destinado a mantener la paz y proteger los territorios de la rapacidad de los nobles. Incluso se vio que la propia reina había aportado dinero de su bolsillo para tan ingente tarea.

No se arredró la reina ante la segunda humillación que tuvo que soportar: devolver las joyas de su esposo, el malogrado rey Sancho IV, y aun las suyas propias. Lo pudo hacer con dignidad y la cabeza bien alta porque, gracias a los inventarios realizados por Yucef, pudo verse que no faltaba ni una pieza. Agradecida la noble señora, mantuvo al judío a su lado en los muy difíciles años que todavía le quedaban, cuando asumió por segunda vez la regencia en nombre de su nieto Alfonso, al que educó con inteligencia e inculcó sus demostradas artes de gobernante. En



su lecho de muerte le aconsejó que siguiera teniendo a Yucef a su servicio, que un ejército entero no podría suplir cabeza tan bien dotada. Siguió el joven Alfonso el consejo de su abuela pensando que no se debía cambiar lo que bien estaba, y que con Yucef al mando de la tesorería podría estar tranquilo, olvidarse del espinoso tema económico y atender otros frentes.

Suspiró con calma micer Yucef. Mañana le esperaba una labor a la que estaba acostumbrado. Sabía que era su deber aguzar la atención para que no trataran de engañarlo, algo que siempre intentaban, pero que pocos hombres habían logrado. Mañana por la mañana pediría cuentas al corregidor de Sigüenza sobre los servicios de ganados y los montazgos, los derechos de paso que estaban obligados a pagar los ganaderos trashumantes. Esperaba recaudar, al menos, un par de cofres de maravedíes de oro y plata y varios de reales de vellón. Pero esa noche no. Esa noche quería descansar. Se acercó a sus alforjas y extrajo amorosamente de ellas un pesado tomo. Lo puso en la mesa, lo abrió y se dispuso a leer. Era una biblia bastante antigua, con hojas de pergamino y una letra visigoda, que le costó interpretar al principio, pero a la que enseguida se acostumbró. Las iniciales de los capítulos estaban iluminadas con primor, con bandas rojas y azules entrelazándose perfiladas en brillante oro. Lástima que cruzase la cubierta una amplia franca parduzca, de un color tal que hubiera podido pensarse que se trataba de sangre seca. Aun así, era un libro muy bello. Lo había conseguido esa misma mañana. En el camino, tuvo el desacierto de cruzarse con su comitiva un buhonero al que uno de sus soldados pidió, de malas maneras, la alcabala, el impuesto sobre las transacciones comerciales. El muy infeliz, de rodillas ante micer Yucef, juró y perjuró que no tenía dinero, que eran tiempos difíciles y que en los dos pueblos vecinos no había conseguido vender ni un alfiler.

—Muéstranos tu mercancía —le pidió secamente el anciano.

Entre ella se encontraba el hermoso libro. Preguntado por su procedencia, el buhonero explicó que lo había comprado a un precio exorbitante, en la cercana villa de Medinaceli, a una viuda que no estaba pasando sus mejores días.

—¿Cuánto has pagado por él? —preguntó el judío.

—Cuatro maravedíes de plata, mi señor —respondió tembloroso el hombrecillo apretujando el gorro contra la boca—. Era toda mi fortuna.

—Te doy ocho por él —le dijo el anciano. Los sacó con calma de su propia bolsa y se los entregó—. Toma, y paga tu parte de alcabala.

Aún le sobraron siete maravedíes al asombrado buhonero, que se fue de allí a toda velocidad, no fuera que el judío se arrepintiera, maravillado de su buena suerte.

—¡Micer Yucef! —exclamó su lugarteniente al ver alejarse al hombre—. Ese malandrín no habrá pagado por eso ni dos reales de vellón.

—Lo sé, amigo Garcés, lo sé; pero el engañado ha sido él. Este libro vale muchísimo más.

Ese era el momento que el anciano judío había esperado durante toda la jornada: leer con

calma la Sagrada Escritura. Fue pasando las páginas una por una, deleitándose con los exquisitos dibujos que las iluminaban y leyendo algunos pasajes, que siempre conseguían que se sintiera nostálgico, pues los recordaba desde su infancia. De pronto, al volver una de las páginas encontró cierta resistencia, como si hubiese varias unidas entre sí. Cogió su cuchillo, que llevaba siempre junto a él —a pesar de la guardia que siempre lo acompañaba, se sabía un hombre muy odiado—, y cuidadosamente lo deslizó entre las dos páginas pegadas. Al terminar su tarea las separó con calma, y su trabajo fue recompensado. Dentro encontró un pliego de pergamino amarillento con algo manuscrito en su interior. Lo desplegó con precaución, pero el quebradizo pergamino se rompió en dos pedazos. Intrigado, lo puso sobre la mesa y comenzó a leer: «Occilis, cuarto año del reinado de Ruderico, año del Señor de 714. A quien encuentre esta misiva». Sorprendido por el encabezamiento, el anciano se frotó los ojos, fatigados por el esfuerzo, y continuó leyendo.

*Soy Teobalda, esposa de Gundemaro, señor de Occilis.*

*Mi querido esposo ha muerto consumido por la peste. Los criados han huido aterrorizados por los sarracenos, que se acercan a uña de caballo. Esos infames impíos me han devuelto la cabeza de mi hijo muy amado ensartada en una pica. Solo era un niño, enviado a parlamentar bajo la bandera blanca. El odiado Tariq, Dios lo confunda, el que derrotó a Ruderico, nuestro rey, ha asesinado vilmente al último de mi estirpe. Con él ha muerto mi raza. No tengo fuerza ni razón para seguir viviendo.*

*De todos modos, me queda poco tiempo, pues han aparecido en mi cuerpo las primeras bubas de peste, mensajeras de la muerte. Sé que no me espera más que agonía. Por eso os confío un secreto a vos, desconocido, seáis quién seáis, un secreto que no puede morir conmigo porque no me pertenece.*

*Custodiado por mi familia y protegido durante siglos, se ha conservado, como el primer día, el candelabro santo, el nombrado en las Sagradas Escrituras. La divina luz de Dios no puede ser profanada por manos sarracenas; por eso lo he mandado ocultar. Sus lámparas han sido apagadas y su brillo se ha extinguido, al igual que la paz, que ha huido de estas tierras.*

*En nombre del Altísimo os ruego, desconocido, os imploro que devolváis el candelabro a su espacio, delante del altar, cuando pasen estos días de oscuridad y los sarracenos sean vencidos. Para ello, debéis saber que está escondido junto con el resto de tesoros de mi casa, protegido por pared. Buscad al sireno y la cabra, ellos os mostrarán dónde.*

*Me despido maldiciendo a los impíos y encomendándome al Señor para que me atraviesen con su espada. Que, al menos, mi muerte sea rápida.*

Yucef se quedó atónito. ¿Pero qué decía esa mujer? Soltó el pergamino como si fuera a contagiarle. Cerró la biblia y miró la mancha de la cubierta. Las señales de sangre parecían indicar que el Señor había escuchado el ruego de Teobalda.

El candelabro santo. El nombrado en las Sagradas Escrituras. ¿Se referiría al del templo

de Jerusalén? Al pensar que pudiera ser eso, le entró vértigo y se tuvo que tumbar en la cama. Debido a sus voces, apareció el posadero, a quien pidió agua y un vaso de vino para serenarse. Cuando logró reunir un poco de tranquilidad, volvió a leer el pergamino. La cabra y el sireno. ¿Qué querría decir? Se hizo el firme propósito de averiguarlo. Memorizó el manuscrito, después lo echó al fuego y contempló las llamas en silencio.

A la mañana siguiente, dio orden de ensillar y partir de inmediato hacia Medinaceli. El corregidor de Sigüenza se quedó sorprendido cuando, al ir a su encuentro, fue saludado deprisa por micer Yucef, que se despidió de él con estas escuetas palabras:

—Debo partir al instante. Volveré pronto.

Ni Garcés ni el resto de los acompañantes se extrañaron, pues muchas veces el judío cambiaba de lugar o de tarea por orden del rey. Lo único que le pareció inusual al veterano soldado era que no habían recibido la acostumbrada carta que precedía a estos repentinos cambios de opinión.

A media mañana alcanzó la comitiva del tesorero la villa de Medinaceli. Nada más llegar, el judío ordenó a sus hombres que buscaran a todas las mujeres que hubiesen enviudado poco tiempo antes, que vendieran algo o que pasaran necesidad. Lograron reunir a una treintena, que fueron interrogadas allí mismo por el anciano, pero ninguna era la que buscaban.

Mandó entonces llamar al alcalde, al que no hacía mucha gracia la presencia del judío, pues lo consideraba, claramente, su inferior. Sin embargo, plegándose al poder real, contestó a sus preguntas. El anciano supo por él que la semana anterior había fallecido una mujer, viuda ya de muchos años, que sobrevivió como pudo, vendiendo poco a poco todo lo que tenía de valor en su casa. Llevaba enferma bastante tiempo y a nadie extrañó su muerte.

—¿Sabe si había vendido últimamente algún libro?

—No lo sé —contestó el alcalde.

—Si era tan pobre, ¿quién pagó su entierro? —preguntó de nuevo el judío.

—Pues el dinero que tenía la desgraciada no ha alcanzado ni para pagar las misas de funeral, pero el Ayuntamiento ha sufragado el gasto a cambio de la casa en que vivía.

—Ah, era suya —murmuró como para sí el anciano.

—Ya no. Ahora es mía —dijo el alcalde muy ufano—, quiero decir, de la alcaldía —se corrigió turbado.

Lo miró micer Yucef durante unos instantes entornando los ojos, aunque no dijo nada. El alcalde se quedó esperando con desagrado a ver que más se le ofrecía al judío, hasta que este le dijo que lo único que le interesaba de la viuda eran sus libros, pero que él había ido a otra cosa. Se encendió una alarma en los ojos del alcalde al oír estas palabras.

—Tranquilizaos, señor alcalde, que es un encargo de mi señor el rey. Os lo voy a confiar a vos, que parecéis hombre discreto —dijo el judío—. Pero no debéis repetirlo por ahí, porque no

es todavía cosa segura —afirmó con la cabeza el alcalde, ansioso—. Está su majestad buscando un solar por estas tierras, cercanas a la frontera, pues quiere establecer conversaciones con el rey de Aragón —mintió el anciano con aplomo—. Quiere nuestro señor dormir en su propia casa para no aceptar hospitalidades ajenas —continuó el astuto Yucef—, así que mis trabajos consisten hoy en buscar una casa aceptable para su persona —observó con disimulada satisfacción el brillo de avaricia que mostraron los ojillos del alcalde y prosiguió echando cebo—. Vengo de la vecina Sigüenza, pero no he hallado nada que satisfaga las exigencias de mi rey. ¿Podrías vos mostrarnos alguna casa? Tal vez conozcáis señor que desee vender aquí, en Medinaceli. ¿O debo continuar mi camino?

Tragó el anzuelo el alcalde. Por su cabeza comenzaron a desfilar imágenes de brillantes cabalgaduras y hermosas doncellas de la corte siguiendo a su señor y, sobre todo, gastándose allí sus dineros, así que puso todo su empeño en complacer al judío.

—Hay un par de señores que pudieran vender —indicó el alcalde—, pero no creo que perdonaran que tratara de engañarlos si luego supieran que en su casa ha de pernoctar el rey.

Se apretó la barbilla para parecer pensativo y le dijo al anciano que había una casa, precisamente la de la viuda fallecida, que en sus tiempos fue una gran mansión. Él ignoraba en qué año la construyeron, pero creía recordar que ya estaba en pie en época de sus abuelos. Se hallaba allí mismo, en el centro del pueblo, próxima al barrio de la judería.

Se acercaron hasta ella el alcalde, el tesorero y el siempre vigilante Garcés. La fachada exterior de la casa necesitaba un buen revocado con cal. La pared presentaba múltiples desconchones, y en algunos lugares habían enraizado malas hierbas. Las puertas estaban rotas y, atravesados en el quicio, dos recios travesaños de madera impedían el paso. Fueron arrancados sin contemplaciones por el propio alcalde. Pasaron a un vestíbulo, oscuro y despojado de todo adorno, por el que llegaron a un patio con columnas. El abandono era patente y desolador. El suelo del patio estaba cubierto de barro, escombros y hierbajos. Parte había sido tapiado, ocultando las esbeltas columnas que lo sujetaban. Olía a humedad, y en una esquina se veía el cuero de un ratón.

Entraron en las distintas estancias. En algunas encontraron evidentes señales de humo en los rincones, como si hubiesen encendido hogueras; en otras, faltaba parte de la techumbre o las puertas. Al entrar en una de las habitaciones, el anciano frunció la nariz con desagrado: olía a orines rancios. Aquel cuarto se había utilizado como retrete. Se dirigieron entonces hacia una sala amplia, que parecía menos maltratada. Contempló el anciano las paredes, como buscando alguna señal; sin embargo, no encontró nada que pudiera alentarle en su búsqueda. Al salir, sus pies tropezaron con unas piedrecillas del suelo. Miró hacia abajo y observó que en realidad eran pequeñas teselas desprendidas de un desgastado mosaico. Continuó su camino de nuevo, pero una sombra oscura, oculta entre el polvo, le hizo retroceder. Se fijó con más atención y pidió a sus

acompañantes que fueran saliendo al patio, que él saldría en un instante. Al ver la precaución en los ojos de Garcés, le dijo:

—No te preocupes, amigo, y esperadme fuera. Ya sabes que voy llegando a anciano y necesito aliviarme cada vez con más frecuencia.

Encontrando lógica la explicación, sus dos acompañantes lo dejaron solo. Con una rapidez impropia de sus años, micer Yucef limpió con su propia manga el polvo acumulado durante años sobre el suelo. La sombra que había entrevisto correspondía al lomo de un pez al que faltaba la cabeza. Siguió limpiando esperanzado y, al cabo, logró encontrar un trozo de mosaico devastado en el que sobrevivía solo un cuerno de carnero. Con eso fue suficiente. Yucef supo que lo había encontrado. Siguió mirando, cada vez con más ahínco. Encontró las dobles líneas que bordeaban el dibujo. Entre ellas, en algunos lugares aún se conservaban motivos geométricos. Fue siguiéndolas, a pesar de no ser continuas y faltar grandes trozos aquí y allá. Fijándose con atención, descubrió que las paredes de la sala no eran simétricas. Mientras que, en un extremo, los bordes del mosaico destacaban con claridad, en el otro habían sido truncados por la pared. Allí se escondía algo, sin duda. Salió de la sala pidiendo disculpas por hacer esperar al señor alcalde y diciendo que su estómago cada vez soportaba peor los frecuentes viajes. Le miró la máxima autoridad del pueblo con una mueca sardónica, pero recordó de repente por qué estaban allí y, al instante, la trocó por una cara comprensiva.

—Bien, pues esto es todo —dijo el alcalde—. ¿Qué le parece?

—¡Pues me parece una broma de mal gusto! —tronó el anciano—. ¿Cómo osáis pensar que mi señor el rey pueda siquiera mirar esta pocilga? —continuó.

—Perdonad, señor tesorero, no es mi intención ofenderos. Esta fue, sin duda, una hermosa casa antes de que el tiempo y las ratas se adueñasen de ella. Contaba mi abuela que, cuando era niña, había aquí un bello jardín y una fuente, y que incluso contaban con una sala donde guardar libros —paró de hablar el hombre para tomar resuello. Al ver callado al judío, prosiguió con su defensa—. Cierto es que no es casa con blasones, pero ¿quién mejor que el rey para ordenar poner los suyos? Le voy a ser sincero: yo mismo pensaba comprarla para traer aquí a mi mujer y mis hijas, que ya van estando en edad casadera y quieren lucir el palmito. Con unos cuantos arreglos y unas capas de pintura, las estancias brillarán como el primer día. Las paredes son recias, y buena la disposición de las salas. Además, como es lógico, el precio se puede discutir.

—No sé, no sé —dijo entonces el anciano.

El alcalde, temeroso de que se le escapase la gallina de los huevos de oro, todavía siguió ofreciendo.

—El precio sería muy ventajoso para su majestad, sin duda, pues estamos dispuestos a venderla por lo que le costó al Ayuntamiento, sin que haya ganancias.

—¿De cuánto estamos hablando? —preguntó Yucef.

La cantidad que dijo el alcalde logró que el bueno de Garcés resoplara con asombro. Sin embargo, el anciano la aceptó sin tratar de bajar un maravedí.

—Sea, pues —dijo el judío—. La compro para su majestad. Mañana mismo mandaréis traer a albañiles y retejadores para que inicien los arreglos. Vamos a escribir los papeles de la compra.

Salieron de allí los tres hombres hacia el Ayuntamiento. Se adelantó el alcalde para ordenar que llamaran al alguacil y al escribano, frotándose las manos por haber logrado engañar al astuto judío. Con toda seguridad, sus muchos años comenzaban a pasarle factura. Lo mismo debía de pensar Garcés, pues en ese mismo sentido le habló a su amo.

—Micer Yucef, el precio que pagáis es desorbitado. Ni aun trayendo al papa romano podría ser tan caro un funeral. Mirad, señor, que al rey no le gusta dilapidar sus dineros.

—No te preocupes, Garcés, buen amigo, que no me he vuelto loco, aunque este pueblerino crea engañarme. No se pueden hacer tortillas sin romper algún huevo —contestó de forma enigmática el anciano—. Vamos a firmar la componenda y después a descansar. Esta noche te necesito fresco.

Estampó el judío su firma delante del escribano y el alguacil, y atestiguaron estos por escrito que micer Yucef había entregado en una bolsa la suma acordada. Fueron luego invitados por el propio alcalde a un brindis. Este, rebosante de alegría y animado por el vino, empezó a contar a sus allegados, con total imprudencia, quién sería su importante vecino.

Se retiraron pronto a la posada aduciendo cansancio y proclamando que partirían por la mañana. Sin embargo, pidió el judío a sus hombres que preparasen antorchas y herramientas de albañil, con el máximo silencio, y estuviesen listos para la noche.

Así se hizo. Alumbrados solo por la luna menguante, entraron el tesorero, Garcés y otro hombre de confianza por la desvencijada puerta que había abierto el alcalde aquella misma mañana. Encendieron las antorchas en el patio y se dirigieron a la sala de los mosaicos. Les indicó el anciano que envolvieran los martillos en telas para ahogar el ruido y, con precaución, comenzaron a golpear la pared. Trabajaban los hombres sin decir palabra, preguntándose para sí qué diantres querría buscar allí el judío. Por fin, con ruido sordo, cayeron al suelo unos cuantos ladrillos, que dejaron un boquete en el muro. El anciano, que observaba atento, alumbró el hueco con su antorcha. Pudo ver un espacio, no muy grande, que albergaba un buen número de cofres, y al fondo, algo que le satisfizo más. Tan alto como un hombre y cubierto con una sábana gris y polvorienta por el paso del tiempo, algo permanecía oculto allí. Apremió a sus hombres para que terminaran de tirar la pared. Cuando acabaron, les pidió que se apresuraran a retirar los escombros. No quería que quedara rastro alguno.

Yucef les permitió que abrieran varios cofres. Al ver su contenido, se santiguaron convencidos de que el viejo tenía tratos con el diablo. ¿De qué otra forma podía haberse enterado

de que allí se encontraba escondido ese tesoro? Había grandes cantidades de monedas de oro. En otro arcón, cruces con pedrería a la manera visigótica y tres extrañas coronas, de las que pendían letras de oro, con cadenas para ser suspendidas, recamadas de rubíes y esmeraldas. No salía de su asombro el buen Garcés al ver cálices y platillos litúrgicos, provenientes de alguna capilla.

Mientras sus hombres admiraban boquiabiertos el hallazgo, el judío se dirigió hacia el fantasma que extendía sus brazos en alto. Levantó un poco la sábana y comprobó que debajo había un candelabro de oro. Sin atreverse a descubrirlo del todo, metió la cabeza por debajo, lo que le ocasionó que tosiera y estornudara por el polvo. Contó que el candelabro poseía, en verdad, siete brazos, y observó que en la base tenía un cofrecillo. Lo abrió y extrajo un pergamino de piel, que leyó a la luz de la antorcha. En él, un tal Gunderico relataba en lengua latina que ese candelabro había sido traído por él desde Roma, cuando esta fue tomada por su señor Alarico.

Allí estaba, la había encontrado: la menorá de oro puro, la del Antiguo Pacto, la luz divina. Tembloroso, se puso de rodillas dando gracias al Señor, al Único. Olvidándose de dónde estaba, comenzó a entonar, estremecido, un cántico de agradecimiento. Sus hombres lo miraron sobrecogidos por proferir la extraña salmodia mientras estiraba los brazos sobre su cabeza y los inclinaba ante aquel extraño fantasma murmurando: «Dayenú, dayenú, eso hubiera sido suficiente».

Se levantó, por fin, micer Yucef con lágrimas en los ojos y, recobrándose, les exigió a sus hombres, con inusitada energía, que llevaran las mulas al interior del patio y cargaran todo en ellas sin hacer el menor ruido. Se cumplieron sus órdenes al pie de la letra. El amanecer los sorprendió ya de vuelta en la posada, sin que nadie en el pueblo se percatara de sus andanzas nocturnas.

Partió la comitiva del tesorero de nuevo hacia Sigüenza. Entrando en la ciudad, los alcanzó un mensajero que iba buscando a micer Yucef, a quien entregó una carta con el sello real. La leyó el anciano atentamente y, mientras tanto, se acercó a su encuentro el corregidor. De nuevo, quedó este desconcertado cuando el judío lo saludó y se volvió a despedir, casi con las mismas palabras.

—Mi señor, el rey me reclama a su lado. Debo partir hacia Valladolid.

Redobló el anciano la velocidad de la marcha y la guardia, pues, aunque nadie osaría atacar a la comitiva del tesorero real, el judío estaba impaciente por poner a buen recaudo su tesoro.

Tres días más tarde, llegaron a Valladolid entrando por el sur de la ciudad. La comitiva se dirigió primero a casa del judío, con la excusa de que quería adecentarse antes de pedir ser recibido por su señor.

Estaban los ánimos levantados en aquel año, y el anciano tuvo que aguantar increpaciones y abucheos cuando lo vieron llegar con las mulas cargadas.

—¡Muerte al judío! —oyó decir—. ¡Muerte al usurero! —gritaban a su paso.

Protegido por Garcés y sus hombres, llegó a salvo a su casa, si bien cariacontecido y con la mirada torva. Los cristianos, y aun los judíos, estaban muy soliviantados contra el favorito del rey, Alvar Núñez Osorio, que había cometido graves atropellos en la ciudad, y lo pagaban con el primero que veían. Debía redoblar su escolta, pues también él era muy aborrecido por no perdonar ni una moneda de sus impuestos a los sufridos vallisoletanos. Podía oler en el aire Yucef los vientos de insurrección.

Hondamente preocupado por los acontecimientos, decidió entonces que la mejor forma de proteger el candelabro sagrado era volver a ocultarlo, en vez de dar noticia de él. Cuando se apaciguaran los ánimos informaría a los rabinos.

En cuanto llegó a su solar, en la Cal de Judíos, micer Yucef ordenó cerrar las puertas y envió a los criados al mercado con la excusa de que quería comer carne fresca. A solas con Garcés y su hombre de confianza, bajaron al sótano de la casa, que hacía las veces de bodega y almacén de trastos. Allí guardaron el candelabro y el cofrecillo que certificaba su procedencia, dentro de una gran caja de madera, envolviéndola a continuación en fuertes paños empapados en brea para protegerla de la humedad. Después excavaron un profundo agujero en el suelo donde enterraron el conjunto. Apisonaron con fuerza la tierra removida hasta que volvió a quedar todo el suelo al mismo nivel, y lo cubrieron con sacos, cestos y toneles. Cuando acabaron, varias horas más tarde, el anciano les entregó a cada uno una bolsa llena de monedas de oro como agradecimiento y para comprar su silencio.

Una vez que se hubo adecentado y comido, más tranquilo con su secreto a salvo, se dirigió hacia las casas del rey con la mayor parte del tesoro para mostrarlo a su señor. Al llegar al palacio, le aguardaba la sorpresa de que el rey don Alfonso había partido hacia Braganza, donde, al parecer, estaba en negociaciones para casarse con la princesa María de Portugal, hija del rey vecino.

Le entregaron las instrucciones escritas que su majestad se había dignado dirigirle. Debía devolver la dote al infante don Juan Manuel, pues ya no deseaba casarse con su hija, doña Constanza, a la que había mandado conducir de Valladolid a Toro, donde permanecería recluida hasta que su padre fuera a buscarla. Recordó entonces micer Yucef que doña Constanza había entrado en Valladolid ya en calidad de reina, en medio de grandes fiestas y alharacas, para celebrar el compromiso, pero que no se habían llegado a consumir las bodas. «Este cambio de parecer de mi señor don Alfonso va a costar muchos dineros y problemas —pensó el judío—. A don Juan Manuel va a dolerle bastante este desprecio, y no es pequeño enemigo. No perdonará jamás que le arranquen la corona de la cabeza a su hija, y ya puede olvidarse de ver sentado a un nieto suyo en el trono de Castilla».

Pidió los libros de cuentas y comprobó que, durante su ausencia de la corte, el rey se había



gastado la dote de doña Constanza en guarnecer nuevos ejércitos. «Menos mal que traigo nuevo oro para reponer el gasto», pensó el judío.

La segunda tarea encomendada al anciano resultó menos de su agrado. Yucef debería acompañar a Leonor, la hermana de Alfonso, a Portugal para que estuviese presente en la boda real. Otro viaje, recién llegado... Sus huesos no lo resistirían. ¿Para qué querría Alfonso que condujera personalmente él a Leonor cuando tenía otros señores que podrían realizar mejor el mismo servicio? Pensó en el canciller, el obispo de Burgos, por ejemplo, que se hubiera sentido muy honrado de escoltar a la infanta. Llegó a la conclusión de que a la boda acudirían otros reyes invitados, y querría aprovechar la oportunidad para tratar allí el compromiso de la propia Leonor. «El verdadero propósito de mi presencia será que negocie la dote de la infanta —pensó con alivio—. No se esperará de mí que entretenga a la joven». Se acordó entonces con tristeza de los tesoros que había encontrado. Con devolver la dote de doña Constanza, pagar la de doña Leonor al esposo que le eligieran y formar los ejércitos que el rey quería para la conquista de Algeciras, ya estaban gastados. «Al fin y al cabo —se consoló—, esto es menos malo que volver a aumentar los impuestos». Al recordar el recibimiento que tuvo al entrar en la ciudad, le recorrió un escalofrío por la espalda.

Tomándose con filosofía los deseos de su monarca, recorrió los pasillos de palacio, siendo saludado con inclinaciones por los cortesanos que encontraba a su paso, y se dirigió a las estancias privadas de la infanta doña Leonor. Llamó a la puerta y le solicitó a la doncella que acudió a abrir una audiencia con su señora. La joven le invitó a pasar a una salita contigua, donde el anciano se sentó a esperar con paciencia. No había transcurrido ni un cuarto de hora cuando apareció una mujer ya madura, con una toca blanca, maquillada y ungida con afeites. Se puso en pie el tesorero al reconocer a doña Sancha García, el aya de la princesa.

—Le saludo, micer Yucef —dijo la mujer secamente, pues no esperaba la visita del judío.

—Mi señora doña Sancha —se inclinó cortés ante ella.

—Confío en que hayáis tenido un grato viaje. Nos alegramos de veros —mintió el aya.

En realidad, le desagradaba mucho la llegada del tesorero. Su sola presencia le recordaba la humillación que había supuesto pedirle prestado. Ella, doña Sancha, viuda de uno de los principales caballeros de Fernando IV, don Nuño García de Benavides, y preceptora de una infanta de Castilla, se vio rebajada a suplicar al judío. Este le había prestado por dos veces, y ya la segunda le insinuó con sutileza que debía devolver la suma entregada antes, con sus correspondientes intereses. Así que no, no se alegraba de verlo. No solo no había conseguido reunir el dinero que le adeudaba, sino que su hijo Sancho tenía más deudas. Por eso no le quedaba más remedio que volver a tragarse el orgullo y rogar al usurero un nuevo préstamo, procurando, además, que le aplazase el pago de la antigua deuda. Sacudiendo su toca con altanería, se dispuso a la batalla.

—Por aquí hay novedades —dijo para romper el hielo—. No sé si tenéis noticia de que doña Constanza ha sido despedida por el rey. Se rumorea que su majestad ha encontrado otra princesa más de su gusto.

Esperó el anciano a que continuase doña Sancha, conociendo de antemano lo que iba a pedirle. Así que, ante su silencio, tomó aire la buena señora y continuó hablando.

—Con respecto a ese asuntillo que tenemos vos y yo entre manos, os confieso que no tengo el dinero todavía, y me preguntaba si podríais concederme un poco más de tiempo y otra pequeña cantidad, una insignificancia, pues, como sabéis, los hijos cuestan tan caros... —afirmó entornando los ojos con coquetería.

—¿Y cómo pensáis devolverme este nuevo préstamo? —preguntó el judío.

—Con los haberes que obtenga en mi calidad de aya de la infanta —contestó con soberbia la mujer.

—Mi señora doña Sancha, vos sabéis mejor que yo que con dichos haberes no podríais pagar ni la mitad de la deuda ya contraída. Es más, haríais bien en buscar otra fuente de ingresos, pues el ánimo de nuestro señor es ir desposando a su hermana, que ya está en edad, a menos que queráis acompañar a la infanta adondequiera que su boda la lleve.

Esto último cogió a doña Sancha por sorpresa.

—La infanta es aún muy joven —le contradijo la mujer—. Ha de pasar tiempo antes de que a nuestro señor don Alfonso se le ocurra desposarla.

—Lamento no daros la razón, señora, porque vengo para conducir a doña Leonor ante la presencia de su hermano para su boda.

Se quedó pálida la mujer ante esta afirmación, pues malinterpretó al anciano. Pensó que quien se casaba ya era la infanta, y no el propio rey.

—No tengo yo noticia de eso —dijo con despecho la mujer.

—Mirad, doña Sancha —le contestó el judío perdida ya la paciencia—, no he venido aquí a discutir las órdenes de su majestad con vos. En cuanto al nuevo préstamo que me pedís, devolvedme primero lo apalabrado anteriormente, y con gusto os volveré a prestar.

—¿Qué plazo me concedéis? —le preguntó.

—Cuando parta acompañando a la infanta al reino de Portugal, me gustaría que ese dinero haya retornado a mi bolsa —le contestó el anciano.

—¡Pero eso es imposible! No puedo tenerlo en tan poco tiempo —contestó alarmada el aya.

—En ese caso, no tendré más remedio que acudir a la justicia y exponer en público vuestro nombre como deudora.

Le entró el pánico a la mujer. Con rapidez, pensó en una salida. Sí, se sacrificaría por su hijo concediendo al judío lo que otros muchos deseaban. Cambió por completo de tono y actitud,

lo miró seductoramente con los ojos entrecerrados y le cogió la mano para ponerla sobre sus abundantes pechos.

—¿No podríamos discutir el asunto vos y yo a solas, con más tranquilidad y...?

Apartó la mano el judío con repulsión, como si hubiese tocado a una víbora, y exclamó con desdén:

—¡Válgame el cielo, señora, no os ofendáis a vos misma y al nombre de vuestro hijo ofreciéndome este comercio vil!

En ese momento entró la doncella y le indicó al tesorero que podía pasar, que la infanta lo recibiría. Lívida de rabia, permaneció como una estatua doña Sancha en la salita. Cuando reaccionó, se juró a sí misma que el abominable judío pagaría con su vida aquel desprecio. Llamando a su criado a grandes voces, le ordenó que trajese a su presencia a Ginés de Anglada, el capitán de la guardia de palacio. Tardó un rato en acudir el llamado, por lo que la mujer daba vueltas en la estancia como un animal enjaulado, alimentando su odio y despecho. Cuando llegó el hombre, doña Sancha le gritó:

—¡Por fin os habéis dignado acudir a mi llamada! ¡Harto me habéis hecho esperar! Confundido el capitán, le preguntó qué se le ofrecía. Doña Sancha se tomó su tiempo para respirar y ordenar sus ideas, pues estaba tan ansiosa por iniciar su venganza contra el tesorero que los pensamientos se le atropellaban en la cabeza.

—Quiero confiaros que he descubierto una terrible conspiración —afirmó taimadamente el aya—. Me he enterado de que micer Yucef, ese aborrecible judío, quiere llevarse a la infanta Leonor y obligarla a casarse por la fuerza con el favorito del rey, don Alvar Núñez Osorio.

Al oír este nombre, el capitán se puso rígido, pues odiaba con todas sus fuerzas a ese malnacido. No solo le había despreciado en público, sino que además le robó, bajo sus propias narices, el afecto de una mozueta que, en cuanto vio al favorito, no tuvo ojos más que para él. Luego, una vez que la hubo usado, la abandonó en la calle.

—¿Y por qué me lo contáis a mí, señora? —preguntó Ginés de Anglada sospechando algo oculto tras sus palabras.

—Deseo de vos que advirtáis al pueblo de lo que va a pasar, que iniciéis una revuelta para impedir que el judío se salga con la suya.

—¿Y qué gano yo con eso? —regateó el capitán, aun sabiendo que lo podría hacer sin pago alguno, tan grande era el odio que albergaba por Alvar Núñez.

—No tengo dineros que daros ahora —le contestó doña Sancha—, pero os doy mi palabra de que, cuando el judío muera, os recompensaré generosamente.

—No dudo de vuestra generosidad, señora; podré esperar —dijo entonces Ginés de Anglada acercándose a la mujer y mirándola con lascivia—. Pero me pregunto si podríamos sellar nuestro acuerdo de una manera un poco más íntima —susurró acariciando con un dedo uno de sus

pechos, de tal modo que doña Sancha pudo aspirar el olor a sudor rancio y a vino que emanaba.

Cerró los ojos con fuerza la mujer, asintió con la cabeza y se dejó conducir hasta sus aposentos, donde desapareció tras la puerta con el capitán de la guardia.

Dos días más tarde, cuando por fin estuvieron concluidos los aprestos para el viaje, salió Leonor de Castilla de palacio junto con su comitiva, cabalgando en una mula, pues solo estaba aguardando la llegada del judío para iniciar el viaje. La acompañaban, entre otros gentilhombres, su canciller, el obispo de Burgos, así como doña Sancha, que charlaba despreocupada junto a la infanta, y el propio tesorero real, micer Yucef, que se mantenía a prudente distancia del aya. Se dirigieron hacia el puente Mayor con la intención de marchar hacia tierras zamoranas. Ante una señal de doña Sancha, que quería impedir a toda costa la boda de la princesa, el capitán de Anglada dio una orden a sus hombres. Se habían estos encargado de propagar por la ciudad las mentiras de la dueña y de encender previamente los ánimos con soflamas en contra del judío y del favorito del rey, invitando a vino a todo aquel que quisiera escucharlos. Un silencio hostil se fue apoderando de los menestrales y desocupados que miraban pasar con desagrado a la comitiva. De repente, un grito cruzó el aire.

—¡Se llevan a la infanta! ¡Nos quieren robar a la princesa!

—¡Leonor no puede ser para el infame don Alvar! —se oyó gritar por otro lado.

Comenzaron los vallisoletanos a blandir sus armas en el aire emitiendo gritos amenazantes.

—¡Muerte al judío, que la quiere raptar! ¡Muerte al tesorero! —le increpaban cada vez más aterradores.

El pueblo, insurreccionado, les hizo retroceder.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó la infanta espantada.

—Volvamos a palacio, mi señora —le instó doña Sancha.

—¡No! —contradijo con energía el judío, que temía por su vida—. No estamos lo bastante cerca. Refugiémonos en el alcázar, que está más próximo y mejor guarnecido por la guardia real.

Aceptó la infanta este último consejo, y fueron avanzando con gran dificultad entre gritos hacia el viejo castillo. Cuando alcanzaron sus puertas, una muchedumbre de ciudadanos, levantando sus horcas y cuchillos, les impidió la entrada.

—¡Queremos la cabeza del judío! —gritó alguien entre la multitud.

Se hizo el silencio cuando Leonor descendió de forma majestuosa de la mula con el propósito de defender a su servidor. Aunque joven e ingenua, no era tonta la infanta. A pesar de no estar enterada de todos los propósitos de su hermano, desde la cuna sabía que estaba destinada a desposarse con quien este le indicara. Sabía que en las bodas de su hermano se podían tratar también las suyas. Conocía la importancia que unas buenas negociaciones podrían tener para su vida futura. Si no, le bastaba el ejemplo de doña Constanza, que aun luciendo ya la corona de reina había sido repudiada y apresada en Toro. No estaba en su ánimo desprenderse de su mejor

negociador, ni mucho menos dejar que lo importunaran.

—¡No tengo intención de casarme con quien decís! —afirmó la princesa sin estar segura del todo, pues no sabía nada sobre el proyecto de su boda—. ¡Acudo al lado de mi hermano, a Portugal, para celebrar sus desposorios con la princesa doña María! —gritó la joven.

—¿Es cierto eso que decís? —le contestó una voz entre el populacho.

—¿Osáis poner en duda la palabra de Leonor, infanta de Castilla? —respondió la joven haciendo gala de una gran majestad.

Se produjo un abochornado silencio, y se abrían ya las gentes para dejarlos pasar, cuando otra voz gritó.

—¡No estamos dispuestos a dejar sin castigo al judío! ¡Muerte al usurero! ¡Queremos su cabeza!

De nuevo, tomó la palabra la princesa y, con buenas maneras, los convenció de que ella misma lo castigaría si se probaba la acusación. Rogó que los dejaran pasar al alcázar, donde podría someterle a interrogatorio. Se calmaron un poco los ánimos con estas palabras y el pueblo se apartó, dejando libre el camino hasta la puerta.

Marchó a pie la princesa sin miedo entre los sublevados, escudando a Yucef, quien, asido a sus faldas, caminaba tembloroso y cabizbajo. Fue otra vez insultado y lo abuchearon, pero nadie se atrevió a tocarle un pelo por temor a ofender a la orgullosa infanta. Cuando terminó de entrar toda la comitiva en el alcázar, se cerraron las puertas y se redobló la defensa de estas.

En el exterior del castillo, los levantados comenzaban a irse, pero los instigadores, obedeciendo las órdenes de Ginés de Anglada, mantuvieron la protesta bajo su muralla.

Dos despachos salieron de aquellas puertas: uno, de doña Leonor, que explicaba a su hermano lo acontecido, y el otro de doña Sancha, que ordenaba a Ginés que se reuniera con ella al abrigo de la noche, en una de las poternas.

Se encontraron en lo oscuro, tomando mil precauciones el aya, pues no podía exponerse a ser descubierta. Entre susurros, le ordenó que avisase a su pariente Fernán Rodríguez de Balboa, el prior de la Orden de San Juan, y le contara que pretendían casar a la infanta con el valido del rey. Enemigo declarado don Alvar Núñez Osorio de esta orden heredera de los templarios, con la que se disputaba tierras y posesiones, su prior trataría de evitar que se encumbrara aún más emparentando con el propio monarca. También le pidió que encelase a los partidarios del infante don Juan Manuel para que prolongaran el sitio del alcázar, con la intención de retrasar todo lo posible la boda del propio Alfonso, a ver si en ese tiempo podían llegar a malograr el enlace con la portuguesa. Fallado el primer intento, trataba por todos los medios doña Sancha de enconar la revuelta, por ver si conseguía de este modo la muerte del judío.

Cuando terminaron de hablar, tomó el capitán allí mismo su paga de la orgullosa mujer, contra la muralla. Al acabar, satisfecho tras haberse desfogado, fue con diligencia a cumplir su

encomienda.

Al día siguiente se había desinflado la protesta, pero tomó nuevos bríos con la llegada de los caballeros de la Orden de San Juan, quienes, entrando en la ciudad, se encargaron de la defensa de las murallas.

También don Juan Manuel vio su oportunidad en la revuelta. Sin atreverse a mandar a sus propios hombres, pues no le convenía ponerse tan a malas con el rey, envió dineros a Ginés de Anglada para que este pudiera seguir comprando voluntades.

Entrado ya el mes de julio, llegó Alfonso XI a las puertas de Valladolid para rescatar a su hermana. Acompañado de su ejército, entre sus hombres se contaba don Alvar Núñez Osorio, que esta vez era inocente de las acusaciones que contra él se habían vertido. De todas formas, su talante orgulloso y soberbio, los atropellos que había cometido en la ciudad mandando asesinar a comerciantes cuando estos acudían a reclamar alguna deuda, o no respetar doncella, le habían granjeado el odio del pueblo llano. También era aborrecido por los señores de la corte, que miraban con envidia su ascendiente sobre el rey y los regalos que este le ofrecía.

Los sitiados aseguraron a Alfonso XI que no cruzaría las murallas hasta que diera su palabra de destituir al valido. No era el rey hombre al que pudieran imponer condiciones, ni tampoco vio motivos para alejar a su favorito, pues las acusaciones contra él eran del todo falaces. Por eso se tomó como afrenta propia el levantamiento de Valladolid y comenzó a ponerle sitio.

Al estar bien protegidas las murallas por los caballeros insurreccionados, al cabo de tres días no se consiguió nada. El propio don Alvar Núñez ordenó quemar las cosechas de los campos cercanos y pasar a cuchillo el ganado para rendir a los sitiados por hambre. Con ese mandato, lo único que consiguió fue aumentar el odio y el encono que le profesaban. Tampoco se aflojaron así las defensas, por lo que pasadas otras dos semanas, preocupado ya Alfonso por el retraso con el que llegaba a Portugal, trató de forzar la mano. Dio orden a sus caballeros de atacar a la vez por distintos puntos de la muralla. Le correspondió a don Alvar la parte más nueva esta, próxima al recién construido monasterio de las Huelgas Reales, y allí fue donde cometió el error que provocó su caída.

Mientras tanto, en el interior del alcázar viejo, los refugiados pasaban el tiempo como podían. La infanta se entretenía con micer Yucef, que era el verdadero prisionero. El resto de servidores entraban y salían del alcázar a su antojo, pero el judío no. El tesorero no podía asomarse a una ventana sin que comenzasen las imprecaciones. Doña Leonor, sabiendo que era cuestión de días que salieran de allí, pasaba felizmente sus horas leyendo y rezando, libre de las obligaciones de la corte, y conversaba de cuando en cuando con el judío, al que no abandonó.

Así pues, pidió tinta y pergamino el anciano y dedicó la mayor parte del tiempo de

encierro a poner en orden sus asuntos. Lo primero fue poner varias de sus casas y negocios a nombre de un sobrino, porque veía muy oscuro el horizonte para salir bien librado. Su sobrino, un joven estudioso y tímido, hijo único de una hermana, se quedaría muy sorprendido al saber que su tío le había hecho rico de repente. No olvidó poner por escrito el tesoro encontrado y cómo lo había vuelto a ocultar. Lo cifró en clave, en la misma biblia visigoda de la infortunada Teobalda, confiando en que el sobrino fuera capaz de desentrañar las veladas instrucciones. Hizo, además, testamento, dejando lo que no había donado en vida a una de las sinagogas de la ciudad, la que frecuentaba cuando se lo permitían sus obligaciones. Por último, procuró el judío, pues era un hombre muy cauto, cambiar mucho de su oro contante y sonante por letras de cambio que pudiera librar en las aljamas de otras ciudades, e incluso fuera del reino. Preveía que sus servicios a don Alfonso acabarían en cuanto dejara aquellas murallas, si es que salía vivo.

Hacía bien en temer el judío, pues sufrió un nuevo atentado contra su vida. Solo el cielo pudo obrar que sorprendiera al aya de la infanta, oculto tras un cortinaje, vertiendo un líquido oscuro en su copa. Esperó a que desapareciera de la estancia la mujer y cogió la copa para después vaciarla en un excusado, consciente de que doña Sancha pretendía envenenarlo.

Tomó de nuevo la pluma micer Yucef y escribió en un pergamino que traspasaba la titularidad de la deuda de doña Sancha, viuda de García de Benavides, al rey don Alfonso, reconociendo que los dineros prestados eran de su majestad y corroborando que la mujer no había devuelto la deuda, aun cuando le fue solicitada y ya alcanzaba una importante suma junto con los intereses. A continuación, se dirigió a los aposentos de la infanta, donde le rogó a la dulce joven que entregase ella misma a su hermano la carta que le confiaba. Así se lo prometió la infanta, sin saber que custodiaba un certero instrumento de venganza. Aquella misma noche se intensificaron las luchas, y el monarca intentó de nuevo doblegar las defensas de la ciudad.

Don Alvar Núñez Osorio tuvo la ocurrencia, en la franja de muralla que le habían asignado, de mandar incendiar el monasterio de las Huelgas Reales, que compartía un lienzo de pared con dicha muralla, sin preocuparse de que allí habitaban mujeres tocadas con el hábito, y que incluso algunas eran parientes del rey.

Estaba ya el monasterio ardiendo por los cuatro costados cuando, al resplandor de las llamas, apareció el monarca. Se ofendió sobremanera al ver el destrozo y mandó rescatar, a toda prisa, los restos mortales de su abuela, que descansaban en el panteón del monasterio. El rey había querido muchísimo a la reina doña María de Molina, pues el único afecto que recibió de niño procedió de ella. Montó en cólera al ver sus restos a punto de ser profanados por el fuego. Tampoco jugó a favor del favorito el que el propio rey hubiera costado parte del edificio.

Se suspendieron los combates ante la violencia del fuego, que había alcanzado ya varias casas vecinas y amenazaba con extenderse por toda la ciudad, y corrieron todos, sitiadores y sitiados, a apagar las llamas. Cuando por fin extinguieron el incendio, el rey, ofendido y enfadado

por lo sucedido, arrojó de su lado al aborrecido valido, acusándole, a falta de otra culpa, de ser el provocador de los desórdenes y del levantamiento del pueblo.

Viéronle marchar al destierro regocijados los vallisoletanos, y en ese mismo momento pudo entrar don Alfonso en la ciudad entre vítores y aclamado a la luz de las antorchas. Perdonó el rey el levantamiento, pues le urgía recoger a su hermana y partir hacia Portugal, donde se le esperaba.

A la mañana siguiente, rescató a su hermana y al tesorero y partió sin demora hacia Braganza, acompañados de toda la corte. Marchaba triste en su mula el judío, ya que no volvería a ver Valladolid. Ya le había advertido el rey de que no debía volver a poner un pie allí, porque no le garantizaba su seguridad.

Celebráronse los esponsales de don Alfonso XI de Castilla y de León con su prima María de Portugal, en medio de gran pompa y boato. Solo hubo dos estampas que ensombrecieron la fiesta. En la misma semana de desposorios, el rey acompañó galante a una bella dama de la corte castellana, doña Leonor de Guzmán, por delante de la nueva reina doña María, lo que le valió una agria escena de celos. La segunda fue la partida, ante las lágrimas de la infanta doña Leonor, de su aya doña Sancha, que, tras una entrevista con el rey, volvió sola a Valladolid, hosca y reconcentrada, sin dar ninguna explicación a nadie.

Aún sin acabar los festejos, fue llamado micer Yucef ante la presencia del monarca. Este le informó de que se deseaba de él que negociara de manera ventajosa para Castilla con los emisarios de Alfonso IV de Aragón, altos señores que representaban a su rey en el enlace, que solicitaban para él la blanca mano de su hermana Leonor. No le extrañó nada la petición al judío, pues sabía que esa era la causa de su presencia en la boda real.

Se firmaron los acuerdos, muy equilibrados para ambas partes, y el rey comunicó a su tesorero que iba a prescindir ya de sus servicios, porque el encono que le manifestaba el pueblo podría ponerle en peligro a él y a la recaudación. Aun así le encomendó una última tarea: acompañar a su hermana Leonor a Tarazona, donde se casaría con el rey de Aragón en la hermosa iglesia de San Francisco, velando, además, por que se cumplieran punto por punto todos los acuerdos del tratado.

—¿A Aragón me mandáis, mi señor? —preguntó aterrado el judío.

—Sí, y después eres libre de establecerte donde te apetezca, pero lejos de la corte, en un lugar donde no se te conozca.

Obedeció a su rey el anciano tesorero, temblando al cruzar la frontera a pesar de sentirse protegido por la nutrida escolta de la infanta.

Entregó a la dama a la puerta de la iglesia y después fue el primero en felicitarla tras las bodas. Poco a poco se fue tranquilizando. Habían transcurrido ya más de cincuenta años desde que



abandonó Aragón. ¿Quién iba a reconocer en el tesorero mayor de Castilla al joven impetuoso y enamorado que tuvo que huir de su tierra por matar en defensa propia al innoble cristiano que trató de forzar a su amada Sara? No, era demasiado viejo, ya no le pediría cuentas la justicia por un cadáver que hacía tiempo que se descompuso en polvo.

Cumplida ya la misión que le había llevado hasta allí, se despidió de la nueva reina de Aragón, que le vio marchar, apesadumbrada, pues con él se alejaba su única ayuda en tierra extraña. Y se puso de nuevo en camino el anciano cabalgando solo en su mula. Recorrió algunos parajes, que le debieron de resultar familiares en su juventud, pero que ya no reconocía. A solas con sus pensamientos, reflexionó sobre la ingratitud de los reyes y señores a los que había servido. Abandonado por todos, debería pasar el poco tiempo que le quedaba en amarga soledad. Solo la previsión de sus letras de cambio le evitaba tener que pedir caridad por los caminos.

Llegó al fronterizo pueblo de Ágreda, donde se detuvo a descansar. Se sentó a la sombra de un apacible nogal que crecía en una plaza, a la entrada del barrio judío. Con tranquilidad vio pasar a las gentes, ocupadas en sus oficios. Bebió despacio de su bota y se deleitó con los primeros brotes de la primavera, que estaba al llegar. Pronto caería la tarde; debía ir pensando en tomar posada. Pero en ese momento deseaba reposar su fatigado cuerpo y relajar su aún poderosa cabeza. Pensó en cómo había transcurrido su vida y en el peso que ocultaba su corazón. Como a aquella desdichada cristiana, su secreto no le pertenecía. Y, a pesar de todo, él se sentía en paz; ya había transmitido el mensaje. Era cuestión de tiempo que su sobrino encontrase el candelabro y lo protegiera. Le había dotado con los medios adecuados para hacerlo.

Escuchó el murmullo de un riachuelo que corría cercano. Aquel paraje se parecía al pueblo en el que había nacido. Era muy agradable. Por primera vez se planteó la idea de establecerse allí. ¿Por qué no? Pero no, nada lo ataba a aquel lugar. No conocía a nadie. Admitió para sí, con melancolía y amargura, que le daba igual morir allí o en cualquier otro sitio.

Sara, volvió a pensar en ella. ¿Cómo habría transcurrido su vida? Probablemente, habría muerto hacía ya tiempo. Recordó su amor por ella. Fue la única. No se había vuelto a casar. El tiempo consiguió que borrara los dulces rasgos de su rostro. Por primera vez en muchos años, lloró pensando en su recuerdo. Cuando por fin logró serenarse, se levantó renqueante para preguntar por una posada cercana. Vio pasar a una acaudalada viuda judía, se notaba en la riqueza de sus ropas, seguida de dos lindas jóvenes que charlaban alegres entre ellas. Algo en el porte de las doncellas motivó que se volviera para contemplarlas. No podía ser, los recuerdos le estaban ablandando la sesera. Una de ellas era el vivo retrato de su Sara.

No pudo evitarlo el anciano. Como un perro que mendiga un trozo de pan, fue detrás de ellas hasta el umbral de su casa. Allí se volvieron las mujeres al comprobar que eran seguidas por un viejo. Mandó retirar a sus nietas la anciana, pues tal era el parentesco de las jóvenes con ella, y se encaró con el judío.

—¿Qué es lo que buscáis en mi casa? —preguntó hosca la mujer. Miró entonces a aquel hombre a los ojos, surcados de arrugas, y los de él se encontraron con los suyos—. ¿Yucef? ¿Eres tú? ¿Estás vivo? —preguntó con asombro la mujer.

—¿Sara? ¿Eres tú mi dulce Sara?

Se abrazaron en silencio los ancianos. No hubo palabras. Le condujo con delicadeza la mujer de la mano al interior de la casa, donde le presentó a los suyos como un buen amigo de la familia.

Cuando tuvieron oportunidad, la viuda Sara le contó al judío que, tras su marcha, ella también debió huir del pueblo, manchada por la vergüenza, pero que sus padres no la repudiaron, sino que se fueron con ella. Se establecieron allí, en la frontera, en ese pueblo que les recordaba al suyo. Logró casar bien, y el resultado estaba a la vista de todos.

Le contó, a su vez, su historia el tesorero. Explicó cómo había servido a grandes señores y como, con la misma facilidad, había sido despedido.

En aquella casa pasó sus últimos años micer Yucef, acogido por una familia que debió ser la suya. La mano de un hombre, que debió ser su hijo, cerró sus ojos cuando fue sorprendido por la muerte.

## Capítulo 4

Soria, septiembre de 2007

—Amelia, vamos, es la hora del café.

Por la puerta abierta de mi despacho se asomó Asun, convocándome al ritual de la mañana.

Asun era una chica de mi edad, que trabajaba como administrativa en el mismo edificio, una planta más arriba. Fue una de las primeras personas que conocí al llegar a la ciudad, y pronto congeniamos. Mi necesidad de aferrarme a alguien que me sirviera de guía al principio había dado paso a una verdadera amistad.

—Un momento, que termino este informe.

—No, ni hablar —me contestó rotunda—, que no quiero perder el ascensor.

Ante esta afirmación, que puede parecer extraña, me levanté de la mesa y nos dirigimos hacia la salida. Al llegar al vestíbulo de la planta baja, Asun dio un discreto gritito de satisfacción al ver que se acercaba a su objetivo.

—Buenos días —nos dijo un joven con americana al llegar a nuestra altura.

—Buenos días, Luis —le contestó Asun—. ¿Cómo van las cosas por Industria?

—Pues como siempre, con mucho trabajo —le contestó el aludido. Y dando dos zancadas entró en el ascensor, que acabábamos de dejar libre, y desapareció.

—¡Pues sí que te ha dado fuerte! —le dije riéndome.

—Ya, guapa —me contestó—, tú riéte, pero yo no puedo dejar escapar esta oportunidad.

Cuando se ponía así, Asun me recordaba a mi madre, siempre pensando en la caza.

—¿Y qué tiene Luis que consigue que te pongas así de boba?

—¿Que qué tiene? No es nada feo, es el primer ingeniero joven que hemos visto por aquí en años, está soltero, ¿qué más quieres?

—¿Y si fuera el conserje?

—¡No digas tonterías! —me contestó algo mosqueada.

—Bueno, bueno, no te digo nada.

—Ya, a ver si me ayudas, que por aquí hay mucha lagarta que me lo puede levantar.

Llegamos a la cafetería, situada estratégicamente frente a la puerta del edificio administrativo, y nos costó encontrar una mesa libre por ser la hora del desayuno.

Tras el café, ya de vuelta en el ascensor, sacó del bolso un montón de cedés y un reproductor de MP3 y me los dio.

—Toma, Amelia, tus cedés; ya los he escuchado. Solo se salvan dos, el resto no me gustan.

Te los he copiado al MP3, como me pediste.

—Gracias, se me había olvidado. ¿Has tardado mucho?

—Un montón, y sé cómo me vas a devolver el favor —dijo mirándome de un modo significativo.

—Bueno, no te preocupes, ya me inventaré algo para que subamos a la cuarta planta.

—Por cierto, uno de los cedés está estropeado, no pude convertirlo.

—¿Cuál? —pregunté—. ¿No será el de Barry White?

—No, ese no, otro, que no sé qué tiene porque no has puesto nada en la carátula. A lo mejor no es de música.

En ese momento, el ascensor se detuvo en mi planta.

—¡Luego nos vemos! —le voceé a modo de despedida.

Separé el cedé del resto y lo miré extrañada. No era mío, ni siquiera era de la marca que utilizaba para guardar mis datos, antes de que se impusieran las memorias USB. Al llegar a mi ordenador, abrí la bandeja con la intención de mirar su contenido, pero me interrumpió el teléfono. Era el jefe. Debía acudir a su despacho a una reunión para coordinar unos asuntos. Dejé el cedé sobre la mesa y me dirigí hacia allí con mi cuaderno de notas. «¡Estupendo!», pensé. Podría haberme avisado con un poquito más de antelación, o incluso podría haber sido tan magnánimo de haberme enviado el orden del día.

Cuando entré en el despacho me encontré con cinco personas sentadas a la mesa de reuniones. Tuve una agradable sorpresa al reconocer entre ellas a Luis, el ingeniero. A las otras tres no las conocía, y el quinto era, obviamente, mi jefe de servicio. Saludé y me presenté como Amelia, la arqueóloga del Servicio de Cultura. Se presentaron también el técnico de Fomento, la representante de Medio Ambiente, el de Agricultura y, por último, Luis, por Industria. Después, mi jefe tomó la palabra.

—Os he convocado... bla, bla, bla. Coordinar actuaciones... bla, bla, bla. Hacer cumplir la ley de Patrimonio... bla, bla, bla.

Tomé todas las notas que pude, no fuera a ser que me tocara redactar el acta. Mientras escribía en mi cuaderno, observé cómo el de industria hacía lo propio en su agenda electrónica.

Al finalizar la reunión, aparte con Luis, este me indicó que no tenía la ley de Patrimonio. «¡Esta es la mía!», pensé, y me ofrecí a facilitarle una copia junto con un resumen de los puntos que pudieran afectarle.

Salí directamente hacia casa porque se había hecho tarde. Por el camino me acordé del cedé. ¿De dónde habría salido? De pronto, lo recordé: ¡de la guantera del coche del muerto! ¡Claro!, al recoger mi música, lo había cogido por equivocación. «Bueno —pensé—. No creo que importe. Al fin y al cabo, todavía tengo todos sus papeles».

Tras varias infructuosas llamadas, a principios de mes había logrado hablar con el jefe de

Eduardo Bárcena, quien me confirmó lo que me dijo su compañero: no era necesario que les devolviera los documentos porque eran copias. Podía hacer con ellos lo que quisiera. Así que los papeles descansaban en la salita de estar de la tía Merche. Como no habíamos encontrado ningún nuevo inquilino, y a la espera de saber qué hacer con ellos, les había prometido a mis padres que, si hacía falta, en un fin de semana los quitaría del medio. Pero, de momento, allí estaban, ocupando sitio en la estantería.

Al día siguiente, antes de nada, me obligué a redactar el resumen prometido. Estaba terminando de imprimirlo cuando apareció Asun, reclamando su café. Aquella mañana no nos cruzamos con Luis, por lo que se puso mohína y revolvió con desgana el contenido de su taza. Con la intención de animarla un poco, le conté la reunión del día anterior.

—¡Qué suerte tienes! Yo llevo toda la mañana rellenando formularios —dijo con un tonillo de envidia.

—Muchísima suerte —resoplé—. Que te avisen un minuto antes; aguantar la reunión, que fue una lata; poner cara de póker cuando me preguntaban, por no tenerla preparada, y, para colmo, que te toque redactar el acta —nos levantábamos ya de la mesa pero continué hablando—. Ah, se me olvidaba, tengo que pedirte un favor. Tendrás que ir a la cuarta planta para llevar un resumen que le prometí a Luis, porque yo tengo que... salir urgentemente a inspeccionar las ruinas de Numancia, por si se han movido de Garray —le expliqué guiñando un ojo.

—Vale —dijo alegremente—. El día que vayas de verdad, te acompaño.

Sonreí por el entusiasmo con el que Asun salió mi despacho, estrechando el resumen entre sus brazos como si fuese un tesoro. Luego me volví hacia mi mesa y continué con mi trabajo. Faltaban unos minutos para finalizar la jornada, y levanté la vista del ordenador, frotándome los ojos. Mientras me estiraba desperezándome, volví a ver sobre la mesa el olvidado cedé. Con curiosidad, lo inserté en el ordenador para ver su contenido. En un solitario directorio encontré un par de fotos. No había más archivos. Cuando las abrí, me quedé asombrada. En la primera foto se podía ver una especie de urna o lo que parecía un sarcófago de piedra. La segunda era un detalle de la tapa. Tenía algo inscrito que me llamó sobremanera la atención: un círculo con un punto central del que partían siete radios curvos, y en cada una de las secciones que formaban había un pequeño óvalo. Estaba segura de haber visto antes ese dibujo, pero no logré recordar dónde. Debajo pude apreciar unos caracteres grabados en la piedra. Sin embargo, como la calidad de la foto dejaba bastante que desear, estaban tan borrosos que no pude identificar el alfabeto en el que los habían escrito.

Imprimí las fotos y las miré con atención preguntándome qué demonios sería aquello. No se parecía a nada que conociera. ¿Sería un símbolo solar? En ese momento, empezaron a desfilar los compañeros por delante de la puerta, despidiéndose hasta mañana. Apagué el ordenador, guardé las fotos en el bolso y salí del edificio.

Me dispuse a comer en un restaurante próximo. Ya había renunciado a comer en casa, desalentada por mis fallidos experimentos de cocina. Mientras me servían la comida, sola en mi mesa, volví a pensar en las fotos, que estaban despertando mi imaginación. Aquello parecía una urna funeraria, posiblemente celtíbera. Bárcena se habría topado con ella en alguna de sus obras. «Espero que no haya saqueado ninguna necrópolis», me dije mientras apuraba el café.

Sin nada mejor que hacer, cuando salí del restaurante se me ocurrió acercarme al museo numantino, ya que, además de los hallazgos arqueológicos de Numancia, acogía una gran selección de restos celtíberos de la provincia. Echaría un vistazo a su colección de estelas funerarias, a ver si encontraba algo similar.

La tarde se había vuelto desagradable y plomiza, con una tenue llovizna que no invitaba al paseo. Esa sensación desapacible causó que atravesara presurosa el jardín de acceso y buscara cobijo bajo el pórtico de columnas cuadradas. En contraste con la humedad de la calle, el vestíbulo caldeado daba sensación de refugio. Aun sabiendo que el edificio era de construcción moderna, su diseño, desprovisto de toda ostentación, y el detalle de su nombre en letras latinas lograron que me remontara siglos atrás. Me dirigí al joven ordenanza sentado en la recepción, que se volvió hacia mí con una sonrisa. Le mostré mi acreditación y me dejó pasar sin hacer comentarios.

Entrando en la sección celtibérica, pasé por delante de puñales, fibulas y vasijas halladas en distintos ajuares funerarios, que en otro momento me hubieran fascinado, para centrarme en piedras y estelas. Las fui contemplando una a una, buscando algo que se pareciera al grabado de la foto. Me llamó la atención una estela funeraria, tal alta como yo, con un grabado similar al que buscaba, pero más simple, en el que aparecían doce rayos curvos. En su base tenía una inscripción dedicada al dios Lug, el artesano. Trataba de copiarla tomando notas en un pequeño cuaderno, y vi que accedía a la sala un hombre entrado en carnes, rondando ya los cincuenta, vestido con una camisa de rayas azules, americana y corbata a juego. Lo reconocí como Sebastián Arces, el conservador del museo. Se acercó hasta mí y me saludó con alegría plantándome un par de besos en las mejillas con una confianza mayor de la que en realidad teníamos. Apenas lo conocía, simplemente me lo habían presentado recién incorporada a mi puesto de trabajo, y hasta entonces no se habían cruzado nuestros caminos. Así que no supe qué pensar de tan afable recibimiento y lo achaqué a un carácter campechano.

—Querida amiga —me dijo cuando terminamos las efusiones—, discúlpame, no recuerdo tu nombre. El ordenanza me ha avisado de tu llegada. ¿Te envía Víctor para ver cómo vamos por aquí?

—Amelia, me llamo Amelia —respondí mientras encontraba la razón de tan amable bienvenida. El mencionado Víctor era mi jefe de servicio y, por cuestiones de jerarquía, también era su jefe—. No, no vengo por motivos de trabajo —le tranquilicé al ver sus furtivas miradas a

mi libreta. Pareció relajarse.

—Entonces, ¿qué te trae por aquí? ¿Estás documentando algo o solo visitas el museo? —preguntó animado—. Ven, te mostraré lo más interesante.

—Pues...—contesté— estoy buscando algo como esto. —Abrí el bolso, saqué las fotos y se las enseñé.

—Vaya vaya —dijo tras contemplar detenidamente las fotografías—. Esto es, sin duda, un símbolo del sol. Parece un lábaro celta. Pero, es curioso, nunca había visto uno con estos óvalos pequeños; casi parecen ojos. Y estos caracteres de aquí abajo son celtíberos, seguro.

—¿Y sabe dónde puede haber aparecido algo similar?

—Tutéame, con confianza, al fin y al cabo somos compañeros, ¿no? —me respondió—. ¿Es para tu tesis o se trata de algo que habéis encontrado?

—No sé dónde ha podido aparecer —le contesté con franqueza—; por eso estoy buscando.

—Pues no te preocupes y déjalo en mis manos —dijo guardándose las fotografías—. Buscaré en los fondos del museo y en mi bibliografía. Si encuentro algo, serás la primera en saberlo.

Después me condujo por las distintas salas y se detuvo ante las bellezas que mostraban. Me explicó las técnicas de restauración que habían utilizado con una pieza o resaltaba los pormenores de otra. Avanzábamos lentamente porque cada objeto era digno de su interés. Ante todos me daba una pequeña disertación, contándome detalladamente dónde se había encontrado y en qué circunstancias.

Salí del museo aturdida por la cantidad de datos y abrumada por la erudición de Sebastián Arces, que me había dedicado la tarde. Con mucha amabilidad, me mostró lo que era su pasión y su vida, de forma amena y brillante. A pesar de todo, tuve la sensación de que había tratado de decirme, veladamente, que allí él era el experto y que no tratara de meterme en sus dominios.

A la mañana siguiente, ya de vuelta en la oficina, volví a consultar el cedé de Bárcena para ver de nuevo los originales de las fotos. Las abrí con la mayor resolución que me permitía el programa y, desplazándome por la pantalla, me centré esta vez en las inscripciones. A ese tamaño sí se podían distinguir con claridad. Me quedé perpleja. Aquello no eran caracteres celtíberos, sino hebreos. Pude distinguir con nitidez las letras יהוה. Me pareció extraño, ya que los hebreos no fueron un pueblo que adorara al sol. ¿Qué significaría aquello? Garrapateé con rapidez en un papelito las letras hebreas para buscarlas luego en el diccionario. A continuación, consulté en Internet varias páginas de símbolos judíos, pero no encontré nada parecido a lo de la foto. Cuando me cansé dibujé un boceto de la inscripción con ayuda del ordenador. Obedeciendo a un impulso súbito, hice aquello que el manual del arqueólogo serio dice que no hagamos nunca: participar en los foros y cotilleos de Internet. Entré en un foro de arqueología, de entre los que me parecieron más profesionales, y con mi seudónimo, rey de tréboles, publiqué mi consulta: «¿Alguien conoce

este símbolo?». Decidí entonces ir al archivo en busca de un diccionario de hebreo.

Según bajaba en el ascensor al segundo sótano, me acordé de la impresión desoladora que tuve cuando entré en aquel lugar por primera vez. Bajo una luz mortecina había visto hileras y más hileras de estanterías llenas de carpetas, ordenadas cronológicamente en lo que parecía un cementerio de expedientes. En la última estantería, catalogados y en el olvido, se encontraban una gran cantidad de libros relacionados con la arqueología y otros temas tan pintorescos como la búsqueda de setas. Los apilaron las sucesivas remesas de arqueólogos que habían ido pasando por el Servicio. Me acerqué hasta ella recordando que estaban allí los diccionarios de latín, griego y hebreo. El de inglés había corrido mejor suerte y permanecía escondido en algún despacho. Saqué del bolsillo mi nota y consulté la palabra hebrea Hod. Por suerte, sí que figuraba en el diccionario. Significaba ‘esplendor’. No fui capaz de encontrar ninguna lógica al asunto.

Subí de nuevo. Al llegar al pasillo de nuestras oficinas me encontré a un montón de compañeros arremolinados en la puerta. Con los ojos como platos, pude ver a Ramón, el ordenanza, que entraba en mi despacho, entre una nube de humo, enarbolando el extintor.

—Bueno, esto ya está apagado —dijo cuando salió a los dos minutos—. ¡Menudo susto! Se han quemado el ordenador y los papeles de la mesa.

—¿Pero qué ha pasado? —pregunté extrañada.

—Ay, Amelia, hija, menos mal que te encuentro —me contestó Isabel, una de las compañeras—. Se ha prendido fuego en tu despacho y nadie sabía dónde estabas. Menos mal que Ramón es un valiente y se ha atrevido a apagarlo.

Entré corriendo y tuve que abrir las ventanas porque el humo me sofocaba. Una vez que pude pensar con claridad, vi que la pantalla del ordenador de sobremesa y la CPU estaban fundidas en un amasijo de plástico, metal y polvo de extintor. Intenté sacar el cedé de Bárcena, pero era irrecuperable: el pulsador de extracción de la bandeja no existía. Había perdido las fotos.

De los papeles que tenía sobre la mesa solo quedaban las cenizas, y mi cuaderno de notas se había quemado por entero. Entre sus restos calcinados solo sobrevivía el muelle en espiral que sujetaba las hojas. Desolada, me quedé mirando alrededor con incredulidad. El resto del despacho estaba intacto. La impresora no presentaba daños. El fuego tampoco había alcanzado los estantes, repletos de archivadores. Incluso la papelera y su contenido estaban a salvo.

En ese momento, entraron Asun y Luis. Mi aturdimiento era tal que tardé unos instantes en darme cuenta de que habían entrado los dos a la vez. ¡Pues sí que le había dado juego el informe a Asun! Preocupada, me preguntó por lo ocurrido. No supe qué respuesta darle, tan solo le expliqué mi visita al archivo para consultar el diccionario y que a la vuelta me había encontrado con todo el pastel. Luis se dedicó a husmear por los restos carbonizados. Después se volvió hacia el enchufe para comprobar que estaba bien. Salió al pasillo y regresó.



—Creo que ha sido una sobrecarga eléctrica del ordenador, pero es raro; no ha saltado ningún magnetotérmico.

Como todo lo relacionado con la técnica es un enigma para mí, no entendí tan misteriosa sentencia. Le iba a preguntar qué quería decir eso, cuando entró el jefe en el despacho con cara de asombro. Por segunda vez expliqué que no tenía ni idea de lo que había ocurrido, que estaba en el archivo cuando se quemó el ordenador.

—Pues has tenido mucha suerte —volvió a intervenir Luis—. Si llegas a estar trabajando en el momento del chispazo, se te podía haber abrasado la cara. Es la primera vez que veo que un ordenador se quema así.

Al oír eso, aunque me considero una persona serena, me empezaron a temblar las piernas. —Tranquila, Amelia, que te has puesto pálida. Anda, te invito a un café para que se te pase el susto —me dijo mi jefe.

No fue un café, sino dos tilas, pero lo que contaba era la intención. Era la primera vez que el jefe se dignaba sentarse en la cafetería conmigo, con la evidente intención de tranquilizarme y quitarse el problema de encima. Sin embargo, se lo agradecí de todos modos. Cuando se me pasó el susto, nos levantamos y me dijo, a modo de despedida, que tendrían que revisar todos los ordenadores. No quería que volviera a pasar un incidente como ese.

De vuelta en el despacho, me senté en la mesa con los brazos cruzados. Como hacía casi todo el trabajo con el ordenador, me sentí descolocada. No podía escribir informes ni revisar expedientes, así que, más por mantener la cabeza ocupada que por otra cosa, empecé a ordenar las estanterías, que necesitaban un buen expurgado.

Ya por la tarde, antes de ir al cine con Asun, pasé un rato por un cibercafé para ver si alguien había contestado a mi consulta. Entré en el foro y pude comprobar que tenía un único mensaje. Al abrirlo vi que constaba de una sola línea y, de repente, la pantalla se quedó en blanco y apareció este aviso: «Atención. Error. Respuesta inapropiada». Solo me dio tiempo a ver «Zac» y algunos números. Molesta, traté de volver atrás para leerlo de nuevo y averiguar el remitente, pero se había bloqueado la sesión y tuve que arrancar de nuevo el programa. Cuando volví a entrar al foro, no encontré ni rastro de mi consulta y, por supuesto, tampoco del mensaje. Me enfadé bastante y pensé: «¿Qué pasa, se ha confabulado hoy el mundo de la informática contra mí?».

Estuve tan distraída durante la película que no me enteré de la mitad del argumento. Asun contemplaba la pantalla beatíficamente, mascando palomitas, pero yo seguía dándole vueltas a lo que me había pasado. «¡Vaya día, y me lo quería perder! —dije para mis adentros—. Me he librado por los pelos de achicharrarme, no sé quién me ha escrito y no recuerdo ni la mitad del mensaje». Como no me dio tiempo a apuntar nada, solo me acordaba de la palabra «Zac». «¿Será otra palabra hebrea?», pensaba tratando de concentrarme en la película. Cuando acabó, nos

quedamos allí sentadas, leyendo los créditos. Tengo una pequeña manía: curiosear los apellidos hispanos que figuran en las películas americanas; por eso miraba con atención cuando el nombre de uno de los actores secundarios me dejó clavada en el asiento. Zachary Tyler. ¡Pues claro! ¡Zacarías! ¡Es un nombre bíblico!

Tuve que esperar a la tarde siguiente para localizar en la biblioteca un ejemplar de la Biblia de Jerusalén. Según la abría, creí recordar que Zacarías era uno de los profetas del Antiguo Testamento. En efecto, así era. Entre los libros proféticos estaba el suyo. Como solo recordaba la abreviatura, tendría que revisar todo el libro, pero estaba segura de que lo que me habían indicado era una cita de la Biblia. Me senté en una mesa de la biblioteca y me dispuse a leer a Zacarías con atención. No era nada fácil de entender. «... Porque esta es la piedra que he puesto delante de Josué, sobre esta única piedra hay siete ojos. Yo mismo grabaré una inscripción en ella —oráculo del Señor de los ejércitos— y quitaré la iniquidad de esta tierra en un solo día...».

—¡Una piedra con siete ojos! —exclamé a voz en grito sin poder reprimirme.

Varias personas a mi alrededor levantaron la cabeza de sus libros y me miraron acusadoras. Encogiéndome en mi asiento, continué la lectura. Volví a repasar el texto y, cuando acabé, casi pude asegurar que mi anónimo comunicante se refería a este párrafo del capítulo tres, versículo nueve. En mi cuaderno de trabajo volví a trazar el grabado de la foto. Por suerte, no me costó mucho, ya que lo había dibujado previamente con el ordenador, y me dispuse a organizar mis ideas. A la luz de lo que había encontrado, el dibujo ya no me parecía una representación solar. ¿Se podría interpretar que cada óvalo representara a uno de los siete ojos? Pensé que era posible. ¿Y qué relación tendría con la palabra Hod? Decidí entonces llamar a Sebastián Arces para contarle lo que había descubierto y pedirle su opinión. Salí al vestíbulo de la biblioteca con el móvil de la mano y marqué el número del museo. Tuve que esperar unos instantes, escuchando la música de cortesía de la centralita, hasta que le pasaron la llamada.

—¿Sí? Dígame.

—Sebastián, buenas tardes, soy Amelia Galván.

—Hola, querida, ¿cómo va todo?

—Bien, todo bien. Te llamaba para decirte algo sobre las fotos del otro día. —Oí un carraspeo al otro lado de la línea.

—Sí —me contestó—, todavía no he tenido tiempo de trabajar sobre el tema, pero no te preocupes, que hoy mismo me pongo con ello.

—Mira, es que he comprobado que la inscripción de la tapa no es celtíbera, sino hebrea. Se trata de una sola palabra que significa ‘esplendor’.

—¿De verdad?! —exclamó con incredulidad—. Eso es muy inusual. Me parece muy extraño... A lo mejor la inscripción es celtíbera y reutilizaron la urna siglos más tarde. Esa podría ser una hipótesis. Sí, sería lo más probable... Esplendor... Se referirá al resplandor del sol.

—¿Sabes si el símbolo de la urna tiene algún nombre conocido, algo así como «la piedra de siete ojos»?

—No, nunca he oído una cosa así. ¡Qué imaginación la tuya, querida! —continuó con un mal disimulado tono de impaciencia—. Ahora te tengo que dejar porque estoy reunido, pero te prometo que seguiré investigando. Y no te preocupes, que ya te llamaré yo cuando pueda.

Entonces supe que Sebastián Arces no tenía ninguna intención de ayudarme, ni con esto ni con nada. Estaba claro que me había cerrado la puerta en las narices. Me quedé ensimismada, de pie en el vestíbulo de la biblioteca, paladeando la desagradable sensación y sin saber cómo continuar. De pronto, se me ocurrió. A lo mejor encontraba algo más entre los papeles del muerto, alguna otra foto o algo parecido. Al fin y al cabo, las que había visto eran suyas. Seguro que tenía que haber algo más.

Así que, cuando llegó el fin de semana, me acerqué a casa de mis padres, y se llevaron una agradable sorpresa. No tuve más remedio que dedicar la mañana del sábado a mi madre, que me arrastró a un maratón de compras por todas las tiendas de la ciudad. Insistía en que mi fondo de armario era un asco, e intentó, sin éxito, que diferenciara el color rosa palo del rosa chicle.

Tras la comida, que disfruté como una niña porque echaba de menos los platos de Balbina, nos sentamos a tomar café mientras comentábamos, entre unas cosas y otras, el susto que me había llevado con el conato de incendio. Estaba saboreando el último sorbo de mi taza, y mi madre me recordó que aún había que vaciar la casa de la tía Merche.

—¿Por qué, ya tenemos inquilino? —preguté.

—No, hija —dijo con pena—. Nadie quiere vivir allí. Pero quiero limpiar la casa por si hay que enseñarla. Deberías ir a tirar los papeles.

Pero yo entonces tenía una buena razón para conservarlos. Pretendía leerlos de cabo a rabo, a ver si encontraba alguna otra pista sobre la misteriosa piedra de los siete ojos. Sabía que si le contaba eso a mi madre me iba a decir que no perdiera el tiempo, así que, conociendo sus debilidades, definí otra estrategia.

—Pues es una pena tirar esas carpetas, porque lucen mucho en la estantería y sin ellas la habitación parece muy desnuda.

—¿De verdad quedan bonitas? —picó mi madre.

—Sí, mucho, todas tan igualitas. Dan sensación de limpieza.

Deseando que no me creciera la nariz como a Pinocho, y tras sembrar en ella la semilla de la duda, cambié de tema. Luego me preguntó qué planes tenía para lo que quedaba del fin de semana, y le dije que quería estudiar esa tarde y el domingo salir con las amigas. A un par de ellas no las había vuelto a ver desde que me trasladé a Soria. Cuando terminamos la sobremesa, mi padre me retuvo un momento para decirme que suponía que tendría mis motivos para guardar los papeles, porque la decoración no era mi fuerte.

—De todas formas, si no vas a ir a casa de la tía, devuélvenos las llaves, que te las quedaste y todavía no ha podido ir Balbina a limpiar.

—¿Yo? Pero, papá, ¿qué estás pensando? Si las tenéis vosotros —haciendo memoria, de pronto me acordé—. ¡Ah, no, las debí de dejar en el bolso!

Como era un bolso de verano, no lo había vuelto a utilizar desde aquellos días y estaba olvidado en el fondo del armario. Lo cogí y lo vacié sobre la cama para buscar las llaves. Por supuesto, estaban allí, y entre otras muchas cosas apareció un papel arrugado. Lo estiré y, de repente, recordé que se había caído de una de las carpetas de Bárcena. Miré los dos números de teléfono apuntados, tal como figuraban:

921

460123

4570419

También estaba el dibujo, y esta vez sí pude reconocerlo como una reproducción bastante burda de la inscripción de la urna. En un impulso, marqué el primer teléfono con el prefijo de Segovia, que constaba antes. Empecé a pensar en una excusa para quien me contestara, pero no hizo falta. Me respondió una máquina con bastante antipatía: «El número marcado no existe». Tecleé el segundo. El contestador respondió lo mismo. «Pues entonces no son teléfonos», pensé desconcertada. Los miré con atención, los di vueltas y más vueltas hasta que por fin se encendió una luz en mi cerebro. ¡Claro!, son coordenadas UTM. ¡Están señalando un lugar!

Me lancé a la carrera al despacho de mi padre, que contaba con la moderna maravilla de una conexión ADSL, a pesar del recelo de mi madre, que pensaba que por el cable podríamos contagiarnos de virus informáticos.

—Sí, vosotros reíd, que ya me reiré yo cuando pesquéis algo —dijo ofendida ante nuestras carcajadas.

Casi aparto a empujones a mi padre de su propio escritorio, en el que estaba trabajando.

—Papá, por favor, déjame el ordenador, que tengo que consultar algo.

—Bueno, bueno, ya te dejo. ¡Qué modales!

Entré en una web que ofrecía un sistema de información geográfica. Tecleé los números y, *voilà*, el programa me situó en Riaza, un pueblecito de la sierra de Segovia. Amplié la vista con el zum todo lo que pude, y el cursor, obediente, se colocó sobre un punto de las afueras del pueblo. Estaba guardando la información obtenida en mi memoria USB, para irme corriendo a casa de la tía Merche, cuando me llamó mi madre.

—Amelia, hija, ven, que tengo una sorpresa.

Me la dio, y grande. En el sofá del salón estaba aposentada su amiga Pili, rebosando grasa y tontería a partes iguales. Pero no era eso lo peor. En uno de los sillones, desmadejado con indolencia, cruzaba las piernas su hijo Poldo, que me miró con actitud de perdonarme la vida.

—Mira, hija, qué agradable sorpresa, ha venido a visitarnos mi amiga Pili. Este es su hijo Poldito. ¿Te acuerdas de él?

—Sí, mamá —contesté apretando los dientes.

¡Ya estaba bien! La manía casamentera de mi madre pasaba de castaño oscuro.

—Hola, Pili, ¿qué tal estás? —saludé dándole un beso hipócrita—. ¿Qué tal, Poldo? —dije, y le estreché la mano.

—Uy, qué antigua —dijo entonces la foca, esto..., la amiga de mi madre—. Dale un beso, hija, que no te va a morder—. Bueno bueno —continuó la buena señora—. Hacía mucho tiempo que no te veía. ¿Qué haces ahora?

—«Contener las fuerzas para no estrangularte», pensé. Pues estoy trabajando en Soria —le respondí, en cambio.

—¡Qué aburrido!, ¿no? Y encima tendrás que madrugar —no tuve que responder a eso porque nos interrumpió su hijo.

—Amelia, tía, hace que no te veía mogollón de tiempo. Aún tenías granos —dijo a modo de saludo.

«¿Y tú no tendrás nada mejor que hacer que acompañar a tu madre?, que ya eres mayorcito», pensé.

—Oye, ¿y de novios cómo andamos? —preguntó ya sin disimulos Pili.

—Digamos que todavía no he encontrado al hombre de mi vida —dije con incomodidad.

—¡Vaya vaya! —exclamó condescendiente—. A lo mejor no tienes que buscar muy lejos —remachó con intención—. Ya vas teniendo tus añitos, no eres una niña. Y ya sabes, en cuanto una se descuida se le pasa el arroz —concluyó a modo de sentencia.

—Pues no sé, Pili, porque no he cocinado en la vida.

Incluso mi madre fue capaz de captar la ironía y cambió de tema, dirigiéndome una feroz mirada de advertencia para que no dijera ninguna barbaridad.

Durante un cuarto de hora escuché con paciencia la insulsa conversación. Poldo contribuyó, a su manera, a alterarme los nervios con su manía de niño pequeño de tocarlo todo. Se dirigió hacia la librería del salón, abarrotada de libros, pero no se dignó leer ni uno solo de los títulos. En cambio, cogía y dejaba las figuritas de porcelana, un astrolabio de latón dorado, que colocó del revés, y otros objetos, hasta que por fin encontró un juguete de su gusto: una reproducción de una pistola del siglo XVIII, de mi padre. Se entretuvo en amartillarla y disparar una y otra vez: clic, clic, clic... Tenía tantas ganas de levantarme de allí e ir a ver los papeles de Bárcena que, sin darme cuenta, me clavé las uñas en las palmas de las manos. Cuando ya no pude más, me dirigí a ellas y traté de excusarme diciendo que tenía que terminar un informe que le había prometido, sin falta, a mi jefe para el lunes.

—¿Tu jefe? —preguntó mi madre con curiosidad—. No me has contado nada sobre él. ¿Cómo es?

Iba a decirle la verdad: gordo, bajito, cincuentón y felizmente casado, o eso creía. Sin embargo, vi la oportunidad de poder escapar de allí y la aproveché.

—Pues mira, mamá. Es un chico alto y moreno, unos cinco años mayor que yo. Es una eminencia en su especialidad, y, claro, como estudia tanto, está soltero.

Casi me arrepiento al ver la lucecita de esperanza que se encendió en los ojos de mi madre, pero la mirada que me dirigió Pili, de leona defendiendo a su cachorro, me dejó anonadada en la silla. De todos modos, fui indultada. Mamá me dijo que me fuera a trabajar. No quería que me llamaran la atención por no acabar el informe a tiempo. Pili gruñó y replicó que cómo estaban los tiempos, que ni los fines de semana se podía ya descansar, que no había derecho, y que me iba a marchitar entre tanto papel. Todo fue en vano.

Al salir, fui a dar un beso a mi padre, que se había refugiado en su despacho. Me felicitó por librarme tan pronto de la encerrona y me preguntó dónde iba. Le contesté la verdad, que a leer los papeles de Bárcena. Enarcó las cejas, pero no dijo nada.

—Y si pregunta tu madre, ¿dónde le digo que estás?

—Pues... en la biblioteca, buscando información.

—Pero, hija, si esta tarde está cerrada.

—Ya, papá, pero mamá no lo sabe.

—¿No te da reparo engañarla? —preguntó con lástima.

—Hoy no. No es peor que lo que me ha hecho ella.

Riéndose para sus adentros, me dio la razón. Lo abracé y salí de casa.

Casi había anochecido cuando llegué al piso de la tía. Olía a cerrado y a abandono. Todo estaba en silencio. Fui encendiendo luces según avanzaba hasta llegar a la salita. Allí estaban los papeles, tal y como los había dejado. En primer lugar, cogí la carpeta de la que se cayó la hoja suelta. Por suerte, me acordaba del título: «La restauración del firme de la N-110 en Segovia», porque si no hubiera sido como buscar una aguja en un pajar. Me senté con ella en la camilla y empecé revisarla. De repente, tuve una extraña sensación. Sentí como si alguien me estuviera observando. Me quedé rígida, sin moverme, escuchando. Pasó un minuto, quizá dos, pero no oí ni noté nada raro. «Últimamente, tienes la imaginación desatada», pensé. Pero el escalofrío que me recorrió de la cabeza a los pies había sido muy real. Volví a concentrarme en la carpeta. En el final encontré una separata que presupuestaba la restauración de un monumento de Riaza denominado Fuente-Lavadero de la Nevera. Como coincidía con las coordenadas, la puse aparte y seguí mirando esperanzada. Sin embargo, fue lo único que encontré en mi búsqueda. Abrí una carpeta tras otra, pero no hallé nada que se pudiera parecer remotamente a una pista. Cuando llevaba revisada más o menos la mitad de la estantería, miré el reloj. ¡No podía ser! ¡Las cuatro y

media de la madrugada! Cansada, con sueño y aterida porque en la casa hacía bastante frío, salí de allí con mi mezquina cosecha. Solo me llevé las cinco páginas de la separata. Pensé, con poco ánimo, que tendría que volver otro día para ver si encontraba algo más.

A la semana siguiente, cuando llegué a Soria, como no podía avanzar mucho en el trabajo hasta que me repusieran el ordenador, decidí seguir investigando la extraña inscripción y le pedí permiso al jefe para acercarme una mañana a consultar a mi compañero, el arqueólogo de Segovia. Me lo concedió sin hacer preguntas, aliviado al ver que no protestaba por la falta de ordenador ni por el olor a quemado del despacho.

Llegué a la bonita plaza de la Merced de la capital segoviana y entré en el edificio en el que trabajaba Pedro de Támara, mi colega. Era un hombre ya entrado en años, a un pie de la jubilación. Lo conocía de un curso y varias reuniones, y valoraba en él su fino humor segoviano y su seriedad y dedicación al trabajo.

Se sorprendió al verme, ya que no le había avisado, pero agradeció la visita y creo que halagó su orgullo profesional que fuera a consultarle. Le enseñé el boceto de la piedra de los siete ojos y le conté las circunstancias en las que había aparecido. Me dijo que él tampoco había visto nunca nada igual, y que no tenía noticia de que en Riaza se hubiese encontrado nada semejante. Prometió avisarme cuando programara alguna salida al pintoresco pueblo serrano, por si quería hacer con él una visita de campo. También me dio su palabra de que si encontraba algo relacionado con la inscripción me lo haría saber. Tras compartir un chato de vino en una taberna muy agradable, próxima a la catedral, me despedí de él esperando que me llamara pronto y que fuera de más ayuda que Sebastián Arces.

De vuelta al trabajo, transcurrieron varias semanas sin que pudiera avanzar un solo paso en la investigación sobre la piedra de siete ojos. En cambio, mi vida sentimental sí sufrió algunos cambios significativos.

Por uno de esos avatares que suceden en la vida, un día estaba dando un paseo por El Collado, la arteria de Soria y el lugar donde se toma el pulso a la ciudad. Al volverme después de mirar un escaparate, me di de bruces con un desconocido. Cuando le miré a la cara sentí un vuelco en el estómago. ¡Era guapísimo! Sin poderlo evitar, mi corazón comenzó a latir a toda velocidad y noté que me sonrojaba. El desconocido, ajeno a las emociones que me despertaba, se agachó educadamente para recoger mi bolso, que se me había caído al suelo, me lo entregó, se disculpó y siguió andando. Lo vi alejarse y, sufriendo una extraña desolación, empecé a pensar con rapidez en una excusa para detenerlo. Como si hubiese detectado mi angustia, de repente, se giró y anduvo hacia mí.

—Perdóname, soy un grosero. No te he preguntado si te has hecho daño —me dijo con tono de preocupación. Le dije que no, que esperaba sobrevivir al golpe, y me sonrió mostrando unos dientes blancos y perfectos—. ¡Estupendo! —exclamó—. Entonces no te importará que te

invite a algo como compensación.

Sin poder creer en mi suerte, le contesté que me gustaría mucho. Avanzamos unos pasos hasta uno de los bares con más solera de la ciudad.

—¿Te parece si pedimos un vino y unos cacahuets? Es lo típico de este sitio.

«Como si son cantos de río», pensé.

Se presentó como Álvaro Benavente, y le dije mi nombre. Entre cacahuete y cacahuete me contó que llevaba poco tiempo allí, que trabajaba en un banco y que no conocía a mucha gente. Le pregunté de dónde era y me dijo que de Madrid.

—Entonces, esto te resultará un poco pequeño —afirmé.

—Sí, pero es muy tranquilo, y los sitios están muy cerca —contestó animado.

Seguimos hablando sobre temas sin importancia. Cuando se nos agotó la conversación, hizo ademán de despedirse. En ese momento me habría gustado tener la soltura de Asun para pedirle el teléfono; pero, para mi sorpresa, no fue necesario. Me propuso quedar al día siguiente para tomar una cerveza, en el mismo sitio y a la misma hora, si no tenía nada mejor que hacer. Dije que sí, agradecida al cielo.

—Pero esta vez, sin chocar —apostillé con guasa. Se echó a reír y salió del local.

Nos vimos al día siguiente, y al otro, hasta que se convirtió en costumbre quedar por las tardes para comentar el día y tomar algo juntos. Muchos días iba también Asun. Incluso algunas veces se unía Luis a nosotros, casi secuestrado por ella. Formamos la cuadrilla del Collado, pues lo recorríamos incansables hiciese frío o calor. Tuve la sensación de que a Álvaro le molestaba, al principio, que fueran los otros dos. En el fondo, me alegré bastante, porque deduje que prefería que estuviéramos solos. Pero como Asun tiene la energía de un huracán, no había quién la frenara. Pareció resignarse, y junto a ella era el más alegre y ameno del grupo. Nos hacía reír muchísimo, con una animación que era contagiosa, contando con gracejo madrileño cualquier tipo de anécdota.

Por las noches me acompañaba hasta mi casa y nos despedíamos en el portal con un casto par de besos, como los colegiales. Este gesto me encantaba, pues me hacía pensar que Álvaro no era como el resto de los chicos que había conocido, sino delicado, y no tenía necesidad de forzar la máquina. Me dejaba que marcara yo el ritmo.

Un día, entre bromas y veras, sentados en la mesa de un bar empezamos a contarnos anécdotas curiosas o extrañas que nos hubieran sucedido. Comenzó Luis con las peripecias de un motor que daba saltos, o algo así, y se extendió con una serie de explicaciones técnicas, de las que no entendí nada, y el resto creo que tampoco. Asun nos relató una historia de miedo, referente a su experiencia con la güija en una casa abandonada, cuando era una niña. Cuando llegó mi turno empecé a explicarles lo que denominé pomposamente el misterio de la piedra de siete ojos. Primero les hablé de la muerte de Bárcena, luego del misterioso cedé y su incendiaria



desaparición, y rematé la historia con Zacarías y su libro profético. Cuando acabé mi relato, se quedaron todos expectantes hasta que Álvaro preguntó:

—¿Y ya está, ya no hay más?

—Pues no, ya no tengo ninguna pista más.

—Pero ¿lo del fuego es cierto? —volvió a preguntar—. ¿O estás exagerando?

—Es la pura verdad —corroboró Luis—. Nosotros estábamos allí y lo vimos.

—Me ha gustado muchísimo tu historia —dijo Álvaro—. Dices que te falta todavía la mitad de los papeles por revisar —afirmó pensativo—. Pues..., si no te importa, me gustaría ayudarte. Siempre me han atraído las películas de arqueólogos.

—Ya, pero esto no es una película, y la búsqueda será muy aburrida —le contesté.

No se dejó amedrentar por mi poco firme negativa. De camino a casa logró convencerme para ir a revisar juntos los archivos de Bárcena. Sentía mucho no poder ir ese mismo fin de semana, pero ya tenía un compromiso previo.

—¿No puedes cancelarlo? —me preguntó Álvaro.

Sintiéndolo mucho, tuve que decirle que no, que mi madre no me perdonaría nunca que no asistiera a lo que ella llama con rimbombancia su recepción anual prenavideña, así que fijamos la fecha de la expedición para quince días después.

Entre unas cosas y otras, llegamos al portal. Esa noche por fin sucedió algo que yo llevaba esperando durante algún tiempo. Cuando me acerqué a él para darle los besitos de rigor, me estrechó entre sus brazos y me dio lo que hasta los más exigentes habrían considerado un besazo de película.

Una semana más tarde, sentada en mi mesa del despacho, intentaba inútilmente concentrarme en los expedientes. Cada vez que tecleaba una palabra, volvía a mi cabeza el recuerdo de ese beso y de los que vinieron en los días posteriores. Suspiraba, leía un párrafo del texto, volvía a suspirar, y mis pensamientos rememoraban de nuevo esa fascinante sensación. De repente, el teléfono comenzó a sonar y me sacó de golpe de mi estado de ensoñación. Era Luis.

—Oye, Amelia, ¿te acuerdas de lo que se habló en la reunión de septiembre?

—Uf, hace tiempo ya, hablamos de muchas cosas.

—Vale, pues te llamo para notificarte oficialmente que hemos encontrado algo. Creo que Patrimonio debería ver esto. ¿Te acercas y echas un vistazo?

—Pero ¿de qué estás hablando?

—Perdona —me dijo—, es que no me he explicado. Estoy en San Esteban de Gormaz. Están realizando las acometidas de gas a unas casas y, al excavar para meter la tubería, se ha formado un agujero.

—¿Me llamas por un socavón?

—No, mujer, es que desde arriba se ve una especie de columnas al fondo. No me he atrevido

a bajar por miedo a destrozar algo. Antes de seguir, prefiero que vengáis a verlo. Te espero en la cafetería de la plaza Mayor.

Pedí las llaves de uno de los todoterrenos del Servicio y cogí una cámara digital. Me aseguré de que tuviera la batería cargada, el flas a punto y buena resolución para las fotos nocturnas. No teníamos linternas, así que confié en encontrar alguna en el coche. Si hacía falta, la compraría allí mismo. Sugerí al jefe que me acompañara Asun. Le dije, mintiendo con descaro, que hacía unas fotos fantásticas. No puso ninguna objeción, solo me pidió que a la vuelta le informara.

Ya en el todoterreno, y conduciendo bastante más deprisa de lo que acostumbro, nos dirigimos a San Esteban de Gormaz, con Asun leyendo el manual de instrucciones y toqueteando todos los botones de la dichosa camarita.

—Ya te podías haber inventado otra excusa, maja —me espetó—. A mí me salen las fotos movidas y con los ojos rojos.

—Hija, lo siento, el puesto de sujetar la linterna ya estaba ocupado. Además, lo que tú quieres es venir a ver a Luis, ¿no?, pues cualquier excusa es buena. —Nos echamos a reír, continuando nuestro camino hasta llegar a San Esteban.

No tuve problemas para aparcar en la plaza Mayor; estaba muy vacía aquella mañana.

—Se nota que hoy no hay mercado —dijo Asun.

—¿Lo ponen aquí? —dije extrañada.

—No, qué va, a las afueras —contestó—, pero luego viene la gente a la plaza a tomar el aperitivo. Oye, ¿en qué bar has quedado?

—En la cafetería.

—Ya, pero es que hay dos.

—Vamos a probar en esa, que tiene mejor pinta.

Nos dirigimos hacia una cafetería de estilo moderno, pero allí no estaba el ingeniero, así que entramos en la segunda, que mostraba un aspecto bastante más desvencijado y sombrío. En el fondo de la barra estaba Luis, charlando con un hombre de unos cuarenta y pico años, sudoroso y con mono de trabajo.

—Buenos días, Luis, aquí nos tienes.

—Hola, chicas. Me alegro de veros. ¡Qué deprisa habéis venido!

—Cuenta, que me tienes muy intrigada.

—Pues, más o menos, lo que te dicho por teléfono: al cavar para meter el tubo de polietileno se ha abierto un agujero. Es poco más grande que una alcantarilla, pero no me he atrevido a bajar.

—Gracias por la deferencia de esperarnos —le dije.

—Bueno —contestó azorado—, en realidad, además de a vosotras, por supuesto, estoy

esperando a que llegue el verificador de Soria. Ya está de camino.

—¿El verificador? —preguntó extrañada Asun—. ¿No es el que comprueba los contadores eléctricos?

—Sí, y también hace otras cosas —explicó Luis—. No podemos bajar al agujero sin comprobar antes que es seguro. Por eso va a traer el analizador de gases. Mediremos que haya oxígeno suficiente.

Asentí con la cabeza pensando que, si de mí hubiese dependido, podríamos haber muerto allí como pajaritos, pues no se me había pasado por la imaginación semejante peligro.

Nos presentó a Paco, el hombre que lo acompañaba, como el capataz de la cuadrilla del gas. El señor, bastante nervioso, me preguntó si le iba a parar la obra, que tenía que tenerla ya terminada y que eso le podía retrasar mucho. Le contesté, sin mentir, que no sabía, que primero debía evaluar lo que había aparecido.

Mientras esperábamos, aprovechamos para tomar un café, porque no habíamos tenido tiempo de ello. Asun, que no perdía el suyo, pidió el correo electrónico a Luis para enviarle las fotos de lo que encontráramos. No pareció sorprenderse mucho y accedió a su petición. Cogió un par de servilletas, apuntó el correo y nos entregó una a cada una. Tomé la servilleta y la leí antes de guardarla en la cartera. Me gustó el nombre de la cafetería y el dibujo que lo ilustraba: Puerta de Castilla. Era bastante más sugerente que el local en sí. Cuando acabamos, nos dirigimos hacia la obra.

Subimos por una de las calles que desembocaban en la plaza Mayor, giramos a la izquierda y seguimos una estrecha zanja que dividía la calle de forma longitudinal, en la que reposaba un tubo de un bonito color amarillo. Al fin, llegamos a la parte donde la zanja se había desmoronado y pude ver un agujero, no mucho más grande que una alcantarilla, como había precisado Luis, del que asomaba el extremo de una escalera. Carlos, el verificador, estaba esperando con un curioso aparatito, que parecía una impresora de etiquetas con una antena rematada en una bolita.

—He comprobado hasta el tercer escalón, y el nivel de oxígeno es normal —nos dijo, a modo de saludo—. Voy a bajar —continuó.

—Espera —dijo Luis—, hay que bajar poco a poco y con un arnés.

El del gas trajo uno de su furgoneta. Carlos se lo puso y bajó por la escalera cantando, por orden de su jefe.

—¿Es necesario que tengamos que aguantar estos gorgoritos? —preguntó Asun ante la falta de cualidades musicales del verificador.

—Pues no canta muy allá, pero es un método para saber que va todo bien ahí abajo. Si se calla, tiraremos de la cuerda para sacarlo, porque habrá perdido el conocimiento.

Al cabo de unos minutos subió Carlos, con el analizador zumbando como una abeja.

—Yo creo que es seguro —dijo, y le dio a Luis los papelitos que escupía la máquina.

Atento, los leyó y dijo que no había concentración excesiva de monóxido de carbono, y sí oxígeno suficiente. Me cedió el honor de bajar la primera, cosa que hice de espaldas, sujetándome con fuerza a la escalera y luciendo una linterna de cabeza que nos había proporcionado, otra vez, Paco el del gas.

Cuando terminé de bajar los peldaños me di la vuelta. La luz de mi cabeza iluminó una sala rectangular de pequeñas dimensiones, que presentaba, al fondo, cuatro columnas de doble fuste formando unos arcos que sujetaban parte de una cubierta abovedada. El aire olía a cerrado y rancio, pero, para mi sorpresa, era bastante cálido. Me giré hacia Luis, situado detrás de mí, que estaba ocupado ayudando a Asun. Metida en su papel de fotógrafa, no había querido quedarse arriba y bajaba como podía con sus zapatos de tacón. Las luces de las linternas alumbraban el recinto, oscilando de un lado a otro cuando movíamos la cabeza.

—¿Qué es esto? —me preguntó Luis.

—Parece una cripta románica —dije fijándome en los capiteles de las columnas.

Una presentaba un animal, que me pareció un oso; otra, un águila, e incluso vi en la última un musulmán con turbante.

—En otro tiempo, aquí hubo una iglesia.

Cuando dirigí la mirada al otro extremo de la estancia pude ver un altar delante de una pared ciega, cubierta con una hermosa pintura mural que representaba la Huida a Egipto. Me fijé en que estaba deteriorada en algunos puntos, cubierta de sales y desconchones. A los pies del altar, el suelo estaba enlosado con lápidas de sepulturas y cubierto de una capa de polvo y tierra. Con cuidado, limpié con la mano la superficie de una de ellas y descubrí una inscripción en latín, que traduje con la escasa luz de la linterna: «Aquí yace D. Nuño García, caballero de la Orden del Temple. Fallecido de las heridas recibidas en la gloriosa victoria de las Navas de Tolosa. Año del Señor de 1212». Les pedí a Asun y a Luis que fueran haciendo fotos, tarea que asumieron entre exclamaciones de entusiasmo.

En las once tumbas restantes dormían el sueño eterno otros tantos caballeros de orgullosos apellidos y algún que otro florido título. De vez en cuando, aun concentrada en la tarea de descifrar las inscripciones, le oía a Asun decir muy seria:

—¡Estate quieto con la cabeza y mira hacia aquí!

«Espero que podamos ver alguna foto», dije para mí mientras databa, en una primera aproximación, el hallazgo por la más antigua de las tumbas, del año 1178. Me fijé a continuación en el altar, y me pareció curioso que fuese un bloque de piedra en lugar de la típica mesa románica sostenida por columnas. Me acerqué a él para observarlo con detalle y descubrí que no era una única pieza, sino que estaba formada, como era lo habitual, por un ara o losa de piedra sostenida por dos pilares macizos. Debajo de la losa, tan encajada que apenas se veía un resquicio, había

una urna de piedra. Supuse que contendría las reliquias de algún santo. Muy excitada, debido a que se trataba de mi primer descubrimiento de cierta importancia, pasé la mano por las hendiduras. En ese momento, Paco, que al ver que tardábamos tanto había bajado también, me preguntó qué hacía.

—Estoy tratando de desencajar esta urna de aquí —le contesté ensimismada.

—Espere, señorita, que yo le ayudo. —Y, sin darme tiempo a detenerlo, le dio un empellón tal a la urna que logró moverla varios centímetros.

«¡A la porra el procedimiento! —pensé—. Bueno, pues ya que no tiene remedio, continuemos».

Tras tomar aliento, volvió a empujar la urna un par de veces hasta que salió de su escondite. Tenía forma rectangular, con la tapa muy pulida, lo que explicaba que la hubiéramos podido sacar con relativa facilidad sin la ayuda de herramientas. Al proyectar la luz sobre ella para ver si tenía algo grabado, me quedé petrificada.

—¡No puede ser! —dije en voz alta.

Mirándome burlona con sus siete ojos, pude ver la inscripción que me obsesionaba. También las modestas letras hebreas que la acompañaban: גבורה (Gevurá). Las acaricié con los dedos, preguntándome qué secreto significado tendría aquello.

Luis y Asun, que ya se habían cansado de hacer fotos, se acercaron curiosos al oír mi exclamación. Les expliqué lo que significaba. Tan perplejos como yo, no acertaron a decir nada. Fue Paco el que, con sentido práctico, dijo:

—Pues, si esto vale algo, será mejor que se lo lleven o dejen a alguien de guardia.

—¡¿Y cómo lo saco de aquí?! —exclamé desalentada.

Una vez más, Paco nos sacó de apuros.

—Tengo un cabrestante en la furgoneta. Si lo montamos en su todoterreno, podremos sacarlo con cuidado.

Tardamos más de una hora en preparar el artilugio. Al final, con la ayuda de Carlos, Luis y el propio Paco, que fue quien manejó el cabestrante, logramos sacar la urna a la luz del día.

—¡Estupendo! —aplaudí—. Vamos a ponerla en el maletero y nos la llevamos.

—¿No van a abrirla? —preguntó Paco con desencanto, secándose el sudor que le corría por la frente.

—Debería contener huesos o alguna reliquia de un santo, pero no estoy segura —dije sin faltar a la verdad.

Con el trajín de la extracción, se había formado un grupito de curiosos que, como Paco, empezaron a pedir que la abriera. Incluso Asun me preguntó que a qué esperaba.

—No se pueden hacer así las cosas —objeté—. Quizá lo de dentro se degrada con el aire o rompo la tapa. Hay que hacerlo en un entorno controlado.

—Por favor, déjame abrirla a mí. Te prometo que no la dañaré —intervino Luis.

Tanto insistieron que al final me rendí. Tenía tanta curiosidad como ellos.

Con ayuda de una lima de uñas metálica propiedad de Asun, que lleva de todo en el bolso, fue separando poco a poco la fina capa de argamasa que unía la tapa con la parte inferior. Cuando por fin acabó diciendo «¡ya está!», con aire de triunfo, todos irrumpieron en aplausos. Retiramos entre los dos la tapa y, por primera vez en siglos, alguien volvió a ver el contenido de la urna. Un paño de terciopelo negro, que retiré con muchísimo cuidado y dejé en el asiento del coche para que no se deteriorara, cubría una extraña pieza. Era un portalámparas de oro macizo, con forma de brazo curvo, con tres cuencos adornados con delicadas flores de almendro, que relució bajo la luz del sol. Observé que parecía formar parte de una pieza mayor, pues en la base presentaba una fractura limpia, como si se hubiera partido de un golpe seco.

Alguien empezó a gritar.

—¡Han encontrado un tesoro! ¡Han encontrado un tesoro en las catacumbas de Santa Olalla! —y el rumor se propagó rápidamente.

Tras taponarlo de nuevo con cuidado, cargamos la urna en el maletero del todoterreno y, ante la multitud que comenzaba a formarse, salimos de allí.

Le dije a Paco que, a la vista de lo encontrado, era imposible continuar la obra por esa calle, que hicieran las acometidas por la paralela. El hombre lo encontró lógico, pero me pidió que le diera un papel o algo por escrito para justificarse ante los que le habían contratado. Con mi promesa de que lo tendría al día siguiente, aún me atreví a pedirle un último favor: que tapase el agujero con una chapa y lo protegiera con sus vallas de obra.

Ya de camino a Soria, en el todoterreno que conducía esta vez Luis —insistió en acompañarnos—, llamé al jefe para contarle lo que habíamos encontrado. Cuando acabé de darle explicaciones, Asun y yo vimos las fotos en la pantalla de la cámara. Me parecieron bastante aceptables.

Cuando llegamos a la puerta del edificio administrativo era más de media tarde y estaba cerrado. Por suerte, teníamos en el coche el mando automático del portón del garaje. Me hubiera gustado subir la urna y su contenido a la planta del Servicio, pero estaban cerrados los accesos, así que lo dejamos todo en el maletero, cerramos bien el todoterreno y me guardé la llave en el bolsillo.

Volví a casa para cambiarme de ropa, emocionada por el descubrimiento de la cripta. ¡Por fin algo de interés en mi currículum! Pero, ante todo, estaba perpleja con el hallazgo de una nueva urna con su enigmática inscripción, y muy intrigada por su contenido. No pude por menos que empezar a formularme preguntas. La urna que encontró Bárcena, ¿contendría también otro trozo del insólito objeto? ¿Qué sería en realidad y por qué estaba escondido de esa manera? ¿Por qué ambas urnas tenían grabada la piedra de siete ojos? Intentando encontrar respuesta a tanta

cuestión, se me ocurrió volver a leer el libro de Zacarías. En el capítulo cuatro, el profeta narraba la quinta visión: «... Veo un candelabro de oro macizo, con un recipiente en la parte superior: sobre el candelabro hay siete lámparas, y siete mecheros para las lámparas que están arriba de él... Estas siete lámparas son los ojos del Señor, que vigilan toda la tierra...». Leí estas palabras como en trance, y quedé aturdida al comprender su significado. ¡Un candelabro sagrado, los ojos del Señor vigilando la tierra! ¿Sería posible que el fragmento perteneciera a un candelabro, al candelabro bíblico? Concluí que no podía ser. Lo normal es que fuera una reproducción medieval de la leyendaria menorá, una buena reproducción, pero una copia al fin y al cabo. ¿Por qué estaría escondida en la cripta?

Por la noche, nos reunimos como de costumbre en un bar de la plaza de Herradores. Estábamos tan excitados comentando lo sucedido, con tales voces, que los parroquianos se volvían asombrados a mirarnos.

—¿Qué pasa? —preguntó Álvaro con curiosidad cuando entró por la puerta. Luego la cerró rápidamente y se frotó las manos por el frío—. Se os oye desde fuera.

—¡No te vas a creer lo que ha pasado! —casi le gritó Asun, y le contó todo lo que nos había sucedido por la mañana.

—¿De verdad? —contestó Álvaro con los ojos brillantes—. ¿Y qué habéis hecho con el tesoro? ¿Dónde lo tenéis guardado?

—En el Servicio Territorial —respondí. No pude ser más precisa porque en ese momento volvía Asun con las manos llenas de jarras de cerveza. Nos entregó una a cada uno y propuso un brindis, vociferando exaltada.

—¡Por el descubrimiento y por Lara Croft y su equipo! —Golpeando las jarras, bebimos con entusiasmo, esa y varias rondas más.

Continuamos la celebración en el siguiente bar. Atravesé el umbral, riendo y hablando a voces. Una vez dentro, me detuve en seco al encontrarme a mi jefe de frente, sentado en la barra. Asun se escurrió hacia el otro extremo del bar con gran rapidez, arrastrando con ella a Álvaro y a Luis. La muy cobarde me dejó sola ante el peligro. Víctor no estaba solo. Sentado de espaldas pude distinguir la inconfundible silueta de Sebastián Arces, que se giró hacia mí en su banqueta con una gran sonrisa en la cara. Exhaló el humo del cigarrillo que tenía entre manos y me dijo con tono paternalista:

—Mi querida Amelia, me alegro mucho de verte. Víctor me ha estado contando lo del descubrimiento de la cripta. Ya le he explicado que viniste a consultarme y me alegra ver que mis consejos han dado su fruto.

Abrí los ojos, asombrada ante su desfachatez.

—Sebastián, este descubrimiento ha sido pura casualidad, no tiene nada que ver contigo ni con los pretendidos consejos que, por supuesto, no me has dado —contesté sin reprimirme,

evaporada toda prudencia por los efectos de la cerveza.

Sebastián se volvió ofendido hacia el jefe y, con aire teatral replicó:

—¿Has visto, Víctor, qué ingratitud? Llevo más de un mes investigando la consulta que me hizo y ahora lo niega.

—Tranquilo, Sebastián —terció Víctor conciliador—, seguro que Amelia podrá explicarlo.

—No hay nada que explicar —dije con voz alterada—. Este... señor no ha tenido absolutamente nada que ver con el hallazgo de la cripta.

—Víctor, ¡no puedo tolerar que esta niñata se dirija a mí en estos términos! —vociferó con una ridícula voz, demasiado aguda para un hombre de su tamaño.

En ese momento intervino Álvaro.

—Oiga, amigo, no sé quién es usted, pero no voy a consentir que grite a Amelia de esa manera.

Asun y Luis se acercaron también, anonadados por las voces.

—¡Tú te callas y te metes en tus asuntos! —le vociferó el conservador—. ¡Estoy seguro de que a esta novata ni se le ha ocurrido proteger la cripta! ¡Tendrá suerte si no la desvalijan esta noche!

Víctor se levantó entonces de su taburete con el ceño fruncido y cara de disgusto. Dejó unas monedas sobre el mostrador y le pidió a Sebastián que se comportara, que no era ni el momento ni el lugar para hacer una escena. Después se volvió hacia mí y, con el rostro muy serio, me conminó a que me presentara al día siguiente a primera hora en su despacho. Después tomó a Sebastián del brazo y salieron del local.

Nos tomamos la última cerveza en silencio, una vez desaparecida toda la diversión, y nos fuimos para casa. Álvaro me acompañó hasta el portal, me dio un rápido beso y me pidió que procurara descansar, después de la escenita. Le agradecí la defensa, encendida e indignada por el comportamiento de Sebastián.

Por la mañana me desperté con dolor de cabeza y preocupada por la bronca que recibiría. Miré el reloj y me levanté de un salto. «¡Magnífico! Hoy, que te espera el jefe, llegas tarde», logré pensar tras tomarme un par de aspirinas.

A la puerta del trabajo me encontré con Asun, que lucía unas enormes gafas de sol a las ocho y cuarto de la mañana, bajo las primeras luces del día.

—No me hables tan alto —fue la contestación a mi saludo—. Luego nos vemos.

Cuando el ascensor paró en la planta, me encontré con un enorme revuelo.

—¡Por fin, aquí estás! —exclamó Víctor dirigiéndose hacia mí.

Lo alarmante es que no estaba solo. A su lado, dos policías de uniforme tomaban notas.

—Pero ¿qué pasa aquí? —pregunté sin salir de mi asombro.



—Pues lo que ves —contestó mi jefe de bastante mal humor—. ¡Que han entrado esta noche a robar!

—¿A robar qué? —volví a preguntar, con la cabeza poco clara todavía por los excesos de la noche.

—Mire, señorita —me dijo entonces uno de los policías—. Su jefe nos ha contado que descubrieron ayer unas reliquias de oro, y ya no están aquí. ¿Tiene idea de si les vio alguien?

—¿Alguien? Todo el pueblo —contesté—. Lo trajimos a plena luz del día.

—Bien, pues ya ve, aquí no están —me respondió con sequedad.

Eché un vistazo alrededor y lo que vi me dejó desolada. El suelo estaba sembrado de papeles; los archivadores, volcados; los cajones, abiertos y vacíos, parecían sacarme la lengua. Alguna compañera lloriqueaba en su silla, mirando aquel caos. Fui corriendo a mi despacho, que estaba a tono con lo anterior. No pude acceder sin apartar primero un montón de expedientes del suelo.

El jefe estaba fuera de sí. Empezó a gritarme que su cabeza estaba en juego, que por qué no había previsto una cosa así, que tenía que haber hecho caso a Sebastián, que iban a venir los periodistas y que sería el hazmerreír de la ciudad. Cuando paró para tomar aire, interrumpí su torrente de quejas diciendo que no había subido la urna hasta allí, sino que estaba en el garaje. Entonces me cogió por la muñeca y, con una velocidad que nunca habría sospechado en un cuerpo tan orondo, volamos al ascensor seguidos de los policías.

Me temblaban las manos cuando abrí el portón del todoterreno, pero pude ver que allí seguían, aparentemente intactas, la urna y la cámara de fotos. Los dos policías me ayudaron a mover la tapa y, con un suspiro de alivio, comprobé que allí estaba el trozo de candelabro.

—Han tenido muchísima suerte —afirmó el más veterano—. A los ladrones no se les ha ocurrido mirar aquí. Deben poner esto a buen recaudo.

Así que, tras unas llamadas de mi jefe, los agentes nos acompañaron al banco para llevar solo la pieza de oro, ya que la urna de piedra pesaba demasiado. La guardamos en la caja de seguridad que alquilaba el Servicio para estas poco frecuentes situaciones.

Cuando salimos, ya más tranquilo, mi jefe se disculpó por los exabruptos que me había dirigido y me pidió un informe por escrito de todo lo descubierto; deprisita, pues tendría que atender a la prensa a lo largo de la mañana. Ya hablaríamos más tarde del incidente con Sebastián.

Sin tocar la montaña de papeles desperdigados por doquier, me senté al ordenador y tecleé, con la mayor velocidad que me permitieron las manos, a las que no habían sentado nada bien mis desafueros con la cerveza. Cumplí la promesa que le hice a Paco y dictaminé por escrito la paralización de la obra en San Esteban de Gormaz. Luego redacté el informe sobre la cripta.

Concentrada en el trabajo, no vi que alguien se acercaba. Cuando levanté la vista del monitor me encontré con Álvaro, que me dirigió su mejor sonrisa. Llevaba puesto un Fedora, el

sombrero que luce Indiana Jones en sus películas. Lo que en cualquier otra persona me habría parecido ridículo, en él me pareció un detalle gracioso, cargado de sentido del humor.

—Buenos días. Qué agradable sorpresa verte por aquí —le dije—. ¿Y ese sombrero?

—Es para poder estar a la altura de tus últimas aventuras —me dijo guiñándome un ojo—. En realidad, venía a invitarte a un café. ¿Pero qué ha sucedido aquí? ¿Un tornado? —bromeó al ver la lamentable situación en que nos encontrábamos.

—Vamos a tomar ese café y te lo cuento —le contesté apartando unos expedientes con el pie para poder salir de la mesa.

—Además del café, venía a ofrecerte la caja de seguridad de mi banco, pero me parece que ya no hace falta —dijo apesadumbrado mientras bajábamos en el ascensor—. Os han robado el tesoro, ¿verdad?

—No te creas. Por suerte, los ladrones eran poco listos y no han dado con la reliquia —le contesté.

—¿Tan bien escondida estaba? —preguntó.

—Pues no. Seguía en el maletero del coche. Como llegamos tarde, no lo pude subir a la planta.

Me dirigió una mirada profunda, entre la sorpresa y la admiración, en la que pude comprobar que a él también debía de afectarle el alcohol, porque tenía unas ojeras bastante pronunciadas.

Tras acercarme un café solo, volvió a la carga ofreciéndome su banco para guardar el trozo de candelabro.

—Lamento decirte que llegas tarde. Además, es una decisión que no me corresponde a mí. A primera hora nos ha acompañado la policía a depositarlo en la caja de seguridad del Servicio.

—¡Pues guárdame el turno para la próxima vez! —dijo entre risas. Tras pagar la consumición se despidió diciendo que debía volver al banco.

Tardamos casi una semana en volver a organizar otra vez la oficina. Algunos compañeros me miraban como si yo hubiera tenido la culpa de lo sucedido. Otros, al menos, parecían perdonarme porque los ladrones no habían logrado su objetivo. Unos cuantos estaban tan contentos. Al salir el robo en los periódicos, habían tenido sus cinco minutos de gloria.

Una vez que volvimos a la normalidad, me llamó el jefe a su despacho. No había olvidado que teníamos una conversación pendiente, y me preguntaba cuándo iba a pedirme explicaciones por la penosa escenita del bar. Cerré la puerta con cautela, me senté recelosa en la silla que me indicó con un gesto y esperé a que terminara de firmar unos documentos. Cuando levantó la cabeza de los papeles, lo primero que hizo fue felicitarme cordialmente por el descubrimiento. Le contesté con modestia que había sido una casualidad, pura cuestión de suerte, y me callé mientras

esperaba las preguntas sobre el motivo de mi enfrentamiento con Sebastián Arces. Para mi sorpresa, no mencionó en absoluto al conservador del museo. Continuó diciendo con entusiasmo que hacía años que no nos encontrábamos con un hallazgo de esa envergadura, que los de arriba estaban muy satisfechos y él muy contento por contar conmigo en el Servicio. Animada por su franca acogida, aproveché para pedirle que me dejara iniciar la investigación y catalogación de la cripta, puesto que habría que restaurar las pinturas y... No me dejó seguir. Me dijo que no me preocupara por eso, que ya había conseguido una partida presupuestaria extra para unos informes preliminares y que esa tarea la realizaríamos en colaboración con los expertos del museo.

—¡Ah! —dije con un profundo desencanto. Acababa de descubrir el motivo de tan bonitas palabras—. Supongo que Sebastián Arces será uno de esos expertos.

—Pues sí; de hecho, acaban de nombrarle director de la restauración de la cripta —dijo sin mirarme a los ojos—. Es el técnico con mayor experiencia que tenemos. Pero tú no te preocupes, mujer, que no te vas a aburrir. Te esperan un montón de expedientes en tu despacho —me respondió, pensando que con eso me animaba.

Respiré hondo y traté de no verbalizar los sapos y culebras que acudieron a mi boca. Le pregunté si también iba a restaurar Sebastián Arces la pieza de oro de la urna. Me contestó, dubitativo, que no, que no habían pensado en ello, que estaba incompleta y era indiscutible que se trataba de una pieza del ajuar litúrgico de la Iglesia. No pensaba incluirla en el proyecto. Tragándome mi dignidad le pedí que no dejara fuera de la investigación la urna y su contenido, pues podrían resultar de interés. Debí poner tanto calor en mis palabras que al final logré persuadirle de que me permitiera estudiar y datar la pieza. Concediéndome lo que debía de considerar las migajas del pastel, Víctor accedió y se mostró de acuerdo para que comenzara a investigar y preguntara en la universidad. Pero antes de aceptar ningún presupuesto, se lo tenía que consultar primero. A esas alturas del año, ya estábamos bastante justos de dinero.

Cuando me levantaba de la silla me advirtió, muy grave, que la persona que estaba al frente de la restauración de la cripta de Santa Olalla era Sebastián Arces, y que procurara no enfrentarme con él.

—De todos modos, para evitar problemas, todos tus informes me los entregarás a mí personalmente.

«¡Menos da una piedra!», pensé cuando salí. Por lo menos, puedo seguir investigando.

De vuelta a mi despacho, no era capaz de explicar la sensación de alivio que me invadía. Debería haber estado furiosa. El viejo buitro de Sebastián me había robado el mando directivo de la restauración bajo mis narices. Por razones del puesto que ocupó, ese trabajo me habría correspondido a mí. Sin embargo, mi instinto trataba de convencerme de que era mucho más importante descubrir el misterio de la piedra de siete ojos. «¡Todavía no has ganado esta guerra, señor Arces! —dije para mí—. ¡Y quién sabe si esta batalla no la he ganado yo!».

Sin perder el tiempo, llamé por teléfono a Agustín, un viejo amigo de los tiempos de la facultad, que trabajaba en el Departamento de Química Analítica de la universidad. Él era el jovencísimo profesor que nos había explicado las técnicas arqueométricas. Detrás de sus gafas se escondía una inteligencia vivaz y un peculiar sentido del humor. Además, casi podía asegurar que no le resultaba indiferente.

—¡Amelia, tesoro, cuánto tiempo! —respondió cuando lo saludé—. Ya me parecía que tardabas demasiado.

—¿Qué pasa, me estabas esperando? ¿Ya sabes de qué te voy a hablar?

—Pues verás, aunque no es portada en los periódicos, he leído una reseña en las páginas de cultura, así que ya sé que habéis encontrado algo en San Esteban de Gormaz.

—¡Vaya!, así que no te extrañará que te pida un carbono 14 para una de las piezas que hemos encontrado.

—¡Ay, Amelia! —dijo con pena—, ¿tan poco atendías en mis clases que no enteraste de que la prueba del carbono 14 es solo para materiales orgánicos?

—¿Quién te ha dicho que la quiero para el oro? —contesté molesta por la corrección—. No, tenemos un paño de terciopelo negro que protegía la pieza. Con eso podré datar la fecha en la que la guardaron en la cripta.

—¡Estupendo! Buena alumna. ¿Y qué más quieres que haga?

—Pásame un presupuesto de lo que costaría hacer un PIXE.

—¡Caramba!, un análisis PIXE: *Particle Induced X-ray Emission* —dijo pronunciando en correcto inglés—. Rayos X excitados por partículas. Eso será mucho más caro. ¿Qué quieres medir?

—Pues la proporción de oro, plata, cobre y las partículas traza más relevantes.

—De acuerdo, incluiré el estudio de las bases de datos para la localización geográfica del origen del metal.

—Me alegro mucho de hablar contigo, Agustín. Cuando tengas el presupuesto, me lo envías.

—Gracias a ti, princesa, por tu llamada. Oye, si me encargas el trabajo tendrás que traerme las muestras personalmente.

—¿Por qué, por miedo a que se deterioren? —pregunté.

—No, porque no quiero perderme el placer de tu visita —concluyó.

Cuando colgué, me ilusionó pensar en lo popular que me estaba volviendo.

El sábado siguiente, fieles a lo acordado, llegamos Álvaro y yo al piso de la tía Merche. Estuvimos buscando y rebuscando. Me ayudó a bajar carpetas, leer informes, revisar presupuestos..., pero no hallamos nada. Al final de la tarde, fui perdiendo la concentración

pensando en la sorpresa que quería darle. Para compensar la pizza que habíamos engullido para comer, reservé a escondidas una mesa para cenar en uno de los restaurantes más selectos de la ciudad, de esos que lucen estrellas de una conocida marca de neumáticos. Tenía muchísimas ganas de disfrutar de un lujo que no me podía permitir todos los días, de una cena romántica, de saborear buena cocina y, por qué no, de exhibir un hombre guapísimo a mi lado. Así que mis sueños estallaron como una burbuja cuando sonó su móvil y, tras contestar, me dijo con tono serio:

—Lo siento mucho, pero tengo que regresar ahora mismo a Madrid. Es una lástima que no hayamos encontrado nada.

—Pero ¿por qué? —pregunté como una niña a la que han robado un caramelo.

—Me tengo que ir sin falta —se excusó apesadumbrado—: temas de familia.

—Pero... quédate a cenar y madrugas mañana —imploré.

—Lo siento, Amelia, me tengo que ir ya. Me ha avisado mi madre desde el hospital. Acaban de ingresar a mi tío y me necesita. Ya te llamaré.

Tras abrazarme, me dio un beso rápido y salió por la puerta. Allí me quedé, sola y rodeada de antipáticos papeles. No tuve ganas de colocarlos, así que me fui, derrotada, a la calle. Al salir al rellano de la escalera me encontré con la vecina de la tía, que, con toda seguridad, había estado espionando. «¡Lo que faltaba! —pensé—. ¡La arpía!» La mujer se había ganado ese poco piadoso calificativo, a los ojos de mi familia y a los de todo el pueblo, desde que engañó a la pobre tía Merche para que se cambiaran los locales de abajo, que estaban desocupados desde tiempos inmemoriales. Recuerdo que se lo consultó a mi padre y, como este no vio nada raro, firmaron las escrituras por las que intercambiaban la titularidad de los locales, las cocheras y los trasteros, que en el pueblo llamaban «paneras». No habían pasado ni tres meses desde la firma cuando llegó mi madre una tarde hecha un basilisco. Se enteró de que en el local propiedad de Teodora, la vecina, habían instalado una panadería, y ella cobraría el alquiler. La muy bruja lo sabía; por eso insistió tanto en el cambio. En mi fuero interno estaba segura de que la tía no se había dejado engañar; era muy lista para eso, pero le sobraba el dinero. Creo que con el intercambio compró la atención lagotera y untuosa de Teodora, que vivía pendiente de ella y la rodeó de atenciones para ver si le podía sacar algo más.

Le di las buenas noches con voz de hielo e intenté pasar de largo, pero me detuvo.

—¡Ay, Amelia, hija, menos mal que eres tú! He oído ruidos y estaba muerta de miedo.

—Pues ya ve, Teodora, era yo —le dije, e intenté marcharme por segunda vez.

—Es que, hija, desde que murió ese hombre vivo aterrorizada.

—¿A qué se refiere? —pregunté, y al instante me di cuenta de mi error.

Me soltó una verborrea de diez minutos, contándome que tenía miedo de vivir sola, que echaba muchísimo de menos a mi tía, que al menos antes se sentía más segura con alguien viviendo en el piso de al lado, y preguntó si teníamos intención de volver a alquilarlo, porque

cualquier ruido la sobresaltaba.

—Es que la imaginación puede jugarnos malas pasadas —apostillé con un puntillo de mala uva.

—¡De imaginación nada! —resopló muy molesta—. ¡Que me han entrado a robar!

—Cuánto lo siento —contesté con ganas de irme de allí.

—Pues sí, me han robado. Fue por las mismas fechas que lo de tu muerto.

Al oír nombrar a mi muerto, comencé a interesarme. Solo tuve que escuchar, porque Teodora se daba cuerda sola.

—... y no paré de oír ruidos extraños toda la noche. Pero no se llevaron nada, solo lo revolviéron todo. He llegado a pensar que fueron de una secta satánica de esas..., porque dime tú qué tenían que buscar en la panera.

—¿La panera? —pregunté extrañada—. ¿Se refiere al trastero?

—Sí, el trastero —confirmó.

—¿Y dice que no se llevaron nada?

—No, ya te he dicho que no.

—En fin —concluyó con filosofía—, me voy, que va a empezar la serie en la tele. —Y se metió en su casa dando un portazo.

Bajé las escaleras dando vueltas a lo que me había dicho. Me resonaba una frase en la cabeza: «Dime tú qué tenían que buscar en la panera». Poco a poco, mi cerebro fue formando dos ideas, una positiva y otra negativa. La positiva era que no se me había ocurrido buscar en el trastero y que a lo mejor podía encontrar algo. La negativa, que se estaban dando demasiadas casualidades en este asunto. La muerte de Bárcena... ¿Y si no fue un infarto? El intento de robo en el Servicio... «No puede ser —pensé—, es demasiado fantástico». Y el robo en el trastero. No podía tratarse de una coincidencia. ¿Y si estaban buscando la urna que, ya no tenía dudas, había descubierto Eduardo Bárcena? ¿La habrían encontrado? Deseé que los ladrones se hubieran mostrado tan torpes como los de Soria.

—¡Torpes no, quizá se han confundido de trastero! —exclamé en voz alta.

Volví al portal y entré en el estrecho pasillo que conducía a la parte de atrás. Pude comprobar que, en efecto, Teodora no se había molestado en cambiar los rótulos. Cualquiera que entrara allí se equivocaría. Observé también que había cambiado su cerradura. La que correspondía a nuestro trastero parecía intacta. Cogí la llave de la puerta y la introduje en la cerradura. En ese mismo instante sonó mi móvil. Di un respingo asustada por mis propios pensamientos.

—Sí, dime, Agustín —contesté sentándome en un peldaño de las escaleras.

—¡Hola, princesa! Ya tengo tu presupuesto.

—¿Estás trabajando un sábado por la noche?

—Pues... sí, ya sabes que no descanso. Oye, te quería preguntar algo, porque tiene su importancia. ¿Habría algún inconveniente en que recogiera yo mismo las muestras?

—Vaya —respondí con petulancia—, ¿es que tienes tantas ganas de verme?

—Pues no —contestó con franqueza—, es que el resultado del carbono 14 puede variar según de dónde se tome la muestra, y no quiero arriesgarme. Además, para el PIXE necesito la pieza entera. No es un ensayo destructivo.

—De acuerdo —contesté desinflada—, podrás tomar tú las muestras. Envíame el presupuesto.

—Eso lleva al segundo punto de nuestra conversación, tesoro. ¿No estarás por casualidad aquí? ¿O sigues en las frías tierras sorianas? Si la respuesta es sí, te invito a cenar y te entrego esto en mano.

—Pues mira, sí, estoy en la ciudad, pero no estoy de humor. Tienes mi correo electrónico, ¿no? Pues me lo envías, y punto. —Y colgué el teléfono.

Me quedé allí sentada, muerta de frío, y tengo que confesar que con cierto miedo. Me sentía abandonada por Álvaro y herida en mi orgullo. «Pues tú acabas de hacer lo mismo con Agustín, guapa —me dijo mi voz interior—. Además, tal y como se están poniendo las cosas, no estaría mal que pidieras un poquito de ayuda». Así que devolví la llamada a Agustín y le pedí disculpas por mi grosería.

—No pasa nada, Amelia, todos podemos tener un mal día. Te perdono si me aceptas la cena.

—De acuerdo, cenaré contigo, pero antes necesito que me hagas un favor.

Le di la dirección en la que me encontraba y esperé a que llegara en la casa, mirando por la ventana. Al cabo de media hora vi las luces de su coche tamizadas por la niebla. Mientras aparcaba, me dirigí hacia él arrebujándome en mi abrigo.

—Acompáñame, por favor —le pedí—. Antes de ir a cenar, quiero comprobar algo.

Una de las cosas que me gustan de Agustín es que no hace preguntas tontas. Nos dirigimos al trastero en silencio. Abrí la puerta y di la luz. Las paredes estaban forradas de estanterías con objetos de lo más variopinto: las figuritas de la tía, sus libros y fotos, la vajilla de porcelana... Pero no pude pasar porque en el suelo había algo enrollado en una alfombra, que ocupaba todo el espacio.

—¡La alfombra de la salita! —le dije a Agustín—. ¡Mira dónde estaba!

Tiramos de ella entre los dos y la sacamos al pasillo. Con cuidado, desenrollé la alfombra hasta que vimos su contenido: la urna que había visto en la foto, con la piedra de siete ojos y la inscripción hebrea Hod.

—Aquí está, en todo su esplendor —le dije a Agustín, quien, lógicamente, no entendió la broma.

La urna había sido abierta y la tapa, movida, y comprobé que mellada en algunas partes. Eduardo no tuvo mucho cuidado. Entre los dos levantamos la tapa y la colocamos con suavidad contra la pared. Vimos entonces un paño negro de terciopelo. Lo levanté con precaución. En el interior brillaba, como en el caso anterior, un bello objeto idéntico al de San Esteban de Gormaz, excepto en el tamaño. Aquel brazo era un poco más pequeño.



## Capítulo 5

Valladolid, 1491

Samuel ben Leví estaba en casa, en el barrio de la judería, trabajando en su pequeño cobertizo. Acababa de machacar unas hierbas en el mortero cuando le llegó un aviso por medio de un muchacho.

—Señor Ben Leví, el consejo de ancianos lo manda llamar.

Le extrañó la demanda al hombre. Su oficio era el de físico y cirujano, y en la madurez de sus treinta y cinco años había alcanzado una buena reputación de médico cabal y honesto. Cobraba por sus favores solo lo estipulado y no escatimaba al aplicar los remedios. Además, tenía renombre por calmar antes al infortunado paciente con elixires de hierbas cuando se veía en la necesidad de amputar algún miembro, brazo o pierna, o sajar alguna herida. Estas cualidades lo habían hecho popular entre los habitantes de la judería, más allá del convento de dominicos, e incluso algún cristiano se atrevía a llamarlo si necesitaba auxilio, pese a estar prohibido que físicos judíos atendiesen a los de fuera de su raza.

Sin embargo, la competencia de otros médicos más reputados y su lamentable tendencia a fiar a quien no podía pagarlos, ocasionaban que sus habilidades le alcanzaran apenas para subsistir. Por eso se asombró ante el aviso de los jueces judíos. No creía que lo llamaran por su ciencia.

Soltero, a su edad, se gastaba sus retribuciones en comprar más hierbas y polvos para componer sus medicinas. No ahorraba tampoco en adquirir los mejores escalpelos para la práctica de su profesión, que mantenía brillantes y afilados y sustituía con frecuencia. Incluso tenía la extraña costumbre, que no podía ser buena, a decir de algunos, de limpiarlos de la sangre y exponerlos al sol cuando acababa de usarlos. Sumándose a esto, lo que más agradaba a Samuel ben Leví era gastar sus dineros en libros. Su pequeña vivienda se encontraba abarrotada de tomos de toda especie y en varias lenguas que se preciaba en comprar. Entre otra variada temática, muchos de los volúmenes eran estudios sobre hierbas medicinales y otros relacionados con su oficio. Pero lo que más le atraía y gustaba de leer eran, sobre todo, las teorías místicas sobre la Cábala. Conservaba, como una de sus más preciadas posesiones, un libro escrito por el rabí Sem Tob el Zóhar: el *Libro del Esplendor*.

Mantenia, además, el físico un dilema consigo mismo. Su corazón y su fe lo llevaban a defender la Torá y la verdad religiosa por encima de todo. Pero el dolor que veía diariamente y su lucha contra la enfermedad le hacían buscar la causa última de las cosas naturales y profundizar en el pensamiento aristotélico.

Poniéndose su mejor jubón, Ben Leví peinó su barba y cabellos y salió apresurado hacia las casas de la sinagoga. Años de persecución y privaciones habían convertido la floreciente comunidad judía de la ciudad castellana en un menguado grupo de apenas cien familias. La judería, que llegó a contar en sus mejores tiempos con más de ocho sinagogas, se vio reducida a un puñado de calles confinadas tras un muro y con una única puerta, que se cerraba al anochecer. Después se entregaba la llave al corregidor. A partir de la orden pragmática de la regente Catalina de Lancaster, hacía ya casi ochenta años, los judíos se habían visto obligados a vivir aparte del resto de la población en unos terrenos que compraron, próximos al puente Mayor, que antes fueron las huertas del convento de dominicos de San Pablo. Samuel no había conocido otra vida. Estaba más que acostumbrado a vivir entre aquellos recios muros, que podía franquear cuando lo deseaba por razón de su oficio.

Se preguntó qué querían de él los ancianos. En unas cuantas zancadas de sus largas piernas llegó al edificio, cercano a su casa. Encontró allí a los tres jueces, los *dayanim*, departiendo tranquilamente con el resto del consejo de ancianos.

—Ah, Ben Leví, ya estás aquí. Está bien, vamos a dictar la resolución del caso.

Se descubrió la cabeza como gesto de respeto. Al mirar a su alrededor, se encontró con su primo Azrael Benveniste, al que contempló asombrado. Vestía con lujo, con paño y terciopelo, luciendo una ostentosa cadena de oro con engaste de piedras preciosas, que atentaba contra las normas del vestir dictadas para los judíos y contra el buen gusto y sentido común. Si se atreviese a exhibir aquella vestimenta fuera de la judería, con toda probabilidad sería abucheado, e incluso apedreado por los cristianos, que cada día se volvían más intransigentes e intolerantes. Cruzaron una mirada hostil los dos primos, pues viejas rencillas familiares motivaban que su relación no fuera cordial.

—Se os ha hecho llamar —comenzó el más joven de los jueces a leer— porque se va a resolver la demanda presentada por la señora Raquel, viuda de Ben Leví, contra el testamento otorgado a favor de la familia Benveniste a causa del fallecimiento de Isaac Benveniste —continuó explicando el juez los antecedentes del caso—. Es sabido que Jacob de Benveniste era el tío abuelo paterno de los hermanos Isaac y Raquel de Benveniste, fallecida, llamada en el momento de la demanda Raquel ben Leví por causa de su matrimonio.

»Que falleció sin testar, el mencionado Jacob de Benveniste, como consecuencia de su asesinato a manos de revoltosos cristianos en el infausto levantamiento del año de 1368, cuando fue asaltada la judería de Valladolid por los partidarios del pretendiente al trono de don Enrique.

»Que, como consecuencia de morir sin testar, todos los bienes del citado Jacob de Benveniste pasaron a ser propiedad por entero de su sobrino Isaac Benveniste, sin que el resto de aspirantes a la herencia pudiera probar sus demandas, según se dictó en su momento. Fallecido este, padre de ambos, la demandante y el demandado, también sin testar por causa de una

apoplejía, se resolvió entonces que la herencia íntegra pasara a manos de Isaac Benveniste por ser el único descendiente varón.

»Alegó la demandante, Raquel ben Leví, que en el momento de la muerte de su padre no era Isaac Benveniste el único descendiente varón, pues ella ya estaba encinta. Que dio a luz a su único hijo varón, Samuel ben Leví, a los dos meses justos de la muerte de su padre. Que, fallecido su esposo aquel mismo infortunado año, se vio privada de su única fuente de ingresos, que era la justa parte de la herencia de su padre para su hijo. Que suplicaba, con el debido respeto al tribunal, que se cumplieran los derechos de su hijo sobre la herencia de su abuelo.

Sorprendido, Ben Leví fue escuchando los pormenores. Él no sabía nada o, si alguna vez lo supo, lo había olvidado. El pleito lo inició, según decía el juez, su madre Raquel, que descansaba hace años en el seno de Abraham.

Según escuchaba la monótona lectura, recordó su infancia. Habían sobrevivido gracias al *heqdes*, el fondo de caridad de la aljama. Nunca vio que su enriquecido tío Isaac hubiese hecho nada por ellos. Pese a las dificultades, fue un muchacho obediente y avisado, lo que le valió que le permitieran estudiar el oficio que hoy practicaba con destreza. Con sus primeras ganancias devolvió lo prestado a la aljama, y con sus habilidades pudo mantener dignamente a su madre. Solo después de su muerte se había permitido Samuel gastar sus dineros en librotos.

—Extraviada la reclamación como consecuencia del incendio de la casa de este tribunal en las revueltas que costaron la vida a muchos de nuestros hermanos, hace ya diez años —continuaba leyendo el juez—, se ha podido seguir la causa por las anotaciones halladas en los libros de juicios que pudieron salvarse. Se procede a dictar sentencia —dijo con voz monocorde.

»Se reconoce el derecho de Samuel ben Leví, aquí presente, médico cirujano de esta comunidad, a recibir la parte proporcional de la herencia de su abuelo por ser probado, fuera de toda duda, que es descendiente varón de Isaac de Benveniste, si bien, por hacerlo por vía materna, le corresponde únicamente un cuarto del total. Se cifra esta cuarta parte en las siguientes posesiones: casa solar en la Cal de Judíos, fuera de la judería, en la parte más alta del barrio de Cantarranas. Vivienda con planta de dos pisos dentro de la judería. Comparte dicha casa su patio trasero con el muro divisorio de dicha judería, con dos entradas, una por la calle de la Misericordia y otra por la vía de las Lecheras...

Al escuchar la sentencia, Samuel ben Leví se quedó atónito. ¿Le correspondía a él todo eso? Seguía enumerando el juez, de forma que a Ben Leví se le empezaron a amontonar las frases en la cabeza.

»... derechos concesionarios por la vigilancia de las carnicerías, voz y voto en el Honrado Concejo de la Mesta de los Pastores de Castilla, finca agrícola en la linde del Pisuerga, en el término de Cabezón...

Cuando finalizó el juez de leer la resolución, se pusieron en pie los ancianos. Alguno se

acercó a Ben Leví para felicitarlo. Abrumado, no acertaba ni a hablar según le estrechaban la mano. Uno de ellos, que anteriormente había sido curado de una dolencia por el físico, mostró su disconformidad con la sentencia, pues, a su entender, no encontraba el reparto nada equitativo. Se le habían concedido las posesiones más allá de los límites de la judería, por las que tendría más problemas y podrían ser expropiadas en cualquier ocasión, según cambiaran los vientos de las leyes cristianas, cada vez más duras con ellos.

Por sus palabras, se enteró Ben Leví de que el proceso había sido reabierto por las presiones de los propios ancianos, a los que no parecía de justicia que hubiera sido desposeído de su herencia. Además, el comportamiento de la familia Benveniste, haciendo ostentación de su dinero y su soberbia, habían pesado bastante en su favor. Algunos reprochaban a los Benveniste el mal uso que estaban haciendo de su heredada riqueza. En ese momento entró en la sala Isaac Benveniste, quien, lanzando una mirada de desprecio a los que allí estaban, se dirigió a su hijo Azrael y le preguntó:

—¿Qué, ya han acabado?

Isaac Benveniste era el juez mayor de la aljama de Valladolid. Había pospuesto el dictado de la sentencia durante años hasta que el descontento de los ancianos logró contrarrestarlo. No podía estar presente en los asientos del tribunal por ser parte interesada, pero parecía claro que había influido en los tres *dayanim*, a la vista del reparto. Aun así, los ancianos estaban contentos. Que se hubiesen restituido los derechos de Ben Leví era un triunfo para ellos, daba la impresión de que casi más que para el propio interesado, al que, aturdido, saludaban unos y otros.

Se volvió Isaac Benveniste hacia su sobrino y, mirando de arriba abajo la humilde vestimenta, le dirigió las siguientes palabras:

—Parece, sobrino, que te ha sonreído la suerte. Dentro de tres días tendré las escrituras que acompañan a tu cambio de fortuna. Ven a casa en este plazo y te las daré —lo dijo delante de todos para que vieran que había acatado la sentencia.

Se produjo un silencio expectante en la sala para escuchar mejor la respuesta de Ben Leví, quien, inspirando y exhalando una bocanada de aire, contestó en estos términos:

—Como en treinta y cinco años, querido tío, no he sido invitado a traspasar el umbral de tu casa, no te extrañe si ahora tengo un poco de prisa. Iré mañana mismo, en cuanto haya comprobado la sentencia y pueda exigir exactamente lo que en justicia me corresponde.

Una aclamación de los presentes siguió a estas palabras. Isaac Benveniste, enfurecido por el desplante en público que acababa de sufrir, se recogió la capa y, dando media vuelta, salió a grandes zancadas de la sala, seguido por su hijo, que miró furioso a su primo.

A la mañana siguiente se dirigió temprano Samuel ben Leví a casa de su tío acompañado por dos ancianos, que profesaban menos simpatía a Isaac Benveniste. Cuando salió de allí llevaba las escrituras que certificaban que era propietario de sus nuevos bienes, pues los ancianos se

fueron encargando de comprobar, punto por punto, que se le devolvía lo estipulado en la sentencia.

Se dirigió a la más próxima de sus recientes posesiones: la casa de dos plantas dentro de la judería. Había sido esta el hogar de sus abuelos, y allí nacieron su madre y su tío. Aun siendo una finca muy hermosa, Isaac Benveniste se había trasladado a otra ostentosa mansión que mandó construir en piedra, junto con su familia. Nadie sabía por qué no la había vendido. Fue una suerte para él que se la adjudicaran.

Se enteró Samuel ben Leví de que había sido arrendada durante todos estos años a una familia, a la que Benveniste acababa de realojar en otra de sus casas. Pensó Leví que no se rebajaría a pedirle las ganancias del arriendo, aunque le correspondieran. Una vez que comprobó que se conservaba bastante bien, salió de ella pensando en lo que iba a hacer a continuación. Sin otorgarse un descanso, cruzó la puerta de la aljama, que se había abierto a primera hora de la mañana, y se dirigió hacia el barrio de Cantarranas, a la Cal de Judíos. El nombre de la calle era el único recuerdo de otra época en la que florecieron allí comercios regentados por judíos, de sedas, especias, oro y otras lujosas mercancías que dieron justo renombre a la ciudad. Tenía la intención de ver otra de sus nuevas propiedades, sin saber en qué estado la encontraría. Se preguntaba cómo habría hecho su tío para seguir conservándola, pues era sabido que ya no se les permitía poseer casas fuera de la judería. Llegó a la casa y comprobó que estaba en pie. Al aproximarse a la puerta vio un carromato en el que dos mujeres estaban terminando de cargar enseres. Se acercó a ellas con curiosidad. Parecían madre e hija. La más joven se encaró con él, agresiva, increpándole por haber ido a comprobar personalmente que se cumplía el desahucio.

—Discúlpenme, señoras, pero no sé de qué me están hablando.

—¿No eres tú Samuel ben Leví, el nuevo dueño de esta casa?

—Sí —acertó a contestar el médico, si bien casi ni él mismo se lo creía.

—Pues mira, ya se está cumpliendo tu exigencia. Nos vamos antes de que termine el plazo que has marcado —volvió a decir la joven enfadada.

Casi no la prestó atención Leví al escuchar la respiración entrecortada de la madre.

—Espere, señora, usted no puede hacer este esfuerzo —le dijo.

Con suavidad pero con resolución le quitó el bulto que estaba tratando de colocar en el carromato y lo subió él mismo. Después le pidió a la mujer que se sentara para recuperar el aliento y le repitió que no debía hacer semejantes esfuerzos con la fatiga que tenía al respirar.

—¿Vas a venir a reconvenirla ahora cuando ha sido tu aviso de desahucio, sin motivo ni explicación, lo que la ha puesto así?

—¿Qué aviso es ese? —preguntó extrañado, y pidió que se lo mostraran.

Sacó la mujer un papel de uno de los bultos y se lo tendió a Ben Leví, confesando con voz queda que no sabía leer. El hombre que lo trajo tuvo que contárselo de viva voz. El físico leyó

despacio. En el aviso ponía que él, Samuel ben Leví, hebreo, era el nuevo propietario de la casa y que a partir de esa fecha y hora tenían un día para desalojarla. No había escrito nada más ni estaba firmada.

—Ustedes son arrendatarias de Isaac Benveniste, ¿no es así? —preguntó al terminar de leerla.

—Sí, así es —contestó un poco más repuesta de su fatiga la mujer.

Se quedó pensativo Ben Leví. Así era cómo lo había conseguido: la casa estaba alquilada a cristianas. Vio claramente entonces la maniobra de su tío. Casi no llega a tiempo para impedir que fueran desalojadas. En cuanto hubiera quedado vacía, la oportuna denuncia de las mismas mujeres o de otra persona, sospechó Ben Leví de su mismo pariente, habría bastado para que fuera expropiada en el acto. Esto le sirvió para darse cuenta de a quién se estaba enfrentando.

—Pues tranquilícense —concluyó—. Ha sido un desafortunado error. Por supuesto, no tengo la menor intención de desalojarlas ni puedo entender quién ha podido causar tan pesada broma. Permítanme —dijo cogiendo el más pesado de los bultos y devolviéndolo al interior de la vivienda. Al salir se encontró a las mujeres estupefactas en la puerta—. Perdonen, es que he entendido que en realidad no desean marcharse de aquí. Es cierto, ¿verdad?

—Sí —balbució la mujer—, esta ha sido mi casa desde hace veinte años, y no teníamos otra adonde ir. Íbamos a pedir asilo a unos parientes.

—Pues entonces, todo arreglado —continuó Ben Leví, y siguió descargando el resto de los enseres—. Esta seguirá siendo su casa. Vamos a guardar de nuevo todo esto adentro, no sea que alguien comience a hacer preguntas.

En cuanto terminó de vaciar el carronato, lo guardó él mismo en el patio trasero de la casa, donde le dijeron que era su sitio habitual. Aún sorprendidas las mujeres por este repentino cambio, le invitaron a pasar para darle un poco de agua, pues el médico estaba sofocado por el esfuerzo de guardar bultos a toda prisa. Aceptó la silla que le ofrecieron y bebió despacio el agua fresca, que provenía, según le dijo su anfitriona, de la cercana fuente de la Virgen del Val. Cuando acabó aseguró a las mujeres que, aunque era el nuevo propietario de la vivienda, no debían temer de él un desahucio, y que el acuerdo de alquiler se mantendría en los mismos términos. No les impondría ninguna carga más ni les subiría el precio. Respiró Aldonza, la viuda de Gómez, al oír esto —tal era su nombre—. Oyó el médico su respiración de nuevo y le pidió permiso para acercar el oído a la espalda de la mujer, que le dejó hacer, con los ojos abiertos por el asombro.

—¿Desde cuándo está así? —preguntó Ben Leví.

—Lleva así todo el invierno, y las preocupaciones se lo empeoran —dijo la hija—. Pero no quiere hacerme caso ni llamar al médico.

—Yo soy físico —dijo entonces Ben Leví—. No se puede dejar que esto se agrave. ¿Tienen fuego por aquí? Voy a hacerle ahora mismo una tisana.

Tuvo que esperar a que la hija volviera con unos trozos de madera, que colocó en el hogar. Aguardó con paciencia a que hirviera un caldero con agua que puso sobre el fuego. Cuando empezó a bullir añadió unas hierbas aromáticas, que llevaba por costumbre dentro de su morral. Un fuerte olor a romero y tomillo invadió la cocina. Pidió entonces el judío un recipiente para servir un poco del brebaje y lo echó en una taza a la viuda de Gómez, quien, procurando no quemarse, lo tomó sorbo a sorbo.

—No tenemos dinero para pagarle —dijo la hija con tono de desconfianza mientras lo veía maniobrar por la cocina.

—No se preocupe, por favor, no pensaba pedir nada. Es lo mínimo que puedo hacer para solucionar este desaguisado.

En lo que la madre terminaba la infusión de hierbas, ayudó el físico a la joven a reponer en su sitio los cazos, cazuelas y platos de cerámica. Después, guiado por la muchacha, continuó devolviendo a su lugar el resto de las cosas de la casa para evitar el esfuerzo a las mujeres. Según colocaban los demás enseres, les explicó que era su nuevo casero porque le había correspondido la casa en el reparto de la herencia de sus mayores, tras la resolución de un largo pleito.

Se despedía ya diciéndoles que les haría llegar una tintura muy buena para los espasmos de la tos y la fatiga de la respiración cuando, de improviso, se abrió la puerta y apareció un alguacil seguido de dos soldados. Se quedaron sorprendidos al encontrar gente, pero enseguida reaccionó el alguacil y se dirigió a la viuda de Gómez. Le preguntó si era cristiana o judía, y si esa casa era suya o pensaba mudarse. Durante un segundo, se quedaron todos en suspenso, sobre todo Ben Leví, quien, mirando a la mujer a los ojos, le dirigió una silenciosa súplica. No le hacía falta la petición a la viuda, pues conocía de sobra que si el judío era despojado de la casa, ellas irían al arroyo igualmente porque sería confiscada para la Corona. La viuda de Gómez se irguió todo lo que pudo desde su pequeña altura, confortada por la tisana. Encarnando la viva imagen de la indignación les dijo a los intrusos que ellas eran cristianas viejas, como podrían atestiguar todos aquellos a los que preguntara en el barrio, si no le parecía suficiente la imagen que tenían en la sala. Confirmó también que llevaban en aquella casa veinte años, y que no pensaba vivir en otro sitio hasta que la llevaran al cementerio. Diciendo esto, condujo a los perplejos hombres hacia el amplio salón de la casa y les mostró una hermosa talla románica de madera policromada, que había sido repuesta sobre una ménsula minutos antes.

—Esta es una imagen de Nuestra Señora la Virgen del Val, a la que profesamos en esta casa especial devoción —dijo señalándola. Después, sin dejar que abrieran la boca, les condujo a las habitaciones superiores, donde les mostró los crucifijos que presidían las cabeceras de las camas.

Apaciguado el alguacil, les confió que habían recibido una denuncia anónima que decía que la casa pertenecía a un judío. Según pronunciaba esto, se acordó del hombre que había visto

en la cocina. Volvió allí y se encaró con Ben Leví, que había permanecido quieto y mudo en aquel lugar.

—¿Y tú qué haces aquí? —preguntó con tono de sospecha.

—Soy médico —explicó entonces titubeante—. Me han hecho llamar porque la señora se encontraba mal.

—Pero eres judío, ¿no es así? —dijo acusador señalando sus ropas, que así lo atestiguaban.

—Sí, señor, sí —contestó con prudencia el físico.

—Tú no puedes ejercer tu oficio con cristianos —afirmó amenazante el alguacil.

Intervino entonces doña Aldonza diciendo que no les cobraba nada por sus servicios, por lo cual no se podía decir que ejerciera su oficio.

—¿Y desde cuando un judío trabaja a cambio de nada? —volvió a preguntar el desconfiado funcionario.

—Mirad, señor —volvió a terciar la viuda—. En verdad, damos cobijo aquí a este hombre cuando, por razón de su trabajo, no puede llegar a su casa de la judería antes de la caída del sol. Por eso, si lo llamamos, nos devuelve el favor.

No parecía convencido del todo el alguacil, pero entonces habló, de manera inesperada, a favor del hebreo uno de los soldados, pues el médico había curado a su madre viuda. Luego le cobró bastante menos de lo que pedía el barbero cristiano. Ante aquellas defensas, el alguacil dio por bien respondidas sus preguntas y se despidió diciendo que la denuncia era falsa y no les molestarían más.

Cuando salieron los hombres, durante un tiempo no habló nadie en la cocina. Ben Leví pensaba en lo poco que faltó para dar con sus huesos en la cárcel de la Corona, y las Gómez, con los suyos en la calle. Rompió el silencio doña Aldonza diciéndole al físico que lo que había tramado como excusa bien podía tornarse verdad, y le ofreció la casa, que era suya, como refugio para que acudiera cuando el toque de queda le sorprendiera en la calle. Se lo agradeció Ben Leví ofreciéndole a su vez sus servicios médicos cuando lo necesitase, fuese de día o de noche. Se despidió de ellas como amigo, y las dos mujeres lo vieron marchar calle abajo con gran alivio.

Esa misma tarde partió de viaje Samuel ben Leví para seguir comprobando en persona el resto de las propiedades, conociendo que era urgente su intervención para desbaratar los planes de su tío. No podía permitirse un minuto de respiro.

En algunos lugares logró vender las fincas a buen precio. En otros llegó a acuerdos razonables con los arrendatarios, deshaciendo como pudo los entuertos de su despiadado pariente, que había mandado avisos de desahucio o de finalización de arriendo similares a los de la viuda de Gómez. Sin embargo, llegó tarde a dos de sus posesiones más alejadas. Las denuncias habían funcionado y fueron confiscadas. No pudo hacer nada Ben Leví. Lo que más sintió no fue que le



despojaron de un fragmento de herencia, porque el resto era más que suficiente para él, sino que por su tardanza se habían quedado en la calle familias enteras, con mujeres y niños. Les dio dinero suficiente para que pudieran establecerse en otro sitio. Acabó su periplo y regresó a Valladolid, a su antigua casa de la judería.

Una vez de vuelta, buscó un secretario que lo ayudara a seguir sus nuevos asuntos, que tanto le estaban apartando de su vocación. Cuando tuvo bien atada toda la herencia, delegó la administración de sus bienes en este hombre de confianza, al que conocía de toda la vida, desde que iban juntos a la madrasa.

Samuel ben Leví sintió que, con la vida más que resuelta en el aspecto económico, podría dedicarse a perseguir su sueño: fundar una casa de la salud. Sería un hospital de misericordia, donde pudieran acudir los indigentes. Así, por fin cumpliría el precepto talmúdico de curar al enfermo sin tener que pedir nada a cambio. Decidió que la casa de sus mayores, situada de forma conveniente junto al muro de la judería, era el lugar idóneo para el hospital. Incluso soñó con que podría disponerse un ala, al otro lado, para atender a los cristianos que lo necesitaran.

Por desgracia, para fundar su propio hospital debía formar parte del Real Protomedicato, una institución creada por los Reyes Católicos, que solo admitía a los galenos más preparados. Examinaba con pruebas muy exigentes a los físicos, cirujanos, ensalmadores, boticarios y herbolarios que pretendieran ejercer legalmente la profesión.

Antes de recibir su herencia, ni siquiera había soñado con presentarse ante los examinadores mayores, pero en ese momento tenía su anhelo al alcance de la mano. Podía costearse una preparación adecuada. Con una buena dosis de optimismo, Samuel pensó que podría superar las duras cuestiones que le plantearan.

Se dirigió entonces al monasterio de Guadalupe, a su afamada escuela de medicina y cirugía dirigida por los monjes jerónimos, que contaban, además, con el hospital de San Juan Bautista, uno de los más renombrados de la Península, y varios hospitales más, como el de peregrinos, el de niños expósitos y el de mujeres.

Allí aprendió Samuel ben Leví, durante varios meses de prácticas, a mejorar sus emplastos, suturar correctamente las más purulentas llagas, extraer molares sin que se presentara infección, hacer trepanaciones sin que muriera el paciente y practicar legrados de útero. Incluso pudo asistir, por primera vez en su vida, a la realización de anatomías y disecciones en cuerpos humanos, ya que, a pesar de estar prohibido por la Iglesia, el monasterio contaba con la dispensa especial del papa Eugenio IV. Se encontró Ben Leví a sus anchas en Guadalupe porque coincidió con un grupo muy numeroso de físicos judíos. También algunos de los profesores más prestigiosos, como el doctor de la Parra, eran judíos conversos.

Otra de las ventajas de estudiar en aquella escuela era que el alcalde mayor de la medicina, Juan de Guadalupe, y otros reconocidos médicos de la reina Isabel, como Nicolás de

Soto, trabajaban allí. Serían ellos los examinadores mayores, por lo que conocer sus técnicas y métodos resultaba de vital importancia.

Además de medicina y farmacia, aprendió en ese tiempo diplomacia y artes cortesanías. Dado que la reina Isabel era muy aficionada al monasterio de Guadalupe, una de tales visitas acaeció durante su estancia.

Debido a su herencia había ascendido en la clase social y pudo presentarse, sin ser avergonzado, a los máximos representantes de su pueblo en la corte castellana: Isaac Abravanel, que dirigía los asuntos relacionados con la ganadería, y Abraham Seneor, tesorero mayor de la reina de Castilla. Con el primero trabó una fuerte amistad, iniciada primero por sus comunes intereses en el Concejo de la Mesta y después por sus similares ideas religiosas. Solían pasear juntos, discutiendo tan pronto en encendidos debates como departiendo en total acuerdo y armonía. También mantuvo relaciones cordiales con Seneor, quien le presentó a influyentes personajes de la corte, como Luis de Santángel, escribano del rey Fernando de Aragón, de origen judío converso. Logró este ilusionar a Ben Leví con un disparatado proyecto.

Desde hacía años, un oscuro genovés llamado Cristóbal Colón deambulaba por las cortes peninsulares diciendo que había encontrado una nueva ruta hacia las Indias orientales y buscando financiación. Casi todos los reyes le habían despachado con buenas palabras y débiles esperanzas, pero fue en la corte de Castilla donde la reina Isabel otorgó más crédito a sus palabras. Sin embargo, la monarca castellana estaba inmersa en la conquista del reino nazarí de Granada, empresa a la que había destinado todos sus efectivos monetarios y para la cual pidió prestada una gran suma a su tesorero Abraham Seneor. Por eso le pidió al judío que buscara alguna otra fuente de dinero, por ver si el loco sueño del genovés era cierto. Como el propio Seneor estaba ya al límite de su capacidad financiera, vio la oportunidad de cumplir los deseos de la reina en el enriquecido Ben Leví.

Tanto Seneor como Santángel le explicaron la verdad, el altísimo riesgo que correría su capital. Pero a Ben Leví, quizá tan soñador como el propio Colón, no le pareció tan descabellado que se encontrara una nueva ruta hacia las preciadas especias que necesitaba para sus medicinas. Si las rutas eran más cortas, el coste de las especias disminuiría, y la farmacopea estaría más al alcance del pueblo llano. Tampoco desdeñó que financiar la expedición supondría participar en futuras concesiones para explotar dicha ruta comercialmente. Con estas ideas en la cabeza prestó a Luis de Santángel una pequeña parte del millón largo de maravedíes que se necesitaban para emprender el temerario proyecto.

Algún tiempo más tarde, con sus técnicas y buena práctica, sumado al prestigio que había obtenido por sus contactos en la corte castellana, Ben Leví no tuvo problemas en superar los exámenes, y en el primer intento entró a formar parte del Real Protomedicato. Con su nombramiento bajo el brazo regresó feliz a su ciudad, que temblaba encogida bajo el gélido

invierno castellano.

Al poco de llegar, un mensajero le hizo saber que la viuda de Gómez llevaba varios días suplicando verlo. Cubierto con un grueso abrigo de paño negro con puños de piel, pues se le había concedido la dispensa de identificarse como judío en el vestir, salió de la judería. Caminó pensando en que la dolencia de doña Aldonza habría empeorado con los fríos y las nieblas. No se equivocó el físico. Al examinarla constató que la enfermedad se había agravado mucho. A la fatiga al respirar se sumaban ruidos y pitidos de los pulmones, y la fiebre la obligaba a guardar cama. Atendida por la hija, la viuda de Gómez agradeció a Samuel ben Leví su visita y le dijo que no tenía que molestarse él en persona, que enviar a uno de sus aprendices habría bastado. No consintió, sin embargo, Ben Leví en separarse de la cabecera de la viuda. Preparó polvo de sauce en infusión para atajar la fiebre y le dio de beber un brebaje a base de saúco negro, ajo y ortigas. Cuando acabó, se sentó a esperar la evolución de la mujer, por si tenía algún espasmo y debía intervenir.

Al anoecer, la hija de la viuda le preguntó con delicadeza si no debía guardar el toque de queda, pero Ben Leví, preocupado por el grave estado de la mujer, decidió quedarse allí, si no era mucha molestia.

—¿Molestia? —dijo la hija—. No, por Dios, bendito sea.

Por dar conversación, permaneció la muchacha en el cuarto preguntándole cómo había tardado tanto en acudir a su llamada. El hombre le contó que estuvo fuera y ella quiso saber los pormenores de su estancia en Guadalupe. Le habló el judío del triunfo que obtuvo y de los grandes hombres que había conocido, pero con sencillez, asombrándose de que esas cosas le hubieran pasado de verdad a él. En un momento dado, el físico observó que la joven daba cabezadas en la silla, vencida por el cansancio y las largas horas de vigilia. La instó entonces a que se fuera a descansar. Como vacilaba en dejarle solo, mientras su madre dormía con un sueño inquieto y sibilante, le pidió el buen judío un libro, uno cualquiera, para distraerse. Se quedó asombrada la muchacha por la extraña petición, pues ni ella ni su madre sabían leer ni jamás habían tenido un libro entre sus manos. Pero, de pronto, se acordó de que en el sobrado de la casa había dos baúles que contenían libros, sin duda olvidados por antiguos inquilinos. Le condujo la niña escaleras arriba hasta la buhardilla y le señaló dos arcones. A continuación, rendida por el sueño, se despidió bostezando.

A la luz de una candela abrió Ben Leví el primero de los baúles y, con expectación, empezó a leer los títulos de los libros. Desencantado, pudo comprobar que se trataba de tomos y más tomos de libros de cuentas. Cerró el primer arcón pensando que a nadie servirían ya aquellas cifras muertas, y miró en el segundo con pocas esperanzas. Volvió a encontrar más tomos de cuentas. Con profunda decepción cerraba ya la tapa cuando se fijó en el orden irregular de los últimos volúmenes. En el fondo había un libro distinto, mayor que los otros y cubierto por estos.

Extrajo la pila de tomos que lo cubría y, con satisfacción, cogió entre sus manos el último libro. Al abrirlo descubrió con alegría que se trataba de una antigua biblia con una letra muy enrevesada. Guardó el resto de los tomos en el arcón y bajó con su tesoro entre las manos, pensando con regocijo en releer algunos pasajes y buscar las diferencias con los que él conocía de memoria. Volvió a entrar en la habitación de la viuda, que había mandado caldear y mantenía una agradable temperatura. Se sentó y pasó los dedos por una extraña mancha parduzca que tenía la biblia en su cubierta. A continuación, vio una dedicatoria que alguien había escrito en la contraportada. Le extrañó que alguien osara dedicar el texto sagrado, pero la leyó con curiosidad.

*A mi querido sobrino Jacob de Benveniste.*

*Que la luz eterna te guíe y te ilumine.*

*Firmado: micer Yucef*

Recordó Samuel ben Leví que Jacob de Benveniste era el pariente del cual provenía la fortuna familiar, así que se dijo que esa biblia le pertenecía. Fue un regalo de un tal tío Yucef. Sabía de él por vez primera. Lo malo era que ya no estaba su madre para preguntar por aquel desconocido antepasado.

Comenzó a leer el Génesis, en el que encontró ciertas diferencias respecto a la versión que había estudiado. Luego decidió continuar con el Éxodo. Al llegar al capítulo quince, al «Cántico de Moisés», leyó con atención, pues esa parte siempre conseguía estremecerlo.

*Tunc cecinit Moyses et filii Israel carmen hoc Domino, et dixerunt:*

*Cantemus Domino,*

*glorioso enim magnificatus est:*

*equum et ascensorem eius*

*deiecit in mare!*

*Fortitudo mea et robur meum Dominus,*

*et factus est mihi in salutem.*

*Iste Deus meus,*

*et glorificabo eum;*

*Deus patris mei,*

*et exaltabo eum!*

*Dominus quasi vir pugnator;*

*Dominus nomen eius!*

*Currus faraonis et exercitum eius*

*proiecit in mare;*

*electi bellatores eius*

*submersi sunt in mari Rubro.*

*Abyssi operuerunt eos,*

*descenderunt in profundum quasi lapis.*  
*Dextera tua, Domine,*  
*magnifice in fortitudine,*  
*dextera tua, Domine,*  
*percussit inimicum.*

Según iba leyendo y recordando los versos que había aprendido de pequeño, se fijó en que algunas letras aparecían con una especie de sombra. Al principio pensó que debía de ser una mancha, pero vio que se repetían las letras con sombras aquí y allá sobre la página. Entonces se dio cuenta de que no podía ser una coincidencia. Él estaba acostumbrado a tratar con los arcanos de los libros cabalísticos, y no tuvo duda de que allí había un mensaje escondido. Retrocedió en el libro hasta encontrar la primera letra manchada, al principio del «Cántico de Moisés». Fue reteniendo las letras en la memoria, pero vio que se perdía y extrajo un trozo de carboncillo de su morral para ir apuntando las letras sombreadas. Como no tenía nada sobre lo que escribir, subió corriendo las escaleras de dos en dos, de nuevo a la buhardilla, y arrancó con cuidado una hoja de uno de los libros de cuentas, diciéndose que a nadie perjudicaba con eso. Apuntó todas las letras que pudo detectar, pero no formaban ninguna palabra inteligible.

«nlzopxlmdaelrdloafpybxatpdgelxpypenazotoamaoprlytnlelnlxotgopaeglxloaxto».

Aquel mensaje estaba cifrado. No le pareció extraño y recurrió a la clave cabalística más extendida: la Atbash, una vieja conocida para quien estudiara los textos místicos hebreos. Probó sustituyendo la *a* por la *t* y la *b* por la *sh*, porque este era el uso que se debía dar a la clave. Desalentado, dejó de utilizarla al ver que no funcionaba. Lo intentó con otras combinaciones hasta darse por vencido. Era inútil intentar descifrarlo si no se conocía la contraseña. Cerró el libro y se levantó para ver cómo continuaba la viuda. La fiebre parecía haber cedido un tanto y la respiración no era tan fatigosa, aunque seguían los pitidos. Le dio otro poco del extracto de sauce y avivó el fuego en la habitación, que se había enfriado. Salió de la estancia y se dirigió a la puerta trasera de la casa, que daba al patio. Comprobó que era noche cerrada y no se oía un ruido. Una ráfaga de viento helado le obligó a cerrar la puerta y entrar de nuevo al confortable dormitorio de la viuda. Cogió la biblia, que había dejado sobre la silla, y la volvió a abrir. Leyó una vez más la dedicatoria de micer Yucef, y entonces descubrió otra mancha familiar: «Que la luz eterna te guíe y te ilumine». No había duda: la palabra «luz» tenía que ser la clave.

Aún tuvo que hacer dos intentos Ben Leví, porque la primera vez utilizó la palabra en castellano. A la segunda, con la clave *lux*, en latín, dio un sofocado grito de entusiasmo al ver que empezaba a encontrar algo con sentido: c-a-n-d-e-l. Estaba totalmente ensimismado confrontando cada letra con su equivalente, cuando le sobresaltaron unos golpes que se repetían con insistencia en la puerta de la calle. Bajó a ver quién podía importunar a esas horas y se encontró a Elías, el sirviente de rabí Josué, uno de los ancianos que le había acompañado a reclamar su herencia.

—Señor Ben Leví, señor Ben Leví, por fin lo encuentro. Le estoy buscando por toda la ciudad. El rabí Josué lo manda llamar. Su nieta Ruth está de parto.

—¿Pero qué puedo hacer yo a estas horas? —preguntó el físico—. Acudiré en cuanto abran las puertas —dijo apesadumbrado.

—No, no, mi amo insiste en que acuda ahora. Venga conmigo, por favor, yo le llevaré hasta él. Nos espera en la ermita de San Roque, en el puente Mayor.

—Un momento —dijo entonces Ben Leví entre extrañado y curioso—, voy a avisar en la casa.

Despertó a la hija de la viuda, que estaba tan cansada que no había oído los golpes, y le dijo que tenía que ausentarse para atender a otro enfermo, pero que su madre se encontraba bastante mejor.

Acompañó en silencio a Elías hasta el puente Mayor, arrebujándose en su abrigo. La noche era tan fría que podía verse caer la niebla congelada a la luz de la exigua candela que llevaba el sirviente. Se aproximaron a la ermita de San Roque, situada junto al pretil del puente que cruzaba el Pisuerga, a la entrada de la ciudad. Al llegar, Elías apagó la luz y se fundieron con las sombras. Oyó entonces que alguien les chistaba levemente, y se sorprendió Ben Leví al ver surgir al propio rabí Josué entre los secos matorrales del terraplén que bajaba al río. Les pidió el anciano que guardaran silencio. Deslizándose con cuidado, bajaron los tres por la ladera hasta llegar al sillar de un pilar del puente, que no estaba sumergido en el agua. Observó asombrado Ben Leví cómo el anciano apartaba unos arbustos próximos y, de repente, desaparecía tragado por el terraplén. Le empujó con suavidad el sirviente, instándole a avanzar. Entraron los dos siguiendo al anciano por un estrecho corredor. Se detuvo Elías a encender de nuevo la candela y, alumbrando con ella las tinieblas, siguieron avanzando. Pisó entonces Ben Leví una especie de tejas dispuestas bocarriba en el suelo, formando un albañal, y le preguntó a Elías si sabía qué era aquello.

—Estamos entrando en la judería por la canalización del agua al *miqvé*<sup>[4]</sup> —dijo entonces con orgullo el sirviente—. Por aquí se desagua una vez utilizada. Este camino secreto no lo conoce nadie, solo mi señor y yo, que soy el encargado del baño ritual —explicó el hombre—. Mi amo ruega que no lo divulgue. Solo lo utilizamos en casos de extrema necesidad.

Transcurridos varios minutos, llegaron a un muro. Mientras el criado apartaba una puerta de madera, Ben Leví tuvo que tener cuidado de no pisar un extraño artefacto con una especie de tubos de madera en forma de rosca que estaban amontonados.

—¿Qué es esto? —preguntó con curiosidad.

—Es un tornillo que llaman de Arquímedes —le contestó Elías—. Sirve para subir el agua del río.

—¡Qué ingenioso! —dijo el físico—. Me gustaría verlo funcionar.

—Pues no será ahora —le respondió con voz queda el rabí Josué, que les estaba

esperando al otro lado—. Vamos deprisa a mi casa para atender a mi nieta, y te ruego que no hagas el más mínimo ruido, pues hay una hermandad reunida en la sala superior. No quiero que nos vea nadie.

Confirmando sus palabras, de la planta superior de la sinagoga bajaba un murmullo de voces, como si estuvieran debatiendo. «Otro misterio más en esta extraña noche», pensó Ben Leví. Ya indagaría más tarde. Subieron las escaleras de puntillas y se deslizaron como sombras por las paredes hasta traspasar el umbral de la sinagoga y salir a la calle. Avanzaron en silencio hasta la casa del anciano. Entraron en la habitación donde la joven Ruth, casi una niña, luchaba por traer un bebé al mundo, retorciéndose y gritando de dolor.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó entonces el físico.

—Los dolores de parto empezaron ayer por la mañana —contestó una mujer, a la que reconoció como la partera—. Yo no puedo hacer nada más. El canal de la mujer es muy estrecho y el niño no viene bien.

Comprobó entonces el médico que lo que decía la partera era cierto. Palpando el vientre hinchado de la mujer, encontró que el niño no estaba correctamente colocado y se presentaba de nalgas. Introdujo la mano en la joven para ver si había ensanchado lo suficiente el canal del parto, y vio con pesar que seguía muy cerrado, notando que las contracciones cada vez eran más flojas.

—Esta muchacha está muy débil. Hay que sacarle al niño. Si no lo hacemos, pronto morirán los dos —explicó al anciano rabí Josué y a su mujer, que temblaban abrazados—. Solo hay una posibilidad, la operación del César: una cesárea —continuó el médico—. Tengo que advertiros de que solo he visto cómo se practica. Esta será la primera vez que lo haga yo mismo.

—Por favor, te lo suplico, haz lo que tengas que hacer, pero ayúdala. Es nuestra única nieta, y este, su primer parto —dijo llorando la anciana, arrojándose a sus pies.

La ayudó a levantarse con gentileza y le pidió agua caliente, sábanas limpias, que caldearan la fría habitación y que descubrieran a la joven mientras él iba a buscar su instrumental. Una vez de vuelta, empezó a trabajar enseguida. Se apartaron los ancianos a un rincón, pronunciando en voz baja sus oraciones.

—Las sagradas escrituras dicen que la mujer parirá a sus hijos con dolor —rezaba conmovido el anciano rabí—, pero esto es demasiado —decía llorando—. Que el Señor, el Único, tenga misericordia de su dolor, que es el nuestro.

Antes de empezar, le dio de beber a la joven un vaso de espíritu de vino, y con lo que quedó en el vaso le frotó todo el abdomen. Con mano firme tomó el cirujano el escalpelo y sajó el bajo vientre de la mujer. Apartó con cuidado las capas de piel, grasa y músculo hasta llegar al útero, donde volvió a cortar. Le pidió a la partera que lo ayudara a enjuagar, con las sábanas empapadas en el espíritu de vino, la sangre que iba brotando. Extrajo entonces, con delicadeza, al bebé de su bolsa, cortó el cordón umbilical y se lo entregó a la partera indicando que lo reanimara

soplándole en la boca, pues tanto la madre como el bebé, que era un niño, estaban exhaustos por el esfuerzo realizado. Mientras la partera cumplía la tarea que le había encomendado, Ben Leví continuó con la joven madre. Le sacó la placenta y suturó capa a capa la incisión. Según cosía, pudo oír con satisfacción cómo el reanimado recién nacido comenzaba a berrear con toda la fuerza de sus pulmones. Cuando acabó con la madre, cogió al bebé de los brazos de su bisabuela, a la que se le habían saltado las lágrimas al verlo vivo, y se lo puso a la madre al pecho.

—Este niño tiene hambre. Debe tomar leche inmediatamente —dijo convencido—. Es lo mejor para él y para su madre.

Se quedó perpleja la partera. Normalmente, ella dejaba descansar a las parturientas, y eran los allegados los que se encargaban del niño en sus primeras horas de vida. Pero al pequeño le debió de parecer mejor la opinión del médico y se aferró al pecho de su madre, chupando con fruición.

—Deben dejar que descansa su nieta Ruth. Cuando el bebé tenga hambre otra vez, pónganselo de nuevo al pecho.

—¿Vivirá mi nieta, señor Ben Leví? —preguntó la angustiada anciana.

—Eso espero —contestó el galeno secándose las manos—. Les dejaré estos polvos para los dolores. Lo que tiene que hacer ahora es descansar para recuperarse. Si se presenta fiebre, me mandan llamar—. Además del período de purificación, deberá esperar más —le dijo al atribulado marido, que permanecía junto a su suegro, feliz por su primer hijo, pero angustiado por el sufrimiento de su esposa—. No podrá volver a concebir hasta pasado un año —le advirtió.

Atontado por el dolor, el marido no protestó. Le pareció pequeño pago frente a la vida de los dos.

Salió de la casa Ben Leví acompañado por el anciano, que le agradeció emocionado su intervención. Al despedirse, se acordó el médico de la pregunta que quería hacerle.

—¿Qué hermandad era esa que se reunía en la sinagoga a aquellas horas de la noche?

—Es mejor para ti que no te enteres —le dijo asustado el anciano—. Basta con que sepas que el cofrade mayor es tu pariente, tu tío Isaac. Se reúnen bajo el precepto del *biquir holim*<sup>[5]</sup>, pero yo no he visto que lo cumplan. Habría preferido que no te enteraras. Créeme, debes guardar silencio sobre esto y sobre la entrada a la judería. No debe saberlo nadie, ni nuestros hermanos ni, por supuesto, ningún cristiano, pues tendrían una excusa para molestarnos aún más.

Como ya se veían las primeras luces del alba, Ben Leví se fue a su casa a descansar. Las atemorizadas palabras del rabí Josué solo habían acrecentado su curiosidad. Tuvo un sueño intranquilo, en el que se mezclaban extrañas voces con letras y bebés que chillaban.

Se levantó a las pocas horas sin haber descansado del todo. Era viernes y debía apresurarse a realizar sus tareas antes de que le sorprendiera el anochecer, pues su deber era observar estrictamente el sábado.



Visitó a la nueva madre, que parecía recuperarse de forma satisfactoria. Después de comprobar que no tenía fiebre, apretó con suavidad el abdomen de la mujer hasta que salieron loquios coagulados. Al olerlos, se alegró de que el olor no fuera fétido. Miró la herida, que no se había inflamado en exceso, y la volvió a enjuagar con espíritu de vino. En último lugar, felicitó a la joven por su hijo y la dejó descansar.

Los ancianos lo vieron maniobrar preocupados, pero los tranquilizó diciendo que su nieta se pondría bien. Se despidió de los aliviados abuelos y visitó a un par de pacientes más, ya que su clientela había aumentado notablemente. También fue a su recién fundado hospital, en la casa de su abuelo. Observó que su secretario lo estaba gestionando de un modo muy conveniente y supervisó los tratamientos del nuevo físico que había contratado. Cuando acabó en la judería se dirigió hacia la Cal de Judíos, donde comprobó que la viuda de Gómez también había mejorado. Le dio una nueva dosis de medicina y le indicó a la hija que debía prepararle a su madre algo de alimento, y que la forzara a comer. En lo que la hija maniobraba en la cocina, recuperó Ben Leví la hoja donde había apuntado el código y la guardó en el morral. Antes de despedirse pidió permiso para llevarse la biblia, y le fue concedido por la viuda sin problemas.

Llegó por fin a su casa, donde la criada le había preparado el tradicional guiso de adafina, elaborado con carne de cordero y garbanzos. Encendió las velas rituales y se entregó a la oración recitando el *kidush*, la bendición del vino al inicio de la comida. Después, como tenía apetito, dio buena cuenta de los alimentos antes de que desaparecieran los últimos rayos del sol.

A lo largo del día siguiente, Ben Leví se dedicó a la meditación y a los rezos, como era de rigor. Sin embargo, tuvo que alejar de su conciencia un par de veces el recuerdo del mensaje de micer Yucef, que le esperaba inacabado.

Al amanecer del domingo fue llamado por una urgencia, que le mantuvo ocupado toda la mañana, y por la tarde pudo dedicarse por fin a terminar la traducción del mensaje oculto. En la estancia que tenía habilitada como estudio, el fuego de la chimenea combatía con fuerza el frío del invierno. Según se sentaba en su mesa para trabajar, pensó que nada podría arrastrarle fuera de su casa en aquella desapacible tarde. Antes de comenzar divagó un poco, tratando de adivinar qué mensaje querría transmitir el tal micer Yucef a su sobrino y por qué había utilizado una vía tan inusual. Abrió de nuevo la maltrecha biblia y, tomando la pluma, rasgó con trazos enérgicos sobre un papel las letras sin sentido. Después procedió a descifrarlas. Ocupado en la tarea mecánica, no atendió al significado de las palabras hasta que acabó de traducir el texto completo: «Candelabro sagrado Templo Iervsalem escondido bodega mi casa Cal de Ivdeos Valladolid». Se frotó los ojos. No daba crédito a lo que ocultaban esas letras. La idea fue calando poco a poco en su cerebro. ¡El candelabro sagrado del Templo de Jerusalén! ¡No podía ser cierto! ¡En su casa de la Cal de Judíos! Olvidándose del frío, salió corriendo a la calle. A los pocos segundos volvió sobre sus pasos para ponerse un abrigo y coger su morral. Se obligó a ir andando, no corriendo,

tales eran sus deseos de llegar al barrio de Cantarranas. Cuando vio que dejaba la judería, apretó el paso hasta llegar a la casa de la Cal de Judíos.

Le abrió la puerta la sorprendida hija de la viuda, quien le informó de que su madre se encontraba mucho mejor y le dio las gracias por acudir. Saludó a doña Aldonza, que se encontraba ya lo bastante bien como para estar levantada. Escuchó sus pulmones y comprobó con satisfacción que la enfermedad había remitido. Una vez que tomó un vaso de agua —era lo único que se permitía aceptar de los cristianos—, le preguntó sin rodeos a la viuda si lo autorizaba a buscar algo en la bodega, pues había tenido noticia reciente de que un recuerdo de familia se encontraba allí. La viuda no puso ningún reparo a que buscara lo que quisiera. Al fin y al cabo, aquella era su casa.

Bajó a la bodega y revisó uno por uno todos los trastos que encontró. Cuando acabó de remover cachivaches, los apartó para descubrir las tablas del suelo. Las levantó esperanzado, ya que la superficie aparecía removida. Cavó en el duro y frío suelo durante más de media hora hasta que, exhausto, vio que en el fondo del agujero comenzaba a brotar agua. No había encontrado nada. Subió de la bodega, totalmente decepcionado, para pedir a la viuda que le permitiera lavarse la cara y las manos antes de irse a su casa, derrotado. La mujer le preguntó con curiosidad si lo que buscaba era grande o pequeño. Samuel ben Leví le contestó que estaba buscando un objeto más bien grande, pero que era inútil; allí no había nada. Entonces doña Aldonza le contó que, haría unos quince años, cuando su marido aún vivía, tuvieron una inundación en la bodega por una enorme crecida del río Esgueva, que se desbordó aquel año.

—Al limpiarla —continuó la mujer— encontramos una gran caja cubierta de barro. Apareció envuelta en trapos negros. Nos pareció cosa del diablo y no nos atrevimos ni a abrirla ni a tirarla —confesó la viuda—. Mi marido la subió al sobrado de la casa. Durante algún tiempo, tuve miedo de que atrajera la desgracia, pero como no pasó nada me olvidé de ella.

Volvió entonces Samuel al desván. El día que subió a buscar libros se concentró tanto en los arcones que no se fijó en que justo detrás había una caja, del tamaño de un armario. Estaba cubierta de una extraña cáscara, que tuvo que romper como si de una nuez se tratara, con la ayuda de un martillo y unas grandes tijeras. La corteza que quitó, trozo a trozo, estaba compuesta de una amalgama de recia tela embebida en brea que, a su vez, se hallaba cubierta de tierra arcillosa, endurecida como una teja. Dejó al descubierto la madera. Se había conservado bien dadas las condiciones de humedad del sótano. Tras forcejear con un escoplo logró abrir la tapa. A la luz de una candela de aceite, pues ya era de noche, echó un vistazo al contenido. Un magnífico candelabro, formado por siete orgullosos brazos de oro, brilló solemne ante los ojos de Ben Leví cuando este le dirigió la menguada luz.

## Capítulo 6

Valladolid, diciembre de 2007

Sentada con Agustín en la mesa del restaurante, dimos buena cuenta de una opípara cena. Pensaba, mientras nos dirigíamos hacia allí, que habría sido una lástima perder la reserva.

El vino logró templar mis nervios y desatarme la lengua. Entre bocado y bocado, le conté todo lo que había descubierto desde la muerte de Bárcena. Cuando acabé me dijo muy serio:

—Si no tuviera ahora mismo en el maletero del coche la prueba de lo que me estás contando, pensaría que se te han subido los pergaminos a la cabeza. ¡Quién iba a pensar que a la pequeña Amelia pudiera pasarle una cosa así! ¿Qué crees tú que puede ser?

—Pues creo que es una buena reproducción de la menorá, el mítico candelabro de siete brazos del Templo de Jerusalén —contesté.

—¿No podría ser el original? —preguntó.

—¡Qué dices, eso es imposible! —objeté mientras comía una porción del delicioso postre—. Los muebles del templo, entre ellos el candelabro, son una leyenda. Los llevan buscando los cazadores de tesoros desde el origen de los tiempos. Por otro lado, está perfectamente descrito en la Biblia. Lo han podido copiar en cualquier época.

—Ya, entonces ¿quién tuvo interés en ocultarlo de esa manera?

—No lo sé. Cada parte es un tesoro en sí misma, pero juntas constituyen una fortuna solo en oro, por no hablar de su valor histórico. Si resulta ser medieval, sería el descubrimiento de la década.

—¿Y si fuera el original, el del Templo de Salomón? —insistió.

—Si fuera el verdadero, no habría dinero en la tierra para pagarlo —dije sin aliento—. ¿Sabes lo que significa? —sin esperar su respuesta proseguí—. Además de su valor religioso, tanpreciado para el judaísmo y el cristianismo, es el emblema nacional del Estado de Israel y uno de los símbolos judíos más antiguos. Aparece en multitud de monedas y en las sinagogas. La menorá era el único objeto del templo elaborado en oro macizo. El resto del mobiliario era de madera bañada en oro. Que fuera de oro puro magnificaba su simbolismo. El candelabro representaba la perfecta y eterna luz de Dios, la luz divina, la que nunca se apaga. Su presencia sacralizaba el espacio del tabernáculo.

—¡Lo que me cuentas es fascinante! —exclamó Agustín—. ¿Quién puede querer tu candelabro?

—No es mío. Además, solo he encontrado dos trozos.

—Me da igual. ¿Tienes idea de quién quiere robarlo?

—Pues no. Después de lo que te he contado, ya no estoy segura. Pensé que el robo de Soria lo habría organizado algún coleccionista de arte sin escrúpulos. Ahora me doy cuenta de que lo de Bárcena ha podido ser un asesinato. Y eso son palabras mayores. Creo que intentó vender la urna por cincuenta mil euros, pero debió de pasar algo y no la pudo entregar.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Porque leí en un extracto suyo que había ingresado ese dinero en metálico. Todo esto me intriga mucho. ¿Estarán relacionados de alguna manera el intento de robo en el Servicio y la muerte de Eduardo Bárcena?

Agustín me miró preocupado y se calló durante unos segundos. Luego volvió a preguntarme.

—Oye, ¿y cómo cuadra todo esto con lo que llamas la piedra de los siete ojos? —le conté que había consultado en un foro y que me habían puesto tras la pista del libro de Zacarías. Nos interrumpió el camarero al servirnos los cafés—. ¿Quién te dio la pista, algún conocido tuyo?

—No lo sé, porque se bloqueó la sesión y no pude ver quién me mandaba el mensaje.

—¿Y dices que publicaste la consulta en el foro y que a la media hora ardía tu ordenador?

—Pues sí, se puede resumir así.

Vi una sombra en sus ojos, me miró y quiso decir algo, pero lo pensó mejor y se calló.

—¿Y qué han dicho en tu trabajo de todo esto? —dijo al cabo de unos segundos.

—Me lo han agradecido efusivamente y acto seguido me han apartado de la restauración de la cripta —contesté con rencor—. El conservador del museo numantino se ha dado mucha prisa para erigirse en jefe del cotarro. Lo más curioso es que no han concedido ninguna importancia a la urna ni a su contenido. Se han centrado en los restos románicos y permiten que sea yo la que estudie el candelabro. Por eso he podido acudir a ti.

Acabada la cena, forcejeamos un poco a la hora de pagar la cuenta y no permitió que yo sacara la cartera.

—Me invitas el día que encuentres el séptimo brazo —me dijo sin darme opción.

Cuando salimos del restaurante, fuimos directos a su laboratorio tras convencerme de que el trozo que acabábamos de encontrar estaría seguro allí. Además, añadió una oferta a la que no pude resistirme: lo analizaría gratis.

—Al fin y al cabo, el único que sabe manejar el aparato soy yo —afirmó—. Puedo decir que estoy haciendo pruebas de calibración.

Así que nos dirigimos a la puerta de la facultad, donde nos dejó pasar el vigilante. No le extrañó que entráramos a la una de la madrugada, pero sí que Agustín fuera acompañado.

—Qué, don Agustín, otra vez a comprobar un experimento, ¿eh? Y esta vez se trae compañía.

Depositamos el hermoso brazo con su envoltorio en una bolsa de plástico y lo metimos en

la anticuada caja fuerte de la secretaría del departamento.

—¡No veas qué ilusión me hace usarla! —dijo a modo de chiste. Después se empeñó en firmarme un recibo, en papel oficial, por el depósito—. Esto no es una broma, cógelo.

Insistió en que fuéramos a su despacho. Pensé que querría enseñármelo, porque no lo conocía, pero, en cambio, me pidió el móvil.

—Toma —dije extrañada—, ¿para qué lo quieres?

—Quiero comprobar una cosa —dijo conectándolo con un cable a su ordenador—. Es para mi estudio sobre ondas sonoras. Mido todos los móviles que encuentro. ¿Quieres que te haga una copia de seguridad de tu agenda?

—De acuerdo, nunca está de más.

Esperé en silencio a que terminara, pensando que cuidado que era raro el chico y qué cosas investigaba. Por último, me acercó con el coche hasta el portal de casa de mis padres.

—Ándate con ojo, Amelia, que esto no parece un juego. Y, sobre todo, no te fíes de nadie.

De vuelta en Soria, al llegar al trabajo me presenté en el despacho del jefe con el presupuesto en la mano y la intención de contarle que había descubierto una segunda urna, pero no pude hablar con él. Estaba pegado al teléfono y me indicó, tapando con la mano el auricular, que le dejara allí el presupuesto, que lo leería despacio y que luego me llamaría. Cuando por fin me avisó, a media mañana, me dirigí resuelta y animada a su despacho pensando en la cara que iba a poner cuando le contara que había aparecido un segundo fragmento. Sin embargo, al entrar en el estrecho pasillo que desembocaba en su oficina, me crucé con Sebastián Arces, que no se molestó en responder a mi escueto «buenos días», sino que pasó a mi lado con la nariz en alto y con aires de dignidad ofendida. Verlo por allí me produjo mala espina. No sería raro que hubiera predispuesto al jefe en mi contra.

—Pasa, Amelia, pasa —dijo Víctor con una amabilidad sospechosa cuando asomé la cabeza por la puerta—. He estado leyendo el presupuesto y...

—«Uy, qué mala pinta tiene esto», pensé—. ¿Qué le ha parecido? —le pregunté, esperando con incertidumbre que dictase el veredicto.

—Pues una barbaridad, hija mía. Solo el PIXE se comería todo nuestro presupuesto de seis meses. Lo siento, pero no puede ser.

—¿Y qué vamos a hacer con la urna? —dije desalentada.

—¿Con la urna? —contestó—. Con la urna, nada. Nos dedicaremos a restaurar la cripta de Santa Olalla, y punto.

—Oiga, Víctor, ¿y por qué no podemos exponerla allí, junto con la pieza de oro?

Lo pensó unos instantes y me dijo:

—No sería mala idea, pero habría que invertir una buena suma en seguridad, que no

tenemos. Además, para eso no es necesario que se analice con unas técnicas tan caras. Y, lo más importante: ¿el público pagaría para ver algo que no está completo? Hay miles de enseres litúrgicos de ese tipo por todas las iglesias, y la gente no guarda cola precisamente para verlos.

Asombrada por su respuesta, no pude por menos que calificarle, para mis adentros, de obtuso. Mi empeño por contarle que había aparecido otro trozo del candelabro, se esfumó por completo. Pensando en lo que podría hacer Sebastián Arces si dispusiera de esta información, decidí callarme.

—¿Ni siquiera le interesa saber de qué objeto se trata? —le insistí molesta.

—Dímelo tú —dijo devolviéndome la pelota.

—Parece un trozo de candelabro, una reproducción medieval de la menorá, el candelabro de siete brazos del Templo de Jerusalén —dije con cautela.

—¿Judío? —se asombró—. ¿En una iglesia románica? ¡Vamos, Amelia, sabes que eso no es posible!

—¿Y si le dijera que hay más urnas como esa y que podemos intentar completar el candelabro? —a pesar de todo, decidí quemar un último cartucho.

—Ni aunque hubiera veinte. En el hipotético caso de que hubiera más, que lo dudo, ya se encargaría el equipo de restauración de localizarlas en la cripta de San Esteban de Gormaz. Ahora mismo acabo de hablar con Sebastián de los trabajos que piensa acometer. Vamos a concentrar todos nuestros esfuerzos y presupuesto en esta rehabilitación.

—¿Y no podría yo seguir investigando, aunque no se hagan los análisis?

—No te empeñes, Amelia. No hay dinero para temas secundarios ni teorías fantásticas. La única línea de trabajo que seguiremos será la restauración de la cripta bajo la dirección de Arces, a quien considero bastante más capacitado que tú. Siento decírtelo así, pero me has obligado con tu terquedad.

—Pero... —logré balbucir, anonadada.

—Olvídate de la urna y continúa con tu trabajo. Un candelabro judío... ¡Lo que hay que oír! —Y empezó a firmar unos papeles, dando por acabada la entrevista.

Cuando me fui, antes de cerrar la puerta respiré hondo para reunir toda mi fuerza de voluntad y no salir dando un portazo. Me había apartado del todo de la investigación para relegarme de nuevo a mis expedientes, dejándome claro que me consideraba, cuando menos, una inepta. Volví arrastrando los pies hasta mi despacho, con lágrimas escociéndome en el borde de los ojos. Sobre la mesa aún tenía el diccionario de hebreo en el que localicé la palabra inscrita en la urna de San Esteban: Gevurá, ‘fortaleza, fuerza’. Con triste ironía, me dije que iba a necesitar mucha para superar el golpe.

Había pensado estudiar qué relación podría existir entre las dos palabras, fuerza y esplendor, ahondando en la literatura mística judía, pero en aquel momento eso me daba igual. Me

sentí impotente preguntándome cómo mi superior podía estar tan ciego. Cogí el diccionario y lo coloqué en la estantería, lejos de mi vista. Con rabia reconcentrada, cerré la carpeta con los papeles que había recopilado y la archivé, pensando con amargura que ojalá fuera así de fácil olvidarme de todo el asunto. Para rematar mi estado de ánimo, el pitido del móvil anunció un mensaje: Álvaro, que seguía en Madrid porque su tío continuaba muy enfermo, que se pasaba el día en el hospital y que ya me llamaría, puesto que allí no era posible tener el móvil conectado. Con desasosiego, marqué su número deseando escuchar su voz amiga, pero no me contestó. Me sentí sola, terriblemente sola. Con los ojos hinchados, me levanté de la mesa y me fui a casa.

Me resultó penoso volver al trabajo al día siguiente, pero descubrí que el mejor bálsamo que podía encontrar mi orgullo herido era permanecer ocupada. Continué con mis tareas cotidianas para tratar de demostrarme que la inexperiencia solo se cura trabajando, con Asun animándome inútilmente. Echaba de menos a Álvaro y sus besos, y me habría gustado tener su apoyo en ese duro trance. Aunque el pobre ya tenía lo suyo, con un familiar tan querido a las puertas de la muerte. Estaba deseando contarle que había encontrado la urna de Bárcena, y por dos veces tecleé el mensaje en el móvil, pero en las dos ocasiones acabé borrando el texto. Sería mucho más emocionante decírselo en persona cuando nos volviéramos a ver. Así transcurrieron, de forma monótona, unos cuantos días hasta que llegaron a Soria, acompañadas de un intenso frío, las fiestas navideñas. A finales de semana me despedí de mis compañeros para ir a pasar esas fechas en familia.

Las vacaciones de Navidad pasaron sin pena ni gloria. Lo único relevante fue una larga charla con mi padre, aunque el entorno no fuera el más apropiado: en mitad del cotillón de Año Nuevo, acompañando a mis padres a una de las fiestas que se celebraban en un hotel de la ciudad.

Observaba de pie el jolgorio, con una copa de champán en la mano, pensando que no merecía la pena el frío que soportaba con mi vestido de noche, con toda la espalda al descubierto, a la vista de los pobres resultados. En el fondo, no me importaba mucho, pues mi corazoncito permanecía templado al pensar en Álvaro, pobre, pasando las fiestas en el hospital. Estaba acabando de enviarle «¡Feliz Año Nuevo!» con el móvil, cuando se me acercó mi padre.

—Amelia, cariño, estás aquí. ¿No bailas?

—Pues, papá, el único chico que se me ha acercado ha sido Alejandro, el novio de mi amiga Paula, para darme una palmadita en la espalda porque me he atragantado con las uvas. Pero no te preocupes, que estoy viva —dije sonriendo.

—Hija —me dijo mi padre—, te estoy notando un poco triste. ¿Va todo bien?

—Mira, papá, voy a contarte algo. Son dos cosas, en realidad, pero no se lo digas a mamá, ¿vale? Se pondría pesadísima y no quiero que me dé la lata.

Me dio su palabra, así que le hablé de mi incipiente relación con Álvaro y me escuchó sin preguntas.

—¿Y la segunda parte?

Le expliqué, ya más animada, el descubrimiento de las catacumbas de Santa Olalla, en San Esteban de Gormaz. Como a esas alturas ya no podía contenerme, le conté lo de mis hallazgos y que mi jefe había cortado mi entusiasmo de raíz. Se mantuvo en silencio durante unos instantes.

—¡Ay, Amelia, qué adulta te has hecho! Tienes que luchar tus propias batallas. ¿No te irás a rendir ahora, verdad? —me dijo con un abrazo. En ese momento nos interrumpió mi madre.

—¡Ah!, estabas aquí, te andaba buscando. Ven, que te voy a presentar a un chico.

Más aliviada por la confesión, no opuse resistencia alguna. Mi madre me condujo a la mitad de la pista y me abandonó allí, junto al hijo de una conocida. Resultó ser un tipo agradable. Nos reímos mucho y bailamos toda la noche.

Una vez de vuelta a la rutina del trabajo, fueron pasando los días. Me encontraba cada vez más molesta con Álvaro porque hablábamos muy poco. No entendía su tardanza en volver a Soria. ¿Qué pasaba con su trabajo? Me dijo que estaba consumiendo las vacaciones que le quedaban, y que me hiciera cargo, que era un tío muy querido, el único hermano de su madre, y tenía un cáncer terminal, pero que la enfermedad se alargaba. No podía objetar nada a eso. Le arranqué su palabra de que me llamaría más a menudo, y tengo que dar fe de que la cumplió a su manera. En vez de llamarme, todas las noches recibía mensajes suyos en el móvil con las declaraciones de amor más disparatadas y absurdas que había oído en mi vida. Un detalle tan sencillo como ese logró levantar bastante mi maltrecho ánimo. Incluso tuve que reconocer que, algunas veces, los mensajitos eran lo mejor del día.

Seguí matando el tiempo libre con Asun y Luis, pero se notaba la ausencia de Álvaro y la presencia del frío, que no invitaba a caminar y sí a refugiarnos como hurones en los bares para tomar caldos y cervezas en feliz hermandad.

El exceso de trabajo me absorbía por las mañanas, y hasta algunas tardes para lograr terminarlo dentro del plazo. Fue en una de esas tardes, pesadas y negruzcas, en las que anochecía a las seis, cuando recibí una llamada de Pedro de Támara.

—Hola, Amelia, me alegro de encontrarte. No estaba seguro de dar contigo por la tarde, pero quería avisarte con un poco de tiempo.

—Hola, Pedro, tú tampoco te aburres por las tardes, ¿eh?

—Pues no. Llamaba para decirte que iré a Riaza el miércoles que viene, por si puedes acompañarme. Si te parece, te espero en mi oficina a las nueve y media, y luego nos vamos. Tengo que enseñarte algo sobre lo que me consultaste.

—¿De qué se trata? —pregunté muerta de curiosidad.

—De un documento que teníamos en el archivo provincial. Es una Semá, una oración judía que se encontró dentro de una mezuzá al restaurar la casa de Abraham Seneor.

—¡Ah! —dije yo tratando de no demostrar mi ignorancia—. ¿Y qué tiene de particular?



—Prefiero que la veas en persona —me respondió—. La oración en sí no es muy original, es la fórmula tradicional de la Semá, pero en la parte superior tiene el símbolo que me mostraste.

—De acuerdo, iré contigo —contesté tras una larga reflexión de tres segundos exactos.

Aún retumbaba en mi cabeza el mandato de que me olvidara de la urna, pero me parecía grosero por mi parte no acompañar a Pedro a Riaza, puesto que se había molestado en ayudarme. Ya buscaría alguna excusa para que el jefe no sospechara.

—Hasta el miércoles entonces —dijo Pedro, y colgó.

Me había planteado varias veces seguir la investigación por mi cuenta, en mi tiempo libre, pero desistí, desalentada, al no saber con certeza por dónde continuar. Y, por fin, apareció un nuevo indicio. Sintiendo crecer en mí el entusiasmo, dejé el trabajo que tenía entre manos y me fui a la biblioteca para consultar lo que me había indicado mi colega segoviano.

Descubrí que una mezuzá era un estuche de metal o de madera con forma cilíndrica, en el que se introducía un pergamino enrollado que contenía un fragmento del Deuteronomio. Dicho estuche se colocaba en un agujero, practicado con ese propósito en el umbral de la puerta, en diagonal. Los judíos tenían la costumbre de rezar poniendo allí la mano al entrar o salir de sus casas. Con este gesto declaraban públicamente de su fe.

Después busqué quién era Abraham Seneor, y me quedé fascinada por la vida de este personaje histórico del siglo XV. Alguacil mayor de la Aljama de Segovia, fue también el rabino mayor de Castilla y tesorero de Isabel la Católica, a quien prestó grandes sumas de dinero. Se convirtió al cristianismo en 1492, apadrinado por los Reyes Católicos, y tomó el nombre de Fernán Núñez Coronel. También encontré que su casa, en plena judería segoviana, había sido rehabilitada recientemente para convertirla en un centro cultural de interpretación de la cultura sefardí-castellana. La historia del edificio era casi tan interesante como la de su antiguo propietario, pues acababan de descubrir una puerta de entrada de granito formada por un amplio dintel del que habían borrado el escudo, sujeto por dos sobrias columnas. Dicha puerta había permanecido oculta, durante mucho tiempo, bajo el enfoscado de uno de los muros del convento de franciscanos que se instaló allí. En otros puntos aparecieron sillares de piedra caliza y otros elementos arquitectónicos que, probablemente, habían sido cubiertos en el siglo XIX. Pertrechada ya con toda esta información, deseé expectante que llegara el día de la cita, pero estaba escrito en las estrellas que aún tenían que pasar algunas cosas más.

Dos días antes del encuentro con Pedro de Támara, fui convocada de nuevo por mi jefe a su despacho. Tras la famosa entrevista, nuestra relación se había enfriado al mínimo: un escueto saludo cuando nos cruzábamos por los pasillos y las pautas de trabajo a través del portafirmas. En semejante tesitura, mis pensamientos hacia él no eran muy cordiales, así que de camino a su oficina no pude por menos que pensar qué demonios querría.

Al abrir la puerta descubrí con sorpresa que no estaba solo. En el despacho había un hombre de pie, que lo llenaba con su presencia. A su lado, el jefe, parapetado tras la mesa de reuniones, parecía aún más bajo y rechoncho.

—Ah, hola, Amelia —dijo—. Te estábamos esperando, pasa, siéntate.

Al acercarme a la silla que me ofreció descubrí también a Sebastián Arces, que fingía estar distraído ojeando los títulos de alguno de los libros que guardaba Víctor en una pequeña librería, al otro lado de la sala. El desconocido esperó a que me sentara y tomó asiento a su vez. Después, todos aguardamos a que Sebastián hiciera lo propio. Este se tomó su tiempo estirándose en su asiento y acomodando los puños de su impecable camisa. Después sacó un paquete de tabaco, extrajo un cigarro y se dispuso a encenderlo, pero se lo pensó mejor y lo volvió a guardar. Cuando por fin acabó, Víctor comenzó a hablar dirigiéndose a mí.

—Mira —me dijo con nerviosismo en la voz—, este señor es... Ha venido a hacernos... —carraspeó— una proposición.

—Buenos días, señorita Galván —dijo mientras me medía con la vista, con un imperceptible acento extranjero que no fui capaz de identificar—. Sabemos que han encontrado ustedes hace poco un objeto de oro, que ya me han mostrado su jefe y el señor Arces. La agrupación a la que represento tiene un gran interés en este objeto, pero, como he podido comprobar por mí mismo, está incompleto —se detuvo para ver nuestra reacción. Lo miré interesada y continuó hablando—. Deseamos contratarles a usted y al señor Arces para que continúen la búsqueda y encuentren para nosotros el resto, con todos los gastos pagados, naturalmente. Estamos en disposición de dotarles con todos los medios técnicos que necesiten. Por supuesto, tendrán ustedes toda la libertad para plantear la investigación como deseen.

—Pero —dije titubeando— somos funcionarios, la ley de la función pública no nos permite ser contratados por terceros.

—Todo eso se puede arreglar, Amelia —me indicó el jefe—. Podéis pedir una excedencia y...

—No, rotundamente no, Víctor, —le contradijo Sebastián—. Me niego a trabajar con ella. Quiero llevar este trabajo solo —sentenció mirándome como si fuera un gusano.

—Eso le estaba yo explicando al señor Ackerman —contestó el aludido—, que tú eres nuestro mejor profesional, la persona más adecuada, pero que te gusta trabajar solo.

Al escuchar esto, el del museo se infló en su asiento mientras yo lo miraba indignada.

—Si no recuerdo mal —señaló el señor Ackerman—, en el periódico se indicaba que la arqueóloga, la señorita Galván, había descubierto la cripta.

—Técnicamente sí —contestó mi jefe—, pero fue debido a un golpe de suerte. Arces tiene mucha más experiencia en ese campo y...

—Pero lo encontró usted, ¿no es así, señorita? —me preguntó con gravedad el

desconocido.

—Pues sí —le confirmé—, fui yo la que encontré la urna debajo del altar. Me llamó la atención el...

—Si hay más arquetas como esa en la cripta, yo las encontraré, señor Ackerman —me interrumpió Sebastián—, pero exijo trabajar sin ella. No tiene ninguna experiencia, ha encontrado la cripta por pura casualidad y ahora se cree que lo sabe todo. Por descontado, lo importante es buscar el tenebrario sin dañar la estructura de la iglesia y...

—Perdón, ¿cómo ha dicho, el... qué? —preguntó nuestro visitante.

—Un tenebrario —comenzó a definir Sebastián con suficiencia— es un candelabro triangular con quince velas de cera amarilla escalonadas, que se emplea en el Oficio de Tinieblas, dentro de la liturgia de la Semana Santa. Es una ceremonia que consigue poner los pelos de punta —concluyó solemne.

Un silencioso Ackerman nos miró a los tres, valorando lo que había dicho el conservador. Yo seguía con la boca abierta, estupefacta por el cinismo de Arces, que intentaba apartarme una vez más.

—¿Está usted de acuerdo con su compañero, señorita? —me inquirió por fin.

Vacilé un poco antes de contestar, pero decidí decir con franqueza lo que pensaba. No tenía nada que perder, ya que la postura de mi jefe y la de Sebastián ya estaban bastantes claras.

—No creo que sea un tenebrario lo que buscamos. La pieza que se encontró no encaja con esa forma —contesté.

—¿Entonces? —me animó a continuar.

—Pienso que se trata de una menorá, un candelabro judío. Y no creo, además, que el resto de los trozos se encuentren en la cripta de Santa Olalla. Están escondidos en otro sitio —expuse sabiendo que mi afirmación era cierta.

—¡Por favor, cómo va a ser un candelabro judío! —exclamó Sebastián con teatralidad—. ¡Amelia, no sabes lo que dices! ¿De dónde has sacado esa idea tan disparatada?

—Por el nivel de humedad de la cripta, por la profundidad del enterramiento —me burlé de Sebastián, que me miró incrédulo con los ojos desorbitados— y porque la palabra Hod, grabada en la urna, es hebrea —le repliqué.

Me pareció ver que Ackerman esbozaba una media sonrisa, que desapareció enseguida.

—Ya ha oído usted, señor Ackerman —volvió a intervenir el jefe—, las teorías peregrinas de Amelia. Es mejor que Sebastián trabaje solo. Son caracteres opuestos y discutirían todo el tiempo.

—Sí, ya me he hecho una idea —respondió el aludido—. Entiendo que solo puedo contratar a uno de ustedes porque no quieren trabajar juntos, ¿no es así?

—Yo no he dicho eso —contesté a la desesperada—. Si no hay más remedio, colaboraría

con Sebastián. No es que me guste, pero estoy dispuesta a dejar a un lado nuestras diferencias —aseguré, en un agónico intento de que no me dejaran fuera.

—¡Pues yo no estoy dispuesto! —replicó entonces Arces lanzando un órdago—. ¡O ella o yo!

El tiempo se detuvo unos instantes mientras Ackerman sopesaba su decisión.

—Pues bien, si esa es su última palabra, la contrato solo a ella —sentenció con voz grave.

—Excelente, señor Ackerman, ha elegido usted a la persona correcta —aplaudió Víctor, y en ese momento se dio cuenta de su error—. Perdona, ¿cómo ha dicho?

—Que elijo a la señorita Galván. Es la que tiene las ideas más claras sobre lo que estamos buscando —contestó nuestro inescrutable interlocutor.

—Pero, pero...—balbució Sebastián, asombrado.

—Es importante para nosotros —continuó el hombre, sin hacer caso a Arces— que todo se realice con discreción. Por razones que no vienen al caso, no queremos más publicaciones en la prensa ni artículos fantasiosos de buscadores de tesoros. Por eso sería conveniente que la señorita Galván continúe trabajando bajo el paraguas de su administración, y que no se den más explicaciones que las estrictamente necesarias. Lo que se hable aquí no debe salir de esta habitación. ¿Lo han entendido?

—Sí —contestó mi jefe, al que habían empezado a brotarle gotas de sudor en las aletas de la nariz.

—Un momento —dije yo—. Tengo dos cosas importantes que objetar.

Sebastián me miró como si quisiera estrangularme.

—La primera objeción: como ya le han contado, el hallazgo ha sido pura casualidad. No tengo ninguna línea de investigación fiable, solo suposiciones.

—Con eso nos es suficiente, señorita. Si en el plazo de un año no encuentra usted nada, será libre de volver a su trabajo.

—La segunda y más importante. En este asunto estoy encontrando algunas cosas turbias. ¿Han intentado ustedes comprar o robar el objeto a otra persona que luego ha sufrido una muerte muy conveniente? —El hombre me miró desconcertado.

—Le doy mi palabra de que no sé de lo me está hablando. Si lo que quiere es seguridad, no se preocupe. Tendrá vigilancia las veinticuatro horas.

—No me refiero a eso. Le pregunto si no han hecho ya algo fuera de la ley.

—No la entiendo, señorita Galván. Que yo sepa, contratar a una persona para que realice un trabajo de investigación no es ilegal. Solo su condición de funcionaria le da un carácter irregular, pero estoy seguro de que su administración sabrá cómo solucionarlo. Mire, ya hemos estado hablando con los máximos responsables de su consejería y nos han dado su beneplácito. Asimismo, si lo que necesita son contactos en el Ministerio de Cultura para acceder a centros de

investigación, puedo proporcionarle los que precise —al no responderle, interpretó mi silencio como una conformidad—. Por último, está el pequeño detalle de sus honorarios —me dijo, y tomando un folio de la mesa escribió una cifra; luego me alargó el papel—. Por supuesto, su administración obtendrá un generoso porcentaje si todo sale bien.

Cuando la leí, los sudores fríos me entraron a mí. Ante mis ojos bailaba una cifra que superaba el millón. Apabullada, por decir algo, pregunté:

—Son euros, ¿verdad?

—Sí, euros, no dólares —confirmó.

—¿Qué pasaría si al cabo de un año no he logrado encontrar nada? —quise saber.

—En ese caso, percibiría usted únicamente un cinco por ciento de lo estipulado, como pago por sus servicios.

«Esto es como los concursos de la tele —pensé nerviosa—. Solo por participar ya te llevas premio».

—¿Y si no lo encontrara completo? —volví a preguntar con ansia—. El objeto puede estar dividido en siete partes o más.

Ackerman pareció pensar su decisión, y al final contestó:

—Si nos lo entrega íntegro, recibirá el total de esa cifra. Si no, el pago será proporcional a las piezas encontradas —en ese momento, me alegré muchísimo de haber mantenido la boca cerrada respecto a la segunda urna—. Otra cosa más —me indicó—: todas las pruebas, análisis, estudios o lo que sea, pasarán a ser de nuestra exclusiva propiedad. No podrán publicarlo ni comunicarlo a terceros, ni nada semejante. Tendrá usted permiso para contratar a quien desee que le ayude, pero tendrá que asegurarse de su confidencialidad y silencio.

—Me parece justo —afirmé.

—¿Estamos de acuerdo entonces? —me preguntó.

—De acuerdo —dije, y nos estrechamos la mano mirándonos a los ojos.

—Dos últimos detalles —añadió—. Mañana recibirá por correo una tarjeta de crédito a su nombre, con una cantidad que espero sea suficiente para afrontar los primeros gastos —pronunció una suma indecente de dinero—. Deseo también que nos informe cada mes. Para ponerse en contacto debe llamar primero a esta persona, que le comunicará conmigo. —Me tendió una tarjeta de visita, y parpadeé al leerla. En la esquina superior izquierda constaba el anagrama del Ministerio de Asuntos Exteriores, y el cargo del titular de la tarjeta era el de secretario de Estado—. Agradeceré que me avise cuando encuentre algo.

Me estrechó de nuevo la mano, únicamente a mí, y salió del despacho. Nos quedamos mirándonos los tres como si hubiésemos visto un fantasma.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó mi jefe secándose el sudor con la corbata.

—Lo mejor será continuar como hasta ahora. Ya ha oído al misterioso señor Ackerman

—le dije—. ¿De dónde ha salido? ¿Sabe cuál es su empresa?

—No —tuvo que confesar—. Recibí una llamada del consejero para decirme que vendría. No había colgado el teléfono cuando se presentó en mi despacho.

—Si le parece, seguiré utilizando el mío como hasta ahora, aunque trabaje en esto. Incluso tramitaré algún expediente de vez en cuando para mantener las formas —dije contenta de tener por una vez la sartén por el mango—. También me gustaría que me asignara a Asun —continuó—. Ella ha estado conmigo desde el principio y sería una canallada dejarla fuera.

—Bien, bien —contestó—. Organízate como quieras. ¿Tienes alguna pista, sabes por dónde vas a empezar?

—Tengo el extremo de un hilo para ir tirando —respondí.

—¿El extremo de un hilo para ir tirando?! —gritó Sebastián, que hasta entonces se había quedado mudo del impacto—. ¿Así pretendes plantear la investigación? ¡Esto es intolerable, Víctor! No sé cómo has consentido semejante atropello. Parece que al tipo este le han parecido mejor los dudosos encantos de esta niñata que los esfuerzos de un profesional serio —se paró a tomar aire y, mirándome con encono, se dignó dirigirse a mí—. ¡Acaban de darte el trabajo y ya te estás dando aires! ¡Si ni siquiera has sabido negociar el sueldo! Ya veremos lo poco que tardas en hacer el ridículo.

Sin mediar palabra, le alargué la hoja en la que Ackerman había escrito el montante de mis honorarios. Al leerla, su cara, pálida momentos antes, fue subiendo de color hasta llegar a un tono rojo apoplejía. Cuando recuperó el habla, volvió a vocear.

—¡Esto no me puede estar pasando! ¡Víctor, tienes que hacer algo! Ya sé... En el papel diremos que dirige ella, pero seré yo quien lleve el peso de la investigación...

—Lo siento mucho, Sebastián —respondió el jefe—. Ya sabes que eres mi amigo y querría ayudarte, pero no puedo. Los de arriba han insistido en que colabore en todo lo posible con Ackerman. Si él ha preferido a Amelia, tendrá que ser ella.

Sebastián lo miró incrédulo y le replicó:

—¡No puedes ir en serio, Víctor, esta es la oportunidad de mi vida!

—Ya te he dicho que lo lamento, pero te has excluido tú mismo. No deberías haberle obligado a que eligiera. Si te hubieras callado, tú estarías al frente y Amelia habría sido tu ayudante. Ahora ya no te puedo echar una mano. Mi puesto está en juego, y te advierto que el tuyo también si hay algún problema.

Sebastián se calló, abatido. Poco a poco fue siendo consciente de su error de estrategia. Recogí los papeles de la mesa y me puse en pie. Luego me volví hacia el conservador y me despedí de él con un punto de malicia.

—Lo siento por ti, Sebastián, pero no se puede ganar siempre. —Y salí de allí.

Aquella misma noche, logré por fin hablar con Álvaro. Después de cinco infructuosos

intentos, mi novio me devolvió la llamada.

—Sí, dime, Amelia —dijo muy bajito.

—Oye, ¿por qué hablas tan bajo?

—Porque si no me riñe la enfermera —contestó.

—Pues se oye mucho jaleo —indiqué.

—Ya, es la tele de la habitación, que está alta.

—¿Cómo está tu tío?

—Pche, más o menos igual.

—Te llamo porque no te vas a creer lo que me ha pasado.

—A ver, cuéntame —me dijo con voz suave—. Te noto muy contenta.

—¿Por dónde empiezo, por la buena noticia o por la mejor?

Se echó a reír con un tono ronco, que me produjo una agradable sensación en la piel.

—Yo también tengo novedades; pero, por favor, las damas primero.

—La primera noticia quería dártela en persona; por eso he esperado. Sin embargo, ha pasado algo tan gordo que no puedo aguantar más. ¡Si no te lo digo, me muerdo!

—¡Al que vas a matar de impaciencia es a mí si no desembuchas ya, cielo!

—La buena noticia es que he encontrado otro trozo de candelabro, el que tenía Bárcena.

—¿Cómo que lo has encontrado? ¿Cuándo?

—El sábado que estuvimos en casa de la tía Merche, después de que te fueras. Estaba en el trastero.

—¿En el trastero? —preguntó con asombro—. ¿De verdad estaba allí?

—Ya te he dicho que sí. Los ladrones fueron tan torpes que se equivocaron de trastero.

—Ladrones, ¿qué ladrones? —dijo extrañado.

—Ya te contaré, que es una larga historia. Es mejor la segunda noticia.

—A ver, suelta, porque si es mejor tiene que ser un bombazo —me animó.

—Me ha contratado una especie de corporación, o algo así, para que continúe buscando los trozos que faltan —silencio al otro lado de la línea—. Me van a pagar un sueldo fantástico solo por intentarlo —dije entusiasmada—. Aunque eso no es lo mejor. Además, he encontrado otra pista. Claro está que puede llevar a un callejón sin salida, pero...

—Vale, vale, respira, que ahora me toca a mí —escuché a un encantado Álvaro—. Yo también tengo una noticia: se me acaban todos los permisos y el miércoles debo volver a Soria. Solo siento dejar a mi madre sola ante la enfermedad de su hermano.

—¡Estupendo! —exclamé con júbilo—. Tengo muchísimas ganas de verte.

—Te llamo cuando llegue, que la enfermera me está amenazando con la jeringuilla. —bromeó.

Colgué el teléfono llena de alegría.

En la mañana de aquel deseado miércoles, Asun y yo nos dirigimos a la capital segoviana. Durante el camino le expliqué la nueva situación y le dije que contaba con ella en la aventura, si quería.

—¿Que si quiero? ¿Poder salir de las cuatro paredes de la oficina? ¿Dónde hay que firmar?

—Tranquila, no tienes que firmar nada, pero hay una condición: todo lo que hagamos a partir de ahora debe ser confidencial. Han sido especialmente estrictos en eso.

—De acuerdo, jefa, punto en boca —dijo riéndose.

Cuando llegamos, Pedro nos estaba esperando. Después de las presentaciones, nos dirigimos al archivo provincial y entramos en una sala en la que se almacenaban miles de documentos. Nos atendió una chica joven, que le entregó a Pedro un pergamino dentro de una funda de plástico. Él lo sacó de su funda y cuidadosamente lo extendió sobre una mesa de estudio. En la parte superior se podía ver el símbolo de la ya familiar piedra de siete ojos. Debajo se encontraban escritos con tinta negra estos caracteres hebreos:

*Shema Israel, Adonai Elojenu, Adonai Ejad*

*Baruj Shem Kevod, Maljuto leolam Vaed*

Pedro lo tradujo:

—«Escucha, Israel, el Señor es tu Dios, Uno es el Señor. Bendito sea el nombre de su Gloriosa Majestad por siempre jamás». La oración que deben pronunciar los hebreos dos veces al día —concluyó.

—¿Y ya está, eso es todo? —preguntó Asun decepcionada.

—Sí, aquí no pone más —contestó mi compañero—. Son las frases tradicionales de la Semá.

—¿Te resulta útil? —me preguntó a renglón seguido.

—Hombre... —dije mirando con atención—, contiene poco texto.

Según pronunciaba estas palabras, se fue formando una idea en mi cabeza. Me pareció que el pergamino guardaba una gran desproporción con respecto a las dos líneas que contenía.

—Oye, Pedro, ¿tú has visto alguna Semá más?

—Sí, dos o tres —me confirmó.

—¿Y eran todas de este tamaño o más pequeñas?

—Ahora que lo dices, sí, me parece que los pergaminos eran más pequeños.

Creo que me adivinó el pensamiento. A continuación, me dijo que si quería llevarme el documento tendríamos que solicitarlo por escrito. Según nos volvíamos hacia el mostrador me aseguró que sería lento obtener el permiso. Era necesario estar inscrito como investigador, y aun así, a veces tardaban mucho. Se dirigió a la joven que nos había atendido, que me pidió los datos



y los metió en el ordenador. Luego dijo que esperásemos un momento y se marchó a un despacho cercano.

—¡Caramba! —dijo al volver—. Están ustedes de enhorabuena. Aquí tienen el permiso concedido. Deben de tener un ángel de la guarda o algo así, porque normalmente tardan más de una semana en validarlo —no le contesté, pero en mi fuero interno estaba sorprendida.

Firmé los impresos en los que me comprometía a la adecuada custodia del documento y me advertían, en letra pequeña, de mis obligaciones. Salimos de allí tan contentos, con el botín bien protegido en una carpeta. Enseguida partimos hacia Riaza.

Cuando llegamos, Pedro se encaminó hacia el ayuntamiento para consultar unas licitaciones que les afectaban, y nos dejó libres a Asun y a mí para que visitásemos el pueblo a nuestras anchas. Marchamos a la fuente de la Nevera, el lugar que señalaban las coordenadas, según una guía turística que compré. Salimos desde la plaza Mayor, donde nos había dejado Pedro, por la carretera de Soria. Avanzamos por la margen derecha hasta llegar a unas escaleras de piedra por las que descendimos a un recinto porticado, sujeto por columnas de madera. En su interior había dos estanques, los antiguos lavaderos. Me fijé en que el suelo, de losas, había sido restaurado poco tiempo antes. Miré y remiré buscando algún indicio de que hubieran removido algo, pero no logré encontrar ninguna señal. Después fuimos a la fuente, situada en uno de los laterales. Presentaba un frente semicircular de piedra con dos caños de buen grosor, de los que manaban dos chorros de agua que iba a parar a un pequeño pilón rectangular. Lo estuvimos estudiando, e incluso saqué unas fotos. Asun también fotografió todo lo que le parecía interesante. Después bebí un buen trago de agua de uno de los caños. Estaba tan helada que casi dolía.

Llegamos de nuevo al ayuntamiento, donde ya nos esperaba Pedro. Con su ayuda, conseguimos consultar el expediente de la restauración del lavadero. Nos permitieron pasar a una sala de reuniones y lo leímos con detenimiento. Sin embargo, no encontramos ninguna referencia, nada sobre algún hallazgo durante esa obra.

Cuando acabamos era ya la hora de comer, así que fuimos a un asador de la propia plaza, en una casa blasonada del siglo XVII. Entre los tres dimos buena cuenta de nuestras respectivas raciones de lechazo asado, que me pareció buenísimo, pues el paseo me había abierto el apetito. Después disfruté viendo paladear a Asun con fruición el postre típico, un ponche segoviano, que no conocía. Lo mejor de todo fue pagar la cuenta con mi flamante tarjeta, a costa de mi misterioso empleador. La vocecita de mi conciencia me decía que quizá las comilonas no estaban incluidas en el trato, y que haría bien en guardar los recibos para cuando tuviera que justificar los gastos. Esa voz fue rápidamente expulsada de mi cerebro por el aroma de un café de puchero.

Nos despedimos de Pedro, al que agradecí las pesquisas realizadas, lamentando para mis adentros no poder darle más explicaciones.

Regresamos a Soria, yo contando los minutos para ver a Álvaro. Fuimos al bar de siempre con la esperanza de que estuviera allí, pero no había llegado aún, así que nos sentamos a charlar de cosas sin importancia. De pronto, Asun puso cara de circunstancias y noté que alguien me tapaba los ojos por detrás y me susurraba al oído.

—Hola, tesoro, no sabes lo que te he echado de menos —me dijo Álvaro con su mejor sonrisa. Me levanté de un salto y me arrojé a sus brazos.

Asun, con los ojos brillantes de picardía, dijo que iba a buscar a Luis y se lo llevaba al cine. Me guiñó un ojo y salió del bar. Ya a solas con Álvaro, comencé a contarle todo lo que se había perdido. Cuando acabé, se quedó con la boca abierta y empezó a dispararme preguntas.

—¿Dónde dices que tienes el segundo trozo?

—En el laboratorio de química analítica de la universidad —contesté.

—¿Y qué hace allí? —continuó.

—Van a analizarlo para ver si se puede averiguar de dónde procede y en qué época se fabricó.

—¿Y quién te ha contratado? —volvió a preguntar.

—Para serte sincera, no lo sé. Creo que es una corporación extranjera, pero tiene muy buenos contactos en el Gobierno y paga muy bien. Es la oportunidad de mi vida. Eso sí, me exige confidencialidad. Lo que te cuente debe quedar entre nosotros.

—¿Y sabes por dónde seguir o estás en punto muerto? —preguntó por último.

—Ya te dije que no lo sé muy bien, aunque tengo una corazonada —le hablé del pergamino, que reposaba en la caja de seguridad del Servicio.

Se quedó callado y, cuando pareció despertar de su estupor, me dijo con tono de pena:

—No sabes cuánto te envidio. ¡Cómo me gustaría unirme a tu aventura!

—¡Pero si ya estás en ella! —protesté.

—Ya, pero de segunda mano —farfulló—. ¡Me gustaría tanto ayudarte! Se me ocurre una tontería: podrías contratarme, o algo así.

—Oye, no es ninguna tontería. A mí también me han contratado, y era más difícil —empecé a pensar en voz alta—. Podrías pedir una excedencia en el banco y... —de pronto, se cruzó por mi mente la dura realidad—. No, no puede ser. No podría pagarte hasta pasado el año. Si sale bien, genial, nos repartimos la pequeña fortuna que me van a dar, pero si no, ¿cómo vas a vivir un año sin cobrar?

—Oye, que no me interesa tanto el dinero —me tranquilizó—. En efecto, mi economía no me permite el lujo de trabajar sin cobrar; pero ¿no dices que te han dado carta blanca para los gastos? Pues me contratas como secretario, y en paz, un gasto más.

—¡Pues claro, qué tonta, no se me había ocurrido! De acuerdo, entonces. Eres mi nuevo secretario —dije riéndome—. Espero ver tus referencias.

—Espera, que te las doy. —Estrechándome entre sus brazos me dio un maravilloso beso con el que sellamos nuestro pacto.

Cuando recuperamos el aliento, me preguntó que por dónde empezaríamos. Le dije que al día siguiente iría al laboratorio para llevar a Agustín el pergamino y que lo analizase con luz ultravioleta.

—Estupendo, voy contigo —me dijo.

—¡Eso, y no apareces por el banco! —le objeté—. No, mañana tendrás que ir a solicitar la excedencia, no puedes marcharte por la puerta falsa. Así, cuando esto acabe, podrás regresar a tu trabajo. Además, debes avisar unos días antes —a regañadientes, me dio la razón.

De todas formas, se me ocurrió que podía retomar mi idea e ir buscando información sobre las palabras hebreas Hod y Gevurá para averiguar si había alguna relación entre ellas. Así que le encomendé esa tarea a mi recién estrenado secretario.

Al acompañarme a casa esa noche, Álvaro me sorprendió gratamente al pedirme que lo invitara a una copa. Por supuesto, le dejé entrar.

Al día siguiente, conduje feliz hasta la universidad y encontré a Agustín en su despacho. Le pregunté si había analizado algo de la pieza y me dijo que aún no porque estaba corrigiendo exámenes, y que, como no me había dignado responder a su presupuesto, no sabía muy bien qué hacer.

—El dinero ya no es problema —respondí.

Le conté, de modo sucinto, que una empresa me financiaba la investigación, que estaba de acuerdo con el precio de los análisis y que podía empezar a realizarlos cuando quisiera. También le indiqué que si aceptaba el trabajo debía firmar un compromiso de confidencialidad. Me respondió que eso era habitual. Me quedé un poco sorprendida al oír esto. Me confesó que las universidades no eran una ONG, y que algunas veces se veían obligadas, por necesidades económicas, a aceptar algún cliente no muy recomendable que deseaba datar algún objeto de origen poco claro. Después de que me abriera un poco más los ojos acerca de las tristes realidades de la vida, le enseñé el pergamino y le pregunté si podíamos examinarlo a través de luz ultravioleta. Se me quedó mirando, entre apenado y jocoso, y me dijo:

—Ven conmigo, pero guarda primero el pergamino.

Lo dejamos encerrado en un armario de su despacho, y después tuve que correr para seguirle por los pasillos. Pensé que me conducía a algún otro laboratorio, así que mi sorpresa fue mayúscula cuando entramos en la cafetería, que estaba abarrotada de gente. Se dirigió a la barra, entró por detrás y se acercó a la camarera, a la que llamó por su nombre.

—Silvia, ¿te molesta que me lleve esto un momento? Te lo devuelvo en diez minutos.

Mientras hablaba, desenchufó una lámpara de luz ultravioleta, que tenía junto a la caja para detectar billetes falsos.

No abrí la boca en el camino de vuelta. Llegamos al despacho, sacamos el pergamino de la carpeta, enchufó la lámpara y apagó los fluorescentes que alumbraban la habitación. Entonces colocó el pergamino bajo la luz ultravioleta y miré con ansiedad. ¡Allí no había nada! Debí de poner tal puchero que Agustín se echó a reír.

—¡Ay, princesa, cuánto tienes que aprender aún para ser espía! ¡Esto lo podías haber hecho en la cafetería de la esquina! La luz ultravioleta se emplea para tintas modernas. —Con las lágrimas escociéndome en el borde de los ojos, no estaba para bromas. ¡Se esfumaba en el aire mi única pista!—. Tranquila, que te va a dar un ataque —me dijo con suavidad—. Ven, voy a sacar un conejo de la chistera.

Salimos del despacho hacia uno de los laboratorios. Cogió de un armario una botella de cristal de cuello ancho, de un bonito color ámbar oscuro, llena de un extraño líquido, y fue hasta lo que él llamó «campana de trabajo». Tomó el pergamino con cuidado y lo sujetó al fondo de esta. A continuación, echó un poco del líquido misterioso de la botella en un matraz, y su olor me descubrió que no era tan misterioso: se trataba de amoníaco. Lo mezcló con agua destilada de un bote de plástico. Dentro de la campana puso a calentar el matraz con la disolución de amoníaco y cerró la puerta de cristal.

—Vamos, tenemos tiempo de llevarle de nuevo a Silvia la lamparita.

Fuimos hasta la cafetería, donde devolvimos el dichoso chisme, y cuando regresamos al laboratorio fui disparada hacia la campana.

—¡Esta vez sí! —grité.

Como por arte de magia, iban brotando, de abajo arriba, líneas y más líneas de escritura hebrea, con un color azul intenso y brillante. Miré fascinada cómo iban surgiendo de la nada las palabras. Me distrajo Agustín diciendo que le encantaba acertar a la primera.

—La tinta está hecha a base de sulfato de cobre —afirmó—. Muy ingenioso para la época. Los vapores de amoníaco lo han revelado.

Después, sin perder tiempo, cogió una cámara digital, esperó a que terminaran de salir todas las líneas y sacó unas cuantas fotos. Las pasó al ordenador y pude verlas en su pantalla, una por una. Tenían muy buena resolución.

—¿Se lee bien? —preguntó.

—Perfectamente —contesté—. Ahora hace falta traducir lo que pone —dije entusiasmada. Movié las fotos de su ordenador a una memoria USB, que me entregó.

—Toma, son los originales. No me quedo ninguna copia, como me has pedido. —Sacó con cuidado el pergamino de la campana y me lo devolvió.

Me despedí de él recordándole que emitiera la factura del trabajo a mi nombre y que, por favor, me avisara cuando tuviera algún resultado.

Llegué a Soria ya de noche. Estaba tan cansada que me fui a la cama directamente, sin

cenar. Soñé con estrellas que se desplomaban sobre la tierra, convertidas en brillantes letras azules.

A la mañana siguiente, llegué al despacho con la memoria USB colgando del llavero. Al entrar me encontré a Asun y a Álvaro, que charlaban entre ellos, con un vaso de plástico en las manos lleno de café. Le dije a Asun que teníamos a otro más en el equipo, y le pregunté a Álvaro si ya estaba resuelto el asunto con el banco. Me respondió que sí, que habían sido muy comprensivos e incluso le perdonaban los quince días de preaviso.

—¡Hasta en los bancos tienen su corazoncito! —dije entonces muy contenta.

—Pero no me dado tiempo a investigar nada, tesoro —me confió con cara de niño bueno—. Espero que no me despidas por eso. —Estrechándome por la cintura me acercó a él para darme un beso.

Asun interrumpió nuestros arrumacos contando que el jefe le había dicho que, como trabajaba conmigo, debía estar más cerca, así que se trasladó a una sala contigua a mi despacho, que se utilizaba como archivo. Era pequeña y mal ventilada, con una única ventana que daba al patio de luces, por lo que afirmó de forma cómica:

—Ya estoy haciendo el primer sacrificio por la causa: me han trasladado al cuarto de las arañas. —Los tres nos echamos a reír.

Después me preguntaron si había descubierto algo en el pergamino, y respondí que sí mostrando en el aire la memoria USB. Quise introducirla en mi ordenador, pero Álvaro me lo impidió diciendo que no la enchufara ahí porque estaba conectado a la red informática del edificio.

—Es bastante más seguro que lo miremos en un ordenador aislado. Debemos tener cuidado, no vaya a ser que nos estén controlando —afirmó.

Le dije que no estábamos en una película de espías, pero contrató diciendo que un buen experto informático podía superar la seguridad de cualquier red, que en cualquier banco invertían mucho dinero en protegerse contra los *hackers*. Estaba claro que no estábamos solos en esto. Los ladrones no podían ser tan tontos como habían demostrado hasta entonces. Ya que me exigieron rigurosa discreción, pensé que era muy razonable mantener las más elementales medidas de seguridad y acepté los consejos de mi novio.

Decidimos ir de compras. Necesitábamos diccionarios, mapas grandes, ordenadores portátiles y un buen programa de traducción. Al salir me pasé por el despacho del jefe para solicitar que despejaran el cuarto de los ratones, esto es, el archivo, y que colocaran dos mesas con sus respectivas sillas para mis dos nuevos colaboradores. No me pareció prudente instalar a Álvaro en mi propio despacho porque al resto de compañeros les parecería muy extraño. También le informé de que este trabajaría en la investigación, para que se encargase de difundir que era un colaborador externo contratado como técnico de apoyo, o lo que se le ocurriera.

Al día siguiente tuvimos la satisfacción de comprobar que se habían cumplido mis peticiones al pie de la letra, y entramos en el nuevo despacho sorteando a un técnico que instalaba el aire acondicionado. Desembalamos de sus cajas tres flamantes ordenadores portátiles, «el último grito del mercado», nos aseguró el vendedor. Delegué las cuestiones técnicas en Álvaro, porque yo no era capaz de apreciar las sutiles diferencias entre microprocesadores y me daba igual hablar de *bytes* que de baudios. Sentíamos los tres una especie de euforia al poder comprar lo que necesitábamos sin fijarnos en el precio. Además de los portátiles, llegaron impresoras de color, ratones inalámbricos y un escáner. El programa de traducción tardaría un poco más, pero prometieron que lo tendrían la semana siguiente. Sobre la mesa estaban ya dispuestos, con su brillante cubierta, varios diccionarios y manuales sobre cultura hebrea; todo lo que habíamos podido encontrar. Por último, empapelamos las paredes con los tres tipos de mapas que compramos. Como no teníamos criterios para la búsqueda, no nos habíamos puesto de acuerdo. Asun compró un mapa físico de la región, yo decidí coger uno político de España, y Álvaro, al que le gusta hacer las cosas a lo grande, decidió que lo mínimo necesario era un mapa de Europa. Con gran satisfacción, colocamos en cada mapa chinchetas de colores en los dos lugares donde encontramos las piezas: San Esteban de Gormaz, con toda seguridad, y en Riaza, probablemente.

Cuando por fin tuvimos todos los equipos informáticos operativos, introduje en mi portátil la memoria USB e imprimí en tamaño grande las fotografías del pergamino. Después nos repartimos el texto en tres partes para ir buscando en el diccionario y poder traducir las palabras. El trabajo era lento, fatigoso y pesado, ya que ninguno de los tres teníamos la menor noción del idioma. Apenas conseguíamos encontrar alguna de las palabras del texto. Desalentados, nos tomamos un descanso. Ante mi idea de contratar a un traductor profesional, Álvaro insistió en que no nos rindiéramos tan pronto, que debíamos intentarlo nosotros mismos.

Mientras esperábamos el programa informático de traducción, pasamos el tiempo empapándonos de la cultura judía. Álvaro nos sorprendió una de esas mañanas de estudio y biblioteca con un ejemplar del *Zóhar*, el *Libro del Esplendor*. Descubrimos que era un libro capital en el estudio de la Cábala, la filosofía mística judía. Había sido escrito por Mosé ben Sem Tob de León, al que también se lo conocía, en la Castilla del siglo XIII, como Moisés de Guadalajara. Se podría decir que se trataba de un estudio de la Biblia para explicar los contenidos ocultos en el texto sagrado. Definía el árbol de la vida y afirmaba que el universo se reparte en los reinos de la luz y las tinieblas, y cada uno de ellos está compuesto de diez Sefirot o esferas, enumeradas en el orden en el que el rayo de Dios desciende para crear el mundo. Pero lo que más nos llamó la atención fue precisamente el nombre y el significado de las Sefirot, que el libro enumeraba de la siguiente manera: Kéter, la corona; Jojmá, la sabiduría; Biná, la inteligencia; Jesed, la misericordia, la grandeza; Gevurá, la justicia, la fuerza; Tiféret, la belleza;

Netsaj, la victoria de la vida sobre la muerte; Hod, la eternidad del ser, el esplendor, la gloria; Yesod, el fundamento, la generación, y Maljut, el reino. No había ninguna duda, habíamos encontrado la relación. Hod y Gevurá, dos de las Sefirot, eran las inscripciones de las urnas. No podía ser una coincidencia.

Seguimos investigando cada vez más esperanzados. En otro texto cabalístico encontramos que, según las Sagradas Escrituras, Dios explicó a Moisés en el monte Sinaí cómo realizar el candelabro de siete brazos. Se debía elaborar de una única pieza, sin uniones o soldaduras. Según esta corriente cabalística, el candelabro, sus siete soportes y sus tres uniones constituían el simbolismo del mundo unido y perpetuo de las diez esferas. Los brazos de la derecha formaban el pilar de la misericordia, y los de la izquierda, el pilar de la severidad. El tronco de unión constituía el pilar del equilibrio, que representaba la voluntad de Dios, organizando la jerarquía de las Sefirot y manteniendo todo en armonía. Dicha jerarquía era la máxima expresión de la voluntad creadora de Dios, percibida como un haz de luz.

La luz que irradiaban las lámparas de la menorá simbolizaba la presencia divina y su protección constante de la humanidad, preservando la paz y la esperanza. Cuando un judío acudía al Templo de Jerusalén y veía encendidas las lámparas del candelabro de siete brazos, desde el principio de los tiempos, sabía que tenía que cumplir una misión: resaltar todo lo positivo que encontrara en su espíritu. Este era el mensaje de Dios, atraer con actos constructivos la luz a este mundo. Otra teoría afirmaba que, para los místicos, cada brazo del candelabro simbolizaba uno de los siete días de la creación, representando del origen de la vida.

Lo que habíamos encontrado hasta ahora eran dos de los brazos, simbolizados por el quinto Sefirá: Gevurá, el juicio, la justicia divina, la fortaleza o valor, y el octavo: Hod, la gloria, el esplendor, la eternidad del ser. Toda esta información me desconcertaba cada vez más, y no pude por menos que hacerme preguntas. ¿Sería realmente lo que habíamos encontrado parte del genuino candelabro de siete brazos, el que se llevaron los romanos del Templo de Jerusalén en el siglo I después de Cristo? Y otra de las cuestiones que más me intrigaban era saber qué desdichado motivo había obligado a mutilar y ocultar semejante tesoro, aun en contra de su unidad, la esencia misma de su naturaleza mística. Entonces, la idea explotó en mi mente como un fogonazo. ¡La expulsión de los judíos en 1492! ¡Claro, tuvieron que huir con lo puesto! No podían sacar oro ni joyas ni armas ni caballos. Pero ¿por qué no lo escondieron entero? ¿Qué pasó para que tuvieran que fragmentarlo? Esperaba responder a alguno de mis interrogantes avanzando en la investigación.

Por fin llegó el programa informático. Nos llevó toda una mañana cargarle el texto. Cuando acabé le di al botón de «traducir», esperanzada. El cursor empezó a parpadear en la pantalla, pero no ocurrió nada. Después de dos horas, nos fuimos a comer. Al volver, allí seguía,

hasta que, de repente, apareció un mensaje: «Imposible traducción». Nos quedamos desconsolados, ¡tanto tiempo esperando para esto! Cogí el manual de instrucciones y lo leí para ver si lo había interpretado mal, pero el programa era tan sencillo de manejar que no existía posibilidad de error. Asun estaba a punto de tirar uno de sus zapatos contra la pantalla, cuando vi en el manual una de las opciones que me había pasado inadvertida: «equivalencia alfabeto hebreo-alfabeto latino». Pensé que era nuestra última posibilidad. Con mano temblorosa le di al botón de «convertir», e instantáneamente empezaron a pasar pantallas y pantallas llenas de letras. Cuando acabó, pudimos leer asombrados el siguiente texto:

#### ROMANCE DE LAS OVEJAS PERDIDAS

*Mi rebaño apacentaba,  
llorando con amargura,  
yendo de un confín a otro  
por toda la Extremadura.*

*El viernes por ir al agua  
corrió una oveja hasta el río,  
resbaló por el sendero  
que bajaba del castillo.  
Un hombre la recogió,  
que Saturno se llamaba,  
con un gran entendimiento  
dijo que me la cuidaba.*

*A la puerta de Castilla  
el lunes hube llegado,  
y al entrar por Santa Eulalia  
los ladrones me robaron.  
Un soldado los detuvo  
demostrando un gran valor,  
una oveja le di entonces  
cuando mi bolsa él tornó.*

*Contemplé el jueves la sierra,  
su magnífico esplendor.  
Vi venir una doncella  
llena de gracia y candor.*



*A lavar ropas venía  
arrebolada en rubor.  
Una oveja di al marcharme,  
cautivo me hizo de amor.*

*Alcanzando los mil arcos  
miércoles por la mañana,  
la peste me había prendido,  
moribundo yo me hallara.*

*Me querían enterrar,  
la muerte vi cara a cara.  
Para pagar al galeno  
una oveja regalara.*

*A los pies de la muralla  
el domingo me sentara,  
en la puerta de Ventura  
a mi padre yo encontrara.  
Por su amor y su bondad  
lágrimas se me saltaran.  
Una oveja le entregué  
por que bien se alimentara.*

*El martes crucé la puerta  
de la ciudad del placer  
buscando quien me enseñara  
gramática para aprender.*

*El sabio que me ilustró,  
cuando el precio pregunté,  
una oveja demandara,  
no cambió de parecer.*

*El valle de los olivos  
el sábado yo alcancé.  
La reina con su corona  
junto al puente se hizo ver  
en los cimientos de un templo  
que venía ella a poner.*

*Contemplando su belleza  
alguaciles me encontré,  
una oveja me pidieron,  
como impuesto yo pagué.*

—¿Qué es esto? —preguntó Álvaro.

—Pues ya lo ves, un romance —le contestó Asun.

Imprimí tres copias y entregué una a cada uno. Lo leímos en silencio. Cuando acabamos, les dije:

—¡Qué ingeniosos! El romance estaba escrito en castellano, pero lo ocultaron codificándolo con el alfabeto hebreo. ¡Qué simple y astuto a la vez!

Lo estudiamos detenidamente, y cada uno de nosotros fue señalando con un rotulador las palabras que arrojaban alguna pista. Fue como hacer un ejercicio en el colegio. Una vez acabamos, pudimos comprobar que los tres habíamos obtenido lo mismo. A la luz de esto, estaba claro que en el romance se daban las pautas para encontrar cada uno de los fragmentos.

Analizamos la estrofa referente a Gevurá, la justicia, fortaleza o valor. Nos pareció obvio que la palabra clave era el valor que mostró el soldado al enfrentarse él solito a los ladrones. La puerta de Castilla no podía ser otra que San Esteban de Gormaz. Me acordé entonces del día del hallazgo y saqué de mi cartera la servilleta arrugada en la que Luis me escribió su correo electrónico. Allí estaba el nombre de la cafetería: La puerta de Castilla, junto con el dibujo de una puerta medieval. Buscamos en un libro la historia de San Esteban de Gormaz, y la respuesta casi vino sola. En la época de la reconquista, el Duero era la frontera natural entre los reinos cristianos y los musulmanes. Los escasos puentes que existían para cruzarlo se convirtieron en lugares estratégicos que debían controlar. San Esteban de Gormaz era uno de ellos. Se había ganado por derecho propio el sobrenombre de puerta de Castilla, pues era uno de los puntos por donde se entraba al reino. Tampoco fue difícil suponer que Santa Olalla era la corrupción fonética de Santa Eulalia, que en griego significa 'la que bien habla'. La referencia dirigía claramente a la iglesia donde estaban enterradas varias generaciones de caballeros sanestebeños. Era como resolver un crucigrama cuando a la vuelta de la página tienes la solución. Con la estrofa de la doncella tampoco hubo dudas. La sierra y el lavar las ropas nos condujeron sin problemas al lavadero de Riaza. Las ovejas perdidas eran los trozos del candelabro ocultos. Y hasta ahí llegamos. Analizar el resto del romance entrañó más dificultades. Asun me dio una buena idea cuando me dijo que el romance, de una sencillez casi ingenua, le recordaba a las canciones que le cantaba su abuela, y comenzó a entonar esto con timbre bien templado:

*Ya se van los pastores a la Extremadura,  
ya se van los pastores a la Extremadura,*

*ya se queda la sierra triste y oscura.*

Recordé que los ganaderos de la Mesta, una poderosa asociación de pastores, practicaban la trashumancia y recorrían con sus ovejas la península ibérica, siguiendo unos caminos tradicionales denominados cañadas. Las principales rutas, precursoras de las carreteras y protegidas por los reyes, recibían el nombre de cañadas reales. Buscamos por Internet y encontramos una abundante cantidad de páginas que ofrecían información. Dedujimos que la ruta que más se acercaba a lo que buscábamos era la Cañada Soriana Occidental. Parecía encajar. Los ganaderos trashumantes conducían sus ganados desde un extremo a otro del Duero, desde Soria hasta lo que en la actualidad se denomina Extremadura. Si aceptábamos esto, quedaba correctamente explicada la primera estrofa del romance: «Yendo de un confín a otro por toda la Extremadura». Esto limitaba bastante nuestros criterios de búsqueda. En el mapa de España localizamos, para luego señalarlos con chinchetas de otro color, los hitos de esta ruta tradicional ganadera. Además, vi otra señal que parecía afirmar que íbamos por el buen camino. Gran parte de la Cañada Real Soriana Occidental coincidía con el trazado de la carretera nacional 110. Forjé una teoría en voz alta.

—Parece claro que con el decreto de expulsión sobre sus cabezas, y sin poder llevarse el candelabro, decidieron fragmentarlo y después esconderlo. No sé por qué lo partieron, pero, al parecer, usaron esta ruta ganadera para dispersar los trozos con rapidez. A nadie podía extrañar ver a los pastores moverse con bultos en sus alforjas. Quien lo hizo debía de tener muy buenos contactos en la Mesta.

—O controlarla directamente —dijo entonces Álvaro—. Acuérdate de Abraham Seneor. El romance apareció en su casa. No sería extraño que él u otro poderoso comerciante judío tuvieran intereses comerciales en el concejo de la Mesta.

Esto podría explicar de un modo razonable cómo lo hicieron, pero seguíamos sin saber el porqué. Volvimos al romance. Descifrar algunas estrofas resultó más fácil que otras. Los mil arcos fueron identificados con rapidez como el acueducto de Segovia. Esta ciudad estaba en la ruta. Lo dimos por válido. Con la muralla discutimos más. Yo me incliné por Ciudad Rodrigo, pero tanto Asun como Álvaro coincidieron en que no podía ser más que Ávila, que estaba mucho más cerca. Tuve que abandonar mi teoría y aceptar la suya cuando en el plano de la ciudad Asun encontró la puerta de la Malaventura. Era más que probable. Nos faltaban el castillo de Saturno, la ciudad del placer y el valle de los olivos. Estábamos tan agotados en ese momento que nos fuimos para casa, con la intención de proseguir al día siguiente.

Tras una noche de sueño reparador, y absolutamente centrados en lo que buscábamos, no resultó difícil deducir que con «la ciudad del placer» se referían a Plasencia. Este era el nombre que le había asignado su fundador, el rey Alfonso VIII, «para que plazca a Dios y a los hombres»,

en el lejano siglo XII, aunque el asentamiento en sí era mucho más antiguo, con vestigios romanos y vetones. Además, había albergado una importante judería.

El asunto del castillo de Saturno fue más cómico. Nos llevó un buen rato encontrar lo que teníamos debajo de las narices. Una vez más, fue Asun quien dio en el clavo. Desprezándose sobre su mesa insistió en cumplir su sagrado ritual: el café de media mañana. Yo no me explicaba ya el motivo de su puntualidad británica porque, a esas alturas de la película, a Luis lo podía ver a cualquier hora de la tarde. Pero, como las manías de cada uno son muy particulares, nos levantamos obedientes y bajamos a la cafetería. Allí se encontró con dos conocidas que trataban de convencerla para que saliera a caminar un día con ellas.

—¿Adónde vais? —preguntó—. ¿Hasta Valonsadero?

—No, mujer, eso está muy lejos. Con el frío que hace... Vamos del castillo a San Saturio.

San Saturio, eremita visigodo del siglo VI, era el santo patrón de la ciudad, y pasear hasta su ermita era una agradable tradición soriana.

—Del castillo a San Saturio —repitió Asun—. Del castillo a San Saturio —volvió a decir como en trance—. ¡Ya está! —gritó con voz de triunfo—. Saturno es Saturio, se refiere a Soria.

Faltó poco para que quemara con el café, que estaba ardiendo, porque nos lo tomamos precipitadamente y subimos de nuevo a poner otra chincheta en el mapa. Contamos con entusiasmo que ya había situadas seis. Solo nos faltaba una.

Estudiamos la estrofa que faltaba, la del valle de los olivos, y tras arduas discusiones concluimos que se refería a la capital castellana, Valladolid. Sin embargo, yo no estaba tan segura. Les expliqué que en las tertulias de café existía una gran controversia. Muchos apoyaban que el nombre de la ciudad venía del valle del moro Olid. Además, estaba muy distante de la nacional 110.

—Me da igual —zanjó Asun, tan práctica como siempre—. A lo mejor el que escribió el romance no conocía tu teoría del moro Olid. ¿Tienes alguna otra ciudad candidata a la chincheta olímpica? —dijo con recochineo.

Tuve que reconocer que no, así que sobre Valladolid colocamos la última chincheta, de brillante color rojo.

—Tenemos cinco ciudades y cinco piezas —dijo Álvaro mirando el mapa con los ojos brillantes—. ¡Vamos a por ellas!

## Capítulo 7

Valladolid, Enero de 1492

Samuel ben Leví contempló el hallazgo asombrado, preguntándose si en verdad estaría en presencia del verdadero candelabro del Templo. Se introdujo en la caja, admirándose de la bella factura de los brazos, y entonces sus pies tropezaron con un pequeño cofre. Lo abrió y encontró un pergamino, que trató de descifrar. En lengua latina contaba la historia de un guerrero visigodo que había sacado el candelabro de Roma y lo había llevado hasta Hispania. Conocía Samuel, por las leyendas hebreas, que Roma fue el último destino conocido del preciado objeto. Fascinado, siguió mirando el contenido del cofrecillo y encontró antiguas monedas judías, romanas, visigodas y un real de oro castellano. Al parecer, todo el que entraba en contacto con la sagrada reliquia dejaba de este modo su testimonio. No pudo resistirse Ben Leví, exultante de felicidad ante su hallazgo, y rebuscando en su faltriquera encontró un maravedí castellano de oro, con el escudo de la reina Isabel. Lo añadió al cofre y lo cerró. Cuando hubo acabado pensó en llevar directamente el tesoro a la sinagoga, pues este era el lugar que le correspondía como símbolo del Templo, pero entonces se dio cuenta de que a esa hora no podría cruzar las cerradas puertas de la judería. Con sentido práctico, decidió entonces llevarse el candelabro a uno de los almacenes de lana que poseía en la ciudad, a nombre de un testafarro. Allí lo guardaría hasta poder conducirlo con toda pompa y ceremonia a la sinagoga, donde todos sus hermanos pudieran verlo.

Le pidió el carro prestado a la viuda, que se lo confió sin hacer preguntas. Tras un gran esfuerzo, consiguió cargar la caja él solo y llevársela de allí. Condujo el carro con precaución en mitad de la oscuridad. Hacía tanto frío que pocos valientes osarían aventurarse fuera en una noche como aquella. Solo se cruzó con dos almas, que se escabulleron inquietas, ocupadas sin duda en sus propios asuntos.

Llegó al almacén, cercano al puente Mayor, llamó al guardia que permanecía dentro y le ordenó que abriera la puerta. Se asomó este, medio adormilado, para ver quién se atrevía a molestarle a aquellas horas, pero al reconocer al físico abrió las puertas y dejó que entrara el carro. Una vez allí, lo ayudó a descargar la caja. Le confió Ben Leví que llevaba una sorpresa para la comunidad, que quería guardarla a buen recaudo y que no dijera nada. Le contestó el guardián que aquel que no guardaba el debido sigilo con las cosas de sus amos pronto se encontraba sin trabajo o, en el peor de los casos, flotando en el río.

El médico salió entusiasmado del almacén. Tenía tantos deseos de compartir con alguien lo que había encontrado que pensó en visitar al rabí Josué en ese mismo momento. ¡Seguro que lo ayudaría a preparar una gran fiesta! El objeto sagrado devolvería el ánimo y la esperanza a la

olvidada aljama de Valladolid. Se encontraba tan eufórico que decidió no esperar a la mañana siguiente, sino arriesgarse a utilizar la entrada secreta a la judería. Próximo como estaba al puente, una vez que llegó a la ermita de San Roque se deslizó por la ladera hasta dar con la galería oculta. Como no llevaba ninguna luz encima, tuvo que recorrer el túnel a palpas, guiándose con la mano pegada a la pared. Llegaba ya al tramo final y empezó a oír unas voces que discutían airadas. Se detuvo sorprendido. Dentro de la oscuridad en la que se encontraba podía entender perfectamente lo que se estaba hablando en la sala de arriba. Se sobrepuso a su sobresalto y se tranquilizó pensando que aquello era un fenómeno físico, no cosa de brujería. Se debía de tratar, a todas luces, de un curioso efecto de sonido. Escuchó la voz desconocida de un rabí que decía provenir de Toledo y que narraba el desgraciado final que habían tenido dos judíos llamados Jucé Franco y Mosé Abenamías en un linchamiento disfrazado: el juicio del niño de la Guardia.

—El proceso ha sido mero trámite; estaban condenados de antemano por la Inquisición. Este caso ha exacerbado aún más el odio del populacho cristiano, que nos acusa de hacer conjuros y pactar con el diablo —terminó preocupado.

Alguien contó a continuación que en las juderías andaluzas, en especial la de Sevilla, ya estaban hartos de los abusos de los cristianos, que no podrían perdonar nunca las matanzas de 1391 y que querían tomar venganza.

—Nos han expulsado de la tierra que nos vio nacer —dijo con profundo rencor—. Han profanado el lugar donde vivimos, nuestras casas. Han quemado en la hoguera a muchos de los nuestros, y nos ofenden con el nuevo nombre de barrio de la Santa Cruz. Algunos hermanos siguen allí practicando en secreto; otros hemos sido obligados a refugiarnos en Granada. Si la usurpadora de Castilla consigue conquistarla, volveremos a vagar por los caminos.

Otro desconocido tomó la palabra en nombre de las aljamas de Aragón y explicó que, desde el desdichado desenlace de la disputa de Tortosa, cada año había más defecciones en sus filas. También allí eran muy perseguidos, tomando como excusa la muerte del inquisidor Pedro de Arbués. Los hermanos aragoneses se estaban convirtiendo al cristianismo en masa, unos atraídos por ventajas y puestos en la corte y otros asustados por la vida cada vez más dura que les estaban obligando a llevar.

—Incluso nuestros dirigentes reniegan de la fe de sus padres —explicó con tristeza.

Acabó sus palabras el desconocido con un poema de un tal Salomón Bonafé, poeta de Zaragoza.

*Mas mi corazón no ha cambiado con los hermosos  
ropajes ni los cambios de nombre de sus caudillos.  
¡Ay del rebaño que ha sido abandonado por su pastor  
y al que el oso y el lobo le devoran sus guías!*

Después tronó una cuarta voz, que reconoció Ben Leví con un escalofrío: la de su tío Isaac. Le oyó contar las actuaciones que se le habían encomendado en nombre de la Hermandad del Tercer Templo. Explicó que los sobornos que habían hecho llegar a los detractores de la reina Católica, los vencidos partidarios de la Beltraneja, estaban cumpliendo su cometido. Conseguirían inflamar de nuevo a Castilla en una guerra civil, aprovechando la ausencia de la reina en Granada.

Enseguida otro participante expuso que las aljamas de Burgos y Vitoria estaban avisadas y alerta, y que contaban con numerosos adeptos bien armados. Cuando este último personaje hubo acabado de hablar, Ben Leví reconoció de nuevo la voz de su tío, que comenzó a exclamar con tono envenenado.

—¡Como hermano mayor de esta gloriosa hermandad, he ejecutado, con la debida obediencia, los deberes que se me ordenaron! ¡Sin embargo, levanto mi voz ante esta asamblea para discrepar de la blanda política que hemos seguido hasta ahora! ¡No conseguiremos nada nuevo desestabilizando este miserable reino! Hay que ir más allá y no permitir que sigan gobernando los infames cristianos. No hay más que ver a qué lamentable situación nos han reducido. Nos han apartado, nos obligan a vivir hacinados entre miseria y peste, nos acusan de todos los males posibles, como envenenar pozos o asesinar niños en macabros rituales. ¡Nos piden prestado y luego nos escupen a la cara!

»Y yo me pregunto: ¿dónde están los que nos representan? —soflamó con tono de desprecio—. ¿Dónde están quienes se han erigido como nuestros superiores? ¿Está el rico Seneor, rabí mayor de Castilla, sufriendo como nosotros? Y el hipócrita Abravanel, que se dice justo, ¿está evitando que se ajusticie a los nuestros?

Samuel ben Leví contuvo el aliento. El corazón le latía de tal modo que tuvo miedo de que el ruido de su pecho pudiera delatarlo.

—¡No! —continuó Benveniste a voz en grito—. ¡Yo os diré dónde están!: como perros falderos alrededor de los que se proclaman Reyes Católicos, lamiéndoles las manos, prestándoles los mismos dineros que se utilizan para quemar a nuestros hermanos en la hoguera. ¡No podemos soportarlo más! —gritó—. ¡Hemos de decir basta! Hemos de levantarnos contra estos reyes, que ya no quieren protegernos, y destruir a la Inquisición.

»¡Lograremos edificar aquí, en Sefarad, el verdadero Tercer Templo! ¡Y os diré qué haremos!: enfrentar a unos reyes contra otros. Portugal contra Castilla, Navarra contra Aragón.

Comprar embajadores o suprimirlos para suplantarlos, como hemos hecho hasta ahora, está bien. Lograr que esta tierra se desgarre enfrentando de nuevo a los cristianos es acertado, pero no basta. Tenemos dinero y poder suficiente para controlar a muchos señores de la guerra. Nos levantaremos en armas contra los reyes de Castilla y Aragón. Ahora es el momento, cuando están entretenidos, como el gato con el ratón, con la conquista de Granada. ¡Levantaremos una nueva Jerusalén! ¡Se alzarán otra vez el Tercer Templo, y esta tierra, Sefarad, temblará bajo nuestro poder!

Una estruendosa ovación siguió a estas palabras. Ben Leví las escuchaba mientras se le helaba la sangre. ¡Su tío estaba planeando una insurrección contra los Reyes Católicos! Los escuchó durante un buen rato discutir los pormenores de la conspiración, congelado hasta los huesos y con el alma encogida de miedo. Esperó a que se extinguieran todas las voces y, al cabo de un tiempo que le pareció eterno, se atrevió a salir de su escondite. Arrastrando los pies entumecidos, subió las escaleras hasta la puerta de la sinagoga. Comprobó sigilosamente que no hubiera nadie a la vista, salió y anduvo lo más rápido que pudo hasta su casa.

La alegría que lo embargaba unas horas antes se había evaporado. En su lugar sentía una gran inquietud que causaba que su corazón latiera con fuertes palpitations. Su cuerpo le pedía calor y sosiego. Se metió en la cama, tratando inútilmente de buscar descanso. Las palabras que había escuchado se repetían en su cabeza, impidiéndole conciliar el sueño. Las negras nubes de la catástrofe se cernían sobre ellos. Aquello no podía acabar más que en desastre. ¡Su tío estaba loco! Podía entender que la desesperación de sus hermanos quisiera llevarles a rechazar las injusticias, pero ¡de ahí a levantarse en armas! Dio vueltas y más vueltas, con los ojos hinchados y enrojecidos. No podía apartar de su pensamiento la gravedad de lo escuchado. Y otra idea, aún más terrible, lo martilleó: ¿qué pasaría si el candelabro sagrado caía en sus manos? Comprendió entonces que los conspiradores podrían sentirse legitimados con aquel poderoso símbolo e interpretar que el Único, aquel que no debe ser nombrado, deseaba la insurrección, el establecimiento de la nueva Jerusalén permitiendo que apareciera, precisamente en ese momento, uno de los objetos del Templo. Sería el signo definitivo que disiparía las dudas de los indecisos.

Luchó contra sus demonios Ben Leví. Pensó en su propio anhelo de ver reconstruido el Templo, pero con la cabeza entre los brazos se dio cuenta de que no se podía proceder así. No por la fuerza, no con luchas, muertes y derramamiento de sangre. No podía ser que Él lo quisiera de esa forma. Tendría que luchar con todas sus fuerzas para que no se produjera aquel trágico e inútil levantamiento. Obsesionados con su odio, los conspiradores no se percataban de que eran una minoría. Serían exterminados como alimañas y arrastrarían con ellos al resto del pueblo judío, que solo deseaba vivir en paz. Concluyó sus tristes divagaciones con una firme convicción: no podía permitir que los insurrectos obtuviesen el candelabro. Debía volver a ocultarlo y no dar noticia a nadie. Una vez tomada esta decisión, se tranquilizó un poco y pudo cerrar los ojos,



cercano ya el amanecer.

Tres horas más tarde, Ben Leví fue despertado bruscamente por los golpes que dio en su puerta una temerosa criada, que le indicó que su pariente Benveniste llegaba de visita. Se levantó Samuel ben Leví sacudiéndose las telarañas del sueño. En cuanto se hubo vestido, bajó deprisa las escaleras, con el rostro fatigado y marcas de ojeras, rogando por que su tío no hubiera entrado en su estudio. Se confirmaron, sin embargo, sus temores. Lo encontró frente a su mesa, con la Biblia visigoda abierta y el papel con el mensaje entre las manos.

—¡Querido sobrino! —escuchó que le decía con un extraño tono—. Por lo que veo, no soy el único que tiene secretos.

—¿Qué estás haciendo aquí?! —gritó el físico muy enfadado al verle husmear en sus papeles.

—Eso mismo podría preguntarte yo. Te vieron salir ayer de madrugada de la sinagoga. Nos escuchaste, ¿verdad? —sin esperar la respuesta, Isaac Benveniste siguió hablando—. He venido a prevenirte. Otros más importantes que tú han muerto por tener oídos indiscretos y repetir lo que no deben. Como cometas el más mínimo desliz firmarás tu sentencia de muerte —lo miró de arriba abajo con desdén y continuó amenazándolo mientras estrujaba el papel con la mano—. ¡Estás advertido! ¡Y ahora dime qué es esta historia del candelabro!

—¡No tengo por qué darte ninguna explicación! —explotó Ben Leví con amargo disgusto—. ¡Fuera de mi casa ahora mismo!

—¿Así es como cumples el sagrado deber de la hospitalidad? —le respondió con una sonrisa burlona—. Está bien, no te molestes en acompañarme a la puerta, ya me marchó. —Salió de la estancia llevándose en la mano el papel arrugado.

Estupefacto por la desfachatez de su tío, apretó los puños con rabia y salió corriendo detrás de él para arrebatarse el mensaje que le había robado ante sus ojos. Ya en la calle, miró a un lado y al otro y alcanzó a ver cómo su tío doblaba la esquina. Al perseguirlo, giró hacia la callejuela por la que escapaba y chocó de frente con el rabí Josué, con tal ímpetu que lo tiró al suelo.

—Lo siento mucho, rabí Josué —se disculpó mientras lo ayudaba a levantarse.

—La paz sea contigo, Samuel. ¡Qué fortuna haberte encontrado! Precisamente iba a verte a tu casa para invitarte a compartir la comida con nosotros. Aún no te he agradecido lo suficiente lo que hiciste por mi nieta —dijo el anciano con entusiasmo.

—Contigo sea la paz, rabí Josué —le contestó el médico con impaciencia—. Discúlpame de nuevo, pero tengo mucha prisa, debo alcanzar a mi tío con urgencia —dejó al sorprendido anciano con la palabra en la boca y continuó corriendo.

Se quedó pensativo el rabino. Se había fijado en los enfurecidos ojos del físico y lo interpretó como un mal presagio. Se dirigió presuroso hacia su casa y mandó llamar a su criado

Elías.

Mientras tanto, Samuel ben Leví buscó en vano a su pariente. Había desaparecido. Se paró indeciso, dudando entre encaminarse hacia el almacén para ocultar mejor el candelabro o hacia la casa de la Cal de Judíos. Al final, se decidió por esto último para poner sobre aviso a la viuda y su hija. Salió de la judería pensando por el camino hasta dónde podría llegar la temeridad de su tío y si sería conveniente alojarlas en otro sitio.

Llegó sin aliento al barrio de Cantarranas. Entró a la casa sin llamar por la puerta principal, que encontró abierta, algo que aumentó su temor. No había acabado de atravesar el umbral cuando oyó un grito desgarrador. Se precipitó hacia la sala y descubrió que su tío acababa de asestar una puñalada en el estómago a la viuda de Gómez. La mujer cayó al suelo con los ojos aún abiertos por la sorpresa ante el inesperado ataque. Trataba de contener la sangre con las manos, gimiendo de dolor. Enfurecido, Samuel ben Leví corrió hacia la viuda con el fin de socorrerla, pero fue detenido por su tío, que empuñando de nuevo el ensangrentado puñal lo blandió cerca de su garganta, frenándolo en seco.

—La vieja me ha dicho que ayer mismo sacaste un gran cajón de esta casa —le escupió Benveniste en la cara poniendo el cuchillo contra la yugular del físico—. ¡Dime dónde has escondido el candelabro si no quieres morir aquí mismo!

—Si esta mujer te ha dicho ya lo que sabía, ¿por qué matarla? —preguntó Ben Leví mirando directamente a los ojos de su agresor.

—No creerás que voy a dejar testigos, ¿verdad? Además, ¿qué te importa a ti una sucia cristiana? ¡Ah!, ya sé, lo que te preocupa es que te quiten esta casa porque ya una vez estuviste a punto de perderla —dijo con rencor. Y volviendo de su distracción le volvió a gritar—. ¡Ya basta de cháchara! ¡Dime dónde lo has escondido!

—¡Eres un asesino! —le contestó el médico a pesar de estar aterrado—. ¡No vas a conseguir nada de mí!

En ese momento, un ruido de porcelana al romperse les hizo girar la cabeza a la vez. En el umbral de la puerta, la hija de la viuda había dejado caer al suelo un jarrón que llevaba entre las manos y les contemplaba inmóvil, conmocionada al ver a su madre desangrándose en el suelo. Por suerte para ella, en pocos segundos salió de su estupor y corrió gritando hacia la calle.

—¡A mí la justicia! ¡Han matado a mi madre! ¡Auxilio! ¡Al asesino!

Con un rugido de rabia se abalanzó Benveniste a la salida, no sin antes amenazar de muerte a su sobrino.

—¡No habrá lugar sobre la tierra donde puedas esconderlo! ¡Lo encontraré y nadie dudará entonces de que soy el elegido! Y tú, querido sobrino —le dijo con la cara contraída en una mueca de odio—, ¡guárdate del veneno y de la espada, porque tus días están contados!

Tragando saliva se inclinó el médico para auxiliar a doña Aldonza. El puñal de su tío

rozándole la garganta le hizo perder unos minutos preciosos para detener la hemorragia de la viuda. Intentó como pudo restañar la herida. Hasta puso el hierro de la lumbrera a calentar en la chimenea para intentar cauterizarla, pero fue inútil. La puñalada le atravesó órganos vitales y ya había perdido demasiada sangre.

Cuando volvió la joven acompañada de dos alguaciles, lo encontraron sosteniendo entre sus brazos la cabeza de la mujer, que agonizaba. Llegaron a escuchar cómo doña Aldonza le pedía, de forma entrecortada, que cuidara de su hija. Vio que el médico asentía y expiró con un último estertor.

Quisieron prenderle creyéndole el asesino, pero el testimonio de la hija lo libró de las sospechas al afirmar que ella había visto a otro hombre con un puñal, que se había dado a la fuga.

Acompañado por los alguaciles, Ben Leví condujo a la joven a casa de unos parientes lejanos; un matrimonio de mediana edad. Les explicaron como pudieron que la madre había muerto asesinada y que su hija corría peligro porque había visto la cara del asesino. Aseguraron los parientes que ellos darían asilo a Blanca. Supo así su nombre el físico por primera vez. Les dijo que la madre, al morir, le encomendó su cuidado. Por motivos obvios, pues él era judío, no podía hacerse cargo directamente de la tutela de una joven cristiana, pero estaba dispuesto a sufragar todos los gastos. Les aseguró a los sorprendidos parientes que recibirían una sustanciosa asignación mensual y que la visitaría con frecuencia para asegurarse de que estaba a gusto y bien atendida. Los alguaciles que lo acompañaban sirvieron de testigos. Después la dejó en brazos de la mujer, que la estrechó con cariño y la sostuvo mientras la muchacha lloraba con amargura.

Regresó a la judería con los ojos empañados por la tristeza. ¡Había llegado tarde! La viuda era una víctima inocente de la locura de su tío. Fue dando vueltas a la idea de cómo esconder mejor el candelabro. Pensó que lo mejor sería no hacer ningún movimiento. Ese desalmado —le costaba creer que fueran de la misma sangre— no tenía modo de saber dónde estaba escondido. Pero al llegar a su casa se dio cuenta de que lo había subestimado. Al entrar se encontró con todo revuelto y el mobiliario destrozado a hachazos. Un olor acre, de humo, le hizo olfatear preocupado. ¡También habían prendido fuego! Salió corriendo para buscar ayuda y poder apagar las llamas antes de que el incendio se acrecentara. Pidió auxilio a los curiosos y vecinos y se aprestaron a ayudarlo rápidamente, conocedores de que cualquier fuego podía tener funestas consecuencias para las casas próximas, con el riesgo de que llegara a arder la judería entera.

Le envió un recado a su secretario para que hicieran guardia en el hospital, no fuera que se le ocurriese atacar también allí, con enfermos que no podían defenderse.

Organizando una cadena de voluntarios que transportaban cubos de agua, lo avisaron de que también se estaba quemando el almacén del puente Mayor. ¡El malnacido de su tío no había perdido el tiempo! Cuando llegó corriendo allí, ardía ya por los cuatro costados. Entró sin dudar un instante; era un infierno en llamas. La lana almacenada se quemaba exhalando grandes

nubes de humo negro de un olor desagradable. Sofocado por el intenso calor, voló hacia la plataforma elevada donde había mandado subir la caja. Ordenó que la colocaran allí para que no se dañara durante las entradas y salidas de los carros. Esto consiguió que estuviera protegida durante el inicio del fuego, pero la plataforma no resistiría mucho más. Subió por unas escaleras de madera, cuyos peldaños inferiores comenzaban a arder, y llegó junto a la caja, oculta a la vista por unas lonas. Al intentar abrirla, sintió bajo los pies los siniestros crujidos del suelo, que anunciaban el inminente colapso de la estructura. Cuando lo logró, arrastró fuera el candelabro. Quiso moverlo hacia la escalera, pero comprobó con terror que ya la consumían las llamas. Miró hacia abajo y vio un mar de fuego preparado para abrasarlo. Corrió entonces hacia un ventanuco cerrado. Era su única salida; apenas podía ya respirar. Lo abrió, y tuvo que retroceder temeroso al advertir que había avivado una lengua de fuego. Como no fue lo bastante rápido, lo alcanzó la llamarada y le quemó en el pecho. Echó un vistazo a través del ventanuco y comprobó que daba a un pequeño patio trasero, a unas nueve varas de altura. Gimiendo de dolor arrastró el candelabro hasta allí y lo arrojó por el hueco. Tuvo que emplear todas sus fuerzas, empujando con el torso en carne viva, pero al final lo consiguió. Luego, sin pensar, notando que el suelo cedía bajo sus pies, cogió el cofrecillo y saltó al vacío a través del ventanuco. Al chocar contra el suelo sintió un dolor tan fuerte que perdió el conocimiento.

Cuando recobró la conciencia se encontró tendido en una cama que no reconoció. Le dolía sobremanera una pierna, que no podía mover, y el pecho le oprimía al respirar. Logró pedir ayuda, y entonces entró un hombre al que reconoció como el médico que tenía contratado. Este le tranquilizó diciendo que estaba a salvo en su propio hospital, aunque tenía graves quemaduras y una pierna fracturada, pero que se pondría bien. Se pasó Ben Leví la mano por la barbilla y comprobó que su larga barba había desaparecido, consumida en el incendio. Sin embargo, notó varios corros de pelos ásperos.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente? —quiso saber.

El médico le confirmó que habían transcurrido cinco días desde el accidente, y que aún tardaría en recuperarse otros tantos. Se agitó mucho Ben Leví al saber que había perdido tanto tiempo, angustiado por la suerte que habría podido correr el candelabro. Impotente en la cama, no se atrevió a preguntar y temió lo peor: que su tío hubiese conseguido finalmente el objeto sagrado. Estaba perdido en estos sombríos pensamientos cuando entró en la habitación el rabí Josué, al que el físico había avisado de que su patrón estaba despierto.

—¡Samuel, has vuelto en ti! ¡El cielo sea loado!

—¡Rabí Josué! —dijo con nerviosismo—. ¡Tengo que salir de aquí cuanto antes, pero esta maldita pierna no me permite moverme!

—Tranquilo, muchacho —le dijo el anciano—. Tu secreto está a salvo.

Lo miró con asombro Ben Leví, y entonces el rabí le confesó que el día del encontronazo

se quedó tan preocupado que ordenó a su sirviente Elías que lo siguiera.

—Fue detrás de todos tus pasos. Mezclado entre los curiosos, se enteró del asesinato de la viuda que vivía de alquiler en tu casa, y de que tú mismo condujiste a la hija a casa de sus parientes. Me mandó recado y después te siguió hasta la judería. Los dos te vimos salir corriendo hacia el almacén, dejando que se quemara tu casa. Algo muy grave estaba pasando. Corrimos detrás de ti y observamos que entrabas en aquel horno en llamas. Tuviste suerte de que fuéramos los primeros en oír el ruido al tirarte por la ventana. Te encontramos inconsciente, y mandé a Elías que ocultara de prisa lo que habías querido proteger con tu vida. ¡No nos sobró ni un minuto! Enseguida llegó tu tío para ver qué había pasado.

Calló un instante el anciano para recobrar el aliento, y entonces Samuel preguntó, visiblemente aliviado.

—¿Entonces el candelabro está a salvo, no lo ha robado mi tío?

—Bueno, verás —le contestó entonces el rabí azorado—, a salvo sí está, tu tío no lo ha visto, pero...

—¿Pero qué? —preguntó el enfermo con ansiedad al ver el nerviosismo del anciano.

—El caso es que el candelabro se rompió en la caída —contestó con pesar—. Yo no soy supersticioso, solo creo en los textos sagrados, pero aquello me hizo estremecer. ¡Nunca había visto nada igual! ¡Se rompió exactamente en siete trozos, los seis brazos y el pilar central!

Al oír esto, los ojos de Ben Leví se arrasaron de lágrimas. ¡El candelabro se había roto! ¿Cómo era posible siendo de metal?

—¿Y dónde lo habéis ocultado? —volvió a preguntar, todavía intranquilo por Benveniste.

—Todos los trozos están en la conducción de agua, en la entrada secreta —le confió el rabí Josué—, junto con el cofrecillo que tuvimos que arrancarte de los brazos. Elías y yo los vigilamos día y noche. No permitiremos que lo sepa tu tío. ¡Cómo se puso! ¡Te hubiera matado allí mismo! Pero la gran cantidad de curiosos que se formó pudo impedirlo.

Una sombra pasó por los ojos del anciano cuando le siguió relatando al médico que una de las mozas que servía en la cocina del hospital había aparecido muerta después de tomarse unas sopas destinadas a él.

—Tú estabas tan débil que no llegaste a probarlas —afirmó el rabino—. Sin embargo, a esa desdichada joven la perdió su glotonería. Desde ese momento, te hemos puesto guardia a ti y a tus posesiones. ¿Qué le has hecho a tu tío para que te odie de esta forma? ¿Cuál es el misterio que se oculta tras el candelabro?

Le contó entonces Samuel la verdadera naturaleza del objeto que custodiaban, sintiendo que podía confiar en él. Había descubierto que era el verdadero, el del Templo de Jerusalén, según atestiguaba el contenido del pequeño cofre. Le explicó toda la historia al asombrado rabí, y el anciano salió de la habitación temblando. Supo entonces que su vida y la de su familia corrían

peligro y que no debía contar ni una sola palabra a nadie.

Aprovechó la inmovilidad forzosa Samuel ben Leví para madurar la forma de esconder el candelabro de la rapacidad de su tío y sus secuaces, la temible Hermandad del Tercer Templo. Resignado ante lo irremediable, trató de hacer de la necesidad virtud y decidió que sería mucho más fácil despistar a sus perseguidores dispersando los trozos. Pero no podía abandonarlos a su suerte. Debería organizar algún sistema de vigilancia. Las distintas partes del candelabro no podían quedarse sin custodia. Decidió constituir una cofradía de guardianes, personas comprometidas y afines que comprendieran la importancia de su misión. Una vez pasase el peligro volvería a reunir todos los trozos y a recomponer la maltrecha reliquia.

Mandó llamar a su secretario y le dictó cartas para varios de sus más estrechos amigos, de forma que el verdadero sentido de sus palabras quedaba oculto. Si sus enemigos interceptaban algún mensaje, solo podrían comprobar el interés del médico por la salud del destinatario y que pronto le haría una visita.

Inspirado en el libro del profeta Zacarías, diseñó un anagrama que representara a los siete guardianes y las siete partes del candelabro. Sí, la piedra de siete ojos sería perfecta para sus propósitos. Los siete ojos, los siete guardianes. Pensó Ben Leví con ironía en lo próximos que estaban en el libro profético los párrafos que se referían a la piedra y al candelabro. Esa proximidad consiguió que tomara la decisión. El guardián no tenía más que continuar leyendo el texto sagrado para reconocer lo que protegía. Resolvió que este símbolo sería la contraseña con que se reconocerían entre sí los guardianes. Sería el único indicio. Ninguno de ellos sabría más. Era lo más seguro. «Así, si alguno de los trozos cayera en manos de la Hermandad del Tercer Templo, no lo permita el Altísimo, no tendrán modo de obtener los demás», pensó.

Mandó encargarse, con el mayor sigilo y a talleres de ciudades distintas, unas urnas de piedra grabadas con un desconocido emblema y ciertas palabras en hebreo. Conocedor como era de los misterios de la Cábala, decidió añadir a cada urna el nombre de su Sefirá, el símbolo del brazo que albergaba. Todo cabalista conocía la poderosa fuerza que emana de estos nombres. Su sola presencia les conferiría una protección espiritual añadida. Tenía que encontrar, además, la manera de sacar el candelabro de la ciudad sin despertar sospechas de la hermandad, que lo estaría vigilando de cerca.

Algunos días más tarde, no asombró a nadie ver pasar un gran rebaño de ovejas por la ciudad del Pisuega en su camino hacia el sur. Si acaso, podrían pensar que andaban algo tardíos. La primavera regresaría pronto y entonces volverían a los pastos del norte. Entre el grupo de pastores que las guiaban, uno caminaba renqueante, marchando casi siempre a lomos de una mula, de la que procuraba no separarse. Si ojos ajenos hubieran seguido a este pintoresco grupo de pastores, no habrían podido detectar ningún comportamiento extraño en su marcha. Al llegar a Plasencia, se reunieron con ellos otros rebaños y continuaron juntos el camino hacia el otro

extremo del Duero, hasta la lejana ciudad de Soria.

En los medianos días del mes de marzo, un caballero vestido de negro, acompañado de una nutrida escolta, abandonó Soria, que celebraba que dos días antes habían llegado los grandes rebaños de ovejas merinas procedentes de la Extremadura. Cabalgaron sin descanso hasta llegar a Segovia. Entraron por la puerta de San Andrés y se dirigieron con prisa a la judería. Allí preguntaron por la casa del tesorero mayor de Castilla, el rabí Abraham Seneor. Les señalaron una sobria mansión señorial. Cuando entraron en ella, se encontraron con un amplio patio porticado en el que varios criados preparaban los aprestos para un viaje. Al parecer, su amo iba a partir ese mismo día. Se felicitó entonces Samuel ben Leví, el caballero vestido de negro, pues esta vez lograba llegar a tiempo. Pidió hablar con el señor y le indicaron que subiese a la sala, donde sería recibido por él.

—¡Samuel! —exclamó al verle el rabí Seneor—. ¡Me alegro de ver una cara amiga en este aciago día!

El médico pudo apreciar el rostro cariacontecido de Seneor. Antes de poder hablar, empezó el rabí a contar su infortunio.

—¡La desdicha se cierne sobre nuestro pueblo, amigo Ben Leví! Parto ahora mismo hacia Granada, a la corte de la reina Católica, para ver si consigo frenar este desastre.

—Pues yo no traigo tampoco buenas noticias —contestó el recién llegado—. Pero cuénteme, señor, qué es lo que acontece.

—Al parecer, fray Tomás de Torquemada está a punto de salirse con la suya —le contestó apesadumbrado Seneor—. Mis contactos en la corte me han confirmado que, desde hace unos días, espera sobre la escribanía de los reyes un edicto de expulsión, redactado de puño y letra del inquisidor.

—¿Pero no está firmado, verdad? —preguntó pálido el médico.

—No, aún no, amigo Samuel, de ahí mis prisas. Me he enterado hace dos horas. En este momento, el tiempo es crucial: hay que impedir a toda costa que la reina firme ese documento. Acompáñame un trecho, si quieres, y hablaremos por el camino.

—¡Os seguiré hasta Granada, señor! —exclamó Ben Leví—. ¡Toda ayuda es poca para evitar tamaña desgracia!

Montaron ambos en su caballo, seguidos por sus acompañantes, que rezongaron murmurando que apenas habían podido descansar. Seneor los obsequió con una mirada de tal dureza que se les acabaron las ganas de seguir protestando.

Dejando atrás las soberbias torres del alcázar segoviano, iniciaron la marcha en silencio, enfrascado cada uno en sus propios pensamientos. Recordó el físico todo lo que había oído contar sobre sus desdichados hermanos andaluces, a los que expulsaron de su tierra natal años antes, y los horrores que cayeron sobre ellos. ¡Le parecía tan lejano! ¡Y en ese momento era su turno! Si la

terrible amenaza llegaba a producirse, no habría esperanza para su fe. Aún retumbaban en su mente las historias que había escuchado sobre la Inquisición. En Sevilla quemaron vivos a más de dos mil reos, acusándolos de judaizantes. Confiscaron casas y haciendas, e impidieron que sus hijos realizaran cualquier oficio. Los persiguieron hasta después de muertos, pues desenterraron sus cadáveres y calcinaron sus huesos hasta reducirlos a cenizas. Les negaban de este modo el eterno descanso. Se estremeció Ben Leví al recordarlo, y la desesperación comenzó a roerle las entrañas.

Desde las terribles persecuciones que sufrió su raza en el siglo pasado, siempre habían vivido con el constante temor a la expulsión. Pero cuando llegó Isabel al trono, las cosas parecieron tranquilizarse un poco. Eminentes judíos ocupaban altos cargos en su corte, donde eran muy considerados. Se seguían sus consejos, tanto en lo político como en lo financiero, y no había noble que no prefiriera a un físico judío, pese a estar prohibido. ¿Por qué, en nombre del Altísimo, la misma reina que los protegía deseaba expulsarlos de su reino? Volviendo de sus cavilaciones, retomó la palabra Samuel ben Leví preguntando al rabí mayor, que cabalgaba a su lado.

—¿Tenéis modo de saber el contenido del decreto? ¿Conocéis, al menos, los motivos de esta injusticia?

—Vos, como yo, sabéis que la información es igual que otra mercancía cualquiera: se compra y se vende. Tomad, leed vos mismo el decreto —contestó el interpelado—. Esta copia me ha costado unos buenos maravedíes. Pluguiera al cielo que fueran los únicos. ¡Multiplicaría por diez mil esa cifra si con ello consiguiera borrar su contenido!

Cogió Ben Leví el pergamino y lo sujetó como pudo con una mano para leer su contenido, mientras que con la otra asía las riendas del caballo.

—... *combatir la herética pravedad que los judíos extendían por toda la Corona, pues según es notorio y según somos informados de los inquisidores y de otras muchas personas religiosas, eclesiásticas y seglares, consta y parece el gran daño que a los cristianos se ha seguido y sigue de la participación, conversación, comunicación que han tenido y tienen con los judíos, los cuales se prueba que procuran siempre, por cuantas vías y maneras pueden, de subvertir y sustraer de nuestra santa fe católica a los fieles cristianos y apartarlos de ella y atraer y pervertir a su dañada creencia y opinión...*

»¡Nos acusan de tratar de convertir a los cristianos a la verdadera fe! —exclamó el médico preocupado. No pudo contenerse y siguió pronunciando en voz alta el ominoso texto.

»... *Nosotros ordenamos, además, en este edicto que los judíos y judías de cualquiera edad que residan en nuestros dominios o territorios, que partan, con sus hijos e hijas, sirvientes y familiares pequeños o grandes de todas las edades, al fin de julio de este año, y que no se atrevan a regresar a nuestras tierras y que no tomen un paso adelante para traspasar, de la manera que si algún judío que no acepte este edicto, si acaso es encontrado en estos dominios o*



*regresa, será culpado a muerte y confiscación de sus bienes...*

Entregó después el escrito a Seneor, que volvió a guardarlo, taciturno, en sus alforjas. Continuaron cabalgando sin hablar, a toda velocidad, pasando por pueblos y ciudades sin detenerse. Solo paraban cuando era estrictamente necesario, por la fatiga de los caballos, contando los minutos que se tardaba en cambiar las alforjas del viaje a nuevas monturas.

Pasado ya el abrupto desfiladero de Despeñaperros, que obligó a extremar la atención, tanto de hombres como de bestias, para lograr mantenerse a salvo dentro del camino, respiraron los jinetes y confió Ben Leví sus temores al rabí Seneor. Le explicó a su asombrado interlocutor que había descubierto una conspiración contra los Reyes Católicos, que buscaba deponer a los monarcas cristianos e instaurar un gobierno judío, levantando el Tercer Templo en Sefarad. Visiblemente preocupado por estas palabras del médico, el tesorero mayor de Castilla le preguntó si conocía el alcance de la conjura y qué aljamas participaban en ella. Ben Leví le contó todo lo que sabía, aunque, por deferencia al recuerdo de su madre, no desveló la participación de su tío, pese a los crímenes que había cometido.

Prosiguiendo el viaje, alcanzaron un denso bosque de robles y alcornoques. En él, el camino fue menguando hasta convertirse en una estrecha senda por la que solamente podían discurrir los caballos de uno en uno. Avanzaban de esta forma cuando fueron atacados por unos salteadores, que se abalanzaron sobre ellos cayendo desde los árboles. Tomados por sorpresa, Seneor y su acompañante fueron derribados de sus monturas y cayeron al suelo. Con una asombrosa agilidad para tratarse de un hombre lisiado, Ben Leví giró sobre sí mismo, esquivando de ese modo una puñalada certera. En medio del alboroto, uno de los hombres de su guardia le ayudó a repeler otro golpe, directo a su corazón. Recobrándose del sobresalto inicial, los viajeros procuraron su defensa como pudieron. A pesar de la superioridad numérica de los asaltantes, los hombres de la escolta consiguieron que huyeran.

—¡No han logrado robarnos! —exclamó el médico ayudando a levantarse al rabí Seneor, que trastabillaba dolorido por el golpe.

—No es nuestro dinero lo que buscaban esos hombres, Samuel —le contestó el anciano—. Les he oído murmurar que era al judío joven, al cojo, a quien debían matar.

El físico se quedó consternado al saber que lo habían seguido hasta allí. Su tío intentaba asesinarlo una vez más, de eso no le quedaba ninguna duda. La única incógnita era saber si su pariente quería matarlo para asegurarse su silencio y que no los delatara o, aún peor, que quisiera quitarle del medio porque ya tenía en su poder el candelabro. Le recorrió un escalofrío al pensar en la suerte que habrían podido correr el rabí Josué y su familia. Durante el tiempo que se tomó Ben Leví para hilar estos pensamientos, el rabí Seneor escrutaba su rostro con sus perspicaces ojos. Finalmente, le preguntó al físico si no había nada más que debiera contarle. Suspiró Samuel y se decidió a confesar que su propio tío buscaba matarlo por haber descubierto la conjura, y que

era uno de los principales cabecillas.

Apretando el paso todo lo posible, lograron llegar sin más incidentes a las puertas de Granada. Después de sacudirse el polvo del camino y adecentarse un poco, se encaminaron al palacio nazari. Los Reyes Católicos lo habían elegido como residencia tras la conquista de la ciudad. Al llegar allí solicitaron una audiencia real, y fueron conducidos a una antecámara para esperar el momento en que sus majestades decidieran recibirlos.

La sala estaba repleta de peticionarios que aguardaban, como ellos, a que saliera la persona que en ese momento se hallara en presencia de los reyes, y que fuera su nombre el siguiente en ser pronunciado para entrar en el salón del trono. Como deferencia a la alta posición que ocupaba el tesorero mayor en la corte de Castilla, les cedieron un escaño próximo a la ventana, por el que contemplaron los jardines del palacio desgranando los minutos en tensa espera.

Por fin, observaron movimiento en las puertas del salón y vieron a un cabizbajo Isaac Abravanel, que salía triste y desalentado de entrevistarse con los reyes.

—¡Amigo Isaac! —le saludó el médico—. ¡También estás tú aquí! Me imagino que estarás enterado del decreto que están a punto de firmar los reyes. ¡Debemos impedir esa sentencia contra nuestro pueblo!

Asintió también con un gesto Seneor, uniéndose a las palabras de su acompañante más joven. Sin embargo, Abravanel los desalentó.

—He hablado por tres veces al monarca, como he podido, e implorado diciendo: «Favor, oh, rey, ¿por qué obras de este modo con tus súbditos? Imponnos fuertes gravámenes, regalos de oro y plata, y cuanto posea un hombre de la casa de Israel lo dará por su tierra natal». He implorado a mis amigos, que gozan del favor real, para que intercediesen por nuestro pueblo, y los principales celebraron consulta para hablar al soberano, con todas sus fuerzas, para que retirara las órdenes de cólera y furor y abandonara su proyecto de exterminio de los judíos. Hemos trabajado con ahínco pero sin éxito. No he tenido tranquilidad ni descanso, y la desgracia ha llegado —estas palabras fueron acogidas con incredulidad y desencanto.

Tras un profundo silencio causado por el estupor, Seneor preguntó al banquero si sabía algo más.

—Los reyes me han confirmado que firman el decreto esta misma tarde —contestó apesadumbrado—. He llegado a ofrecer grandes sumas de dinero, en mi propio nombre y en el de todos, pero Tomás de Torquemada estaba a su lado, como un verdugo a la espera del reo, y ha contrarrestado mi oferta proclamando ante sus majestades que la verdadera fe católica no estaba en venta.

En ese momento, el chambelán interrumpió la conversación indicando a Seneor que serían los siguientes en ser recibidos por los reyes. Entraron en el salón del trono en medio de los

murmillos de desaprobación del resto de congregados, envidiosos de que recibieran tan pronto a los últimos recién llegados. Incluso alguno se atrevió a expresar en voz alta su resentimiento.

—¡Aprovechad ahora, judíos, que os queda poco!

Se acercó Abraham Seneor al sitial de la reina, que le aguardaba seria, sin su habitual cordialidad. Cuando obtuvo su venia para hablar, sorprendió a Ben Leví informando a Isabel, sin rodeos, de que acababa de tener conocimiento de una grave conspiración contra la corona, engendrada en algunas de las aljamas castellanas, que habría que erradicar de inmediato, pero que se trataba de un pequeño grupo. La mayoría del pueblo judío permanecía fiel a su soberana. Sonrió tristemente la reina al oír estas palabras; sin embargo, no dijo nada. Continuó entonces el tesorero mayor de Castilla su discurso suplicando a la monarca que reconsiderara su decisión, pues expulsaba de su reino a sus más leales súbditos, aquellos que la habían apoyado en sus acertadas decisiones financiando grandiosas empresas, como la toma de Granada. Con su marcha, el reino corría el riesgo de perder grandes sumas de dinero, e incluso de caer en la bancarrota.

Contestó la soberana diciendo que era consciente del perjuicio económico que iba a conllevar la expulsión, pero que prefería el gran bien religioso a otras consideraciones. De todas maneras, solo estaría obligado a marcharse aquel que no reconociera la verdad de la fe cristiana, quien persistiera en el error de la religión hebrea.

—Todo aquel que se convierta podrá quedarse en la tierra de sus mayores —afirmó Isabel—. El rey, mi esposo, ha tomado la decisión y firmado ya el decreto para Aragón. Nos haremos lo propio para Castilla.

Con un ademán, la reina indicó que la entrevista había terminado. Impotente, Seneor se inclinó con gravedad y se dispuso a marcharse, pero Isabel, en una inusitada concesión, se puso en pie y se acercó hasta él para hablarle en voz baja.

—Os honra, amigo Abraham, el gesto que habéis tenido. Estábamos enterados de la conjura de las aljamas, pues la Inquisición está alerta y no descansa. He de confesaros que esta ha sido la gota que ha colmado el vaso. Me he quedado sin argumentos para defender a los judíos ante los guardianes de la religión verdadera. Además, nos preocupaba en gran manera que vos tuvierais algo que ver. Nos alegra comprobar que sabéis a quién debéis lealtad. Recapacitad, Abraham, vos y vuestros amigos estáis a tiempo. Si abrazáis la fe cristiana, firmaré para vos unos estatutos de limpieza de sangre. No seréis molestado y seguiréis disfrutando de mi más alta estima. Bien sabéis que os valoro mucho a vos y a vuestros servicios. —Volvió sobre sus pasos y se sentó en el trono.

Acabada la audiencia, se dirigieron aturridos hacia la puerta del salón, donde los esperaba un atribulado Abravanel. No tuvo que preguntar nada, porque la tristeza de sus semblantes hablaba por sí sola.

—Se ha esfumado nuestra última esperanza —murmuró para sí el rico banquero—. Nos

conceden un mezquino plazo de cuatro meses para liquidar nuestras haciendas. No nos dejarán sacar oro ni plata, ni tan siquiera caballos. En su injusticia, pretenden que nos marchemos a pie. Amigos míos, tenemos ante nosotros una nueva travesía del desierto y debemos prepararnos.

—Solo nos dan una opción para evitarlo —dijo entonces Ben Leví—. La reina asegura que permitirá quedarse a los que se conviertan a las enseñanzas de los cristianos.

—¡No conseguirán de mí que renuncie a la fe de mis padres! —gritó exaltado Isaac Abravanel.

—Bueno, bueno —terció entonces conciliador el rabí mayor Seneor ante las miradas hostiles que recibieron—, vayámonos a descansar. Debemos recuperarnos del largo viaje y las malas noticias. La fatiga y el despecho son malos consejeros. Quizá el siguiente día arroje algo de luz sobre la encrucijada ante la que estamos. Mañana volveremos a encontrarnos.

Caía ya la tarde cuando Seneor y Samuel encontraron una posada en la que pasar la noche. Tras la cena, se retiraron ambos a descansar, exhaustos por las emociones de la jornada. Sin embargo, en la soledad de su aposento, Ben Leví no pudo acallar las voces que retumbaban en su cabeza. Su corazón se hallaba dividido entre el deber de preservar el candelabro sagrado y el profundo anhelo de permanecer fiel a su religión.

Pensó en cien maneras de sacar los trozos del candelabro del reino, pero tuvo que desistir ante los peligros que entrañaba. No solo tendría que burlar a la guardia en las fronteras, sino que, en realidad, no sabía adónde dirigirse. Quizá a Portugal o a Génova. Aunque no estaba seguro de que en alguno de estos lugares hallara la protección que necesitaba. También debía temer a los ladrones, que podían asaltarle en cualquier camino. Por si todo eso fuera poco, seguía existiendo la amenaza de la Hermandad del Tercer Templo. No tenía forma de saber si habían detenido a todos los secuaces de su tío. Mientras alguno de ellos siguiera vivo, el candelabro estaría en peligro.

El Señor sabía que no le asustaba dejar atrás sus recién adquiridas posesiones. Al fin y al cabo, había pasado sin ellas la mayor parte de su vida. Tampoco le tenía miedo al viaje. Se encontraba lo bastante fuerte como para poder emprenderlo a pie. Su pierna no se lo impediría, y su dolor iba a ser pequeño comparado con el del resto de sus hermanos. Pero no, no pondría en peligro el candelabro. Lo más seguro era que continuara oculto donde estaba. Cuando escondió cada parte, pensaba que podría recomponerlo una vez pasara la amenaza de su tío. Sin embargo, todo se había tornado incierto. Aunque si de algo estaba convencido era de que no debía mover los trozos, no hasta que pasara esa nueva tormenta. Aquello significaba permanecer en Castilla. No podía abandonar a su suerte ni al candelabro ni a los fieles amigos que habían aceptado su custodia. ¡Sus amigos! También a ellos debería pedirles el grandísimo sacrificio. No solo habían arriesgado ya la vida frente a la peligrosa Hermandad del Tercer Templo, sino que estaba obligado a exigirles que renunciaran a la verdadera fe para no despertar sospechas. ¿Se atrevería

a rogárselo cuando ni él mismo estaba seguro? Sería traicionar todo aquello que le habían enseñado, todo en lo que creía. ¿Verdaderamente merecería la pena? Podría marchar con los demás, y luego, desde un lugar seguro, organizar el rescate del candelabro. «¡No! —pensó moviendo con pesar la cabeza de un lado a otro—. No trates de engañarte, sabes que no es posible. No tengo más remedio que renunciar a mi religión, aunque eso me desgare por dentro. Samuel ben Leví muere hoy, para mí mismo y para mis hermanos». Rayaba ya el amanecer cuando logró conciliar el sueño, tomada ya la decisión más difícil de toda su vida.

Al día siguiente, se reunieron con Isaac Abravanel para despedirse de él, pues ambos, Seneor y Ben Leví, habían decidido volver a su casa. Cuando se encontraron, Seneor, con su franqueza acostumbrada, informó a Isaac y Samuel de que debía pensar en su familia y en todos los que dependían de él, porque ya era demasiado mayor para deambular por los caminos y quería que sus huesos descansaran junto a los de sus padres, en la tierra que lo había visto nacer. Después de sopesarlo por largo tiempo, decidió quedarse.

—Isaac, buen amigo —añadió—, te encomiendo a ti la dura tarea de conducir a nuestro pueblo al exilio. Desde este momento, tú eres su rabino mayor. Que el Señor guíe tus pasos.

No se sorprendió Abravanel; es más, se lo esperaba. Conocía al anciano desde mucho tiempo atrás. Sabía que el esfuerzo del viaje podría llegar a matarlo. A pesar de todo, le desagradaron las palabras del que hasta entonces había sido su superior. Dirigiéndose a Ben Leví, le dijo:

—Nos quedamos solos, amigo mío. Llevamos sobre los hombros una pesada carga.

El médico, avergonzado, sin atreverse a mirarlo a los ojos, le confesó que él también había decidido convertirse. Se quedó sin palabras el banquero, estupefacto ante la renuncia de su amigo. Nunca lo habría esperado de él. Sus ya lejanas discusiones le habían probado la profundidad de su fe.

—¡Tú también te has vendido al becerro de oro! —le escupió cuando recuperó el habla.

—Aunque no lo creas, tengo poderosas razones para quedarme —se defendió débilmente Ben Leví.

—¡Pues espero que tus razones te permitan dormir por las noches, después de esta sucia traición! —Se dio la vuelta, indignado, sin despedirse de los que había considerado sus más estrechos amigos, muy dolido por la deserción de Samuel.

Lo vio alejarse el médico, con los ojos empañados de dolor. No podía defenderse ni explicarse sin poner en peligro su misión. Lo dejó marchar entristecido, sin decir nada, sabiendo que nunca más volverían a cruzarse sus caminos.

Emprendieron de nuevo el regreso Seneor y Ben Leví de vuelta hasta sus casas. Una honda melancolía se había apoderado de este último, y cabalgaba junto al anciano, taciturno y silencioso. Poco antes de llegar a Segovia, el anciano le preguntó con curiosidad si podía conocer las razones

de su conversión, pues no creía que aceptara, así, de pronto, que la cristiana fuese la auténtica fe.

—Aunque te parezca extraño, mis motivos son profundamente religiosos, si bien no de la manera que crees. Quisiera el cielo que fuese libre para aliviar en ti el peso de mi corazón, pero, por tu propia seguridad, prefiero no hacerlo.

Llegados ya a la ciudad del acueducto, se despidieron con afecto. El anciano se ofreció a ayudarlo en lo que fuera, que no dudase en acudir a él si lo necesitaba.

Tenía por delante Ben Leví la ingrata tarea de convencer a sus amigos para que siguieran ayudándolo. Llevaba tiempo sin tener noticia alguna de su tío, pero no por ello bajó la guardia. Adoptando mil precauciones, se entrevistó con cada uno de ellos y logró que cinco permanecieran fieles a su causa. Su más grata sorpresa fue ver el apoyo incondicional del rabí Josué. Pensó que le costaría convencerlo, pero este respondió que la importancia de la misión estaba por encima de todo. Josué y su familia serían los custodios del pilar central del candelabro, que permanecería oculto en Valladolid.

No tuvo tanta suerte con los guardianes de Plasencia y Ávila. El primero, boticario de gran renombre, decidió marcharse con su familia siguiendo a su suegro, y el segundo había muerto, supuestamente asesinado, en una de las revueltas contra los judíos que se produjeron en la ciudad, antes de que pudieran verse. Sospechó Ben Leví que la Hermandad del Tercer Templo estaba detrás de esta última muerte. Buscó, sin éxito, a otros guardianes para reemplazarlos. El edicto había causado su efecto. Todos los conocidos de Ben Leví habían iniciado el viaje, y los que no, daban muestra así de la tibieza de su fe. No tuvo más remedio entonces que acudir a Seneor, pese a que no deseaba ponerlo en peligro. Le contó su secreto y tuvo que rogarle que organizara la custodia del trozo escondido en Plasencia. Así lo aceptó el anciano, contento de conocer las razones del físico, y de que este hubiera confiado por fin en él. No pudo ocultar, sin embargo, su temor de que el largo brazo de Benveniste llegara a alcanzarlo. Le entregó también a Seneor un texto en clave que le permitiría localizar el resto del candelabro en el supuesto de que a él le pasase algo, y le dijo que confiara solo en aquel que se identificase con la piedra de siete ojos.

Entrado ya el verano, Abraham Seneor se convirtió públicamente al catolicismo en una grandiosa ceremonia que se celebró en el monasterio de Guadalupe, presidida por los propios reyes, que actuaron de padrinos. Desde ese momento, adoptó el nombre de Fernán Núñez Coronel. En esa misma ceremonia se convirtió otro judío, que pasó a llamarse Gutierre de Valladolid. Lo que nadie vio fue que, a la salida de la iglesia, este último se escabulló a sus aposentos, antes de acudir a la celebración que habían organizado en honor de los nuevos cristianos. Debía asistir, pues en ella les otorgarían los estatutos firmados por la propia reina Isabel, que proclamarían la limpieza de su sangre. Lloró amargas lágrimas Samuel ben Leví en la soledad de sus habitaciones, sintiendo que renegaba hasta del nombre que le fue otorgado por sus mayores. Cuando por fin se repuso, se lavó el rostro, trató de sobreponerse a su dolor y se esforzó por participar en la fiesta.

En los días precedentes a la solemne conversión, un hombre, ya entrado en años, gritaba en la mazmorra de un oscuro palacio, sede del aterrador Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, en Valladolid. Pedía desesperado que lo sacaran de allí. Estaba ya exánime por los gritos cuando se abrió la puerta. Dos guardias se lo llevaron a rastras, conduciéndolo hasta una austera sala. En ella pudo ver a un fraile tonsurado, que permanecía ante un escritorio tomando notas.

—Espero que estos días de encierro te hayan hecho recapacitar, Isaac Benveniste —comenzó a hablar el fraile sin interrumpir su tarea.

—¡No lograrás hacerme hablar, miserable Torquemada! —contestó el aludido.

—Como quieras —respondió entonces el fraile sin levantar los ojos del papel—. Sabes que no vas a salir vivo de aquí. Has sido juzgado reo de muerte por traición a la corona. De ti depende, sin embargo, la forma. Si nos dices el resto de nombres de los conjurados, tendremos misericordia y morirás rápidamente.

—¡No tengo miedo a morir! —exclamó con ojos fanáticos Benveniste—. ¡No traicionaré a los míos!

—Sea, entonces —contestó fray Tomás de Torquemada—. Has elegido una muerte larga y dolorosa. Solo te diré que tu sacrificio será inútil. Tengo ya la lista completa con los nombres de tus correligionarios.

Se retorció de rabia Isaac Benveniste al oír esto.

—¿Quién nos ha traicionado? —preguntó al inquisidor—. ¿Quién, el estúpido de mi sobrino Samuel ben Leví?

—¿Leví? No, no ha sido él —le informó inexpresivo el fraile—. Tengo aquí escrito quién fue, déjame consultar mis notas —con deliberada lentitud, rebuscó fray Tomás entre sus papeles—. ¡Ah, aquí está! Al parecer, se trata de un hombre joven, que confesó a cambio del perdón y ha abrazado la verdadera fe. Se llama..., déjame ver... ¡Ah!, sí, debe de ser un pariente tuyo, un tal Azrael Benveniste. Ahora se hace llamar Alvar de Benavente.

Dicho esto, el inquisidor ordenó que condujeran al desdichado prisionero a la sala de torturas. Benveniste se debatió, aterrorizado, entre los recios brazos de los guardias, que lo arrastraron pataleando fuera de la estancia. Se oyeron retumbar por los corredores las desgarradas voces del reo, hasta que volvió el silencio a la sala mientras el fraile tachaba el nombre que encabezaba la lista.

Meses más tarde, Gutierre de Valladolid, un físico que se había establecido poco tiempo antes en Ávila, se encontraba en la casa que había comprado, muy próxima a la muralla, en lo que antes fue la judería. Tenía allí una pequeña consulta, atendida por él mismo, y comenzaba ya a labrarse buena fama de médico docto y sabio. Todos los sinsabores sufridos habían mermado notablemente su fortuna, hasta el punto de que se vio obligado a atender solo su nuevo consultorio, pues no

podía pagar a nadie más.

Sentado en su mesa de trabajo, escribía un libro de remedios para deplorados cuando recibió una carta. La firmaba Luis de Santángel. En ella le comunicaba que el genovés había regresado afirmando haber descubierto la nueva ruta hacia las Indias. Se encontraba ya en la corte de la reina católica rindiéndole pleitesía. ¡La empresa había tenido éxito! ¡Le devolverían su inversión centuplicada! Este nuevo giro del destino solamente despertó una triste sonrisa en el rostro del médico. Dobló la carta con cuidado, la guardó en un cajón y continuó escribiendo de manera pausada su libro.



## Capítulo 8

Segovia, febrero de 2008

Decidimos comenzar la búsqueda en Segovia porque su estrofa era la que nos parecía más sencilla.

*Alcanzando los mil arcos  
miércoles por la mañana,  
la peste me había prendido,  
moribundo yo me hallara.  
Me querían enterrar,  
la muerte vi cara a cara.  
Para pagar al galeno  
una oveja regalara.*

Dedujimos que la pista la daba la frase me querían enterrar. Parecía bastante claro que se referían a un cementerio. Al fin y al cabo, el trozo de San Esteban se había encontrado al lado de tumbas. No sería extraño pensar que en Segovia hubieran hecho lo mismo.

Los judíos castellanos eran muy observantes del precepto bíblico «Tierra eres y a la tierra volverás». Tenían que dejar reposar los cuerpos a la espera de la resurrección. Estaban obligados por el Talmud a cumplir una serie de normas y rituales para los enterramientos, y recaudaban una contribución para el mantenimiento de sus cementerios, que cuidaban con celo.

Además, tuvimos la suerte de que en la ciudad de los mil arcos se conservara magníficamente el cementerio judío, situado en los alrededores del alcázar, en un pequeño bosque denominado El Pinarillo, a los pies del arroyo Clamores. Desde hacía mucho tiempo se conocía la presencia de varias tumbas antropomorfas, con el cuerpo orientado al este, hacia Jerusalén, y recientemente se había comprobado que la zona estaba cuajada de grutas excavadas en la roca caliza, fruto de la mano del hombre.

El Pinarillo era un área pública, señalada en todas las guías de turismo, por lo que, antes de lanzarnos como posesos a excavar con pico y pala, decidimos realizar una exploración preliminar. Alquilamos un carísimo equipo de ultrasonidos, de los que se utilizan para la prospección de pozos petrolíferos. Era una máquina bastante voluminosa, que vino acompañada de su correspondiente técnico para operarla. Como costaba un ojo de la cara, sus propietarios debieron de pensar que podíamos ser demasiado manazas para manejarla nosotros solitos. Así que se unió al equipo un alemán grandote, con el pelo cortado a cepillo, que apenas chapurreaba el castellano y que mimaba al equipo encomendado como si de un bebé se tratara.

Solicitamos todos los permisos necesarios y, con ellos de la mano, iniciamos la exploración. Dividimos la zona en cuadrículas de un metro cuadrado, que trasladamos del plano al terreno con la ayuda de hilos señalizadores atados de manera conveniente a estaquillas, hasta que todo El Pinarillo quedó convertido en una hoja de papel pautado.

El alemán, que respondía al nombre de Günter, apoyó la maquinita con suavidad contra el suelo, como una aspiradora gigante. Con gestos de zahorí la pasó por toda la superficie de la cuadrícula. Al acabar, la conectó con un cable a su ordenador y volcó todas las mediciones que había tomado. Nos quedamos mirando expectantes a que la computadora terminara de procesar los datos. Luego mostró en su pantalla unas gráficas con picos arriba y abajo, que parecían un electrocardiograma.

—¿Y esto qué es? —pregunté a Günter.

El alemán se armó de paciencia y, pasándose la mano por el pelo áspero, nos explicó en su castellano macarrónico que el aparato detectaba los cambios de densidad en vertical del terreno hasta una profundidad de quince metros, como primera aproximación. Si quería explorar más hondo, debería cambiar la resolución del aparato y volver a medir.

—Esta primera pasada ha servido para calibrar la máquina —aseguró.

El ordenador siguió procesando hasta que presentó un mapeado de la cuadrícula. Como el aparato barría el suelo captando datos en tres dimensiones, pudimos ver la representación isométrica, según Günter, de un paralelepípedo en los que los distintos colores representaban los cambios de densidad más significativos.

—También se puede ver barrido a barrido —siguió explicando el alemán, bastante animado al ver que le entendíamos.

Nos los fue mostrando en la pantalla. Era como cortar un bizcocho de pasas. La miga, en este caso la tierra, aparecía representada en color amarillo. También aparecieron varias pasas que el ordenador dibujó en rojo y azul.

—¿Y esto? —pregunté señalando una de las azules.

Günter la seleccionó con el puntero y, como por arte de magia, aparecieron sobre ella una serie de números y una palabra que no entendí por estar en alemán. El técnico me tradujo con resignación, indicando que se trataba de una piedra, granítica, para ser exactos. No parecía provenir del terreno, así que estaba allí por intervención humana.

—¿Y esto otro? —volví a preguntar al ver una diminuta pasa de color rojo.

—No tiene importancia —dijo con desdén—. Es una lata de refresco.

A pesar de la lata, nos quedamos impresionados por la potencia de la máquina. Comenzamos a hacer la prospección de las cuadrículas una por una. Álvaro y Asun se encargaron de formar un mapa con las gráficas que proporcionaba Günter, y yo tuve que atender a un periodista que se identificó como redactor del periódico local. Había averiguado que teníamos los

permisos para excavar y me preguntó qué buscábamos exactamente. Como ya tenía prevista una cosa así, le respondí muy ufana que nos había contratado una universidad extranjera, no precisé cuál, para realizar un estudio antropométrico de las tumbas de aquel cementerio. Más o menos, eso fue lo que apareció en una reseña del periódico al día siguiente. No me di cuenta del error que había cometido al pergeñar esa excusa hasta que vi los resultados.

La mañana comenzó muy bien. Por sugerencia del alemán, medimos una de las tumbas, lo que le permitió al aparato reconocer las distintas densidades de los huesos y las lascas de piedra caliza que servían como lápidas. El análisis comenzaba a ir más rápido porque, según explicaba Günter, el ordenador interpolaba los datos comparándolos con los conocidos. Estábamos esperando más resultados, en una mesa de campin al pie de la furgoneta que trasladaba el equipo, cuando apareció por allí un hombre maduro, con una barba recortada y de aspecto cuidado, impecablemente vestido. Se identificó como el rabino de la exigua comunidad de judíos segovianos y nos exhortó a detener los trabajos, cualesquiera que fuesen, ya que no podíamos perturbar el sueño de los difuntos, y mucho menos profanar sus tumbas y remover sus huesos. Recordé demasiado tarde los preceptos talmúdicos que había leído acerca del descanso de los muertos y caí en la cuenta de mi equivocación. Le expliqué, de la forma más razonada posible, que no pretendíamos tocar nada, que el método que utilizábamos, los ultrasonidos, no afectaba a las tumbas ni a su contenido. Incluso le enseñé alguno de los gráficos y le mostré cómo funcionaba la máquina. No conseguí convencerlo, ni él a nosotros. Se marchó bastante enfadado cuando le dije que teníamos todos los permisos necesarios y que no pensábamos parar.

Tuve que imaginar que no se rendiría sin presentar batalla. Cuando llegamos a El Pinarillo a la mañana siguiente, contemplamos con estupor que habían organizado una protesta, pacífica, eso sí, en la zona de trabajo. Se les había ocurrido colocar a una persona en cada una de las cuadrículas, que impedía, allí sentada, que realizáramos las medidas. Otros, menos pacíficos, cortaron la carretera a su paso por la cuesta de los Hoyos enarbolando pancartas en las que nos comparaban con los nazis y nos conminaban a que nos fuéramos. Cada vez que Günter hacía ademán de mover la máquina, un grupo de manifestantes se agrupaba a su alrededor impidiendo que avanzara.

Durante el transcurso del día, se fueron crispando los ánimos. En un momento dado, bastante molesta, traté de apartar a uno de los manifestantes, que vociferaba para que lo dejara pasar. En ese instante, surgieron de la nada una docena de flases, que inmortalizaron mi empujón.

Ante la imposibilidad de trabajar, decidimos volver al hotel, harto irritados. Anochecía ya cuando regresábamos dando un paseo por las inmediaciones, observando con asombro que habían acampado allí para evitar que trabajásemos de noche. Desalentados, volvíamos sobre nuestros pasos y, de pronto, nos encontramos de frente con Sebastián Arces, que lucía una sonrisa relamida de la que colgaba un cigarro. A su lado, bastante incómodo, caminaba Víctor. Se dirigieron hacia

nosotros y, al llegar a nuestra altura, Arces me espetó:

—Vaya vaya, pero si es la señorita Galván. ¡Hay que ver, Amelia, en qué lío te has metido tú solita!

Ignorando el comentario, saludé a Víctor en un tono bastante civilizado, dadas las circunstancias, y él me dijo, a la defensiva, que se había animado a ver cómo iba la investigación después de leer la noticia en el periódico. «¡Eso no te lo crees ni tú! —pensé—. ¡A ti te ha traído Sebastián a punta de pistola!».

—¡Pues ya ve el jaleo que se ha organizado! —le indiqué señalando a los manifestantes—. Precisamente ahora nos retirábamos a descansar. Confío en que mañana podamos hacer algo.

—De acuerdo, de acuerdo —respondió entonces el jefe—. Estamos muy interesados en tus avances, así que mañana volveremos por aquí para ver cómo marcha todo. —Se marcharon dejándome con la palabra en la boca.

—¡Lo que nos faltaba! —apuntilló Álvaro—. ¡Tener a ese incordio por aquí!

Mientras salía de la ducha a la mañana siguiente, Asun llamó a la puerta con insistencia. Entró en la habitación con la fuerza de un tornado, llevando el periódico en la mano.

—Mira, mira —dijo con un entusiasmo que no compartí en absoluto—, salimos en los papeles —me mostró la portada del periódico, que reflejaba en primera plana mis hazañas del día anterior—. Me ha dicho el conserje del hotel que se ha formado una buena y que hay un par de periodistas que quieren hablar contigo.

—¡Y yo que quería discreción! —contesté malhumorada.

—Por cierto, el jefe y el pesado de Sebastián están en el vestíbulo leyendo el periódico y esperando a que bajemos. Por suerte, no me han visto. ¡Le partiría la cara al gordo arrogante ese! Le estaba diciendo a Víctor que no tienes ni idea de lo que te traes entre manos, y que convencer al señor Ackerman de que eres una inútil iba a ser un juego de niños.

A falta de un jarrón que arrojar al suelo, acto destructivo que habría aliviado por un breve tiempo mi frustración, lo pagué con la mensajera, a la que pregunté, con bastante mordacidad, si no podía haber esperado un poco para aguarme el desayuno.

La situación me estaba comenzando a amargar de tal manera que solo elegí una tostada y café solo en el bien surtido bufé del hotel. Me dispuse a desayunar, mordisqueando la tostada y releendo con rencor el artículo que nos habían dedicado. En ese momento sonó el móvil. Comprobé que se trataba de un número oculto y contesté pensando que, como fuera una operadora de telefonía tratando de colocarme un nuevo y magnífico plan de precios —«solo por ser usted, oiga»—, se iba a enterar.

—¿Amelia Galván? —preguntó una voz masculina.

—Sí, ¿quién es? —contesté.

—Soy el señor Ackerman —dijo con tono enfadado—. Por si no recuerda todas las

condiciones que aceptó en nuestra entrevista, le refresco la memoria. Se le exigió expresamente discreción. ¿Puede saberse qué alboroto ha organizado?

—Mire —le repliqué bastante molesta—. Yo no he organizado nada. Me he limitado a buscar en el cementerio judío de Segovia, con todos los permisos en regla. Al parecer, eso ha molestado mucho a la comunidad local, que se ha encargado de airear el asunto.

—Espero que tenga usted motivos muy fundados para buscar ahí. ¿Se basa en alguna pista sólida o es una de sus corazonadas?

—Puede juzgarlo usted mismo, si quiere —lo desafié con orgullo—. Como es algo largo de contar por teléfono, venga a vernos y le enseñaré nuestros avances.

Me indicó que nos veríamos en dos horas. Cumpliendo su palabra, el puntualísimo señor Ackerman se presentó exactamente dos horas más tarde en la recepción del hotel, desde donde me hizo saber que me estaba aguardando. Bajé a su encuentro, y al llegar a su altura observé con disgusto que lo flanqueaban Sebastián y el jefe. Lo habían abordado en busca de una oportunidad. Para más fastidio, lograron autoinvitarse a la reunión cuando Ackerman les dijo que quería evaluar mis progresos. «¡Se te va a borrar esa sonrisita de la cara, señor Arces!», pensé mientras nos dirigíamos hacia el ascensor.

Subimos a un saloncito que había reservado para la ocasión y allí me dispuse a exponer, con ayuda del ordenador, todos nuestros progresos. Para empezar les mostré la fotografía de la Semá y les expliqué cómo habíamos encontrado en ella un texto oculto. Logré captar toda su atención. El señor Ackerman, señalando el dibujo que encabezaba la oración, me preguntó por su significado. Le contesté que estaba segura de que representaba a la piedra de siete ojos, nombrada en el libro del profeta Zacarías, y que era la clave de todo lo encontrado hasta aquel momento. Se quedó asombrado cuando vio las líneas en hebreo, que aparecieron por el mágico efecto del amoníaco. Para mi sorpresa, intentó leerlas, pero negando con la cabeza concluyó que aquello no tenía sentido. Su siguiente pregunta fue si habíamos logrado traducirlo. Le confirmé que sí, que el texto en castellano antiguo estaba codificado de forma ingeniosa con el alfabeto hebreo. Incluso alguien que conociera los dos idiomas no habría sido capaz de leerlo. Mostrando la traducción en la pantalla, recité de manera teatral el *Romance de las ovejas perdidas*, y tengo que reconocer que se mostraron como el público más atento que he tenido nunca. Víctor me miraba expectante y complacido, y Arces fue cambiando poco a poco su mueca desdeñosa por otra de completo asombro. Cuando acabé de declamar el romance, nadie dijo nada; esperaron atentos a que continuase. Abrí el mapa y les descubrí la correlación entre las estrofas del romance y los sitios donde buscar. Las fotografías del segundo brazo encontrado, el de Riaza, del que no tenían noticia, corroboraron mis afirmaciones. El señor Ackerman se alegró mucho de este segundo hallazgo y, por suerte para mí, no me preguntó por los detalles. Observé a Arces con el rabillo del ojo por si reconocía las fotos. Encogido en su asiento, reconcomiéndose de rabia, no pareció darse cuenta.

El jefe, a su vez, se frotaba las manos con satisfacción.

Explicué luego mi teoría de que se utilizó una ruta tradicional ganadera para dispersar las partes del candelabro, y que, a la espera de los resultados del carbono 14, creía que el motivo de ocultarlo fue la expulsión de los judíos sefardíes en 1492. Pero desconocía por qué no lo habían escondido entero. Los versos detallaban los lugares, aunque con bastante imprecisión, de ahí que hubiera recurrido a las carísimas técnicas de prospección geológica. Pude ver en los ojos del señor Ackerman que me había ganado su aceptación. Reconoció que tenía razones de peso para buscar en el cementerio y me preguntó cómo estaba obrando. Le expuse las bondades del método mostrándole varias gráficas obtenidas con el dichoso invento. Le aseguré que era inocuo, que no afectaba a las tumbas y que no excavaríamos nada hasta saber dónde hacerlo exactamente. Pareció muy satisfecho con el resultado de la entrevista y me señaló que no me preocupara más por el rabino, que se ocuparía de que dejara de molestarnos. Debí de leer tal expresión de alarma en mis ojos que me tranquilizó asegurándome que convencería al rabino de que el método que empleábamos no infringía los preceptos del Talmud, nada más. Después se despidió presentándome sus respetos y me estrechó la mano con cierta admiración, que creí haber ganado de forma justa.

En cuanto el señor Ackerman salió por la puerta, Sebastián comenzó a interrogarme. Quería saber de dónde había sacado toda esa información. De repente, recordó suspicaz la consulta que yo le hice acerca de la piedra de siete ojos. Empezó a gritarme que la partida no había acabado, que él también sabía buscar información y que encontraría las piezas que faltaban antes que yo. ¡Me iba a enterar! Sin embargo, el jefe, que me miraba con satisfacción, no quiso secundar esta vez al conservador. Le pidió que se callara de una vez y anunció que ellos también se marchaban para dejarme trabajar. Gratamente impresionado, me dijo que continuara así. Arrastrando del brazo a un enfurecido Arces desaparecieron de mi vista.

Como no podía ser menos, salimos a celebrar nuestro triunfo. Paseando relajados por la ciudad, llegamos a las calles aledañas a la plaza Mayor mientras les contaba con pelos y señales la reunión. Disfrutamos de unos chatos de vino con su correspondiente tapa. Álvaro y Asun se reían a carcajadas durante mi representación jocosa de la pataleta de Arces, y cómo el jefe lo obligó a morderse la lengua, una vez visto por dónde soplaban el viento.

—Espero que el tipo ese no cause problemas —dijo Álvaro con prevención cuando les conté su amenaza.

—No te preocupes —contesté animada—, Víctor le exigirá que se esté quieto.

Al día siguiente volvimos a El Pinarillo con energías renovadas. Nos encontramos todo tal y como lo habíamos dejado tras la interrupción, con los hilos de brillante color rojo tensos como las cuerdas de un arpa, marcando las cuadrículas. El señor Ackerman sabía cumplir sus promesas, puesto que no fuimos molestados por nadie. Retomamos la búsqueda con entusiasmo, explorando

paso a paso el irregular terreno en cuesta. Presentaba unas depresiones que me recordaban a las de las pelotas de golf. No fuimos los primeros en pensar eso, porque la sabiduría popular denominaba al paraje la cuesta de los Hoyos.

Con más o menos dificultades, fuimos encontrando y midiendo tumbas trapezoidales, y alguna que otra más trabajada en la que se había tallado parte de la cabeza y los hombros. Comprobamos que varias estaban vacías, pero en otras pudimos encontrar vestigios de sus ocupantes. Los cadáveres se habían depositado directamente en la tierra, provistos de un sudario como única protección, ya que no hallamos indicios de madera u otro material que señalara la presencia de ataúdes. Verificamos que el cementerio debió de ser importante, por la gran cantidad de sepulcros encontrados en tan poco espacio.

Además de las tumbas excavadas en el terreno, hallamos una cierta cantidad de grutas excavadas en la roca, con planta más o menos circular, en las que cabría un hombre de pie. Pero lo que más nos llamó la atención fue que en alguna de estas cuevas, aparte de huesos humanos, encontramos otros elementos: trozos de cerámica y restos de animales con evidencia de haber sido cocinados. Nos preguntamos qué significaría aquello. Rebuscando en los archivos descubrimos que, cuando se decretó la expulsión, algunos judíos segovianos se refugiaron en aquellas grutas, prefiriendo enterrarse en vida a salir del solar de sus antepasados. Fue en una de estas cuevas, antaño habitadas, donde encontramos el fruto de nuestro trabajo.

En un montículo cercano a la carretera descubrimos tres lascas de piedra caliza, que ocultaban el acceso a una gruta. Dispuestas lateralmente a lo largo de la cueva, la máquina nos mostró tres tumbas. Debajo de una de ellas, a gran profundidad, el ordenador proporcionó un difuso perfil de algo que nos puso en alerta. Redoblamos nuestros esfuerzos y la resolución del artefacto ordenándole que emitiese sus ultrasonidos en intervalos de milímetro. La recompensa fue un gráfico en el que se veía con toda nitidez un perfil de lo que enseguida identificamos como una urna. Günter realizó un barrido horizontal de tal calidad que pudimos apreciar en él el grabado de la piedra de siete ojos. Detectamos incluso que en su interior se encontraba un objeto metálico. Localizado nuestro objetivo, nos abrimos camino hasta la urna con la precisión de un cirujano, evitando en todo momento tocar las tumbas.

Avisé al señor Ackerman por si quería estar presente en el descubrimiento. Llegó a El Pinarillo cuando ya habíamos cargado la urna en la furgoneta, en el momento que terminábamos de restaurar el terreno, que procuramos dejar exactamente igual que como lo habíamos encontrado.

Le correspondió el honor de destapar la urna. Por primera vez mostró un atisbo de emoción humana, pues le temblaban las manos al mover la tapa. No pudo resistirse a tocar el hermoso trozo de candelabro. Con suavidad, lo volvió a colocar y protegió con el paño de terciopelo negro que lo envolvía. La urna presentaba grabada en la tapa, además del ya desvelado anagrama de la piedra, otra palabra hebrea: Netsaj. Gracias a nuestras anotaciones, la pude

descifrar rápidamente como el séptimo Sefirá, la victoria de la vida sobre la muerte. Quien ocultó allí este brazo, simétrico del de Riaza, además de conocimientos cabalísticos, debía de tener un gran sentido del humor.

Ackerman se despidió de nosotros entusiasmado por los éxitos que estábamos obteniendo. Reconoció que habíamos dado pasos de gigante en la investigación y confiaba en que el resto de las pistas nos condujeran a los trozos que faltaban. Al despedirse, espoleó aún más nuestro entusiasmo diciendo que doblaba el precio prometido por cada fragmento que halláramos a partir de entonces.

Exultantes, nos dividimos en dos grupos. El primero lo formaron Asun y Günter, que se dirigieron en avanzadilla hacia Ávila, donde buscaríamos el siguiente trozo. La misión de Günter consistía en ir poniendo a punto la máquina e iniciando su calibración, y Asun recogería los permisos necesarios para investigar en el lienzo sur de la muralla, concretamente desde la zona de la calle Telares hasta la puerta del Adaja, incluyendo la puerta de la Malaventura y el jardín de Mosé de León. Tras analizar con detenimiento la estrofa correspondiente, decidimos que esta era la zona donde debíamos buscar.



*A los pies de la muralla  
el domingo me sentara,  
en la puerta de Ventura  
a mi padre yo encontrara.  
Por su amor y su bondad  
lágrimas se me saltaran.  
Una oveja le entregué  
por que bien se alimentara.*

Al estudiar el plano, encontramos el jardín de Mosé de León, también conocido como Mosé ben Sem Tob de León, el autor del *Libro del esplendor*, situado justo en la entrada de la puerta de la Malaventura. Una vez más, aquello no era una coincidencia. El padre al que se refería la estrofa no podía ser otro que el padre del *Zóhar*. Rebuscando en viejos libros hallamos que el rabí Sem Tob había pasado temporadas en la ciudad, alojado en la casa de un tal Juçaf de Ávila. Se decía incluso que estaba enterrado en el viejo cementerio judío, sobre el que habían construido el monasterio de la Encarnación, conocido por albergar entre sus muros a la santa más universal de Ávila: Santa Teresa de Jesús. Aunque el jardín había recibido recientemente el nombre del sabio hebreo, parecía lógico comenzar la búsqueda en él, pues formaba parte de la aljama, la zona en la que se había obligado a vivir a los judíos en el último cuarto del siglo XV.

El segundo grupo de trabajo lo formamos Álvaro y yo. Nos encaminamos a la Universidad de Valladolid para confiar de nuevo a Agustín el estudio del nuevo trozo. Lo encontramos en su despacho y se alegró mucho de vernos. Su sonrisa cambió un poco cuando le presenté a Álvaro, a quien no conocía. Su actitud me recordó a un perro que enseña los dientes ante otro que quiere disputarle un hueso. Le mostramos el nuevo fragmento y referimos los pormenores del hallazgo. Lo guardó en la anticuada caja fuerte, y me indicó que ya podía devolverme los trozos analizados de Riaza y San Esteban de Gormaz. Había acabado por fin de redactar los informes.

—¿Sabemos ya en qué fecha se fabricó el candelabro? —preguntó mi novio con curiosidad.

Agustín no le respondió. Se acercó a su escritorio y sacó dos informes de un sobre, que me tendió para que los echara un vistazo. Cogí uno y le entregué el otro a Álvaro, y empezó a leerlo. En mi informe, que correspondía al brazo de San Esteban, Agustín detallaba que la prueba del carbono 14 establecía con claridad que el paño de terciopelo que cubría el fragmento de candelabro había sido elaborado en el año 1490, con un margen de error del 0,1 %. Continué leyendo con gran expectación.

—... mediante el análisis cuantitativo realizado con la técnica PIXE, se extrae la composición química de la muestra. De los porcentajes cuantitativos de oro (Au), plata (Ag) y

*cobre (Cu), así como de la presencia de elementos traza significativos, tales como platino (Pt) y Bismuto (Bi), se puede concluir, con una certeza del 98 %, que el material muestra fue extraído de los yacimientos auríferos situados en la región africana de Nubia, denominada también Baja Etiopía, entre Egipto y Sudán...*

»¡Es oro nubio! —exclamé con euforia.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó desconcertado Álvaro.

—¡Pues que puede proceder de las legendarias minas de la reina de Saba! —grité con alegría—. ¡Regaló toneladas de oro al rey Salomón!

—Entonces coincide, ¿no? —volvió a preguntar Álvaro—. El candelabro es el del Templo de Jerusalén.

—Bueno, hay que ser cautos antes de afirmar eso —nos indicó Agustín, enfriando nuestro entusiasmo—. Seguid leyendo, por favor.

*—... se han analizado, mediante la técnica del carbono 14, varias muestras de restos orgánicos presentes en el receptáculo superior de cada uno de los brazos y se ha llegado a la conclusión de que la muestra más antigua se puede fechar hacia el año 412 d. C. Del análisis por espectrometría de masas se desprende que dichos restos orgánicos corresponden a una sustancia oleaginosa, que se puede caracterizar como aceite de oliva...*

—¿Y esto qué quiere decir ahora? —inquirió de nuevo Álvaro.

—Pues lo que has leído —le contestó el químico con cierta aspereza—: que el candelabro se usó en el siglo IV de nuestra era. Es la fecha más antigua constatada.

—¡Entonces no es el verdadero! —exclamé desencantada—. El oro puede proceder de las mismas minas, pero se fabricó siglos más tarde.

—Tranquila, Amelia, no hay que precipitarse nunca —dijo entonces Agustín, sorprendiéndome una vez más—. Dejádme estudiar este nuevo fragmento. Además, estoy trabajando en una nueva línea de investigación.

—¿De qué se trata? —pregunté curiosa.

—Lo sabréis cuando llegue a dominar la técnica —concluyó misterioso.

Tras extenderle un sustancioso cheque en pago por los servicios prestados, nos despedimos de él. Debíamos ir a la oficina principal de un banco que me había recomendado mi padre por su absoluta discreción.

No tuvimos ningún problema en alquilar una caja de seguridad. Tras ser informados, con tono de disculpa, de las principales leyes en contra del blanqueo de dinero, Álvaro y yo firmamos por triplicado los contratos, puesto que había insistido en que lo inscribiera como persona autorizada para poder acceder también él a la caja. Este último requisito duplicaba el coste del servicio, pero lo aboné sin rechistar, pensando que de esta forma Álvaro se sentiría mejor, más un

socio que un subordinado. Un trabajador nos acompañó hasta los sótanos de la entidad bancaria. Una vez allí, colocamos con cuidado, en la caja que nos indicó, los estuches de cuero que guardaban las dos piezas ya estudiadas. El hombre permaneció con prudencia en la puerta esperando a que acabáramos. No hizo ninguna pregunta acerca del contenido. Al salir nos entregó una hoja doble, como las que dan para las tarjetas de crédito, troquelada por los extremos con una clave de ocho cifras.

Una vez guardados los fragmentos a buen recaudo, nos dirigimos hacia Ávila, donde esperábamos encontrar al resto del equipo entregado de lleno al trabajo. Sin embargo, al llamar por teléfono a Asun para anunciarle nuestra llegada, me dijo que ellos estaban en el hotel y que nos esperaban allí.

—¡Vaya! ¿Por qué no estáis ya trabajando?

—¡Ya lo verás cuando llegues! —me contestó—. ¡Te vas a llevar una sorpresa!

En efecto, así fue. Al entrar con el coche a las murallas, por una de las puertas por las que estaba permitido el tráfico rodado, retrocedimos de repente al siglo XV. Nos encontramos las calles repletas de gente, en su mayoría turistas. Disfrutaban viendo deambular aquí y allá a actores disfrazados con calzas y jubones y a hermosas doncellas luciendo sedas y brocados. Habían dispuesto un mercadillo medieval, y los volatineros se mezclaban con los vendedores de productos artesanales de todo tipo, desde jabones a empanadas de carne. No faltaba un detalle. Pudimos ver a musulmanes vestidos con chilaba y turbante y a judíos con holgadas túnicas y curiosos sombreros. Me hizo gracia ver una reata de burros, que llevaban resignados a un grupo de niños, felices y chillones, montados a horcajadas sobre sus lomos.

Nos quedamos asombrados al ver el gentío. A duras penas lográbamos avanzar, y tuvo que acudir en nuestra ayuda un guardia municipal, bastante malhumorado al principio, que nos indicó que era una locura tratar de pasar con el coche por allí. Le dijimos que tratábamos de llegar a nuestro hotel, elegido por Asun esta vez. Situado en el mismo corazón de la ciudad, ocupaba un antiguo palacio del siglo XVI. El municipal nos informó de que, por suerte para nosotros, el hotel tenía aparcamiento. Si no, nos habría hecho retroceder. Nos abrió paso hasta allí y, cuando me despedí agradecida, tratando de darle una propina que no aceptó, nos explicó orgulloso que estaban celebrando las jornadas de las tres culturas, que durarían todo el fin de semana, y que procuraríamos disfrutar de ellas.

Subimos a las habitaciones, donde Asun y un filosófico Günter aguardaban a la espera de instrucciones.

—Como comprenderéis, Günter se ha negado a trabajar en estas condiciones —nos explicó Asun, hablando por él.

—En fin —respondí entonces con optimismo—, habrá que esperar a que pasen estos tres

días. Ya comenzaremos a trabajar cuando acaben las jornadas. Mientras tanto, vamos a disfrutar de los festejos y a dar un paseo en burro —bromeé.

—Eso nos lleva a la segunda parte, Amelia —me dijo Asun preocupada—. Mira, lee el permiso que nos ha dado el Ayuntamiento. —Estiré el brazo para coger el papel que sacó de una carpeta y, al ver su contenido, abrí los ojos con incredulidad.

—¡No es posible! ¡Solo nos conceden el permiso para tres días, y son justo ahora, coincidiendo con las dichas jornadas!

—La parte de la muralla en la que vamos a trabajar está invadida por los turistas; es imposible hacer nada —explicó Günter abriendo la boca por primera vez.

—¿Y por qué nos dan solo tres días? —preguntó entonces Álvaro—. ¿No podemos prorrogar el permiso?

—Parece ser que no —contestó Asun—. Eso ya lo pensé cuando lo recogí. Por lo visto, el lunes empiezan a rodar una serie de televisión sobre la vida de san Juan de la Cruz, o algo así. Tienen concedidos los permisos desde hace un año, y el período de rodaje será de seis meses, más o menos.

Me dejé caer en una silla, desalentada. No podíamos buscar en esas condiciones.

—Tendremos que aguardar a que acaben los de la tele —dije resignada—. ¡Nos vamos! ¡Toca desmontar el campamento y marcharnos a buscar a otro lado! Ya volveremos aquí cuando podamos.

Nos quedamos mirando los unos a los otros con cierta tristeza, hasta que Asun dijo que tenía una idea. La animé a que nos la contara, pese a los bufidos de Günter, al que, por lo visto, le parecía una tontería.

—He ido a ver la zona de trabajo —dijo Asun—. Está un poco alejada de los sitios más turísticos, pero tiene un jardín precioso. Podemos instalar un tenderete para vender cualquier cosa, y así tapamos a Günter, que podría trabajar disfrazado de operario del Ayuntamiento, o algo semejante. Los demás distraeríamos a los turistas ofreciéndoles chucherías o representando algún teatrillo.

Cuando acabó de hablar, nos dejó sin palabras. Günter ya había expresado su opinión, y Álvaro la miraba incrédulo, como si se hubiera vuelto loca. Tras unos segundos de estupor, solté una carcajada. Asun nos miró a todos, ofendida, diciendo que quien tuviera una idea mejor que la contara. Tras enjugarme unas lágrimas de risa, empecé a pensar que a lo mejor no era tan descabellado. Al fin y al cabo, solo serían tres días. Allí no nos conocía nadie, y hasta podía ser divertido. Asun, al verme animada, siguió contando que se había hecho amiga de uno de los artesanos, y que no le molestaría prestarnos algo de mercancía para dar más verosimilitud al puesto.

—¿Y qué es lo que venderíamos? —preguntó Álvaro mosqueado—. ¡Porque no

pretenderás que sean churros!

—No —contestó Asun inmune a las ironías—. Salvador vende pendientes, colgantes y bisutería de cerámica. Los fabrica él mismo con motivos étnicos. Yo podría atender el tenderete, y Amelia y tú representar algún fragmento de teatro, como *Don Juan Tenorio*. Así, mientras distraemos al respetable entre los tres, Günter puede ir pasando la máquina de ultrasonidos.

No les valieron de nada las protestas a los chicos, que no estaban muy convencidos. Al final, Günter se resignó a ponerse un mono azul de trabajo, que tenía olvidado en un rincón de la furgoneta. Lo adaptamos con una pegatina del escudo de la ciudad, que compramos en una tienda de recuerdos. Entre bromas y veras dijo que cobraría un suplemento por trabajar de esa guisa.

Le pedimos a un asombrado Salvador que trasladase su puesto al jardín de Mosé de León. Al principio no le gustó la idea, pero cuando supo que sería el único tenderete de la zona y que le ofrecía, además, una compensación económica por las posibles pérdidas, no puso más objeciones. Tampoco pareció importarle que fuera Asun la que atendiera sola el tenderete. Con el dinero en el bolsillo, se fue más contento que unas castañuelas a tomar un vino en la taberna más cercana, disfrazado de buhonero.

Asun se engalanó con una blusa blanca, una larga falda verde, un justillo negro, que resaltaba sus encantos, y un pañuelo en la cabeza. Enseguida empezó a atender el puestecillo, disfrutando de lo lindo con la tarea porque descubrió su vena de comerciante. Quien más se opuso fue Álvaro, al que no le hacía ninguna gracia disfrazarse. Al fin cedió cuando le aseguré que no lo reconocería nadie.

Todo nuestro repertorio teatral se redujo a algunas escenas de la divertida obra de Pedro Muñoz Seca: *La venganza de don Mendo*. Camuflado de manera conveniente con la larga barba del conde don Nuño, Álvaro ofrecía una acertada réplica a la veleidosa Magdalena, encarnada por mí. Al comienzo, leíamos directamente el texto que llevábamos apuntado en un papel, pero a fuerza de repetirlo una y otra vez lo aprendimos de memoria. Me sorprendió la calidez de la gente y lo dispuesta que estaba a divertirse con nuestro espectáculo. Empezó a gustarme la sensación de verme rodeada de corrillos de personas, público poco exigente que agradecía cualquier chiste con grandes aplausos, de los que disfruté un montón.

Mientras tanto, Günter avanzaba lentamente recorriendo palmo a palmo el jardín. Por lo visto, el continuo trasiego de personas no afectaba tanto al aparato y logró contrarrestar su efecto con un filtro.

Llegó la mañana del domingo, y no habíamos logrado encontrar nada. Continuábamos representando nuestros respectivos papeles cuando alguien se acercó a Asun por detrás para darle una sorpresa: se trataba de Luis. Llegaba desde Soria para comprobar con sus propios ojos lo que ella le había contado por teléfono el día anterior, incapaz de guardar el secreto de nuestra última aventura. Nos alegramos mucho de ver al ingeniero, que se rio a carcajadas cuando nos vio con

aquellas pintas. Trató, sin mucho éxito, de ayudar a Asun vendiendo algún llavero, y al poco tiempo se convirtió en la sombra de Günter, que le explicaba entusiasmado los entresijos de la máquina.

Pasadas las dos de la tarde, la afluencia de gente comenzó a disminuir. Estábamos pensando en comer algunos bocadillos y volver deprisa en el momento que Günter y Luis se acercaron corriendo para que viéramos la pantalla del ordenador. Habían hallado un rectángulo del tamaño de una urna en una zona de césped próxima a uno de los cubos de la muralla. Por suerte para nosotros, no llegaba a afectar a sus cimientos. Entusiasmados, le pedimos al alemán un barrido más preciso. La imagen nos volvió a llenar de alegría. En ella pudimos ver de nuevo la piedra de siete ojos. La precisión era tal que se leía la inscripción hebrea *Jesed*, que traduje como ‘la grandeza o misericordia’, el cuarto Sefirá. El brazo que había dentro era el simétrico del de San Esteban de Gormaz.

Logrado nuestro objetivo, recogimos la máquina de ultrasonidos y la cargamos en la furgoneta. Decidimos esperar hasta la noche para extraer la urna, una vez se clausuraran oficialmente las jornadas y dejaran de pasar curiosos. Nos fuimos, cansados y felices, al hotel, donde disfrutamos de una buena comida, un aromático café y una amena sobremesa en la que nos contamos los detalles más graciosos de la mañana. Luis insistió en quedarse para ver cómo extraíamos la urna. Cuando le preguntamos si no tenía que trabajar al día siguiente, contestó que sí, pero que esto era mucho más emocionante y prefería pedir el día de permiso.

Concluida la tertulia, devolvimos el puesto a Salvador y le entregamos íntegra la recaudación de las ventas. Se quedó asombrado al ver que ascendía a una buena cantidad. Él nos sorprendió, a su vez, con un regalo que me emocionó. Tras preguntar a Asun, había reproducido, en forma de colgante, la piedra de siete ojos, y nos entregó uno a cada uno. Eran muy bellos, con una textura que recordaba al granito, brillantemente esmaltados. Fue una pena que solo hiciera cuatro, pero no tenía forma de saber que éramos uno más. Me resultó conmovedor ver que Álvaro cogía su colgante y, en un gesto de generosidad, se lo regalaba a Luis, que lo aceptó agradecido.

Vestidos ya con normalidad, aguardamos a que se fuera la gente paseando tranquilos por el jardín de Mosé de León, puesto que nos resistíamos a esperar en otro sitio. Había estado tan concentrada en la búsqueda que no percibí la reposada atmósfera que se respiraba allí. El jardín era en realidad un pequeño parque, distribuido en terrazas escalonadas, con azules romeros y violetas lavandas que perfumaban el aire. Algún banco, salpicado aquí y allá, tentaba al caminante a detenerse al pie mismo de las murallas, que proclamaban solemnes el pasado guerrero de la ciudad. Recorrimos el jardín con calma caminando por los escalones de piedra. Escudriñamos sus rincones disfrutando de sus aromas y descubrimos con sorpresa un pequeño monolito dedicado al padre del *Zóhar*, encarado hacia la puerta, que desgranaba en metal alguno de sus versos. Cuando nos cansamos de deambular nos sentamos en unas rocas colindantes con la muralla, al lado de la

puerta de la Malaventura. Desde aquella atalaya improvisada vimos desfilar a varios turistas, que asomaban como curiosos gorriones sus caras a través de la puerta. Recordé el poema grabado en el acero:

«Hay momentos en que las almas que están en el jardín  
suben y alcanzan la puerta del cielo [...].

Las almas se asoman para escuchar la melodía...».

Sonreí pensando en la profundidad del texto místico, representado de forma inconsciente por los visitantes, casi deseando percibir aquella música etérea. Plácidamente, sin prisa, contemplé a mi izquierda unas miserables casitas engalanadas con macetas de geranios, que ponían una nota de color. Parecían fuera de lugar, a pocos metros de las imponentes mansiones de piedra y los ambientes turísticos. La caída de la tarde, el silencio que poco a poco se había apoderado de la zona y la llamada lejana de las campanas de los conventos me provocaron una agridulce sensación de un ambiente desolado y triste, que aún esperaba a sus antiguos moradores. Saqué mi colgante y lo sostuve en la mano preguntándome cuáles serían los secretos que todavía guardaba la piedra de siete ojos. Noté, de repente, una ráfaga de aire y un frío insidioso me hizo estremecer. Me levanté meditabunda y llamé a los demás para ir en busca de la cafetería más próxima.

Era ya noche cerrada cuando conseguimos desenterrar la urna, alumbrados por la anaranjada luz de las farolas. Actuamos con bastante sigilo, pues aún deambulaban por allí algunos transeúntes despistados. Logramos llevar entre todos la urna hasta la furgoneta, aparcada extramuros, al otro lado del jardín de Mosé de León, tarea que requirió todo nuestro esfuerzo físico. Como resultaba más corto y más discreto, portamos la urna a pulso fuera de las murallas, atravesando la misma puerta por la que salieron los judíos cuando fueron expulsados. Mientras sudaba cargando con el peso, no pude dejar de pensar en la ironía que conllevaba que el brazo del candelabro saliera también por la puerta de la Malaventura.

A la mañana siguiente, mientras disfrutábamos del desayuno empezamos a planear la siguiente búsqueda. Habíamos decidido que el próximo lugar fuera Plasencia, pero Asun insistió en que fuéramos a Soria.

—¿Pero por qué? —le pregunté ingenuamente—. Plasencia está mucho más cerca. Desde aquí se puede llegar en una hora.

Asun me contestó con un elocuente gesto de cabeza dirigido hacia Luis, que en ese momento se servía de las fuentes del bufé ajeno a nuestras miradas.

—Está bien —contesté—. Ahora buscaremos en Soria.

Siguiendo la misma estrategia que la vez anterior, Álvaro y yo fuimos a Valladolid para dejar el nuevo trozo en la universidad y ver si Agustín había avanzado algo en la investigación. Asun, Günter y Luis se encaminaron a la ciudad de los doce linajes.

Sentada en el asiento del copiloto me quedé adormilada mientras mi novio conducía devorando kilómetros de carretera. De repente, sonó mi móvil y me sobresalté. Era un número oculto. Al descolgar, no se identificó nadie. Percibí un resuello y luego una voz ronca me intimidó amenazante.

—Vas a morir, zorra. —Y colgó.

Me quedé rígida, mirando el teléfono con incredulidad.

—Amelia, ¿te encuentras bien? Te has puesto pálida. ¿Es que pasa algo?

—No, no es nada...—tartamudeé.

—¿No es nada, y parece que has visto un fantasma? —volvió a insistir Álvaro.

—Alguien me ha amenazado de muerte —confesé sin dar crédito a lo que había oído.

Álvaro se puso serio y, al ver que temblaba, paró el coche en el arcén. Después me abrazó para que me calmara.

—No te preocupes —intentó tranquilizarme—, seguro que es una broma de algún crío.

—No, Álvaro —contesté todavía alterada—. Me han llamado con número oculto.

Entonces cogió mi terminal e intentó que la operadora le indicara quién había llamado, pero no lo consiguió.

—No te angusties —dijo cuando no tuvo más remedio que rendirse—. Habrá sido algún chalado.

Decidí no darle más importancia y continuamos el viaje. Traté de serenarme con una sonrisa ficticia. Quienquiera que hubiese sido me había dado un buen susto.

Nos encontramos con Agustín y nos dijo que los resultados eran los mismos que la vez anterior, pero que le dejara los fragmentos un poco más porque todavía le quedaba una prueba. Le entregamos el trozo hallado en Ávila y afirmó alegre que era una pena que solo hubiera siete, ya que con alguno más habríamos financiado otra nueva ala de la facultad y pondrían mi nombre en una placa. A Álvaro no le hizo gracia la broma, y nos fuimos de allí a toda prisa, antes de que discutieran.

Tras recibir una llamada de felicitación del señor Ackerman como respuesta al mensaje que le había dejado en el Ministerio, nos encaminamos al parque del Castillo, en Soria, donde esperábamos que Günter y Asun hubieran comenzado ya a trabajar.

Al estudiar la correspondiente estrofa, dedujimos que el fragmento tenía que estar, por fuerza, escondido en el cerro del Castillo.

*El viernes por ir al agua  
corrió una oveja hasta el río,  
resbaló por el sendero  
que bajaba del castillo.  
Un hombre la recogió,*



*que Saturno se llamaba,  
con un gran entendimiento  
dijo que me la cuidaba.*

El castillo, o más bien los escasos restos que quedaban de él, estaban situados en el cerro que lleva su nombre, al que algunos llaman todavía monte Oria. La ciudad había sufrido, con inusitada dureza, la invasión de las fuerzas napoleónicas. Para evitar que cayera en manos enemigas, el general Durán mandó arrasar el castillo y sus murallas. Desde lo alto del cerro, los tristes despojos de tamaña barbarie desafiaban orgullosos el paso del tiempo. La aljama de Soria había crecido alrededor de este castillo, al abrigo de su torre del Homenaje y protegida por la muralla interior. A pesar de su importancia, apenas quedaba algún vestigio que señalara que en otro tiempo floreció allí una pujante judería.

Queríamos empezar los trabajos en aquella zona, convencidos de que el siguiente fragmento tenía que estar oculto en aquel lugar, en concreto en la ladera este, la que miraba hacia el río, que fue ocupada en otro tiempo por la comunidad hebrea. El desconocido autor del romance había dado la pista de Saturio, cuya ermita se encontraba justo enfrente, a la otra orilla del Duero. Cuando llegamos al parque nos encontramos con una nueva dificultad. Si en Segovia nos frenó el rabino y en Ávila los turistas, en Soria los obstáculos tenían forma de máquinas. Habían rehabilitado recientemente el Parador Antonio Machado para adaptarlo a las necesidades del siglo XXI y querían mejorar los accesos. Trabajaban en el ensanche y reposición del firme de la carretera que conducía hasta allí y, lo que era aún peor, estaban iniciando el trazado de otra segunda, que descendiera en zigzag hacia el paseo de San Prudencio y atravesara toda la ladera este, salpicada de pinos y encinas jóvenes. La intención era que esta segunda vía aliviara el tráfico de la primera, y que ambas tuviesen sentido único. Pudimos ver, con horror, cómo habían empezado el desmonte de los terrenos. Las excavadoras rugían amenazándonos con sus dientes de metal, arrancando mordiscos de tierra que depositaban en montones. No tuve que buscar muy lejos para descubrir a Asun, que vociferaba junto al que parecía el encargado de la obra. Günter esperaba con paciencia, rayando el pasotismo, mientras se fumaba un cigarro apoyado en el tronco de un pequeño pino. Me acerqué a los que discutían y, como los ánimos estaban ya un poco exaltados, me costó llegar a la conclusión de que la contrata tenía los papeles perfectamente en regla y no pensaban marcharse de allí. El encargado me confirmó que iban a continuar con los desmontes, y que esa era su última palabra.

Para ser sincera, nunca me ha gustado la prepotencia, y creo que valerse del puesto para quedar por encima de los demás no es jugar limpio. Sin embargo, me hallaba ante un caso de fuerza mayor. Si no frenaba de inmediato las excavaciones, se destruiría un yacimiento arqueológico y, lo que era más importante para mí, podía llegar a dañarse el fragmento del

candelabro. Lo que no entendía era cómo habían podido obtener el permiso por parte de mi Servicio. Echando mano de toda mi arrogancia, me erguí mostrando el carné de funcionaria y dije la consabida frase:

—¡Usted no sabe quién soy yo! Enséñeme el permiso que le ha concedido Patrimonio para poder trabajar en lo que es claramente un yacimiento arqueológico.

Se me quedó mirando con incredulidad. Incluso leyó el carné para comprobar que era cierto lo que le decía. Lo acompañé ufana hasta el todoterreno, donde dijo tener la carpeta con los papeles, y rebuscando entre ellos me entregó un documento en el que pude leer el nombre de mi propio Servicio y reconocí la firma de mi jefe. La ausencia de un informe mío propiciaba que no hubiese ninguna causa que objetar al permiso concedido. Había estado tan entretenida todo ese tiempo buscando las piezas del candelabro que ni me paré a pensar que no había nadie más desempeñando mi trabajo. Los permisos se estaban concediendo de oficio, sin informe técnico. Enrojecí de vergüenza y le devolví el papel al jefe de obra reconociendo que estaba en regla. Pero no podía rendirme tan pronto. Me saqué otro as de la manga y le informé de que si en el transcurso de los trabajos encontraban algún resto arqueológico, por pequeño que fuera, debían parar la obra hasta que lo estudiáramos, y que pensaba quedarme por allí, vigilando. No se esperaba mi contrario este golpe bajo. Me miró con desdén, cerró la carpeta de golpe y se alejó de allí bufando.

Pedí a mis acompañantes que vigilaran las máquinas y estuviesen atentos por si desenterraban el más mínimo fragmento de algo. No podía parar la obra hasta tener motivos fundados. Pasamos la mañana observando el trabajo de las excavadoras. Como perros perdigueros, oteábamos la tierra recién levantada, ante la hostilidad de los operarios, a los que no hacía ninguna gracia vernos por allí. Por la tarde repetimos la ingrata labor hasta que anocheció. Nos fuimos a casa con la perspectiva de un madrugón al día siguiente para poder seguir el ritmo de los trabajos.

Había transcurrido ya media mañana y allí estábamos, soplándonos los dedos y sacudiendo los pies porque, a pesar de que la primavera acababa de llegar, el viento seguía siendo helador. Los trabajadores nos miraban, burlones, pasar frío, instalados cómodamente en las cabinas de sus excavadoras, que contaban con calefacción. Nos sorprendió gratamente que, con una palabra del jefe, se apiadaran de nosotros y permitieran que nos calentásemos las manos en la hoguera que habían encendido dentro de un bidón vacío de lubricante. Hubiera podido pensarse que aquel fue un gesto de cordialidad. Sin embargo, lo que buscaba el encargado era apartarnos por un breve tiempo de la zona de trabajo. Había visto nuestra debilidad y la aprovechó. Aunque no le sirvió de mucho la estrategia.

Logró congregarnos a los cuatro en torno a la hoguera, incapaces de resistir más el frío, cuando el fuerte ruido metálico de una de las excavadoras al chocar contra algo duro provocó que

todos volviéramos la cabeza hacia ella. Nos acercamos presurosos y descubrimos que la máquina había desenterrado una lápida grabada con caracteres hebreos. Habíamos encontrado evidencias de un cementerio. Aquello fue suficiente. Mandé parar la obra y le dije al jefe de la cuadrilla que tendríamos que estudiar el alcance del hallazgo. También le indiqué que podían trazar la carretera un poco más al sur, donde no existía ningún rastro de asentamientos humanos. El hombre se lo tomó con filosofía, sabiendo que aquello podía suceder de un momento a otro, y ya había avisado a sus superiores. Mandó recoger a sus operarios y, al cabo de media hora, se marcharon.

Con el camino libre por fin, comenzamos a buscar con empeño. Günter se puso a trabajar con la máquina de ultrasonidos mientras los demás cuadrículábamos el terreno. Estábamos a punto de terminar el entramado de los hilos señalizadores cuando recibí otra llamada en el móvil. Volví a ver las líneas discontinuas, que delataban un número oculto, y me empezaron a sudar las manos. Cuando logré descolgar, un susurro trató de amedrentarme.

—Deja de buscar, zorra, o morirás. —Y se cortó la comunicación.

Respiré profundamente, buscando tranquilizarme, pero el corazón me latía desbocado. Álvaro se acercó a mí y, aunque traté de engañarle esbozando una sonrisa trémula, leyó en mis ojos que estaba aterrorizada. Le conté en voz baja que alguien me había vuelto a amenazar muy en serio y que exigía que suspendiese la búsqueda. Le rogué que no dijera nada a los otros, no fuera a asustarlos. Cogió mi móvil en silencio y trató de ver quién me había llamado, pero fue en vano. Me devolvió el aparato soltando una maldición.

—No irás a echarte atrás por esto, ¿verdad? Estamos muy cerca.

Cuando llegó la noche, Álvaro decidió dormir en mi casa. Traté de quitarle importancia diciendo que estaría bien y que no hacía falta, pero mi novio no se dejó convencer. En mi fuero interno se lo agradecí enormemente, pues el susurrante había conseguido asustarme de verdad.

Después de cenar estuvimos elaborando conjeturas. ¿Quién querría que dejara de buscar? Álvaro estaba convencido de que era el conservador del museo, Sebastián, pero yo no estaba muy de acuerdo.

—No creo que llegue a ser tan ruin —le dije—. Es mala persona, pero no tan infame.

Rememoré entonces mi primer enfrentamiento con Arces en el bar. Recordé que me acusó de haber dejado desprotegido el tesoro, y en ese momento volvió a mi cabeza el extraño robo del Servicio. Solo la suerte quiso que no pudieran llevarse la urna.

—¿Ves?, seguro que fue él quien organizó el robo en tu oficina —remachó Álvaro cuando le expuse mi sospecha.

Yo no estaba tan segura. Era imposible que el robo del trastero lo hubiera planeado Arces. Además, estaba el asunto del incendio del ordenador. ¿Estaría todo relacionado de algún modo? Estuvimos un rato más planteando interrogantes y me fui poniendo cada vez más nerviosa. Al ver mi estado de ánimo, Álvaro trató de distraerme y de que me relajara haciéndome reír. Logró que

sonriera a medias contándome chistes de dudosa gracia hasta que llegó la hora de irse a dormir.

—Es mejor que descanses lo que puedas —me indicó cuando le señalé el dormitorio.

Se acomodó en el sofá, se cubrió con una manta y cerró los ojos. Ante aquel caballeroso gesto, le di un beso, conmovida, y me fui a la cama algo más tranquila por estar acompañada.

A la mañana siguiente proseguimos trabajando de forma concienzuda, pero las amenazas habían hecho mella en mí. Perdí toda mi alegría e incluso parte de mi educación. Günter enarcó las cejas sorprendido cuando, en un momento dado, le dije con aspereza que se diera prisa con la dichosa máquina. Después le pedí disculpas. Se encogió de hombros, despreocupado, y siguió con su tarea.

Le llevó tres días descubrir la ubicación de la nueva urna, pero Günter lo consiguió con la precisión acostumbrada. En su interior encontramos un largo fragmento, correspondiente a uno de los extremos del candelabro. La inscripción en hebreo correspondía a la palabra Biná (entendimiento), que daba nombre al tercer Sefirá.

Se había convertido en una costumbre celebrar cada hallazgo con una comilona. En este caso fue una opípara cena, en la que también participó Luis. Sin embargo, en los postres, después de leer un mensaje de entusiasta felicitación del señor Ackerman, Asun nos anunció que no podía acompañarnos en la búsqueda siguiente porque su madre se había puesto enferma y quería acompañarla a una serie de pruebas, temiéndose algo grave. Nos quedamos todos callados, sin saber qué decir. En ese momento, Günter empeoró la cosa con la noticia de que él también debía volver a Alemania con la máquina, puesto que tenía que pasar por un ajuste general.

—Estos cacharros son muy delicados y hay que calibrarlos cada poco tiempo —dijo en un castellano muy mejorado—. No tardaré más de una semana.

Así que nos fuimos a dormir con la dulce sensación de haber encontrado otro fragmento, pero con la tristeza de haber perdido a la mitad de la expedición.

Una vez más, llevamos el trozo nuevo a Agustín, que lo recogió tan entusiasmado como siempre. Álvaro decidió esperarme en la cafetería de la facultad porque no le gustaba nada el químico. Pensé que era mejor así para evitar discusiones, aunque me parecía que mi novio se estaba poniendo celoso de un modo ridículo. Agustín me entregó un informe metalotécnico, que me dispuse a leer.

*—... la concavidad, las direcciones de las fracturas y la similitud de los planos de falla parecen indicar que todos los fragmentos se partieron de un único impacto por su parte más frágil, la unión de los brazos al pilar central...*

—Se partió de un único golpe —tuvo que explicarme—, lo que parece indicar que no lo rompieron deliberadamente.

Cuando nos despedíamos, ya en el pasillo, Agustín me preguntó si habíamos tenido algún incidente más. Le contesté, irónica, que si no le parecían suficientes nuestras últimas aventuras, y

si las amenazas de muerte se podían clasificar como incidentes. Se puso muy serio al oírme decir esto. Terminé de explicarme y me preguntó si no sería mejor que abandonara. Le indiqué que no, que no habíamos sufrido ningún otro intento de robo ni nada más extraño, y las amenazas no conseguirían que me echara atrás. Sin embargo, no vi que mis palabras lo tranquilizaran. Me dio un par de besos, me dijo que tuviera cuidado y volvió a entrar a su laboratorio.

En la siguiente etapa de nuestra búsqueda llegamos a Plasencia Álvaro y yo, los únicos supervivientes del equipo de trabajo. Tras dejar el equipaje en un céntrico hotel nos dispusimos a dar un primer paseo por la majestuosa ciudad extremeña. Al salir a la calle noté una singular sensación de desamparo, como si no supiera muy bien por dónde empezar.

Habíamos estudiado con profundidad el romance. La estrofa de Plasencia se refería claramente a una escuela o universidad.

*El martes crucé la puerta  
de la ciudad del placer  
buscando quien me enseñara  
gramática para aprender.  
El sabio que me ilustró,  
cuando el precio pregunté,  
una oveja demandara,  
no cambió de parecer.*

Sabíamos que en Plasencia se habían impartido estudios de humanidades en unas escuelas, que habían alcanzado el rango de universidad, ligadas a la figura de Juan de Carvajal, un obispo del siglo XV. Lo que no pudimos encontrar fue rastro alguno de ellas.

Según avanzábamos por las tortuosas callejuelas, tuve la impresión de que alguien nos seguía y me di la vuelta varias veces, inquieta. Álvaro trató de quitarle importancia diciendo que eran imaginaciones mías, pero en dos ocasiones también él miró para atrás furtivamente. Deambulamos por la ciudad buscando alguna pista que nos condujera a las famosas escuelas. Preguntamos en las calles donde se asentó la antigua judería de la Mota, pero nadie nos supo dar razón. Nos acercamos incluso al cementerio judío del Berrocal, aunque sin el auxilio de la tecnología nos sentimos indefensos. Sabíamos por el romance que ese no era el sitio adecuado para buscar, pero queríamos verlo antes de descartarlo.

Cansados de dar vueltas, consultamos en la oficina de turismo, donde una guía de lo más amable nos confirmó lo que ya temíamos: la mayoría de edificaciones de aquella época, ligadas al obispado, se derribaron para ampliar la catedral. Al igual que otras muchas casas de la judería vieja, las antiguas escuelas podían yacer sepultadas bajo los adoquines de la plaza de la Catedral. Al salir de la oficina creí ver a un hombrecillo husmeando. Se sintió observado y se ocultó en una

travesía próxima. Asustada, se lo señalé a Álvaro, que salió corriendo detrás de él.

—No he podido pillarlo —me confesó sin aliento cuando logré alcanzarlo.

—¿Por qué crees que nos está siguiendo? —pregunté alarmada.

—Pues no lo sé —respondió muy serio—, pero como lo vuelva a ver se va a enterar —cambiando de tono, trató de quitarle importancia con una de sus bromas—. Puede que sea un admirador, cielo. Te voy a tener que espantar a los moscones.

Le dije que no fuera bobo y que no me tomara el pelo, pero agradecí su apoyo.

Tras el susto y la carrera, desfondados, nos sentamos para descansar unos minutos en la plaza de San Nicolás, en las escaleras de la iglesia, cuyo titular era el santo obispo de Bari. El agradable sol primaveral, el esfuerzo por la carrera y el rumor musical de una fuente coronada por un enorme globo terráqueo despertaron en mí unos deseos irrefrenables de beber agua. Desprendiéndome de mi chaqueta crucé la calle en dirección a la fuente, donde un anciano que acababa de llegar nos contemplaba con curiosidad, sentado al borde del agua, apoyado en su bastón. Me resultó curioso verlo vestido de manera tan impecable, con una chaqueta azul marino cruzada de botones dorados y una raya perfecta en el pantalón.

—Disculpe —le pregunté educada—, ¿esta agua se puede beber? —El anciano pareció quedarse hipnotizado mirando mi colgante.

Después de varios segundos, contestó titubeando.

—Sí, sí, es potable.

Me miró mientras bebía el agua de la fuente. Cuando acabé me despedí de él saludándolo con la mano. Para mi sorpresa, me cogió del brazo y me formuló una pregunta que me dejó petrificada.

—¿Eres tú el rey de tréboles?

## Capítulo 9

Plasencia, primavera de 2008

—Perdone, ¿qué me ha dicho?

—Te pregunto si eres tú el rey de tréboles —contestó el anciano—. Discúlpame, nunca imaginé que fueras tan joven.

—¿Y qué si lo soy? —respondí molesta.

—Entonces, fuiste tú la que publicaste una consulta en Internet preguntando por el mismo símbolo que llevas colgado al cuello, ¿no es así?

—Sí —respondí con cautela.

—¿Me permites? —suplicó señalando el colgante de la piedra de siete ojos.

Me lo quité y lo puse en sus manos, todavía sorprendida. Pude ver cómo se le empañaron los ojos al anciano con emoción contenida.

—Dime, hija mía —volvió a preguntar con dulzura—, ¿conoces el significado de esta piedra?

No contesté, nos quedamos en silencio mirándonos fijamente. Cada uno de nosotros quería averiguar lo que sabía el otro. El recuerdo de mi ordenador en llamas me obligaba a no bajar la guardia. Sin embargo, en sus ojos arrugados advertí una mezcla tal de resolución e integridad que decidí confiar en él. Al final, respondí a su pregunta.

—Se trata de la piedra de los siete ojos, según se cuenta en la Biblia, en el libro de Zacarías.

—Ya —contestó con humor el hombre—, eso ya lo sé porque te lo he dicho yo. Sin embargo, lo que la Biblia no describe es la forma de la piedra. ¿De dónde has sacado esta imagen?

—¿Por qué quiere usted saberlo? —interrumpió entonces Álvaro, que se había cansado de esperar.

—Tienes razón, dejémonos de tonterías —volvió a decir—. Me has mostrado la piedra de siete ojos con su imagen original. Solo te falta la clave.

—¿La clave? —preguntó Álvaro extrañado.

Pero yo intuí de forma clarividente la idea del anciano. Respondiendo a su petición, recité de memoria la estrofa del romance que correspondía a Plasencia y aguardé expectante su reacción. Decir que se alegró sería quedarse corto. En su cara se podía leer el júbilo y, de repente, empezó a exclamar:

—¡Bendito sea el Señor de los ejércitos, que me ha liberado de mi carga! ¡Bendito sea!

¡Por fin puedo recobrar la paz! ¡Loado sea su santo nombre!

Lo miramos asombrados. Cuando volvió en sí se dirigió a nosotros con alegría desbordada.

—Venid conmigo, hijos míos, yo os mostraré lo que buscáis. ¡El Señor ha escuchado mis oraciones y por fin permite mi descanso!

Nos condujo, perplejos, hasta su casa, una antigua mansión solariega situada en la misma plaza Mayor. Una vez allí, lo primero de todo, nos invitó a comer. Ante su insistencia no tuvimos más remedio que aceptar. Entramos en el comedor y nos sentamos a una magnífica mesa de roble, con las patas talladas en forma de león, pulida de tal manera que pude reflejarme en ella.

Acudió a servirnos una doncella joven, que parecía sacada de una casa señorial del siglo XIX. Vestida rigurosamente de negro con un traje hasta las rodillas, lucía una coqueta cofia blanca, y ni uno solo de sus cabellos osaba amotinarse. Me llamó mucho la atención el detalle de sus guantes blancos, con los que manipulaba experta los servicios de mesa. Nos sirvió una exquisita sopa de trucha, que provenía de una humeante sopera de porcelana blanca, seguida de un guiso de caza.

—Si los señores lo desean, pueden probar el lenguado a la *meunière* —nos dijo la chica.

Saboreamos con fruición los delicados platos y fuimos sorprendidos de nuevo por lo que la doncella llamó una «fantasía de postres», servidos en carrito, como se hacía en los hoteles, pero que nunca había visto en una casa particular. Al concluir la comida, nuestro anfitrión nos preguntó qué bebida preferíamos tomar. En el salón, se acercó a una licorera con forma de globo terráqueo mientras enumeraba una lista interminable de licores y ambrosías. Álvaro eligió un coñac gran reserva y yo me decanté por un vino de Oporto, que me evocó el sol y el otoño al olerlo por primera vez. Se disculpó por no acompañarnos con un licor y tomar solo una infusión. Al parecer, tenía la digestión un poco delicada. Cuando apuró el último sorbo, nos empezó a contar.

Se presentó como Alonso Pérez Coronel, y descendía de una antigua stirpe. Por lo visto, una de sus antepasadas fue María Coronel, la mujer de Juan Bravo, un comunero que luchó en Villalar contra las fuerzas imperiales de Carlos I.

—Desciendo en línea directa de Fernán Núñez Coronel, el que fuera tesorero mayor de la reina Isabel de Castilla —siguió contando—. En realidad, se llamaba Abraham Seneor y era judío. Se convirtió al cristianismo para evitar la expulsión de 1492 —confesó con un poco de vergüenza—. Él fue quien impuso la tarea a sus descendientes de custodiar una urna. Hemos transmitido el secreto de generación en generación. Cuenta la historia familiar que la urna contiene una reliquia sagrada de la religión judía, pero no lo sé con seguridad. Jamás la hemos abierto. Teníamos la obligación de guardarla hasta que se presentara alguien que pudiera identificarse con



el símbolo de los siete ojos y recitara el poema. No podíamos entregarla a nadie más.

Se dirigió al retrato de una mujer madura, situada en el sitio de honor del salón, sobre la chimenea. Sus ojos se llenaron de tristeza al contemplarla.

—Es mi mujer, Ana —dijo en voz baja—. Murió hace ya diez años.

De pronto, desplazó el cuadro hacia la izquierda, con la ayuda de unos ingeniosos carriles que facilitaban la tarea, y dejó al descubierto una caja fuerte, que abrió para mostrarnos algo de su interior. Con sumo cuidado, nos entregó un pergamino protegido con un cristal irrompible. Reconocimos el símbolo de la piedra de siete ojos y la estrofa del romance que se refería a Plasencia.

—No sabéis el alivio que siento gracias a vosotros —continuó tras guardar de nuevo el pergamino—. Esto es algo que llevo esperando toda la vida. Por desgracia, Ana y yo no tuvimos hijos, y mis dos hermanos también murieron sin descendencia. Soy el último de mi nombre. No tenía a quien legar el secreto de la familia, y esta circunstancia estaba amargando los últimos años de mi vida.

—Oiga, don Alonso —le dije—, ¿nunca ha tenido curiosidad por conocer lo que hay dentro de la urna?

—Todos los días —contestó entonces el anciano—, pero nadie de mis antepasados la abrió, y yo no he sido menos. Por lo visto, su contenido tiene un poder tal que, si cayera en malas manos, podría originar un desastre. Se nos ordenó que procuráramos defenderla de una oscura secta medieval llamada la Hermandad del Tercer Templo, que lleva intentando robarla desde los tiempos de mi antepasado Seneor. Algunos de mis parientes murieron por su causa.

—¿Y sabe si esa hermandad sigue existiendo? —preguntó entonces Álvaro.

—Pues no lo sé con exactitud —contestó—. Yo nunca he sufrido su ataque. Solo sé que no habéis sido los únicos en interesaros por la urna. Alrededor de dos meses antes de que contestara a tu consulta, rey de tréboles, alguien ofreció mucho dinero por una urna similar que se vendía por Internet. Yo también intenté comprarla, incluso contacté con el vendedor y llegamos a un acuerdo, pero no acudió a la cita. Desapareció del mapa.

Álvaro y yo, al oír las palabras del anciano, nos miramos con elocuencia a los ojos. Los dos pensamos a la vez en Eduardo Bárcena.

—Oiga —volví a decir—, ¿no tendrá un ordenador por ahí?

—Pues sí —me contestó algo perplejo ante mi capricho.

—Si quiere, le puedo enseñar las fotografías de otras cinco urnas con la piedra de siete ojos y su contenido. Considero justo que se entere de lo que guardan.

Don Alonso se puso en pie como movido por un resorte. Me cogió de la mano temblando y me condujo hacia su estudio, al final de un amplio corredor acristalado, que cruzamos casi corriendo seguidos por Álvaro. Llegamos a una acogedora estancia en la que un clásico

mobiliario del siglo XVII se combinaba en sorprendente armonía con lo último en ordenadores. Me señaló su portátil, que descansaba sobre una escribanía de taracea, e inserté en él mi memoria USB.

Primero le mostré el documento que contenía el *Romance de las ovejas perdidas* y le expliqué que se había encontrado en el transcurso de la restauración de la casa de su antepasado Abraham Seneor. Le enseñé una foto de la Semá, con el mensaje oculto y el símbolo de la piedra de siete ojos en su encabezado. Se impresionó al saber que su clave formaba parte de un romance.

—¡Ya sabía yo que faltaba algo! —exclamó. Cuando vi la urna que subastaban en Internet descubrí que la mía no era la única, pero nunca pude imaginar que hubiera siete.

Después le mostré las fotografías de las urnas, haciendo hincapié en las palabras hebreas grabadas sobre ellas.

—Mire, en esta, que encontramos en Segovia, pone Netsaj: ‘la victoria de la vida sobre la muerte’. En esta otra, hallada en Riaza, está escrito Hod, que significa ‘el esplendor’. Son las Sefirot, las esferas del árbol de la vida. Según la Cábala, simbolizan el contenido de cada urna. Fíjese, en la suya estará escrita la palabra Jojmá con estos caracteres —se los mostré en pantalla—. Significa ‘la sabiduría o intelecto’.

Abrió los ojos de manera desmesurada y se caló unas delicadas gafas, que sacó de un pequeño estuche que llevaba en el bolsillo. Para facilitarle la tarea, se lo amplió con el zum del programa de visualización hasta que el texto en hebreo apareció en la pantalla a escala real. Se quedó pasmado.

—Así es —musitó—. Esas son las letras de mi urna. Las he contemplado cientos de veces, pero nunca se me había ocurrido buscar su significado.

Se quedó callado durante un buen rato, y no me atreví a romper sus ensoñaciones. Cuando pareció volver del pasado me preguntó, por sorpresa, que por qué buscaba las urnas. Inspiré antes de contestar que trabajaba para el gobierno de mi región y que había recibido el encargo a través de mis superiores. No le mentí del todo.

—Hemos sido contratados, por decirlo así, para localizar el contenido de las urnas.

—¿Me puedes decir entonces qué es lo que contienen? —suplicó don Alonso.

—Por supuesto. Mire, aquí tiene las fotos.

—Espera, necesito tomarme primero una pastilla. Mi corazón no es tan fuerte como antes y temo que la emoción me juegue una mala pasada.—Apretó un timbre.

Mientras yo manipulaba el ordenador para ir abriendo en la pantalla las distintas fotografías, apareció otra doncella, a la que solicitó sus pastillas y un vaso de agua. Esperamos a que se lo trajeran. Cuando por fin se sintió bien dispuesto, miró hacia la pantalla para ver las distintas fotos de los fragmentos del candelabro. Lo vi desconcertado.

—¡Pero, hija mía! ¿Esto qué es? —preguntó.

—Se trata de los fragmentos de un candelabro de oro —contestó Álvaro—. Creemos que son los trozos del candelabro del Templo de Jerusalén, el que fue saqueado por los romanos en el siglo I después de Cristo.

—¡No es posible! —contestó pálido el anciano—. ¡Estás bromeando! ¡Si eso es una leyenda, si se perdió hace miles de años!

—Bueno, en realidad —tercié yo—, hasta ahora hemos constatado científicamente que este candelabro se usó en el siglo IV de nuestra era y que se elaboró con oro procedente de la región de Nubia.

—¿Y por qué está partido? —preguntó con lógica don Alonso.

—No le puedo contestar —dije con sinceridad—. Solo sabemos que se partió de un único golpe, pero no si fue a propósito o se trató de un accidente.

—¡Si es el verdadero podría costar una fortuna! —exclamó el hombre sin salir todavía de su asombro.

—No se puede afirmar con certeza aún —contesté un poco triste—. Todo parece indicar que es una reproducción del siglo IV. Aun así puedo asegurarle que es una pieza de extraordinario valor histórico y arqueológico. Ha estado usted custodiando un verdadero tesoro en sí mismo. Su fragmento es el sexto que hemos encontrado. Cuando lo unamos al resto de las partes será el descubrimiento del siglo.

Me miró ensimismado, como si calculara algo. Entonces caí en la cuenta, alarmada, de que quizá no querría entregar su fragmento tan fácilmente. Lo miré a los ojos con atención fija y le dije:

—He sido honesta con usted, le he contado su verdadero valor. ¿Estaría dispuesto a cederlo en estas condiciones o tenemos que empezar a hablar de dinero?

—¡Me ofende usted, señorita! —replicó indignado—. Desde el momento en que usted me mostró la piedra de siete ojos y pronunció la contraseña, estoy obligado a entregarle la urna, con todo su contenido.

—Disculpe, don Alonso, no pretendía molestarlo. Pero entiéndame; ceder por las buenas un tesoro de esta envergadura no lo hace cualquiera.

—Disculpas aceptadas, hija mía. ¡Vamos, os lo mostraré!

Nos dirigimos hacia otra sala, en cuya puerta pudimos ver una cerradura electrónica. Don Alonso introdujo, con el pulso tembloroso, una combinación de números y la puerta se abrió automáticamente. Entramos en una austera habitación interior, sin ventanas, con las paredes desprovistas de todo adorno, que mostraban la piedra desnuda. En el centro vimos una urna del mismo tamaño que la que hallamos en Soria, reposando sobre un catafalco. Pasé los dedos por las

hendiduras del hipnotizante símbolo de la piedra de siete ojos y acaricié los caracteres que formaban la palabra Jojmá, tal y como había previsto.

—¡Aquí la tenéis! —exclamó don Alonso—. Podéis cogerla cuando queráis.

—¿Le parece si la abrimos y echamos un vistazo? —preguntó Álvaro con alegría.

—Yo no me atrevo, hijos; pero, por favor, ¡abridla vosotros! —salió al pasillo y volvió a llamar a una de las doncellas, que regresó enseguida con un martillo y un fino escoplo—. ¡Tenía estas herramientas preparadas en mi despacho desde hacía años! —confesó con ingenuidad—. ¡Pero nunca creí ver el día en que tuviera que usarlas!

Entre Álvaro y yo conseguimos, al cabo de un buen rato, desprender toda la argamasa que unía la tapa con el resto de la urna. La levantamos entre los tres, apoyándola contra la piedra desnuda. Don Alonso tragó saliva antes de retirar el paño de terciopelo negro que cubría la pieza, uno de los brazos extremos, simétrico al hallado en Soria. Contempló embelesado el brillo del oro y la bella factura del fragmento, señalando con dedos temblorosos la delicadeza de las doradas flores de almendro exquisitamente talladas. Le ayudamos a sujetarlo cuando se atrevió a cogerlo. No pudo contener las lágrimas, que rodaron temblorosas por sus mejillas. Tuvo que sentarse en una silla, que le llevó Álvaro del corredor, porque le flaqueaban las piernas. En ese momento sonó mi móvil.

—Dime, Agustín —contesté mientras salía al pasillo.

—¡Hola, Amelia! ¿Estás sentada? Te tengo que dar una buena noticia —me soltó con entusiasmo.

—Sí, te escucho —contesté impaciente.

—¿Has oído hablar de la palinología?

—Pues no, no sé de qué me hablas.

—Es igual, cuando vengas te lo explico. Lo importante es que gracias a esa ciencia he logrado demostrar que las piezas existían en el año 50 después de Cristo y que se encontraban en Jerusalén.

—¡¿De verdad?! —grité exaltada—. ¿Pero cómo?

—Ven a verme tú sola, si es posible. No hace falta que te traigas a ese novio tuyo. Te lo explicaré todo.

Terminé la conversación aturdida y también necesité sentarme un poco antes de volver con Álvaro y don Alonso. Cuando llegué hasta ellos, el anciano estaba preguntando a Álvaro si podía hacer una copia de la urna para guardarla como recuerdo. Mi novio se encogió de hombros diciendo que mejor me preguntara a mí. Le dije que, por supuesto, podía contar con ello. Es más, como en principio solo íbamos a llevarnos el trozo del candelabro, podía disponer de la urna para reproducirla. Ya nos la entregaría cuando acabara. Nos proporcionó un envoltorio para el fragmento y nos indicó que ya podíamos llevárnoslo.

—Antes de cogerlo tengo que contarle algo nuevo, don Alonso, y también a ti, Álvaro. Me acaban de informar de que el candelabro existía en el año 50 después de Cristo y que se encontraba, además, en Jerusalén —les dije.

—¿Entonces es el verdadero? —preguntaron a la vez Álvaro y el anciano.

—Sí, así es —afirmé con satisfacción—. Es el candelabro del Templo de Jerusalén. ¿Está seguro de que quiere entregarlo?

—Tengo dinero suficiente para vivir bien el tiempo que me queda. No necesito más. —Asintió solemne con la cabeza.

Aliviada, me acordé de dos preguntas que me estaban rondando desde hacía rato.

—Oiga, don Alonso, tengo curiosidad: ¿cómo nos encontró esta mañana y por qué guardaba usted la urna en su casa?

—Hija mía, en esta ciudad pasan pocas cosas sin que yo me entere. Fuisteis por ahí preguntando sobre las antiguas escuelas, y eso me puso en guardia. No pude resistirme a echaros un vistazo. En cuanto a por qué la guardo en mi casa, la respuesta es sencilla. El primer guardián había ocultado la urna en una de las casas de la universidad, pero fue derribada para ampliar la catedral. Así que otro de mis antepasados no tuvo más remedio que cogerla y llevársela a su casa. No la ocultó en otro sitio porque la clave señalaba que el lugar para buscar era la universidad. Pero esta ya no existía. No le quedó más remedio que obligarse, a sí mismo y a sus descendientes, a vigilar siempre por si alguien preguntaba por las antiguas escuelas.

—¡Pues menudo encarguito le dejó su antepasado! —exclamó Álvaro.

—¡No lo sabes bien! La promesa que le hice a mi padre me ha anclado a Plasencia. Ahora, por fin, soy libre para viajar y descubrir otros mundos. ¡Os agradezco tanto esta liberación!

Antes de marcharnos intercambiamos teléfonos y tarjetas. Me rogó que lo llamara cuando consiguiera encontrar el trozo que faltaba. Podía incluso financiar la restauración completa del candelabro. Le indiqué que no sería necesario. Dándole las gracias, emocionados, nos despedimos de él con un abrazo.

Aún sorprendidos por nuestro rápido éxito, al día siguiente emprendimos el camino de regreso a Valladolid, la última etapa de nuestra búsqueda y quizá la que más despistados nos tenía. Lo primero que hicimos cuando llegamos fue acercarnos a la universidad para ver a Agustín y que nos explicara cómo había logrado fechar las piezas. El análisis tenía una importancia trascendental y me resistía a creerlo.

Sin hacer caso a su petición, subimos juntos Álvaro y yo a su despacho con el trozo hallado en Plasencia. Nos recibió con menos entusiasmo del que yo esperaba debido, sin duda, a la presencia de mi secretario postizo. Nos indicó que nos sentáramos y empezó a soltarnos una conferencia sobre palinología, que resultó ser la ciencia que estudia el polen y las esporas, tanto actuales como fósiles. He de reconocer, para mi vergüenza, que debí de estudiarlo en su día, pero

no me acordaba.

—Los pólenes fósiles son muy resistentes —explicó—, aguantan muy bien las altas o bajas temperaturas sin perder su estructura; por eso se conservan a lo largo del tiempo. Se utilizan para datar las rocas y superficies en las que se fijan y para precisar en qué región se produjeron —como no preguntamos nada, siguió hablando—. He conseguido hallar algunos granos de polen en varios de los fragmentos, en los de Soria, Segovia y Riaza, para ser exacto. Mirad, esta es la pinta que tienen cuando se observan en un microscopio electrónico —dijo girando la pantalla del ordenador para que pudiéramos observarlos. Vimos entonces lo que parecían granos de café de brillante color verde—. Estos bonitos ejemplares me han permitido establecer la fecha en la que se alojaron en los resquicios de cada fragmento: el siglo I después de Cristo, hacia el año 50.

—¿Y cómo sabes que el candelabro es el de Jerusalén? —preguntó Álvaro sin poder contenerse.

—Me lo han chivado ellos —le respondió con burla, señalando la imagen de la pantalla.

Cruzaron una mirada poco amigable, que me obligó a intervenir.

—Bueno, Agustín, ya está bien, ¿cómo lo sabes?

—Porque he identificado a qué especie se corresponde el polen —contestó el químico sin poder reprimir su legítimo orgullo—. Resulta que es de una planta endémica de Israel, una especie de salvia, *salvia palaestinae*, para más exactitud —nos miró esperando a que alguno dijéramos algo.

—¿Y? —le animé a continuar.

—También recibe el nombre de Moria, como el mítico monte donde se dice que crecía en abundancia. ¿No sabéis cuál es?

—¡No! —contestamos a la vez Álvaro y yo—. ¡Acaba de una vez!

—Pues el monte Moria formaba junto con el monte Sión la explanada donde estaba enclavado el Templo de Jerusalén —solo un silencio asombrado le respondió—. La planta tiene siete brazos, como la menorá. No deja de ser irónico, ¿verdad? ¡Esta vez sí que me he ganado el sueldo!

No pude reprimirme y lo abracé enardecida dándole dos besos. Sin poderlo evitar, rompí a llorar por la impresión. ¡No podía creer que esto me estuviera sucediendo a mí! ¡La menorá verdadera, el auténtico candelabro de siete brazos! Había permanecido oculto durante siglos. ¡La leyenda mítica hecha realidad!

—Pero bueno —se burló con cariño un también conmovido Agustín—, ¿te has emocionado?

—No es para menos —respondí entre lágrimas—. ¿No te das cuenta de la relevancia de esto? La menorá no es un simple objeto, encarna simbolismos muy profundos —suspiré

recordando todo lo que había leído sobre ella—. ¡Es el resplandor que ilumina al mundo y guía al ser humano por el camino del bien!

—Muchas felicidades, Amelia —me abrazó con ternura Álvaro—. ¡No está nada mal para una principiante! —bromeó con los ojos brillantes de alegría.

Me resultó increíble reconocer que tenía razón. Una novata como yo había logrado encontrar una de las reliquias más deseadas de la historia, buscada durante generaciones por multitud de sabios. Me puse seria de repente cuando tomé consciencia de las repercusiones que nuestro descubrimiento implicaba. Recordando todos los incidentes que habíamos sufrido, estábamos obligados a extremar las precauciones y ser muy discretos. Acabamos nuestras efusiones y Agustín me firmó un nuevo recibo por el brazo entregado. Al salir me rogó que, ya que íbamos a investigar en la ciudad, lo avisara cuando encontráramos algo más.

Una vez en la calle, deambulamos con calma Álvaro y yo tratando de asimilar todavía los últimos acontecimientos, comentando felices lo sucedido. El móvil nos sacó de nuestra charla mostrando en su pantalla un número oculto. Me puse rígida y contesté con aprensión, temiendo una nueva amenaza. Escuché con gran alivio la voz del señor Ackerman, que me saludó respetuoso. Cuando me acabó de elogiar por el hallazgo del sexto fragmento, le conté que tenía más noticias y le resumí con brevedad los resultados de los análisis.

—¿Me está usted diciendo que el candelabro es el original? —preguntó incrédulo ante mi explicación.

—Eso indica el estudio —corroboré.

—No tengo palabras para agradecerle su trabajo, señorita Galván —dijo con tono de profunda satisfacción—. Continúe trabajando como hasta ahora, y sabremos ser generosos con su recompensa.

Terminamos la conversación y colgué el teléfono, pero no había acabado de guardarlo cuando volvió a sonar con insistencia. Pensando que al señor Ackerman se le había olvidado decirme algo, contesté de nuevo a la llamada.

—Furcia, deja ya de husmear —murmuró una voz desagradable—. Vas a morir... —Y se cortó la comunicación.

Tiré el teléfono al suelo, como si me hubiera mordido. Lo recogió Álvaro, preocupado por el terror que reflejé en la cara, e insistió en que nos sentáramos en una cafetería próxima porque me temblaban las piernas. Una vez que se aseguró de que no iba a desmayarme, se acercó a la barra para pedir un vaso de agua.

Me obligué a respirar y traté de distraerme buscando otra voz amiga. Llamé entonces a Asun para contarle nuestro último descubrimiento. Sus gritos de entusiasmo resonaron en la línea telefónica. Cuando terminó su alborozo, le pregunté si podía venir a Valladolid para buscar el último fragmento. Su presencia me daría nuevos ánimos. Para mi decepción, dijo que no, que aún

no habían terminado con las pruebas médicas de su madre. Al igual que Agustín, me pidió que la avisara si aparecía algo.

Álvaro volvió a la mesa con las consumiciones y me alentó a que llamara a Günter para saber cuándo volvía. Hablé con el alemán y me informó de que no habían terminado de revisar la máquina de ultrasonidos, pero que les faltaba poco. Me dio su palabra de que a la semana siguiente lo encontraría en el punto exacto en el que hubiera que buscar.

—Eso me gustaría saber a mí, dónde hay que buscar —le confesé a Álvaro mientras continuábamos nuestro paseo, una vez que me serené.

—Tendremos que estudiar de firme para averiguar dónde está escondido —dijo mi novio con entusiasmo.

Como llegaba la hora de comer, propuse a Álvaro que nos acercáramos a casa de mis padres, que estarían encantados de conocerlo.

—Podríamos establecer allí nuestro cuartel general —sugerí esperanzada—. Tenemos ADSL y no nos molestará nadie —dije evitando pensar en la cantidad de veces que mi madre abriría la puerta para ofrecernos café o galletas, o con cualquier otra excusa para comprobar que era cierto, que no había soñado, que su hija por fin tenía novio.

Álvaro aceptó sin poner objeciones y nos encaminamos hacia allí. Con una mezcla de alivio y expectación ante la idea de poder presentarle a mis padres, me sentí eufórica por dentro, olvidado por unos instantes el temor anterior. De pronto, sonó su teléfono y, al contestar, se le borró la sonrisa. Lo avisaban del hospital porque su tío estaba en estado crítico. Se disculpó por el cambio de planes y me rogó que lo perdonara, pero debía irse enseguida. Lo dejé marchar a regañadientes pensando, con poca caridad, que la llamada no pudo ser más inoportuna, y que su tío podía haber esperado un poquito más. Tras ver alejarse su coche en busca de la autopista a Madrid, me dirigí malhumorada a casa de mis padres.

Se llevaron una sorpresa al verme aparecer por allí entre semana, sin avisar. Tuve que inventarme que era festivo en Soria, patraña que dejó a mi madre satisfecha, pero que motivó que mi padre enarcara las cejas y me invitara a tomar el café en su despacho.

—Bueno, hija, cuéntame la verdad, porque deberías ser más imaginativa con tus excusas.

—¡Pues podría ser cierto, papá! —resoplé—. ¿Quién te dice que no estamos celebrando el santo patrón de los arqueólogos?

Me miró con media sonrisa y me animó con un gesto a hablar. Mi padre conocía la verdad sobre mis andanzas, entre otras cosas porque revisó el contrato que firmé con el señor Ackerman, tras asegurarme de que guardaría silencio. Así que le relaté de cabo a rabo nuestras últimas aventuras, incluido el encuentro con don Alonso Pérez Coronel, aunque me ahorré el asunto de las amenazas para no preocuparlo. Me felicitó por mis éxitos y me preguntó cuál sería el siguiente paso. Tuve que confesarle, con cierta humildad, que no tenía mucha idea de por dónde empezar la



búsqueda.

—Pregúntale a tu madre. Al fin y al cabo, nació en el barrio de San Nicolás.

—¿Y eso qué tiene que ver? —contesté yo.

—Pues que era la judería de Valladolid, hija. Menuda investigadora estás tú hecha. Pero mejor no, no preguntes a mamá, porque no le gusta reconocer que vivían allí; era un barrio demasiado humilde para ella. Quien tenía algunos libros sobre el tema era tu bisabuelo, el padre de la tía Merche. Puede que encuentres algo de interés entre sus trastos.

Le agradecí la idea. Me acercaría a su casa y, a la vuelta, buscaría algo más en la biblioteca.

Llegué al trastero donde yacían olvidados todos los recuerdos que atesoró la tía de mi madre. Tras echar un vistazo a las estanterías, abrí una a una las cajas de libros almacenadas, entresacando los ejemplares cuyo título me pareció más adecuado. Encontré varios que hablaban del barrio y de la historia de la ciudad en general, e incluso uno sobre las aljamas castellanas, algo que me sorprendió bastante.

Cuando volví a casa de mis padres juzgué que tenía ejemplares suficientes y decidí empezar a leerlos. Ya buscaría en otro momento en la biblioteca. Me daba pereza volver a salir una vez que me calcé las zapatillas. No había llegado a imaginar lo que se echaba de menos esa confortable sensación de hogar. Me arrebujé en el sofá con las piernas recogidas y cubiertas por una ligera manta de lana. Complacida por su suave calidez, salté dentro de los libros y dejé que pasaran las horas retrocediendo en el tiempo. Me traje de vuelta mi madre preguntándome si no pensaba ir a cenar con ellos. Volví a la realidad y me puse en pie de un salto.

—¿Es posible que sean ya las nueve?

Lo de ponerme en pie ha sido una metáfora, porque me enredé con la manta y me caí al suelo. Me entró un ataque de risa tonta y me quedé allí tendida. Mi madre me ayudó a levantarme. Me agaché para recoger los libros, que habían caído conmigo. De uno de ellos salió volando una vieja fotografía y la miré con curiosidad. En ella sonreían dos muchachas sentadas y un niño de pie, en una pose de estudio. El niño era mi abuelo, y una de las chicas —tuve que reconocer que se parecía mucho a mí— no podía ser otra que la tía Merche. Sin embargo, nunca había visto a la otra niña, que permanecía sentada con la espalda recta. Me acerqué al comedor y le tendí la foto a mi padre, que ya estaba sentado a la mesa.

—Oye, papá, ¿tú sabes quién es esta chica?

—Pues no —contestó tras observarla detenidamente—. ¿De dónde has sacado la foto? —preguntó con interés. Le expliqué cómo había salido de un libro tras mi aterrizaje en el suelo—. El niño parece mi suegro, que en paz descanse, y esta, tu tía Merche, pero a la otra muchacha no la había visto nunca. A lo mejor era una amiga. Pregúntale a tu madre.

Como la primera que entró en el comedor cargada con una fuente de croquetas fue Balbina,

le enseñé la foto y le pregunté a ella. Tuve que cogerla al vuelo, a la fuente, no a Balbina, porque casi se le cae de las manos.

—¿De dónde has sacado esa foto? —me preguntó acusadora.

—De un libro viejo —le contesté asombrada por su reacción.

—Mejor le preguntas a tu madre —volví a oír por segunda vez.

Así que cuando llegó y se sentó a la mesa, la interrogué escamada.

—¿De dónde has sacado esta foto? —casi me gritó mi madre. La preguntita se estaba convirtiendo en un estribillo. Lo que era simple curiosidad por mi parte parecía haberse convertido en un secreto de Estado.

—De un libro de la tía Merche —contesté muy intrigada—. Dime, ¿tú sabes quién es? —se lo pensó un rato y al final me contestó.

—Es mi tía Toñi, la hermana mayor de mi padre.

—¿Y cómo es posible que nunca haya oído hablar de ella? —pregunté estupefacta.

—Porque el abuelo la desheredó y la echó de casa tras una fuerte discusión. Fue un gran golpe para la familia. Yo tenía cinco o seis años. Se marchó dando un portazo y nunca volvimos a verla.

—¡Caramba! ¿Y por qué discutieron?

—No lo sé —reconoció mi madre—. Estaba prohibido hablar de ella, ni siquiera mencionarla. Jamás me lo contaron.

—¿Y no preguntaste por ella?

—Al principio sí, porque era mi tía favorita y me contaba unos cuentos fantásticos, pero como cada vez que la llamaba me castigaban toda la tarde, dejé de hacerlo.

—¿No has vuelto a verla? ¿Sabes si ha muerto?

—No lo sé —me confesó con pena mientras le caía una lágrima por las pestañas maquilladas—. Imagino que sí.

Cenamos en silencio tras haber descubierto el triste episodio familiar. Me hubiera gustado enterarme de algo más, pero Balbina se cerró en banda y no añadió nada a lo confesado por mi madre.

Pasé la semana siguiente trabajando sola en la biblioteca, ocupada en descifrar la estrofa que faltaba. El verso referido a mi ciudad relataba lo siguiente:

*El valle de los olivos*

*el sábado yo alcancé.*

*La reina con su corona*

*junto al puente se hizo ver*

*en los cimientos de un templo*

*que venía ella a poner.*

*Contemplando su belleza  
alguaciles me encontré,  
una oveja me pidieron,  
como impuesto yo pagué.*

La alusión a la reina podía referirse tanto a Isabel la Católica como al décimo Sefirá: Maljut, ‘el reino’. El puente no podía ser otro que el puente Mayor, el único que existía en aquella época. Sin embargo, lo que me despistó fue que no encontré ningún edificio asociado a la figura de la reina próximo al río. El más significativo, el palacio de Juan de Vivero, en el que se casó en secreto con Fernando de Aragón, estaba muy alejado de aquella zona. De todas las estrofas del romance, esta era la más críptica y me tenía muy despistada. Localicé en ella las referencias a la belleza, al reino, a la corona y los cimientos, que eran las Sefirot que integraban el pilar del equilibrio. Busqué otros posibles significados, ya que, con frecuencia, las palabras hebreas eran polisémicas. Logré encontrar que otra acepción de Yesod, el noveno Sefirá, era ‘justicia’, y que el décimo, Maljut, también podía interpretarse como ‘la proximidad de Dios’.

Alternando consultas en bases de datos o directamente en textos antiguos, de letra enrevesada, conseguí examinar la fecha de construcción de todas las iglesias, ermitas y humilladeros de la zona. Pero no encontré ninguna que se ajustara a las condiciones. O estaban demasiado lejos o se habían construido después. Busqué incluso referencias sobre algunas que ya no existían. Fue inútil. Isabel la Católica no había fundado ninguna por allí.

Recibí por entonces una llamada de Álvaro. Me preguntó si había logrado encontrar algo útil y si me habían vuelto a amenazar. Respondí que no a las dos preguntas. Me interesé por su tío. Lograron estabilizarlo, pero era cuestión de tiempo, por lo que no se separaba de la cabecera de su cama. Volvería en cuanto pudiera.

Una de esas tardes, cansada y con una gran frustración por no haber descubierto nada de provecho, salí del antiguo palacio que ocupaba la biblioteca para tomar el aire, tratando de inspirarme. El día había transcurrido lánguido, con una temperatura inusualmente alta para esa época del año. Me senté en un banco de la plaza, al pie de un cedro centenario, intentando poner la mente en blanco, pero me distrajerón los agudos chillidos de los vencejos, que anunciaban la proximidad del verano. La zona estaba muy concurrida, lo que me resultó curioso hasta que recordé que era lunes, el día de las caminatas a San Nicolás. Observé a una cantidad apreciable de personas que entraban y salían de la iglesia para pedir, sin duda, sus favores al santo. La continua afluencia de gente me animó un tanto y me dio cierta seguridad, pues no olvidaba las amenazas y cada vez tenía más miedo de andar sola por ahí. Desechando mis temores decidí darme un paseo y explorar el barrio de la antigua judería, por el que había pasado muy pocas veces.

Desde la plaza de la Trinidad entré en una calle angosta, de pequeñas casas bajas, que

habían sido restauradas en su mayoría. Crucé la plaza de los Ciegos y llegué hasta la calle del Pozo, donde los libros señalaban que antiguamente había estrellas de David entre las losetas del pavimento. No logré encontrarlas. En su lugar habían construido edificios modernos, que no conservaban nada del espíritu del viejo barrio. Miré aquí y allá con desesperación. Por todos lados vi ladrillo o cemento. Lo que fue en otro tiempo la aljama de la ciudad no tenía nada del encanto que había descubierto en las otras ciudades en las que buscamos. Entré por la calle de la Sinagoga, donde no había ni rastro del edificio que le dio el nombre, y me senté al final, en una plaza gris que alegraban los niños con sus juegos. Recuerdo que pensé que ellos eran la verdadera esperanza y volví a meditar sobre el significado de las Sefirot, el reinado y la proximidad de Dios. Desde mi asiento volví a leer la placa con el nombre de la calle: «Calle de la Sinagoga». ¡Pues claro!, ¡qué tonta! El templo no tenía por qué referirse a una iglesia. Era obvio que podía aludir a una sinagoga. ¡Cómo no se me había ocurrido antes! Era en la sinagoga donde los judíos recaudaban sus impuestos para entregárselos después al rey, y la calle se encontraba cerca del puente Mayor. ¡Si la estrofa lo decía claramente! Retrocedí sobre mis pasos y, al final de la línea de edificios, descubrí un solar que, por anodino, me había pasado inadvertido. ¿Cómo era posible que hubiera sobrevivido aquel triste solar a la vorágine de la construcción, que no respetó nada en el barrio? No pude evitar echar un vistazo a su interior. Pegué el ojo a las hendiduras de la vieja puerta de madera que cerraba la entrada y comprobé que dentro solo crecían hierbajos. Al final, me fui convencida de que sería allí donde empezaríamos a buscar.

Llamé a Günter para decirle dónde instalar la maquina y después me dediqué a tramitar los permisos necesarios para investigar en la zona, tarea que hasta entonces había delegado en Asun. A través del Registro de la Propiedad supe que el terreno era de un particular. Pertenecía a una tal Antonia Cilleros, que me fue imposible localizar. Eso no logró que me echara atrás, porque conseguí un permiso especial de Patrimonio para excavar allí, en virtud de considerarlo posible yacimiento arqueológico.

Günter llegó a principios de la semana siguiente, junto con la máquina maravillosa que nos había sacado de tantos apuros. También Álvaro comunicó su vuelta, tras días esperando a que su tío diese el último paso, para el que parecía no decidirse.

Empezamos a trabajar siguiendo la metodología de Günter, que comenzó por un extremo de la valla hasta llegar al otro. Permanecía ensimismada viéndole actuar cuando llegó mi novio. Me abrazó como si no nos hubiéramos visto en meses, lo que ocasionó un significativo silbido del alemán, que había vuelto tan contento de su país.

Sentados en la entrada del solar esperamos los resultados de los ultrasonidos. En los primeros pudimos detectar fragmentos de terracota, lo cual cuadraba con el dato que había encontrado de que décadas atrás existió allí un taller de cerámica. Le explicaba a Álvaro, sobre un gráfico, cómo se estudiaban las aristas de las terracotas para poder recomponer piezas, y en

ese momento nos sobresaltó una vieja malencarada, con unos ralos pelos grises, que me recordó a una bruja. Nos preguntó de malas maneras qué estábamos haciendo allí. Levantamos la cabeza del plano y nos miró como si fuésemos fantasmas. Empezó a gritar que no teníamos derecho a entrar allí y que iba a llamar a la policía. Le pedí que se calmara y le aclaré que teníamos permiso y que no íbamos a causar ningún daño. Sin embargo, no pareció escucharme. Volvió a gritar y a amenazarnos. Al final, se fue echando maldiciones. Álvaro me miró preocupado, pero le dije que era cierto que teníamos los permisos, el de obra por parte del Ayuntamiento y el de Patrimonio. Los saqué de mi portafolios y se los enseñé.

—Esa vieja no puede echarnos —afirmé con suficiencia—. Seguramente es una vagabunda chiflada que duerme por aquí.

Al cabo de un rato, Álvaro me preguntó si le había reservado una habitación, como a Günter. Le dije que no había pensado en eso, que esperaba que se alojara conmigo, en casa de mis padres. Se negó diciendo que no quería abusar y que prefería dormir en un hotel. Le contradije afirmando que no era ninguna molestia y que mis padres estarían encantados, pero se ratificó en su negativa. Como mucho, aceptaría una invitación para comer. En ese momento tan oportuno, en mitad de la discusión, sonó mi móvil. Agustín me pidió que fuera a verlo. Para evitar roces innecesarios, decidí ir sola.

Llegué a la facultad para ver qué quería mi amigo. Ya había acabado de analizar todos los brazos y deseaba devolvérmelos para estar más tranquilo. Me acompañó con su coche hasta el banco y me ayudó con ellos, porque yo sola no hubiera podido.

En el banco nos encontramos con el inconveniente de que no cabían todos los estuches dentro de la caja de seguridad. Tuve que alquilar una más grande, que, por supuesto, costaba el doble. Me entregaron la nueva clave y salí de allí seguida de Agustín, quien me preguntó, con la ilusión de un niño, si podía ir él también a ver la exploración. Aunque tuve ciertas dudas, no fuera a pelearse con Álvaro, no pude negarme, así que regresamos los dos al solar. Cuando llegamos me encontré a los chicos gesticulando encantados.

—Oye, Álvaro, te tengo que contar que en el banco...

—Calla y escucha —me interrumpió alborozado—. Mira lo que hemos encontrado.

Me quedé sorprendida por tener resultados tan pronto y pregunté al alemán, que asintiendo con la cabeza me informó de que habían descubierto que una parte del suelo estaba hueco.

—Unas maderas cubiertas de tierra cubren una escalera de acceso a un sótano; y eso no es todo, fíjate aquí —me dijo.

El programa informático había obtenido una representación de una cavidad que parecía alargarse, y en un extremo del plano se podía ver, de forma tenue, la silueta de algo rectangular.

—No he podido captarlo mejor porque se ha terminado el solar —explicó Günter de buen humor—. El sótano se prolonga hacia esas casas —dijo señalando con el dedo.

La buena noticia logró que me olvidara de todo lo demás. No me podía creer que lo hubiésemos encontrado tan pronto. Le pedí a Álvaro que se acercara conmigo a comprar unas palas y unas linternas, y nos despedimos de Agustín, que conversaba con Günter chapurreando alemán. El técnico, absolutamente encantado, le explicaba con pelos y señales los pormenores del aparatejo.

Cuando volvimos, quitamos entre todos la capa de tierra y vegetación que cubría las maderas, entre sudores y resoplidos. A punto de levantar una de las tablas, irrumpieron en el solar dos policías nacionales. Nos dieron un susto de muerte.

—Tienen ustedes que desalojar —nos indicó el primero de ellos.

—Escuche, agente, tenemos todos los permisos en regla —repliqué.

—Lo siento mucho, pero traemos un interdicto —me contestó el segundo.

—Estamos haciendo una investigación arqueológica, mire —dije mostrando los permisos y, por último, mi carné.

—Lo lamento mucho, pero todos esos permisos no valen de nada ante esta orden que ha dictado el juez. Se encuentran ustedes en propiedad privada, y hasta que el juez no levante el interdicto no podrán entrar aquí, así que vayan desalojando.

Nos miramos desolados. Sin oponer resistencia, salimos de allí con la cabeza gacha y una rabia tremenda. Le di una patada a un inocente contenedor de basura que andaba por allí con la boca abierta, mostrándonos su contenido. Fue increíble. Había descubierto lo amargo que era probar mi propia medicina, la frustración que causaba no poder avanzar porque un juez lo dictaminaba así.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Günter perplejo porque no entendía lo que pasaba—. ¿Tenemos que volver mañana a trabajar?

—No se puede, Günter, hasta que consigamos el permiso del dueño y nos autorice el juez —dijo Agustín tratando de darle un cursillo acelerado sobre la justicia española.

—¿Y no tenemos otro modo? —me preguntó Álvaro.

—No lo sé —contesté enfadada con el mundo en general—. De momento, consultaré a un abogado, y como el mejor que conozco da la casualidad de que es mi padre, voy a acercarme a su bufete. ¿Me acompañas? —le pregunté.

—No, mejor me voy con Günter al hotel —respondió mi novio—. Estoy cansado de cavar con las dichas palas y quiero asearme para estar presentable en la comida. Luego nos vemos y me cuentas.

Quien sí me acompañó fue Agustín, que parecía haberse tomado el día libre. Fuimos juntos a la oficina que compartía mi progenitor con otros dos socios en una elegante calle situada en el corazón de la ciudad. Una vez allí, saludé a la secretaria y le pregunté si mi padre estaba ocupado. Tuvimos que aguardar unos minutos a que saliera un cliente y entonces nos indicó que podíamos

pasar, pero que fuéramos breves porque había otro señor citado a esa hora. Entramos en el despacho y, al vernos, papá se puso en pie muy contento y estrechó con entusiasmo la mano de Agustín, al que confundió con Álvaro.

—¡Hijo mío, no sabes las ganas que tenía de conocerte! —le dijo con efusión—. Hoy tienes que venir sin falta a comer a casa, y no quiero un no por respuesta.

—Será un placer, señor Galván —respondió Agustín, un tanto abrumado ante tan caluroso recibimiento.

Tuve que corregir a mi padre, un poco avergonzada, señalando que mi acompañante era el químico, y no mi novio. Como era un poco tarde para echarse atrás, papá ratificó la invitación con elegancia, y Agustín aceptó de nuevo. Cerré los ojos con resignación, vaticinando para mis adentros una comida accidentada.

Recordando lo que nos había llevado hasta allí, le mostré a mi padre el documento del juzgado que me entregó el policía. Lo leyó durante un rato en silencio. Después me preguntó, enfadado, qué demonios estaba haciendo. Le enseñé los permisos que había obtenido y me contó lo que ya sabía: que no servían de nada.

—Tienes que buscar al propietario para que te deje entrar.

Salimos del despacho igual que entramos, sin obtener ninguna otra conclusión de provecho. A continuación nos dirigimos a casa de mis padres. Quería estar allí cuando llegara mi novio para poder presentarlo a la familia. Por el camino le fui leyendo la cartilla a Agustín. Le indiqué que esa comida era importante para mí, puesto que sería la primera vez que Álvaro visitara nuestra casa, y que hiciera el favor de comportarse. No me contestó. Se limitó a mirarme con una sonrisa socarrona y no pareció darse por enterado.

Salió a recibirnos mi madre, a la que encontré muy contenta y satisfecha consigo misma.

—Mira, mamá, él es Agustín, un amigo mío y antiguo profesor de la facultad. Papá y yo lo hemos invitado a comer con nosotros.

—Hola, encantada de conocerte —dijo saludándole con un par de besos, un poco desconcertada—. Así que hoy tenemos un invitado más.

—¿Cómo que tenemos un invitado más? —pregunté con cierto recelo—. No me digas que precisamente hoy has invitado a alguna de tus amigas.

—No, mujer —me contestó con una sonrisita ufana—, es que ha llamado un amigo tuyo preguntando por ti —explicó haciendo aspavientos con las manos—. Ha dicho que te conocía de Soria, que estaba de visita en la ciudad, y me pidió la dirección. Me ha parecido tan amable y educado que lo he invitado a comer. ¿No será tu jefe? —concluyó encantada por su astucia.

—¡Ah!, no —dije aliviada—, es Álvaro.

—¿Álvaro? No, dijo que se llamaba Sebastián Arces.

Me quedé mirando a mi madre, boquiabierta, sin dar crédito a sus palabras mientras

Agustín ocultaba su boca con la mano, sofocando una carcajada. Mi madre me miró asombrada, sin entender muy bien mi reacción, ignorante como estaba de todas mis andanzas. Cuando logré recobrarme, le pedí que mandara poner otro cubierto en la mesa para un tercer invitado. Desapareció por el pasillo para prevenir a Balbina, refunfuñando que su casa no era un restaurante y que podía haberla avisado con un poquito de antelación.

—El tal Sebastián es el que te birló la dirección para restaurar la cripta, ¿no es así? —confirmó Agustín cuando logró ponerse serio.

—Sí, el mismo. Es increíble que tenga la caradura de presentarse aquí. No creo que se atreva a venir, sería lo último.

En ese momento se oyó el bombín de la cerradura y mi padre entró en casa. Se sorprendió un poco al encontrarnos en la entrada del vestíbulo, pero no le dio tiempo a decir nada, porque en ese preciso instante Álvaro llamó al timbre. Esta vez sí fue debidamente presentado a papá. Se estrecharon las manos con cordialidad, aunque la sonrisa de mi novio se quedó congelada al darse cuenta de la presencia de Agustín.

—¿Qué hace este aquí? —me preguntó en voz baja mientras nos dirigíamos al salón.

—Lo ha invitado papá confundiénolo contigo —le susurré—, así que te ruego que te comportes de manera civilizada.

Mi padre se dirigió al mueble bar para ofrecer a nuestros invitados un vermú mientras estos se miraban en silencio con cara de pocos amigos. Resonó de nuevo el timbre de la puerta y, al cabo de pocos segundos, Balbina se presentó en el salón conduciendo a un nuevo invitado. Todos, incluido papá, nos quedamos pasmados cuando lo vimos aparecer. Con el cabello peinado hacia atrás, reluciente de gomina, un Sebastián Arces vestido con americana y corbata sonreía orondo mostrando todos sus dientes. Bajo el brazo llevaba una caja de bombones y, para completar el conjunto, en la mano derecha sostenía un enorme ramo de flores.

—Pero bueno, ¡esto es el colmo! ¿Y a este lo ha invitado también tu padre? —susurró Álvaro a mi oído.

—No, a Sebastián lo ha invitado mi madre —volví a murmurar, sofocada.

En ese momento, la aludida entró apresurada en el salón, y Sebastián no perdió su valioso tiempo.

—¡Mi querida señora! —exclamó al verla—. Es un honor para mí saludarla. Parece usted la hermana pequeña de Amelia. Pero no quisiera abusar de su hospitalidad; tenga, me he permitido la libertad de traerle este pequeño detalle. —Le ofreció el ramo con gesto elegante.

La risa de mi madre sonó burbujeante, conquistada por el desgastado cumplido. Aceptó las flores encantada y respondió con ligereza:

—Gracias, no tenía que haberse molestado.

—Estos bombones son para ti, Amelia. Gracias también por tu amable bienvenida. —Me



dirigió una sonrisa apretada y me los dio como quien entrega un ladrillo.

Mi madre, tras echar un vistazo a su alrededor, cohibida ante tanto desconocido, preguntó ingenuamente:

—Pero, Amelia, hija, ¿quién de todos es tu novio?

Deseé que me tragara la tierra ante la falta de tacto de mi madre. Por suerte, Álvaro se adelantó con su mejor sonrisa y la besó atento, mientras que papá se presentaba él mismo a Sebastián, un tanto intrigado por los trasnochados modales del conservador. Arces emitió un cómico suspiro y dijo en confianza a mi padre, con una voz perfectamente audible para todos, que, muy a pesar suyo, mi novio era Álvaro, pero que él no perdía la esperanza. Papá lo miró asombrado, sin decir nada, y Álvaro no pudo evitar una sonrisa mordaz al tiempo que Agustín, por su parte, se interesaba de repente por el dibujo de la alfombra. No podía creerme semejante desfachatez. Sin acabar de entender su nueva estrategia, lo miré hostil. ¿Qué pretendía hacer en mi casa? ¿Convencer a mis padres para que intercedieran a su favor? Que no soñara que esa táctica le iba a funcionar.

Pasamos al comedor, donde tuve que hacer filigrana diplomática para sentar con acierto a los comensales. La mesa, rectangular, no tenía el tamaño suficiente como para que no se mezclaran las conversaciones. Suspirando al tomar asiento, esperé con todas mis fuerzas que no se produjera ninguna batalla campal.

En una de las cabeceras se sentó mi padre, con Álvaro a su derecha y Agustín a la izquierda. Al lado de este ocupó su silla Sebastián, y yo me coloqué junto a mi novio. En la segunda cabecera se instaló mi madre, esponjada y sorprendida por la repentina abundancia de pretendientes, del todo ajena a las tensiones ocultas que se respiraban allí. Tras la entrada de Balbina con el primer plato, se empezó a escuchar un tintineo de cucharas, que rompió el incómodo silencio.

—Esta *vichyssoise* está exquisita, señora —abrió el fuego Sebastián, adulando con descaro—. Me tiene que dar la receta.

—En realidad —respondió mi madre con una risita—, no la he cocinado yo. La artista es Amelia.

Papá dejó caer la cuchara sorprendido y miró a su mujer, quien, tras soltar semejante trola, sonreía satisfecha.

—Mamá, por favor —dije sonrojándome—. Todos saben que la cocina no es mi fuerte. No hace falta que mientas por mí.

Mi madre me miró ofendida por haberla puesto en evidencia, pero entonces intervino Arces, quitando hierro al asunto.

—Bueno, bueno, mi querida señora, no se preocupe usted. Todos decimos alguna mentirijilla piadosa de vez en cuando, si conviene a nuestros intereses —sentenció, echando una

ojeada felina a sus contrincantes.

Agustín bajó la vista, preso de un inesperado ataque de tos, pero Álvaro sostuvo con dureza su mirada.

Logramos superar el segundo plato sin mayores incidentes, en parte porque Sebastián asumió el protagonismo después de que mi padre le preguntara, con imprudencia, por su trabajo. Entre bocado y bocado nos dio un brillante discurso sobre las técnicas de conservación museísticas. Mamá lo escuchaba absorta, sin entender la mitad de sus palabras, mientras Agustín y Álvaro cruzaban entre ellos miradas poco amigables.

Confirmando mis temores, al llegar a los postres se desató la tormenta. Ante un elogioso y, a todas luces, falso comentario de mamá acerca de mis virtudes como ama de casa, Sebastián apostilló que estaba convencido de ello y encantado de trabajar a mi lado. Álvaro lo observó receloso, empezando a molestarse por las maniobras del conservador. Agustín, que hasta ese momento se había mantenido en un discreto segundo plano, eligió ese instante para amenizar la conversación.

—Sí, ya me ha contado Amelia que trabajáis codo con codo, y que lo que más aprecia en ti es tu compañerismo.

Me atraganté al oír eso y le advertí con los ojos que mejor se estuviera callado. Sin dar muestra de que la causticidad de Agustín le afectara lo más mínimo, Sebastián volvió a la carga.

—Amelia, eres muy amable al decir eso —dijo contemplándome irónico—. Tú sí que eres buena compañera, y decidida, además; no te asusta trabajar sola. No te asusta nada.

Mi novio, al escuchar esto, frunció el ceño con disgusto y comenzó a echar fuego por los ojos.

—¿Por qué dices eso? —preguntó con tono glacial.

—Ya sabes que Amelia es muy celosa de su trabajo y que le gusta hacer las cosas bien, pero a su modo. No me canso de repetirle que me tiene a su disposición y que colaboro muy gustoso con ella —respondió un tenso Sebastián.

Mamá eligió ese bendito momento para excusarse y se levantó de la mesa en busca del café. Desapareció entonces la fachada de tranquilidad de mi padre y, mirando feroz al del museo, le pidió que se dejase de tonterías, que conocía muy bien las sucias artimañas que había utilizado para dejarme fuera de la investigación, y no entendía qué estaba haciendo en su casa.

—De todos modos —terció Álvaro haciendo gala de una gran sangre fría—, aquí no vamos a pelear, Sebastián. Si tanto te interesa hablar con Amelia, podemos quedar en otro momento y discutir esto como caballeros. Mañana mismo, si quieres.

—Muy bien dicho, hijo —ratificó mi padre—. Este no es el lugar para lavar los trapos sucios.

Exaltada como estaba, a punto de perder los nervios de un momento a otro, no agradecí

nada la intervención de Álvaro ni la de mi propio padre. ¿Pero qué se creían los dos, que era una niña que no sabía librar sus propias batallas? La respuesta sarcástica murió en mis labios, porque mi madre volvió acompañada de Balbina. Recibimos todos el café con alivio, en medio de un súbito y denso silencio, que rompió mamá con su charla intrascendente y ligera.

Un poco después paladeamos los licores de rigor, manteniendo una aburrida pero segura conversación acerca del tiempo hasta que Sebastián, apurando su cigarro, anunció que tenía que marcharse. Besó con cursilería la mano de mi madre mientras ella le expresaba su pena por que se fuera y, sin molestarse en despedirse de mí, salió del salón acompañado por Álvaro y papá.

Agustín, con la risa brillándole en los ojos, dijo que también tenía que irse y felicitó a mamá por la excelente cocina. Según avanzábamos hacia la salida me confesó, con tono gamberro, que había resultado una de las comidas más interesantes a las que había asistido en mucho tiempo, y que, por favor, contase con él para la próxima. Como respuesta al bufido que le dirigí, me sorprendió diciendo que le pusiera a él también a la cola de mis pretendientes. Me cogió la mano, depositó un beso en ella y salió por la puerta. Me volví al salón donde me esperaba Álvaro, colorada y confusa. Me explicó que había quedado con Sebastián para el día siguiente y después preguntó si me importaba que se fuera al hotel; quería hablar con el hospital y descansar un poco. Asentí a su petición, también exhausta tras la borrascosa velada. Además, estaba segura de que mi madre y Balbina me iban a someter a un duro interrogatorio. Y así fue. Ciertamente, no tuvieron piedad.

Con la excusa de la sobrecarga de trabajo, Balbina me arrastró con ella a la cocina y, mientras limpiábamos la vajilla, me obligó a que le contara, al pie de la letra, todo lo que había sucedido en el comedor. En aquel momento llegó mamá con el pretexto de ayudar. Sin dejarme abrir la boca, empezó a enumerar los encantos de Sebastián. Cuando acabó, Balbina manifestó su desacuerdo con una serie de ruidosos gruñidos, diciendo que ese tipo era demasiado viejo para mí. Tampoco mi padre quiso perderse el coloquio y, alegando que quería una infusión, se sentó con la taza humeante en la mesa de la cocina. Mamá tomó asiento con nosotros y volvió a exponer, sin desalentarse, las bondades de su favorito, mucho más interesante, en su opinión, que Álvaro. Mientras tanto, Balbina revoloteaba a nuestro alrededor colocando con pulcritud las diversas piezas de porcelana y mostrando el contrapunto a su patrona. Cuando pude meter baza en la conversación declaré solemne que no aceptaría a Sebastián ni aunque me lo regalaran envuelto en oro, porque teníamos, por decirlo de una manera eufemística, caracteres opuestos y que, por si no se habían dado cuenta, mi novio era Álvaro. Mamá me miró como si tuviera dos años.

—El romanticismo está muy bien en las novelas —decretó—. Lo que a ti te conviene es un hombre hecho y derecho, que te tenga como a una reina.

Papá, en cambio, me ayudó en la defensa de Álvaro. Dijo que le parecía un chico sensato y que yo ya era una adulta y podía tomar mis propias decisiones. Le estreché en un abrazo cómplice,

aliviada por contar con su apoyo, y él, complacido por el gesto de cariño, me besó y salió de la estancia. Mamá se tomó bastante a mal que mi padre la contradijera y se fue tras él, rezongando.

Acabada la faena, Balbina se puso un café y se sentó conmigo a la mesa, mareando el contenido de su taza con enérgicos movimientos.

—¿Y a ti que te parece, Balbina? —pregunté con buen humor—. ¿Quién te gusta más, Álvaro o Sebastián?

—Yo no sé lo que te traes entre manos, Amelia, convidando a tanta gente a esta casa, pero ya eres mayorcita y tú sabrás lo que haces. Permite, sin embargo, que esta vieja te dé un consejo. El amor es una cosa delicada y hay que tener mucho cuidado al elegir. No hay que dejarse deslumbrar por la belleza o las apariencias. Hay que ver más allá, y que la persona que elijas corresponda a tu cariño.

—De acuerdo —parpadeé desconcertada—, pero no me has contestado. ¿Quién te gusta más?

—Mira, Amelia, yo solo te digo que el que te miraba con verdadera ternura era el otro chico.

—¿Quién, Agustín? —pregunté.

—Sí, ese —afirmó. Y concluyendo su café se levantó de la mesa.

A la mañana siguiente, Álvaro me despertó con una llamada telefónica. Había quedado a primera hora con Sebastián en la cafetería del hotel y estaba a punto de llegar.

—¡Hola! —saludé extrañada cuando entré en el hotel y los vi compartiendo mesa civilizadamente—. ¿Lleváis mucho tiempo esperando?

—No, acabamos de sentarnos —respondió Álvaro—. Todavía no hemos pedido.

Un camarero se acercó para preguntar qué queríamos. Recogió un cenicero atestado de colillas y pasó una bayeta por la mesa con gesto eficaz. Una vez que nos sirvieron las consumiciones, Sebastián se quitó la máscara de cortesía y empezó a escupir su veneno. Me acusó de querer quedarme con toda la gloria y me pidió, no, me exigió que su nombre se hiciese público como colaborador. Por supuesto, también quería su parte del dinero.

—¿Y por qué debo ceder a tus bravatas? —pregunté molesta.

—Porque si no, anunciaré a bombo y platillo que no eres tan angelical como pareces. Recuerda que me enseñaste unas fotos y me pediste ayuda —entrecerró los ojos con astucia—. Estoy convencido de que tenías la urna en tu poder antes de que te contratara el señor Ackerman, y que le has engañado como a un chino apuntándote el descubrimiento.

¿Ya estaba? ¿Eso era todo? En cierto modo, me quedé decepcionada. Era el argumento más endeble que había oído en mi vida.

—¿Y el numerito que montaste ayer en casa? —indagué por curiosidad—. ¿A qué venía?

—Bueno, tenía que intentarlo —confesó encogiéndose de hombros—. Esperaba que a lo

mejor tus padres te inspiraban algo de sentido común, pero ya vi que no, así que me has obligado a recurrir, cómo lo diría, a métodos más persuasivos...

—Pues si ya has terminado de hablar, ahora me vas a oír —intervino Álvaro—. Por supuesto que no va a mencionarte en ningún sitio, y tampoco sueñes que vas a recibir ni un céntimo.

—¿Ah, no? ¿Y cómo vas a impedirme que vaya con el cuento al señor Ackerman?

—¡Porque como se te ocurra volver a molestar a Amelia, el denunciado serás tú, por amenazas! —Sebastián lo miró rabioso, pero no contestó—. ¡Tú eres el desalmado de las amenazas por teléfono! ¡Impresentable, no lo niegues!

El del museo le devolvió una mirada iracunda, y no lo negó.

—¡Así que el susurrante eras tú! ¡Canalla, malnacido! —le grité. Indignada, en pie, traté de pegarle.

Álvaro me sujetó impidiendo que le golpeará y, mientras me revolvía furiosa, me dijo:

—Tranquilízate, Amelia, que este tipo no te va a molestar más si no quiere a la policía pegada a sus talones —dirigiéndose a él le escupió—. ¡Desaparece de mi vista antes de que cambie de opinión y te parta la cara yo mismo!

Salió de allí casi corriendo, e hizo bien, porque si llego a tener un arma la habría utilizado. Cuando me serené un poco, le pregunté a mi novio cómo había averiguado la verdad.

—Verás, se delató él mismo ayer, cuando afirmó alegremente que no te asustas de nada. Como no podía probarlo, me he echado un buen farol, y ya ves, he acertado de pleno.

Salí de la cafetería agarrada del brazo de Álvaro, agradecida y sintiendo un profundo alivio. Sin embargo, me sentí anímicamente agotada tras la lamentable escena, así que mi caballero andante, preocupado por mí, sugirió que me tomara un respiro y me olvidara de todo durante un par de días. Ese período de descanso me vino muy bien y recobré de nuevo el coraje; pero, como no podía durar para siempre, al cabo de tres jornadas volvimos a la tarea.

En la mañana que decidimos volver al trabajo, Álvaro me recogió en el portal y me acompañó en mi peregrinación por varios organismos oficiales, tratando de averiguar, sin éxito, alguna pista sobre la misteriosa propietaria del solar. No figuraba en la guía de teléfonos, y en el Registro de la Propiedad no logré más información de la que ya tenía. Preguntamos en el Ayuntamiento, con el mismo resultado negativo, y nos pasamos por el juzgado, pero no quisieron darnos ningún dato. Sin resignarnos, volvimos al solar y preguntamos en las tiendas de la zona por si alguien conocía a la vieja bruja. Yo tenía la intuición de que la señora podía saber algo de los dueños, aunque nadie nos supo dar razón de ella.

Al final de la mañana, nos sentamos a comer, cansados y aburridos, en un restaurante de comida rápida, con bastante desaliento por la falta de resultados. Cuando acabamos el postre, empezamos a sentir de verdad que nos hallábamos ante un callejón sin salida. Estábamos tan cerca

y tan seguros de que la urna estaba allí que la frustración se hacía insoportable. Fue entonces cuando se nos ocurrió la idea de entrar a escondidas por la noche, como ladrones. Al principio me pareció una locura, pero mi novio razonó una respuesta que disipó mis temores.

—No podemos dejar allí la urna tan expuesta —aseguró Álvaro—. Ten en cuenta que hay alguien más sobre sus pasos. Si perdemos el tiempo, es posible que nos la roben ante nuestras propias narices —como ya ni me acordaba de nuestros amigos, los ladrones chapuceros, la idea me sobresaltó, pero su amenaza era muy real—. Iremos solos tú y yo —me propuso—. No debemos meter en líos a Günter. Imagínate que nos pilla la policía.

Así que sobre la medianoche, cuando ya no pasaba nadie por la calle, dos sombras saltaron la tapia del solar de la calle de la Sinagoga. Al apartar los tablones de madera, descubrimos una oquedad que exhaló un aire viciado, húmedo y maloliente, que me hizo arrugar la nariz. Descubrimos unos escalones de piedra por los que bajamos con precaución. Hasta que descendimos un poco no nos atrevimos a encender las linternas, temiendo que nos viera alguien desde un edificio próximo. Encontramos paredes que en otro tiempo fueron de ladrillo rojo, cubiertas de líquenes y suciedad. Avanzamos hasta llegar a un murete bajo de piedra, que parecía formar parte de una pequeña piscina.

—¡Esto debe de ser el *miqvé*, el baño ritual! —exclamé con alborozo—. Vamos a mirar por aquí más despacio.

Alumbramos el fondo con las linternas y pudimos ver que lo cubría una espesa capa de arcilla. Me llamó la atención que parecía estar removida. Aparté toda la que pude y hallé las aristas de un objeto de piedra.

—¡Aquí! —grité—. ¡Álvaro, ayúdame!

Retiramos el viejo barro entre los dos hasta dejar limpia la superficie de piedra de una nueva urna, la más grande de todas. Le pasé la mano y descubrí, al tacto, la señal inconfundible de la piedra de siete ojos. Después pude leer a la luz de la linterna los nombres en hebreo de las cuatro Sefirot que faltaban: Kéter, Tiféret, Yesod y, por último, Maljut. No pude por menos que emocionarme. Habíamos llegado al último paso de nuestra búsqueda. Allí estaba, por fin, la última parte del candelabro. ¡Mi nombre iba a entrar con mayúsculas en el libro de la historia! Saqué de mi mochila un escoplo y un martillo y lo introduje entre la tapa y la base de la urna. Comprobé con sorpresa que no existía argamasa. Eso sí que no me lo esperaba. Alarmados, empujamos la tapa con todas nuestras fuerzas hasta que logramos desplazarla hacia un lado. Alumbramos dentro los dos a la vez. ¡Estaba vacía! Nos miramos sin dar crédito a lo que teníamos delante. ¡No era posible! Me agaché para tocar con mis propias manos el fondo de la urna, que permanecía insultantemente desnuda. Entonces sentí un fortísimo golpe en la cabeza. Noté que caía hacia adelante y perdí el conocimiento.

Cuando abrí los ojos no pude ver nada a mi alrededor. Me rodeaba la oscuridad más

absoluta. Me palpé la parte superior de la cabeza, que palpitaba con dolor, y descubrí que tenía una costra semicoagulada. Me encontré dentro de lo que creí un ataúd. Entonces me empezaron a sudar las manos y sentí una opresión en el pecho, hasta que no pude ni respirar. Estaba sufriendo un ataque de pánico. Grité, pero no respondió nadie. Volví a gritar más fuerte, y no sirvió de nada. Con un esfuerzo supremo de voluntad logré salir de la urna. De rodillas en el suelo traté, en vano, de localizar una linterna o mi mochila. Me resbalaban las lágrimas por las mejillas, incapaz de contenerlas. ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba Álvaro? Desesperada, lo llamé una y otra vez, pero no me contestó. Me puse en pie y fui dando pequeños pasos hasta que logré encontrar una de las paredes. La fui siguiendo con la mano, con la esperanza de llegar hasta los escalones. Al cabo de unos minutos que me parecieron eternos, logré tropezar con el primer peldaño. Con un suspiro de alivio subí despacio por ellos, con cuidado para no caerme. Sin embargo, al llegar más arriba mi cabeza tropezó con los tablones de madera, que volvían a tapan la abertura. ¿Qué desgraciado los habría vuelto a colocar allí? Intenté levantarlos con todas mis fuerzas, aunque me resultó imposible. Habían colocado algo con mucho peso encima. De repente, sentí un crujido siniestro y tuve la sensación de que aquello se me iba a caer encima. Bajé corriendo las escaleras, pero me tropecé en el último escalón, caí de rodillas y me llevé un fuerte golpe. En ese momento me empezó a llover tierra. La entrada amenazaba con desmoronarse. Presa del pánico, corrí hacia delante hasta que volví a caer en la urna. Me quedé allí encogida, notando una especie de terremoto a mi alrededor. Cuando por fin cesó el ruido, me levanté con cuidado, tosiendo por el polvo. Seguía sin ver nada. Volví a avanzar sin orientación alguna, y esta vez no logré encontrar los escalones. La salida estaba cegada por una montaña de piedras y tierra. Me senté en el suelo, con los brazos abrazando las rodillas. Era consciente de mis graves problemas. Podían pasar horas antes de que alguien nos echara de menos. Si lograba encontrar la maldita mochila con el móvil, podría llamar para pedir ayuda. Me puse en pie, a pesar del dolor que sentía por todo el cuerpo. Recordé que la había dejado junto a la pared, antes de apartar la tapa de la urna, pero estaba totalmente desorientada. ¿Dónde demonios podía estar? ¿Y dónde estaba Álvaro?

Como si se hubieran conjurado los astros, en ese instante comenzó a sonar el teléfono. Guiada por la musiquilla, logré avanzar hasta que di con la mochila. Logré sacar el aparato antes de que se cortara la comunicación.

—¿Agustín? ¿Eres tú? ¡Gracias al cielo!

—Amelia, ¿estás bien? Te noto rara. ¿Dónde te has metido? Me ha llamado tu padre; te está buscando. Espero que no se te haya ocurrido saltarte el interdicto o intentar alguna tontería...

—¡Agustín, deja de sermonearme y escucha! —grité con toda la fuerza de mis pulmones—. Llegas tarde, estamos atrapados en el sótano del solar. ¡Se ha derrumbado la entrada y no se puede salir! ¡Y tampoco encuentro a Álvaro!

—Tranquila, Amelia, no te preocupes, que voy a buscarte —respondió.

—¡Yo estoy muy tranquila! —volví a gritar desmintiendo mis palabras—. ¡Pero haz el favor de hacer algo! ¡Ese gusano de Sebastián ha debido de provocar el derrumbamiento! ¡Y Álvaro no me contesta, puede estar herido!

—Respira, inspira el aire y échalo despacio... —me indicó—. Ya está, buena chica —dijo cuando me oyó resoplar como una parturienta—. Escucha, cuéntame exactamente lo que ha pasado, que voy para allá.

Terminé de explicarle todo lo sucedido e insistió en que me calmara. A continuación, afirmó rotundo:

—Amelia, Sebastián no ha podido causar el derrumbamiento.

—¿Cómo lo sabes? —le cuestioné.

—Te doy mi palabra de que Arces no ha sido. No te muevas, no sea que vaya a caerse algo más. ¡Ah, y no busques a Álvaro, porque está fuera y te ha dejado ahí tirada!

Tras soltar semejante monstruosidad dijo que colgaría para no agotar la carga de mi móvil, y que no me angustiara, que iba a llamar al séptimo de caballería. Me senté a esperar, demudada. Era cuestión de tiempo que me sacaran de allí. ¡No podía creer la acusación de Agustín! ¿Y por qué afirmaba que Sebastián era inocente? Miré y miré el teléfono, que se convirtió en mi cordón umbilical con el mundo exterior, con tan solo dos líneas de batería. Sentí el irrefrenable impulso de llamar a Álvaro, pero la dolorosa sospecha que había sembrado el químico estaba haciendo mella en mí. ¿Sería cierto que él me golpeó y me había dejado encerrada? Poco a poco, la incertidumbre sobre Álvaro empezó a transformarse en una lacerante verdad. Tuve que refrenarme un par de veces para no telefonarlo y gritarle de todo, al menos como desahogo. Pero mi instinto de supervivencia lo impidió advirtiéndome seriamente de que reservara la batería del móvil para lo que de verdad importaba: salir de allí. «Debo racionar la batería como si fuera agua», pensé, y enseguida sentí una sed tremenda. Al cabo de un buen rato, más de una hora, volvió a sonar el móvil.

—Dime, Agustín —contesté humilde.

—¡Hola, princesa! ¡Aquí tienes a tus caballeros andantes! He levantado a Günter de la cama, pero no le ha importado mucho y ha venido a ayudar. Estamos arriba, en el solar, mirando el estropicio. Nos puede llevar días despejar el derrumbamiento, así que hay que buscar otra salida. ¡Ah!, por cierto, tu novio ha recogido sus cosas y ha desaparecido del hotel hace un rato. Eso sí, ha tenido el detalle de decir en recepción que carguen la cuenta a tu nombre —me oyó resoplar, desencantada e incrédula—. Tranquila, Amelia, escucha. Hemos estudiado las gráficas que hizo Günter del solar, y me ha confirmado que existe una especie de pasadizo hacia los edificios. No sabemos adónde conduce, pero te iremos guiando. Te tenemos localizada en la pantalla de mi móvil gracias a un programilla que metí en tu teléfono, que me da tu posición. Günter intentará trazar un mapa para ver adónde conduce el pasadizo.



»Así, muy bien, dirígete un poco a la derecha, así. ¿Qué es esto, Günter? Ah, sí, la pared. Muy bien, avanza un poco... Eso es... Acabas de embocar el pasadizo. Ahora tienes que avanzar. Buena chica —me decía Agustín mientras me guiaba como a un personaje de videojuego—. Sigue andando, eso es, despacio.

De este modo logré avanzar, poco a poco, por un estrecho corredor, que ni sospechaba que existía, dirigida por Agustín, quien, a pesar de la gravedad del momento, se permitía unas bromas.

—Amelia, te tengo que dejar —me dijo en un momento dado—. Günter está en medio de la calzada con la máquina y han estado a punto de atropellarlo. Voy a echarle una mano. Sigue andando, pero llama si tienes algún problema.

Seguí sola, pisando lo que me parecían cascotes y notando una ligera inclinación, como si el pasadizo descendiera. Continué avanzando durante unos interminables minutos. De repente, choqué contra una pared de tierra y toqué algo; supuse que eran raíces de alguna planta. Llamé desesperada por el móvil.

—Agustín, no puedo avanzar, he tropezado de frente con una pared.

—Tranquila, ya lo hemos visto, no te asustes, es solo un pequeño montón de tierra que tapa la salida. Protégete con los brazos, porque la estamos quitando.

Empecé a notar un ruido de herramientas y, conteniendo la respiración, pude ver un débil rayo de luz, que comenzaba a filtrarse hacia mi lado. Luego entró una pala, y no pude evitar agarrarla mientras gritaba:

—¡Aquí, Agustín, estoy aquí!

Entonces escuché su voz.

—Nos alegramos de que estés bien, princesa; pero suelta la pala de una vez, si no, no podremos sacarte.

Inspiré una fuerte bocanada de aire al salir, y me sorprendió ver que estábamos en una de las laderas del río, al borde del agua, iluminados por uno de los potentes focos que alumbraban el puente Mayor. Logramos subir el terraplén y, cuando recuperé el aliento, me fundí en un abrazo con mi salvador, dándole las gracias entre lágrimas. Nos despedimos de Günter, que se fue hacia el hotel asegurando, en serio, que se lo había pasado muy bien esa noche y que no pensaba cobrar las dos últimas horas de trabajo. Una vez que estuvimos a solas, Agustín me preguntó qué era exactamente lo que había pasado. Después de contárselo, me dijo que Álvaro no le había gustado nunca ni un pelo, y que no se alegraba de comprobar su acierto en este caso. Me sugirió entonces que fuéramos a casa de mis padres, ya que me estaban esperando preocupados. Por el camino me daría las respuestas.

—No he recibido ninguna llamada de mi padre. ¿Cómo sabes que me está buscando?  
—comencé a preguntar.

—Me llamó alarmado porque no te localizaba. Sí te ha llamado, más de una docena de

veces, pero como estabas bajo tierra no te llegaba la señal.

Confirmando sus palabras, comencé a recibir mensajes que señalaban las llamadas perdidas.

—¿Y cómo he podido recibir tus llamadas? —le interrogué.

—¿Recuerdas aquella vez que copié tu agenda? Pues aproveché la ocasión para meter un programa rastreador. Me tenías preocupado con tanto misterio, y pensé que podía ser de ayuda. Además de decirme dónde estás, amplifica la potencia de las ondas; por eso pudimos comunicarnos.

—Así que podías saber en todo momento dónde estaba yo —repuse.

—Pues sí... —reconoció—, pero te doy mi palabra de que no lo he usado hasta ahora.

—¿Y cómo sabías que Álvaro estaba fuera y me dejó encerrada a propósito? —pregunté con un nudo de amargura en la voz.

Me miró con delicadeza, sabiendo que sus palabras me causarían mucho daño. Inspiró despacio y empezó a contarme.

—Por simple deducción, tesoro. Cuando tu padre me telefoneó me dijo que había hablado unos minutos antes con Álvaro, y este le dijo que no estaba contigo, que habías quedado con unas amigas y pensabas volver tarde. Así que cogió tu agenda y empezó a llamarlas. Ninguna sabía nada de ti. Por último, se le ocurrió hablar conmigo —me miró con compasión y continuó—. Alguien con buenas intenciones habría contado a tu padre que estabas en apuros. Así que, definitivamente, ese chico no te conviene. Además, me da la impresión de que el golpe en la cabeza ha sido a modo de despedida.

—¡Miserable! —fue lo único que acerté a pronunciar con un intenso desdén.

—Siguiendo con lo importante, princesa, lamento comunicarte que tu padre te está buscando por un asunto muy serio: la policía quiere hablar contigo.

—¿Conmigo? ¿Por qué? —lo miré extrañada.

—Arces ha muerto esta mañana en Soria y quieren interrogarte —contestó.

—¿Que ha muerto? ¡Pero qué dices, si hace una semana estaba vivito y coleando! —atiné a decir.

—Pues no sé más detalles, pero la policía quiere verte. Están con tu padre, esperándote en vuestra casa, así que vamos a darnos prisa.

Continuamos, apretando el paso. Aunque era una cálida noche de primavera, las emociones sufridas y la impresión por las noticias me dejaron helada. Tiritaba cuando alcanzamos el portal.

—¡Hija mía! ¡¿En qué agujero te habías metido?! —exclamó papá cuando nos vio aparecer por la puerta—. Gracias, Agustín, por localizarla.

—Buenas noches, señorita Galván, volvemos a encontrarnos —me saludó el inspector

Sánchez Cuadrado desde el mullido sofá del salón.

—¿Lo conoces? —preguntaron a la vez Agustín y papá.

—Sí —contesté—. Él llevó el asunto de Bárcenas. ¿Qué desea de mí, inspector? ¿Y qué es eso de que Sebastián ha muerto?

—Siento decirle que sí, y, dado que ha muerto en circunstancias un tanto inusuales, queremos contrastar opiniones.

—Esa es una forma muy elegante de decirlo, inspector —intervino mi padre—. ¿Considera a mi hija sospechosa? Porque si es así, en calidad de abogado suyo me veré obligado a pedirle que guarde silencio.

—No, no, no es esa mi intención. Sebastián Arces ha muerto delante de testigos. Nadie puede acusar a su hija de haberlo matado, pero sí debemos saber si lo ha podido inducir al suicidio.

—¡¿Suicidio?! —gritamos a la vez Agustín y yo—. ¡Eso es imposible! ¡Es el tipo más engreído que conozco, no ha podido suicidarse! —concluí exaltada.

Mi padre me miró enfadado, reconviniéndome con los ojos, pero el inspector, sin alterarse por nuestra interrupción, nos continuó explicando.

—Esta mañana, sobre las diez, se le vio por las calles de Soria dando voces, solo, muy alborotado y fuera de sí. Se fue arrancando la ropa hasta que se quedó en calzoncillos, pero con la corbata. La gente lo miraba asombrada, riéndose, aunque él parecía no darse cuenta. Gritaba enfurecido que Amelia Galván tenía la culpa de todo, que era una bruja, el diablo, pero que él la iba a detener y se pudriría en el infierno —dejé que el inspector siguiera contando, anonadada por sus palabras—. Después, el asunto dejó de ser tan divertido, porque Arces irrumpió en la estación de trenes. Invadió las vías desvariando, se tumbó sobre ellas y se negó a levantarse, justo cuando el expreso de Madrid salía de la estación.

—¡Oh, Dios mío, qué horror! —grité sin poder contenerme.

—Sí, fue un gran trastorno. Figúrese, era el único tren a Madrid —lo miramos asombrados, dudando si nos estaba tomando el pelo; pero no, siguió narrando impertérrito—. Pues sí, lograron detener el tren antes de que lo alcanzase e intentaron retirarlo de los raíles. Por desgracia, cuando el grupo de rescate llegó hasta él descubrieron que estaba muerto; una parada cardiorrespiratoria. Estamos esperando el resultado de los análisis para ver si había consumido algún tipo de sustancia.

Me derrumbé en un sillón, notando que me fallaban las piernas. Entre papá y Agustín le explicaron al inspector mi espinosa relación con Sebastián. Yo no podía pronunciar palabra de lo impresionada que estaba y asentía como una autómatas a sus palabras. Pareció darse por satisfecho con las explicaciones. Pensé que ya se iba, sintiendo la cabeza a punto de estallar, pero me preguntó a bocajarro:

—Por cierto, señorita, nos gustaría hablar también con su novio. ¿Dónde podría localizarlo?

—No lo sé —respondí sin faltar en absoluto a la verdad—. Hemos roto y no quiero volver a verlo.

Agustín me echó un capote apuntando en un papel el número de teléfono de Álvaro para dárselo al inspector, que lo aceptó sin comentarios. Todos nos relajamos con un suspiro enorme cuando desapareció por la puerta.

Viendo mi cara de cansancio, mi padre decidió dejar las aclaraciones para el día siguiente, cosa que le agradecí en el alma. Me despedí de Agustín y logré arrastrarme hasta la cama.

Así que aquí me tienen ustedes, en el AVE, viajando hacia Madrid para entrevistarme con el señor Ackerman. Quiero decirle en persona que renuncio. He sufrido en mis carnes una humillación que no me veo capaz de soportar. Me siento como una atleta que, tras ir ganando, se hubiera caído a un paso de la meta. No tengo ni idea de dónde puede estar la última pieza, ni fuerzas para seguir buscando. Han estado a punto de matarme y, de propina, me han roto el corazón. Lo peor ha sido la muerte de Sebastián; no puedo quitármelo de la cabeza.

La mañana siguiente a mi rescate me llamó el inspector Sánchez Cuadrado y confirmó mis temores. Arces había ingerido una sustancia tóxica por vía respiratoria: una dosis masiva de atropina, que le ocasionó los delirios, la agresividad, la manía autodestructiva y le colapsó los pulmones hasta que dejó de respirar.

No puedo salir del país durante el tiempo que la policía emplee en averiguar si la ingestión fue voluntaria o no. Estoy bajo sospecha, y han reabierto el caso de Bárcenas por su relación conmigo.

Recuerdo, impotente, la última vez que me enfrenté a Sebastián, con su cigarro en la mano y echándome el humo, desafiante. Mi memoria invoca la escena una y otra vez. Álvaro y él allí sentados, manteniendo las apariencias, con el cenicero lleno. Alguien con dos dedos de frente se habría dado cuenta de que llevaban mucho tiempo hablando. ¿Cómo pude ser tan estúpida?

Así que me rindo. Abandono. He concertado una cita con mi empleador para entregarle las seis piezas encontradas. No puedo ir más allá. Es el final. No me queda más que invitarles a que me acompañen a rematar el desenlace de esta triste historia.

El tren me dejó puntual en Chamartín. Unida a la masa de viajeros, al final de las escaleras mecánicas que conducen al patio central de la estación me abordó un desconocido, bastante corpulento, preguntándome si era Amelia Galván. Le contesté sorprendida que sí, y dijo que le habían mandado del ministerio para recogerme. Mis experiencias pasadas me han obligado, a la fuerza, a ser desconfiada, así que, según avanzábamos envueltos entre el grupo de pasajeros,

pregunté a aquel hombre cómo iban las cosas por el Ministerio de Cultura. Me contestó con un escueto «bien». Se encendió entonces una luz de alarma en mi cabeza. El hombre cayó en la pueril trampa que le tendí. Yo no iba al Ministerio de Cultura, sino al de Asuntos Exteriores. Le pedí que me excusara un momento porque necesitaba ir al baño y me dirigí, sin darle opción, a los servicios. Entré en ellos buscando la manera de darle esquinazo. Procurando no ser vista, me asomé para ver si por casualidad se había despistado. Todo lo contrario: vigilaba la puerta de los baños como un argos, con cien ojos. Tenía que pensar algo, y rápido. Entonces vi el carro de la limpieza, que andaba por allí, y se me ocurrió una idea. Busqué a la señora de la limpieza y la encontré fregando desganada el suelo de uno de los cubículos, que se había desbordado. Me dirigí hacia ella y le pregunté si me podía prestar la bata unos minutos, porque me estaba esperando en la puerta mi ex, que era muy celoso, y quería despistarlo. Se me quedó mirando con ojos bovinos y no me dijo ni sí ni no, continuó fregando, imparable, el suelo. Ante su manifiesta falta de solidaridad femenina, busqué otra estrategia.

—¡Le compro la bata! ¡Mire, le doy cien euros por ella! —la señora negó con la cabeza—. ¡Doscientos! —grité desesperada.

Entonces comenzó a desabrochársela. Tras darle cuatro billetes de cincuenta, me puse la bata con rapidez, me recogí el pelo en una coleta y salí de allí empujando el carrito. Disfrazada de esta guisa, atravesé el vestíbulo de la estación con parsimonia por si una excesiva velocidad me delataba. Cuando llegué a la salida, me quité la bata y la arrojé en una papelería. En ese momento, se me ocurrió mirar atrás con disimulo y vi que el desconocido corría hacia mí a toda velocidad. Bajé corriendo las escaleras y, al llegar abajo, miré indecisa a un lado y a otro. Vi la boca de metro y me metí en ella, empujando a la gente con mis prisas. Descendí por una plataforma mecánica haciendo un ruido terrible con mis tacones, que retumbaron como campanas anunciando que huía por allí, hasta que llegué al control de accesos. Me pegué a un señor que metía su billete en la máquina y le empujé hacia delante, con lo que logramos pasar los dos.

—¡Oye, guapa! —me bufó indignado—. ¡Vaya cara más dura!

El desconocido estaba a punto de alcanzarme. Me lancé a unas escaleras mecánicas que bajaban, procurando no perder pie, como hipnótica por la cascada de agua electrónica que adornaba el gigantesco vestíbulo. Llegaba ya al andén cuando me alcanzó el desconocido, grande como un oso. Logró agarrarme de un brazo, pero, por fortuna para mí, era hora punta, y la marea humana que salía de los vagones de un metro recién llegado consiguió separarnos. Me subí en el metro como si me fuera la vida en ello, algo que no estaba muy lejos de la verdad. No tuve forma de saber si mi perseguidor se había montado también. Me bajé en la siguiente estación, que resultó ser Plaza de Castilla, subí las escaleras y salí rápidamente a la calle. Una vez fuera, busqué un taxi y le pedí que me llevara al Ministerio de Asuntos Exteriores.

La persecución del desconocido no solo me produjo una taquicardia, sino que causó que

llegara tarde a mi cita. En cuanto recuperé el aliento, marqué el número de contacto del ministerio y pedí que me pasaran con el señor Ackerman. Me indicaron que me llamaría al cabo de unos minutos. Mientras el taxi se zambullía en el tráfico de la capital, esperé con paciencia a que me devolvieran la llamada.

—Aló, señorita Galván, la estoy esperando.

—Discúlpeme, señor Ackerman, pero no se va a creer lo que me ha pasado. Han tratado de secuestrarme a mi llegada a Madrid.

—No está bromeando, ¿verdad?

—No, no he hablado más en serio en toda mi vida.

—Será mejor entonces que quedemos en otro sitio —me dijo tras pensar unos instantes—. Diríjase a la embajada, nos veremos allí.

—De acuerdo —contesté dubitativa—. ¿A qué embajada?

—A la de Israel, señorita, ¿no lo ha adivinado todavía? —después de darme la dirección, colgó el teléfono.

Le di la contraorden al taxista, y no le hizo mucha gracia, ya que tuvo que deshacer el camino andado. Sin embargo, sorteando a otros coches con pericia, me condujo deprisa a mi nuevo destino antes de que volviera a cambiar de opinión. Le di las gracias y el cambio de propina y bajé del coche. Entré en la embajada, que podía distinguirse por la bandera blanca con franjas azules y la estrella de David. Una vez dentro, me dirigí a una especie de ordenanza, que parecía reinar en el vestíbulo, y le pregunté si había llegado ya el señor Ackerman. Me confirmó que sí y me rogó que lo siguiera a su despacho. Entré en una habitación en semipenumbra mientras el conserje cerraba la puerta detrás de mí. En ese momento se encendió la luz y me saludó Álvaro en persona.

—Querida Amelia, volvemos a vernos. Bienvenida a Madrid —me dijo con una sonrisa cínica.

Indignada, me volví tratando de salir de allí, pero me di de bruces con el oso, el desconocido que me había perseguido en la estación.

—Querida Amelia —volvió a repetirme con dureza—, no sabes las ganas que tenía de acabar con esta farsa. No sé cómo te las has apañado para burlarte de mí una y otra vez, pero ya te has reído bastante. ¡Me diste el cambiazco en el banco! —exclamó aún asombrado—. ¡Dame la clave de la caja de seguridad!

—¡No creerás que voy a dártela! —le contesté ofendida—. ¡Además, eres tú quien me tiene que dar unas cuantas explicaciones! ¿Cómo me has encontrado?

—Te puse un localizador en el móvil. Una herramienta de lo más eficaz ¿No crees? —respondió con descaro.

Haciéndome el firme propósito de tirar el odioso terminal a la primera papelera que

encontrara, seguí interrogándolo.

—¿Mataste tú a Bárcena?

—Por supuesto, cariño. Le investigamos y descubrimos que padecía del corazón. Fue muy fácil cambiar todas las pastillas de su frasco por otras con el doble de dosis. Luego, antes de que llegara la policía, cambiamos de nuevo el frasco.

—¿Y por qué? —volví a preguntar.

—Porque se volvió demasiado ambicioso. Habíamos llegado a un acuerdo para comprarle la urna, pero se quedó con nuestro dinero y nos traicionó tratando de vendérsela a otro, que, mira por dónde, luego resultó ser el viejo ese de Plasencia. Como comprenderás, no podía permitirlo. Lo malo fue que no pudimos encontrar la urna, pese a que registramos toda la casa —continuó explicando—. El tipejo con el que vivía casi nos sorprende rebuscando en sus papeles cuando intentábamos averiguar dónde la había escondido. Para evitar problemas, retiré todo aquello que pudiera dar una pista. No logro entender cómo pudiste encontrar algún rastro. Incluso colocamos cámaras web por la casa para ver si sabías algo.

—Dime una cosa, ¿por qué asesinaste a Sebastián? No era una amenaza para la investigación, solamente resultaba patético.

—Eso, amor mío —pronunció con retintín—, depende de cómo se mire. En realidad, tuve que quitarle del medio por dos motivos. El más importante es que había contratado a un detective para que nos investigara. Tu vida es como un libro abierto, pero de mí averiguó algunas cosas que resultaron perjudiciales para su salud. Estabas tan ocupada durante la comida evitando que tu madre hiciera el ridículo que no te enteraste de las indirectas que me lanzó. ¡Ah!, y antes de que me lo preguntes, el detective, seguro que lo recuerdas, el que nos perseguía por Plasencia, también ha pasado a mejor vida.

—¿Y el segundo motivo?

—Ese era más trivial. Estaba poniendo nervioso a mi sabueso. No podía consentir que perdieras la concentración.

Le eché una mirada llena de inquina y rabia.

—¿Eso soy para ti, un perro bien entrenado?

—Para ser sincero, sí, solo eso. Fue fácil abandonarte cuando dejaste de ser útil.

—¿Cómo mataste a Sebastián? —mascullé apretando los dientes.

—Pues verás, querida, hasta las cajetillas advierten de que fumar mata. Mientras te esperábamos en la cafetería, después de convencerlo de que me tenía muy asustado y de que le iba a pagar para que mantuviera la boca cerrada, cambié su paquete de tabaco por otro igual, solo que en el último de los cigarrillos había una pequeña sorpresa: una buena dosis de estramonio mezclada con la picadura de tabaco para que cuando lo fumara pudiera volar de verdad. Después representamos un poco del teatro que tanto te gusta.

Me callé, abrumada por la ligereza de su tono. ¡Álvaro confesaba tres muertes como quien compra el periódico!

—¿Y tu tío? ¿O era otra mentira?

—Ah, sí, mi tío, mi viejo, moribundo e inexistente tío —soltó una carcajada y continuó—. Muy práctico para librarme de ti cuando te ponías muy pesada o cuando tuve que resolver el problema del detective.

Lo miré iracunda, tratando de asimilar las crueles revelaciones.

—¿¡Tú intentaste robar en el trastero!?! —volví a interpelar, conociendo de antemano la respuesta.

—Sí, querida, fuimos nosotros, y, ya que lo mencionas, también lo intentamos en Soria.

—Pues sigo opinando que como ladrones sois unos inútiles —apostillé con la incierta intención de molestarle. Curiosamente, logré mi objetivo.

—Lo que pasa es que has tenido una endiablada buena suerte, maldita estúpida, y has logrado burlarte de mí todo este tiempo. Pero ya no me importa, porque no vas a salir de aquí con vida. ¡Dame la clave! —me gritó desencajado.

—¡Has estado connmigo todo este tiempo para lograr el candelabro! ¡Me has mentido miserablemente cada día! —le vociferé.

—Así es, querida —volvió la cínica sonrisa a su boca—. El día que consultaste por Internet, comprobamos que sabías algo. Teníamos controlado tu ordenador y vimos al instante la foto de la urna.

—¿Y fuiste tú el que incendiaste mi ordenador? ¿Cómo lo hiciste, por control remoto?

—Mucho más fácil, cariño. Como te he dicho, controlábamos tu ordenador. Me avisaron en el momento en que publicaste el símbolo de la piedra de siete ojos. Entonces fui a tu oficina y aguardé escondido a que salieras del despacho. Quería asegurarme de destruir las fotos de la urna. Te quité el cedé y luego prendí fuego al ordenador para que pareciera un cortocircuito.

—Entonces también borraste tú el mensaje que tenía en el foro.

—Sí, claro. Tuvimos que esperar a que te conectaras con el servidor y luego lanzamos el ataque. Pero estábamos intranquilos, no nos pareció suficiente destruir las pistas. Había que hacer algo contigo. Tuviste suerte, porque yo era partidario de liquidarte directamente, pero al final se decidió que podías resultarnos útil. Y en aquel tiempo, el príncipe azul entró en tu vida.

—¿Por qué has hecho todo esto, Álvaro? Tienes las manos manchadas de sangre —afirmé con profunda tristeza.

—¿Todavía no lo has adivinado? Al igual que el vejestorio de Plasencia, también a mí me otorgaron una tarea mis mayores: buscar el candelabro. La Hermandad del Tercer Templo no ha desaparecido, mi padre fue el cofrade mayor, y yo he heredado su puesto. Aún clamamos venganza. El candelabro llegará a ser nuestro.



—Por si no lo recuerdas, está incompleto —le dije ásperamente.

—No importa, tenemos otra pista que nos conducirá a la pieza que falta. Mi abuelo estuvo a punto de conseguir ya una vez la última parte. Es cuestión de tiempo que llegue a nuestro poder. Te estoy agradecido por haber encontrado los otros trozos; pero, por desgracia para ti, ya no te necesito, así que basta de charla, vamos a hablar en serio —dijo mostrándome una pistola—. ¿Cuál es la clave de la caja de seguridad?

—¡Intentaste matarme! —le grité llena de rencor—. ¿No te daba vergüenza engañarme así, de un modo tan ruin? —volví a gritarle.

—No, lo que me daba era asco —contestó—. No te puedes imaginar la repulsión que me daba tocarte, el esfuerzo que me costaba cada beso —me escupió con su sonrisa perfecta.

El oso interrumpió nuestra amigable conversación informando a mi exnovio de que venía alguien.

—Vamos, debemos continuar nuestra charla en otra parte, no trates de resistirte. —Me puso la pistola en los riñones y me obligó a salir de la oficina, seguidos del hombre-oso.

Avanzamos por el pasillo mientras intentaba pensar con rapidez alguna manera de salir de aquella. Lo normal es que hubiera estado aterrada, pero la rabia que me produjo Álvaro con sus declaraciones consiguió que me hirviera la sangre. Según caminábamos me fijé en un pulsador contra incendios. Siempre he tenido la tentación de tocar uno para ver qué pasaba, así que esa era la ocasión de mi vida, dicho con toda propiedad. Me agaché de repente para esquivar el arma y apreté el pulsador con todas mis fuerzas. Para mi decepción, no oí ninguna alarma.

—¿Pero qué haces? ¡Maldita zorra! —me gritó Álvaro apartándome de un empujón.

En ese momento, se me puso una niebla roja en los ojos. Me olvidé de mi miedo y del arma, y solo pude pensar en sus palabras: «Asco... me dabas asco...». Me invadió una intensa ira. Me sorprendí a mí misma dándole un rápido golpe. Un durísimo codazo en la boca del estómago, que causó que se doblara en dos y soltara el arma. Como le golpeé con el codo hacia atrás, mi puño rebotó por el impulso y volví a golpearle en sus partes pudendas. Para rematar, lo invertí hacia arriba, con lo que le alcancé también la cara. Tuve la inmensa satisfacción de verlo retorcerse de dolor en el suelo, como un gusano. Esa sensación de triunfo duró exactamente dos segundos, el tiempo que tardé en comprobar que el hombre-oso había recogido la pistola y me apuntaba con ella a la cabeza. Tras unos angustiosos instantes mirando fijamente a mi oponente, vi venir al señor Ackerman por detrás del agresor, acompañado de tres guardias de seguridad. A duras penas, conseguí ahogar un grito de alivio. Lo cogieron por sorpresa y, con un rápido movimiento, le quitaron el arma y lograron reducirlo.

El señor Ackerman me preguntó si me encontraba bien y me pidió disculpas por el fallo en la seguridad mientras los guardias se los llevaban de allí, a mi exnovio a rastras y al otro por su propio pie, para entregárselos a la policía.

—Hemos visto todo el incidente por la cámara de vigilancia. Se activa con la alarma contra incendios. Permítame felicitarla por su reacción, señorita, y recuérdeme que no me meta con usted si no quiero acabar como ese tipo. ¿Qué es lo que le hizo ese pobre diablo?

Le expliqué todo al señor Ackerman y le entregué la documentación junto con la clave de la caja de seguridad. Mi trabajo terminaba allí. Me dijo que era una lástima que no quisiera continuar, porque no podrían mostrar al mundo el candelabro incompleto. A pesar de todo, entendió mis motivos y me agradeció mucho, en nombre de su país, los servicios prestados. También me propuso que me tomara un tiempo para pensar si quería volver a trabajar para ellos algún día. Fueron muy generosos, dadas las circunstancias. Me pagaron toda la cantidad pactada, como si hubiese encontrado el candelabro completo, sin olvidarse de las gratificaciones. Y su esplendidez fue más allá cuando el señor Ackerman afirmó que, aun inconcluso, premiarían mi trabajo, que consideraban brillante, con el reconocimiento público. Ellos mismos me mencionarían en los periódicos.

Me despedí del señor Ackerman y salí de la embajada sintiendo que ya había acabado todo, pero con una profunda tristeza. No había podido completar la tarea que me encomendaron. ¡El auténtico candelabro del templo de Jerusalén! ¡Había estado tan cerca! ¡Tan cerca! ¿Dónde podría estar el trozo que falta? No dejaba de preguntármelo. Tratando de olvidarme de mi obsesión, volví a casa de mis padres para lamerme las heridas.

Allí me aguardaban dos cartas. Una era una tentadora oferta de trabajo. Don Alonso quería financiar una fundación, la Fundación Pérez Coronel, cuyo objetivo sería dar a conocer la cultura sefardí en España y recuperar los recuerdos del pueblo que fue obligado a marcharse. Me ofrecía el puesto de gerente. Todavía lo estoy pensando. La otra carta era de Asun. Me informaba de que la enfermedad de su madre solo había sido un susto, que no se trataba del temido cáncer. No me sorprendió encontrar en el sobre una invitación de boda: se casaba con Luis.

Y aquí, señores, acaba mi historia y me despido de ustedes. Hoy quiero olvidarme de todo y procurar divertirme. Estoy de boda y soy dama de honor. Me recogen dentro de cinco minutos para ir a la hermosa iglesia de Santo Domingo de Soria. Vamos a ver llegar a la novia. Disculpeme, porque ya está aquí Agustín. Me trae un ramo de rosas, que recojo con una sonrisa cómplice. No he podido resistir la tentación de colocarle una en el ojal, y yo me he prendido otra en el vestido, que deja al descubierto el escote. Un escote que luce un modesto colgante: la piedra de siete ojos.

## Epílogo

**Últimas voluntades de doña Antonia Fernández-Torres, viuda de Cilleros**  
Codicilo del testamento otorgado a favor de doña Amelia Galván y Fernández-Torres. Se entrega en sobre cerrado.

*A mi querida sobrina nieta Amelia:*

*Si llegas a leer estas líneas, es que yo ya no estoy en este mundo. Sé de ti por las cartas de mi hermana Mercedes, con la que nunca perdí el contacto hasta su muerte. Me imagino que mi existencia será una sorpresa para ti, pues nadie te habrá hablado de mí. Lo prohibió mi padre para borrar todo recuerdo que tuviera que ver conmigo.*

*Has de saber que me desheredó porque, según él, le robé. Así fue, y lo hubiera vuelto a hacer una y mil veces. Mi padre pretendía mancillar el honor de la familia, incumplir el sagrado deber que le habían impuesto sus mayores.*

*Debes conocer que, desde tiempos inmemoriales, la familia Fernández-Torres custodia un secreto, que debíamos transmitir de padres a hijos, de generación en generación hasta que fuéramos relevados de la pesada carga. Creo que ya te imaginas cuál: la urna de la piedra de siete ojos y su sagrado contenido, el pilar central y la base del candelabro del Templo de Jerusalén.*

*Todo empezó con la expulsión de los judíos en 1492. Un común antepasado nuestro, al que llamaban el rabino Josué, tuvo que renegar de su fe para poder proteger la urna y su contenido de la peligrosa Hermandad del Tercer Templo. Se cambió el nombre y pasó a llamarse Ezequiel de Torres. Él fue el primero en dejar por escrito toda la historia para que sus hijos supieran también de su misión.*

*Pues bien, mi padre quiso profanar la memoria de sus antepasados tratando de vender la urna y su contenido. Eran tiempos difíciles, necesitaba el dinero desesperadamente, pero eso no le eximía de su obligación. No tuve más remedio que impedirlo robando la urna, y desde entonces pasé a custodiarla yo misma. Solo después de su muerte volví a depositarla en su lugar original.*

*Imagina mi sorpresa cuando te vi; la viva imagen de mi hermana. Sí, yo era la vieja que trató de echarte del solar de la sinagoga. Estabas demasiado cerca.*

*Si no llego a saber de ti por Mercedes, habría creído en la reencarnación. Serías precisamente tú quien revelaría el secreto que llevábamos guardando durante siglos: la piedra de siete ojos. No logro imaginar cómo llegaste a saber que estaba allí, pero tuve que impedir que encontraras nuestro trozo de candelabro. Aquella misma noche me lo volví a llevar, como ya hiciera una vez con mi padre.*

*Me enteré más tarde de tus descubrimientos por los periódicos. Querida sobrina, no te imaginas qué mezcla de orgullo y desesperación me produjiste. Lograste descifrar el enigma que había protegido el candelabro sagrado durante siglos.*

*Pero el mundo no está preparado aún para reconocer el poder de un símbolo semejante. No tienes más que escuchar las noticias. Solo causaría enfrentamientos y muerte. Mi misión sigue siendo impedir que caiga en malas manos. Pero mi tiempo ha acabado, y ahora comienza el tuyo. Te transmito el deber de proteger la urna. Recibes para ello toda mi fortuna. Utilízala bien. Heredas mis bienes junto con la obligación de mantener a salvo el pilar del equilibrio, el pilar central del sagrado candelabro del templo, que está oculto en mi casa. Esta pasa a ser tuya en virtud de mi testamento. Entre otros inmuebles, poseerás también el solar de la sinagoga, que espero respetes.*

*Por último, te dejo la historia de la familia, escrita por cada guardián, de generación en generación, junto con un cofrecillo que contiene todas las pruebas de lo que te estoy contando. Debes conocer la palabra de tus antepasados. Lee, medita y entonces decide.*

*Querida sobrina, que la paz sea contigo.*

## **Próximamente: EL CORREO DE NAPOLEÓN.**

Año de 1809. En plena guerra de la Independencia, Napoleón Bonaparte se ha adentrado en España al frente de su ejército para defender el trono de su hermano José. Tras perseguir al ejército inglés que se bate en retirada hacia Galicia, el emperador de los franceses decide aguardar en Valladolid las cada vez más preocupantes noticias que le llegan de toda Europa. A las mismas puertas del palacio real donde se aloja es asesinado un oficial de correos y el Emperador monta en cólera. Habrá un castigo ejemplar para la ciudad rebelde si no entregan al asesino y devuelven la carta.

Sor Elvira de Rojas, la joven abadesa del convento de Santa Brígida ha sido designada para la tarea ¿Logrará una inexperta monja de clausura tener éxito en su difícil misión y salvar la vida de sus compañeras?

Con la ayuda del secretario Jean Clermond, iniciará una frenética búsqueda tras las huellas del asesino, sin saber que este viaje se convertirá en un camino iniciático que la conducirá desde los campos de batalla napoleónicos hasta los salones parisinos, en busca de respuestas.

Una apasionante historia de intrigas y espionaje, en la que la abadesa deberá medirse con personajes como el guerrillero Juan Martín "el empecinado", el general inglés John Moore, o el tenebroso ministro de la Policía José Fouché. ¿Quién quiere evitar que la monja descubra su secreto?

## **Otras obras de la autora disponibles en Amazon:**

A CIEGAS AL VOLANTE. Relato de humor.

Tercer Premio del Primer Concurso Internacional de Relatos Breves “SONRISA DE QUEVEDO” sobre humor en la Administración pública.

¿Puede un ciego aprobar unas oposiciones de conductor? Descubrello en este relato, basado “ligeramente” en hechos reales...

El Jurado se tropezó con una historia, referida al frío mundo de las oposiciones para obtener un empleo público, ofrecida desde la humanizada narración de un miembro del Tribunal calificador, que con el asombro propio de Herodoto ante las pirámides de Egipto, comprueba que el sueño del legislador produce monstruos y situaciones absurdas, aunque como nos demuestra, repletas de comicidad.

Ramiro, funcionario recién incorporado, deseaba realizar su trabajo con ilusión y profesionalidad. No se esperaba las situaciones disparatadas que le estaban esperando...

ASESINATO EN ALTA VELOCIDAD. Relato policiaco.

Primer Premio del X Concurso de Relatos de la AIIM (Asociación de Ingenieros Industriales de Madrid).

Un famoso empresario aparece asesinado en el tren de Alta Velocidad. Un abogado de prestigio defiende al principal sospechoso. ¿Quién viajaba en ese tren? ¿Alguien vio algo extraño? ¿Qué oscuros secretos esconden los pasajeros?

**Contacta con la autora:** <http://www.miriamconde.com>

**Si te ha gustado esta novela, por favor deja una reseña en Amazon**

---

[1] El *pomerium* era la frontera sagrada de la ciudad de Roma.

[2] Llamaban *rostra* a la gran tribuna, símbolo de la supremacía naval romana.

[3] General en jefe del ejército romano.

[4] El *miqvé* es el espacio destinado a los baños judíos de purificación espiritual mediante la inmersión total del cuerpo en el agua.

[5] El *biquir holim* es una práctica comunitaria judía para dar auxilio a los enfermos.